«La saga Finlay Donovan es sencillamente espectacular. Es la mezcla perfecta de misterio y comedia romántica».

Ali Hazelwood

ELLE COSIMANO

FINLAY DONOVAN LOS DEJA KO

Una novela de misterio

CONTRALUZ

ELLE COSIMANO
Finlay Donovan los deja KO

Traducido del inglés por Jorge Ollero Castela

CONTRALUZ

A las Mamás de los Escarabajitos Verdes del 2002

Capítulo 1

Christopher había muerto. Lo encontraron meciéndose en la superficie del agua, con los ojos saltones y vacíos, justo al amanecer. Si bien mentiría al afirmar que nunca había matado a nadie, esta vez no había forma de negar que era responsable al cien por cien.

—No ha sido culpa tuya. —Vero me dio un apretón en el brazo por encima de la sudadera negra para animarme. No había encontrado nada más adecuado que ponerme; no es que me hubiera levantado pensando en asistir a un funeral. Y aun así no sé cómo la niñera joven y mega a la última de mis hijos había conseguido dar con un par de pantalones ajustados, un recogido alto de infarto y una blusa de marca. Me dedicó una sonrisa lánguida—. No lo hiciste aposta.

Sentía la mano delicada de mi hija sobre la mía; me abrazaba por el otro lado con los ojos rojos de llorar.

—En tu defensa —susurró Vero—, hay que decir que las instrucciones venían con una letra muy pequeña. Y a tu edad…

—Tengo treinta y un años.

—Exacto. Nadie pensaría que fueras a ser capaz de leer bien esa letra tan diminuta. Le diste demasiado; ya está.

—Parecía que tenía hambre.

La excusa no me convencía ni a mí. Pero, cada vez que había entrado en el cuarto de mi hija, Christopher había levantado la mirada, con esos ojos redondos y suplicantes.

—Ya lo sé. —Vero frunció sus labios brillantes mientras me daba palmaditas en el hombro—. Lo hiciste con la mejor intención, Finn.

El pez de mi hija vagaba sobre el agua turbia señalándome con la tripa hinchada como un dedo acusador. Christopher fue un regalo de su padre, aunque estaba segura de que Steven se lo había comprado solo para fastidiarme. Para sumar otra responsabilidad a mis espaldas ya bien cargadas, solo para verme fracasar y luego restregármelo en la cara mientras me amenazaba con arrebatarme la custodia. Desde que me dejó por nuestra agente inmobiliaria y se prometieron, se había propuesto demostrar que yo era una incompetente. Para él se había convertido en una competición que no había hecho más que empeorar

desde que Theresa y él rompieron. Yo me había empeñado en no dejar morir al pez de las narices para demostrar a mi ex que era capaz de mantener a nuestros hijos —y a la mascota— sin él, con mis escasos ingresos de escritora; que podía proporcionarles alimento y cuidados a Delia y Zach —y Christopher— yo solita. O, al menos, con la ayuda de Vero.

El pez había sobrevivido menos de un mes a mi cargo. Y, aunque Zach no era lo suficientemente mayor como para delatarme a su padre, guardar un secreto era superior a las fuerzas de Delia. No habría manera de impedir que la noticia de la muerte de Christopher le llegara a Steven. Se regodearía al contárselo a Guy, ese abogado matrimonialista tan rastrero, y probablemente lo usaría en el juicio. «Señoría, me gustaría solicitar su atención sobre el pez de la bolsa correspondiente a la primera prueba. El fallecido fue encontrado panza arriba después de apenas tres semanas al cuidado de mi exmujer. Es evidente que no es apta para ser la tutora legal de nuestros hijos.»

Si Steven tuviera idea alguna del ser humano que había muerto a mi cargo el mes pasado (o de dónde Vero y yo habíamos decidido esconder el cadáver), tal vez le daría un infarto, posibilidad que Vero había sopesado maliciosamente hasta que calculó la baja probabilidad que había de que la noticia lo matara de verdad. Hacía un mes que una mujer llamada Patricia Mickler había escuchado una conversación entre mi agente literaria y yo sobre la trama de una novela en una sandwichería muy concurrida y me había ofrecido cincuenta mil dólares por asesinar a su marido, un hombre horrible que resultó que blanqueaba dinero para la mafia rusa. Que Harris acabara drogado en mi monovolumen había sido un accidente y, a pesar de que yo no fui quien lo asesinó en realidad, su mujer estaba segura de que sí. Le había pasado mi nombre a su amiga Irina, cuyo marido actuaba a las órdenes de dicha mafia tan temible. La muerte del marido de Irina también había sido un accidente. Con todo, ambas mujeres me habían expresado su gratitud entregándome cantidades generosas de dinero en metálico. Y una propina: alguien había publicado un anuncio en Internet buscando a un interesado que estuviera dispuesto a asesinar a mi exmarido a cambio de dinero.

Vero me tendió la red de plástico verde.

—¿Quieres dedicarle unas palabras?

Zach gateó hacia la pecera con sus piernas gordinflonas, con los

bordes ondulados del pañal asomándole por debajo de la camiseta negra. Se sujetó con los dedos pegajosos al borde del aparador al tiempo que se impulsaba para ponerse de pie y mirar. Tocó el cristal con un dedo mientras un hilo de saliva se le descolgaba de la barbilla. Delia respiraba entrecortadamente, con el brillo de los mocos sobre el labio superior y la mirada levantada hacia mí, expectante. Cogí la red.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —susurré.

Vero me dio un empujoncito hacia la pecera.

—Di algo bueno de él y ya está.

Sujeté la red contra el pecho, esforzándome por encontrar las palabras que consolaran a mi afligida hija de cinco años, que llevaba histérica desde que se había despertado y había encontrado a su mascota flotando en la pecera como un Cheerio. Era escritora, por el amor de dios. Me dedicaba a ensartar frases. Debería serme fácil. Pero, cada vez que miraba a Christopher, lo único que visualizaba era la cara de mi exmarido. No porque quisiera matar a Steven. Bueno, sí, supongo; algunos días sí. La mayoría. Sin duda, cada vez que abría la boca. Pero no importaba lo conflictiva que se hubiera vuelto nuestra relación desde que me había dejado por nuestra agente inmobiliaria: quería a nuestros hijos y ellos lo querían a él. Y yo nunca haría nada que les hiciera daño a Delia o a Zach.

Alguien quería que Steven muriera. Y no era yo.

—¿Qué puedo decir de Christopher? —Volví la mirada a Vero en busca de inspiración. La comisura de su boca tembló al indicarme con un gesto que continuara—. Era un pez bueno. Amigo fiel y constante para todos nosotros, fue…

Sentí un tirón enérgico en mis pantalones de yoga.

—Cuéntales cómo era su sonrisa —dijo Delia secándose la nariz con la manga del maillot negro— y que era el mejor haciendo burbujas.

Se encogió contra mi costado y hundió la cara entre los dobleces de mi sudadera. Zach frunció su ceño diminuto con preocupación. Di gracias por que fuera demasiado pequeño para comprender de verdad lo que estaba pasando mientras me hacía eco de los sentimientos de su hermana y metía la red en el agua para sacar a Christopher.

Delia se agarró a mi pierna cuando empezamos a desfilar solemnemente por el vestíbulo hacia el cuarto de baño. Zach iba encaramado en la cadera de Vero, detrás de nosotras, cerrando nuestra procesión. Nos paramos en torno a la tapa levantada del váter y presentamos nuestros últimos respetos a Christopher cuando cayó al

inodoro con un suave ploc.

Delia me tomó el brazo cuando fui a tirar de la cadena.

—¡Mami, no!

—Cariño, tenemos que hacerlo. No lo podemos dejar ahí para siempre.

—¿Por qué no? —lloriqueó.

—Porque… —Le lancé a Vero una mirada de auxilio. Sin duda, este caso no venía en mi ejemplar de *Qué se puede esperar cuando se está esperando.* Que me devolvieran el dinero.

—Porque —aportó Vero para ayudar— va a empezar a oler mal y… —Le pisé un pie con fuerza.

—Pero no voy a volver a verlo —sollozó Delia.

Una burbuja se le infló en la nariz y se la limpié con mi manga.

—Siempre nos quedará su recuerdo. —Y las decenas de fotos que Delia me había hecho publicar con la etiqueta #instapececito.

—A lo mejor podemos ir a la tienda de animales a por otro. —Las palabras salieron de la boca de Vero antes de que pudiera impedirlo.

Delia estalló en un intenso lloriqueo. A Zach le empezó a temblar el labio inferior.

—¡No quiero otro pez! —chilló mi hija—. ¡Como Christopher no hay ninguno!

—Tienes toda la razón —dije elevando la voz mientras ambos empezaban a aullar—. Nunca habrá un pez como él. Deberíamos rendirle homenaje con un minuto de silencio.

Delia apretó los labios. El silencio se hizo en el cuarto de baño, salvo por los sollozos que estremecían a mis hijos. Bajé la cabeza y le di codazos a Vero en las costillas hasta que también inclinó la suya. Esperé un minuto entero antes de poner la mano sobre la palanca de la cisterna. Esta vez Delia no intentó detenerme y, tras un remolino de escamas naranjas, Christopher desapareció.

Vero le despeinó con delicadeza los mechones puntiagudos a Delia, empapados de lágrimas.

—Ven, Dee, que te voy a hacer unas galletas.

—No muchas, ¿eh? —le recordé. Mi madre estaba preparando pavo relleno para un regimiento y me mataría si les quitaba el apetito a los niños antes de la cena.

Zach soltó un chillido cuando Vero lo levantó del suelo y lo llevó abajo. Delia remoloneó y miró por última vez el váter antes de seguirlos hacia la cocina.

Cuando me dirigía a apagar la luz, me detuve. Me volví y tiré de nuevo de la cadena, porque no soy la persona con más suerte del mundo ni tampoco tan tonta como para creer que los muertos nunca van a volver a visitarme.

Capítulo 2

Una hora después, Vero y yo estábamos abrochándoles a Delia y Zach los cinturones de sus asientos de seguridad del coche. Ella les limpió las delatadoras migas de galleta de las mejillas mientras yo cargaba mi monovolumen con dos maletas pequeñas de ruedas y cerraba el portón de un golpe.

—¿Y ese equipaje? —preguntó Vero.

—He recibido un correo de Steven esta mañana. Se ha mudado a su casa nueva y quiere quedarse con los niños el fin de semana.

Había adjuntado al mensaje unas fotos de la casa de labranza restaurada que había alquilado en el condado de Fauquier; se había encargado de señalar que las habitaciones y los juguetes de los niños ya estaban colocados y la cocina abastecida y lista para ellos. Había puesto en copia a su abogado, Guy, que nos había respondido a los dos felicitando a Steven por haber encontrado «un lugar tan estupendo para los niños», que en jerga de abogados claramente significaba «No tienes razones para pelear por esto».

Había sido sencillo mantener a Delia y Zach alejados del vivero de Steven desde que arrestaron a su exprometida. Después de que encontraran allí cinco cadáveres enterrados y de que hubieran implicado a Theresa Hall en la consiguiente investigación, él había roto el compromiso. En cuestión de horas se había marchado del adosado de ella y desde entonces había estado durmiendo en el sofá de la oficina de ventas del vivero. Su abogado y él habían acordado que lo mejor para los niños era que dejaran de quedarse a dormir con él hasta que rehiciera su vida. Pero no sabían lo que Vero y yo sabíamos: alguien había publicado un anuncio en un foro de Internet en el que se ofrecía una recompensa de cien mil dólares a quien estuviera dispuesto a eliminar a Steven Donovan. Por lo que Vero y yo sabíamos, el foro era un pozo virtual de inmundicia torpemente disfrazado de grupo de apoyo de madres, un lugar de encuentros anónimos para cientos de mujeres de mediana edad amargadas en el que despotricar de lo que les fastidiaba, es decir, del marido, del jefe y del novio. Al parecer, para las que tenían medios también era una

forma de deshacerse de ellos.

Vero parecía horrorizada cuando cerró la puerta corredera del monovolumen, con los niños dentro.

—No vas a dejar que se queden con él, ¿verdad?

—Claro que no. He llamado a mis padres y les he preguntado si se podían quedar con ellos. Luego he contestado a Steven y le he dicho que los niños ya tenían planes.

Una sonrisa pícara se dibujó en los labios de Vero mientras nos montábamos en el coche. Redujo la voz a un susurro de complicidad y meneó una ceja.

—¿Tres días enteros sin los niños? Puedo quedarme unas noches en casa de mi primo si quieres invitar a Julian a jugar a los papás y las mamás el fin de semana.

Noté calor en la cara cuando visualicé a Julian en mi cocina. O en mi dormitorio. Lancé una mirada rápida de vergüenza al espejo retrovisor, pero Zach ya tenía la cabeza inclinada contra su sillita y a Delia se le estaban cerrando los ojos, rodeados por una marca roja.

—No tengo tiempo para jugar a los papás y las mamás. —Por muy tentador que fuera pasar un fin de semana a solas con el estudiante de derecho joven y sexy con el que estaba quedando, tenía cosas mucho más importantes que hacer—. Tengo que averiguar quién publicó esa oferta. No me voy a sentir tranquila dejando que los niños pasen el fin de semana con Steven hasta que me asegure de que nadie está intentado matarlo. —Y, por si fuera poco, tenía una entrega para mi agente el lunes a las nueve de la mañana.

Giré la llave en el contacto y me estremecí cuando el motor protestó renqueando antes de encenderse con un chasquido.

Vero emitió un sonido de indignación.

—El lunes vamos a ver un coche nuevo.

—Al monovolumen no le pasa nada. Tu primo me lo acaba de arreglar.

—No, Ramón solo le ha puesto un parche. Asúmelo: el monovolumen está *kaputt*.

Metí la marcha atrás en mi viejo Dodge Caravan y recé por que nada se soltara y se cayera —al menos nada importante— mientras bajaba traqueteando hacia la calzada.

—No puedo permitirme un coche nuevo ahora mismo; Steven y su abogado me miran con lupa todos los gastos.

—Podrías si aceptaras la oferta del foro. Con cien mil pavos te

comprarías un coche bien guapo.

—No vamos a matar a mi exmarido por dinero —susurré girándome para mirar a mis hijos, dormidos.

—¿Cuánto crees que nos darían por el abogado ese? —sugirió Vero. La fulminé con la mirada—. Tranquila, estoy de broma. Pero esta transmisión no te va a durar mucho. Deberías dedicarte a escribir el libro en el que Sylvia piensa que has estado trabajando.

—Ya lo sé y eso haré. —Mi agente literaria, Sylvia Barr, me había estado acosando para que le mandara unas páginas de muestra de la novela que se suponía que llevaba escribiendo un mes y que mi editora esperaba recibir antes de que acabara el año—. Me pondré con ello este fin de semana. Voy a estar en la biblioteca de todas formas.

Vero y yo nos estábamos turnando para rotar por casi las doce sedes del sistema bibliotecario de nuestro condado, con cuidado de eliminar el historial de búsqueda cada vez que utilizábamos los ordenadores para comprobar si alguien había aceptado la oferta del foro. Había pasado un mes sin que hubiera habido respuesta, pero eso no cambiaba el hecho de que alguien quisiera asesinar al padre de mis hijos y, ahora que Steven tenía donde vivir, no me quedaba ninguna excusa razonable para impedir que los niños lo vieran. Me pasaría el fin de semana entero en la biblioteca si hacía falta. Peinaría ese foro femenino hasta que averiguara quién había publicado el anuncio —probablemente una de las incontables mujeres a las que Steven había menospreciado o conseguido cabrear—. Luego haría una llamada anónima, informaría a la policía de las intenciones de esa mujer y esperaría con todas mis fuerzas que así se acabara esta historia.

—Vendré a ayudarte —se ofreció Vero mientras nos incorporábamos al bulevar.

—Vaya par de tontas que somos por desperdiciar así el fin de semana. ¿No tienes ninguna cita?

—Venga ya; si tú estás teniendo marcha por las dos.

Separé la mirada del bulevar para dirigirla hacia ella. Vero siempre había sido la que me echaba el sermón para que me vistiera con ropa de verdad y saliera, pero últimamente cada vez se quedaba más en casa. A excepción de las clases a las que asistía en el centro de formación de nuestra zona, se había contentado con pasar sus noches libres conmigo y los niños viendo películas en pijama.

—A lo mejor tendrías algo más de marcha si salieras de casa de vez en cuando.

Desvió la mirada en señal de impaciencia.

—¿Qué pasa con ese chico de macroeconomía, Todd?

—Microeconomía —dijo enfatizando «micro»—. Si estás intentando deshacerte de mí para quedarte en pelotas con tu novio, prefiero pasar el fin de semana con mi primo viendo el fútbol.

El coche osciló un poco mientras la examinaba entre vistazo y vistazo a la carretera, lo que hizo que el conductor del carril contiguo tocara el claxon.

—Creía que me habías dicho que tu familia no se iba a juntar en Acción de Gracias este año porque tu tía estaba enferma.

—Así es. Mi madre la está cuidando.

Sabía que Vero y su primo estaban muy unidos —estuvo durmiendo en el sofá de su casa antes de mudarse con nosotros—, pero en cuanto a todo lo demás sobre su familia se mostraba inusitadamente reservada. Durante el mes que llevaba viviendo con nosotros su familia nunca había llamado y, a pesar de que tanto su madre como su tía vivían nada más cruzar el puente, en Maryland, Vero no había ido a visitarlas ni una vez, que yo supiera.

—Si Ramón está en casa, ¿por qué no vas a cenar con él?

Vero respondió con una risa seca.

—El concepto que tiene Ramón de comida casera es unos macarrones con queso precocinados. Además, prefiero pasar este día contigo.

Se volvió hacia la ventana. No podía quitarme la sensación de que se estaba guardando algo, pero al girar hacia el vecindario de mis padres decidí dejarlo estar. Me lo confiaría cuando se sintiera preparada. A veces las familias son raras. Yo lo debería saber.

Mi madre y mi padre aún vivían en la misma casa en que Georgia y yo nos criamos, una de dos plantas, de estilo colonial y fachada de ladrillo en una urbanización de la periferia, en Burke, que en su momento fue más tranquila que ahora. Mi madre abrió la puerta principal cuando entré con el coche en el aparcamiento. El delantal con la frase LAS ABUELAS LO ARREGLAN TODO estaba moteado de aceite y empolvado de harina. El olor apetitoso a pavo asado y a relleno nos llegó flotando desde la casa mientras yo despertaba a los niños y los acompañaba adentro. Cinco días al año me alegraba de vivir tan cerca de mis padres. ¿Y los otros trescientos sesenta? Quizá no tanto.

Mi madre frunció el ceño cuando vio el pelo de Delia y la acorraló en el recibidor para darle un abrazo. Los mechones cortos y rubios le

habían crecido al menos un par de centímetros desde el incidente de la cinta adhesiva y las tijeras, y Vero se los había peinado hacia un lado antes de salir de casa sujetándolos bien con unas horquillas rosas.

—¡Pero cuánto has crecido! ¡Parece que fue hace meses la última vez que te vi!

—Los viste a los dos la semana pasada, Ma.

Con el bolso del bebé en un brazo y el pastel de calabaza en el otro, solté a Zach en las manos expectantes de mi madre. Le limpió un churrete de chocolate de la mejilla y le dio un beso con el ceño fruncido hacia mí. Arrugó la nariz mientras alcanzaba el bolso.

—Perdona. Lo he cambiado justo antes de salir, pero hemos pillado un atasco.

Georgia apareció en el recibidor con una cerveza abierta ya en la mano. Nuestra madre miró hacia arriba hasta poner los ojos en blanco, desistiendo.

—¿Qué? —preguntó Georgia, toda inocente—. Ya son las cinco.

—En el Vaticano, a lo mejor —murmuró Ma. La cara se le iluminó cuando Vero cruzó el umbral tirando de las dos maletas de ruedas—. Vero, cariño, me alegro de verte. Qué bien que hayas podido venir. —Zach soltó una risilla cuando ambas se dieron un abrazo incómodo con él en medio.

—No podía faltar.

—Suelta los bultos —dijo mi madre haciendo un gesto vago hacia el pie de las escaleras y cerrando la puerta.

—Hola, Vero. Feliz Día de Acción de… ¡Uy! —A Georgia se le escapó un gruñido cuando Delia se lanzó contra ella y le rodeó las piernas con un abrazo de los que espachurran los huesos.

—Tía Georgia, ¿vas a venir a mi cole la semana que viene para el Día del Trabajo?

—¿El Día del Trabajo?

—El Día de las Profesiones —le aclaré dejando el pastel en la mesa del vestíbulo antes de desprenderme del abrigo.

Delia saltó de puntillas.

—Les he dicho a mis amigos que eres policía y quieren ver tu pistola.

Georgia le frotó el pelo y se le soltó una horquilla.

—Ya lo hablaré con tu madre. Ve a buscar al yayo; creo que se está guardando las galletas para él solo.

Delia se marchó escopetada al salón, donde un partido de fútbol

sonaba a todo volumen en la televisión. Georgia elevó la cerveza hacia nosotras para saludarnos. Antes de tocar el botellín con los labios, nuestra madre le encajó a Zach en el pecho. Se activaron sus reflejos de policía y lo agarró con el brazo que tenía libre mientras se le resbalaba por la sudadera.

—Puedes cambiar a Zach en el cuarto de invitados —dijo mamá, soltando el bolso del bebé a los pies de Georgia.

Mi hermana puso los ojos como platos. Vero retrocedió con las manos arriba.

—A mí no me mires, que es mi día libre. —Se retiró al salón y le dio un beso en la mejilla a mi padre antes de dejarse caer a su lado en el sofá.

Georgia olisqueó a Zach, que soltó otra risilla al verle los labios fruncidos.

—Cógelo, Finn. No estoy capacitada para encargarme de este asunto.

Lo extendió hacia mí. Yo estaba segura de que se habría sentido más cómoda desactivando una bomba.

Sin embargo, le arranqué la cerveza de la otra mano y le puse encima las asas del bolso del bebé hasta que quedó colgando de su brazo como una chaqueta de un perchero.

—Imagínate que es una mochila militar —la alenté con una palmadita en la espalda.

Georgia observó detenidamente el bolso, pronunciando mi nombre a modo de leve súplica, mientras yo tomaba un trago largo de su cerveza y me giraba para ir a la cocina, siguiendo el dulce olor a mantequilla de los boniatos caramelizados y del relleno del pavo. Tras dejarme caer en una silla de la mesa de la cocina, cerré los ojos y di otro sorbo, agradeciendo ese momento de paz.

Algo pesado cayó delante de mí con un ruido sordo sobre la mesa. La fuente de judías verdes era una gran montaña de vainas y pedúnculos enredados.

—Ponte con eso mientras voy regándolo con la salsa —dijo mi madre ciñéndose las manoplas de cocina. Con un suspiro, posé la cerveza en la mesa al tiempo que ella extraía un pavo humeante del horno—. ¿Cómo va tu libro?

—Estupendamente —mentí.

Mi madre me miró con desconfianza mientras succionaba con la pipeta el jugo del fondo de la bandeja.

—¿Ya te han pagado?

—Solo la mitad. El resto me lo dan cuando termine. —Si es que terminaba.

—Pues esa mitad, a la hucha, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso la necesitas para un abogado.

Soltó un quejido al levantar el pavo para volver a meterlo en el horno. Habría sido una tontería ofrecerle mi ayuda. A mamá le gustaba encargarse ella sola de ciertas cosas. Las cenas de la época de fiestas —en la que implicaban cocinar y dar de comer a su familia— eran una tarea que solo le arrebataríamos por encima de su cadáver. La única razón por la que me estaba dejando preparar las judías era porque se trataba de una tarea en la que no podía meter la pata.

—¿Te sigue dando la vara el abogado de Steven?

Abrí una vaina.

—No pasa nada, Ma. Me apaño.

—Creía que Steven había aceptado lo de la visita semanal.

—Quiere estar con los niños desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana, ahora que ya tiene casa.

Mi madre emitió un sonido de indignación mientras dejaba caer una tabla de cortar sobre la mesa y estampaba un cuchillo encima. La custodia compartida no estaba tan mal como la exclusiva, por la que Steven había estado litigando cuando Theresa y él decidieron que iban a casarse. Pero seguían siendo tres noches que pasaban lejos de casa en otro condado, en vez de a un par de manzanas de la misma calle.

—Es un monstruo —dijo picando perejil con gran vehemencia.

—No es un monstruo. Solo está enfadado. —Porque su relación con Theresa no había funcionado. Porque su negocio estaba pasando por apuros después de que hubieran exhumado cinco cadáveres de su vivero. Porque por fin yo estaba ganando dinero suficiente para mantenerme a mí y a los niños sin su ayuda.

—¿Es por ese jovencito con el que te estás viendo?

Y a lo mejor por eso también.

El hecho de que estuviera saliendo con alguien había sido un dolor de cabeza para Steven. Le gustaba quitárselo y contagiármelo a mí llamando a Guy todas las semanas y presentándole algún plan novedoso para ir reduciendo mi custodia.

Mi madre levantó una ceja.

—Georgia dice que ese hombre con el que te ves trabaja a media

jornada y que todavía va a clase.

—A las clases de la universidad.

—Es demasiado joven para ti. Deberías salir con alguien más de tu edad. Alguien con estabilidad que pueda manteneros a ti y a los niños.

—Yo puedo mantenerme a mí y a los niños perfectamente.

—Si tuvieras marido, Steven no andaría amenazándote con quitártelos. No tendría donde agarrarse.

Alejé de mí la fuente de judías asesinadas.

—¿Por qué papá y tú siempre estáis dándome la lata para que me busque un marido? Nunca se la dais a Georgia para que se busque una mujer.

—Ella tiene seguro de salud y pensión de jubilación.

Di un suspiro y reposé la cabeza en la mano. No tenía respuesta para eso.

—¿Y ese hombre tan majo que trabaja con tu hermana? —Mi madre removía el aire con el cazo, invocando su nombre—. Ese que es alto, con el pelo oscuro y que tenía al compañero con cáncer. Coincidimos una vez hace años, cuando Georgia y él se graduaron juntos en la academia. Es muy guapo —dijo bajando la voz, como si aquello fuera una noticia de escándalo—. Y es católico.

Me llevé la cerveza a los labios para tapar mi sonrojo. El inspector Nicholas Anthony era, efectivamente, muy guapo. También besaba de muerte, pero no hacía falta alimentar las fantasías matrimoniales de mi madre. Había pasado un mes desde que Nick se presentara disgustado en mi porche con una botella de champán y una disculpa por haber sospechado lo peor de mí, pero la discusión con él todavía me pesaba. Detestaba el hecho de que, aunque mis intenciones no eran malas, en cierta medida Nick tenía razón. Le había mentido para evitar problemas y no había llegado a perdonármelo a mí misma.

—No voy a salir con el compañero de trabajo de Georgia —dije rotundamente.

—Muy bien. Tu hermana dice que ese jovencito con el que te estás viendo está estudiando para abogado. A lo mejor él sí te puede ayudar con el problema de Steven.

—No va a ser ese tipo de abogado. —Julian estaba estudiando derecho penal. Y, sí, no se me escapaba la ironía de nuestra situación.

—¿Conoce a los niños?

—No.

Julian no me había pedido venir a casa y yo no se lo había

ofrecido. Solíamos quedar en el bar en el que trabajaba. O en su apartamento. Normalmente en su cama, ocasionalmente en el sofá y una vez en el suelo de la cocina. Me levanté a pillar otra cerveza del frigo, sin prisa por salir de detrás de la puerta abierta para esconder el rubor incriminatorio. Julian y yo no íbamos en serio. No estaba del todo segura de qué éramos. Solo que disfrutaba de su compañía y que el sexo era maravilloso. En realidad, ahora mismo no quería nada más. Tenía a Vero, a mis hijos y un sueldo estable. Eso era todo lo que necesitaba, además de algún que otro orgasmo alucinante.

—Pues más motivo para ahorrar dinero, Finlay. Una mujer soltera nunca está lo suficientemente preparada. Deberías tener un colchón.

—Mi colchón está bien —dije, cerrando el frigo, y retiré la chapa de la cerveza. No necesitaba ni más dinero de la mafia ni más cadáveres ni más maridos tóxicos; ni el mío ni el de nadie. Las puertas de batiente de la cocina se abrieron de golpe y mi hermana entró vestida con un equipo completo de los SWAT y con Zach bajo un brazo. Un hilo de sudor le caía por la sien bajo la visera levantada del casco.

—Incidente resuelto —dijo tirando al cubo de la basura un pañal enrollado con fuerza mientras Zach se escapaba de sus brazos retorciéndose y gateaba hacia el salón. Georgia se dejó caer en la silla que estaba junto a la mía y se quitó el casco.

—Sabía que serías capaz de manejar la situación.

—Durante unos momentos ha sido crítica. ¿Cuándo vas a empezar a enseñarle al crío a ir al baño? ¿Y qué es eso del Día de las Profesiones del cole de Delia?

Le pasé mi cerveza.

—El martes tienen que llevar a un adulto a clase para que les explique a lo que se dedican.

—¿Por qué no vas tú? Eres la escritora famosa de la familia.

—No soy famosa. —Un contrato editorial decente solo me había bastado para pagar las facturas. El libro ni siquiera estaba todavía en imprenta. Por lo que sabía, podía ser un fiasco y que nunca me encargaran otro—. Además, Delia ya lo ha preguntado y la maestra le ha dicho que no.

—¿Por qué?

Eché una mirada a mi madre y bajé la voz.

—Al parecer, al colegio le preocupan ciertos aspectos del contenido de mis libros.

—¿Te refieres a las escenas de sexo?

Mi madre dejó de remover la salsa. Le propiné una patada a mi hermana por debajo de la mesa y exclamé una palabrota al chocar el pie con la punta de acero de su bota.

—¿Por qué te ha dado por traerte el equipo de los SWAT a la cena de Acción de Gracias?

—No me lo he traído. Es el viejo que me ponía en los entrenamientos de la academia. Lo he encontrado arriba, en el armario de mi antiguo cuarto. Todavía me entra —dijo con orgullo, dándose golpecitos en la placa del pecho.

—¡Si tiene velcro!

—¿Cómo que hay escenas de sexo en tus libros? —Mi madre plantó una mano en la cadera, mientras que con la otra empuñaba el cazo, que goteaba salsa—. ¿Por qué tienen escenas de sexo tus libros? Me dijiste que eran de misterio.

—Gracias —murmuré quitándole la cerveza a mi hermana para recuperarla.

Un brillo travieso le chispeó en los ojos.

—¿No has leído los libros de Finn, Ma? ¿Cómo es que no te acuerdas de las escenas de sexo? —Georgia me guiñó un ojo, cogió una judía cruda de la fuente y se la metió rápidamente en la boca.

Le pegué en la mano cuando la acercó otra vez.

—Georgia, por el amor de dios, que acabas de cambiar un pañal. ¿Acaso te has lavado las manos?

Mi madre me apuntó con el cazo.

—En esta casa no digas el nombre del Señor en vano, Finlay Grace McDonnell.

—Donovan —corregimos Georgia y yo al unísono.

Mi madre apretó los dientes y el cazo esparció salsa cuando lo giró hacia mi hermana.

—¡Y, Georgina Margaret, vete a lavar esas manos sucias!

Georgia movió los ojos hacia arriba con exasperación. Me dio un puñetazo en el hombro al levantarse y se escabulló de la mesa.

—Bueno, ¿qué es eso de que hay escenas de sexo en tus libros? —me preguntó mi madre.

—De verdad, ¿cuántos te has leído?

Se le oscurecieron los colores de las mejillas.

—Los primeros capítulos.

—¿Solo los primeros capítulos?

—Del primero.

Me quedé boquiabierta. Sabía —y lo agradecía— que mi padre no se había leído mis novelas. La letra de esas ediciones de tapa blanda era demasiado pequeña como para que se tomara esa molestia. Pero había dado por supuesto que mi madre, que vive por y para aprovechar las oportunidades de meterse en mi vida privada, al menos habría hecho el esfuerzo de acabarse uno.

—El que intenté leer —se explicó— no me llamó la atención. ¿Qué pasa? —me preguntó cuando la miré de hito en hito—. Me gusta Nora Roberts. ¿La has leído? Es muy buena, de verdad. —Con un quejido, volvió a meter el pavo en el horno—. ¿Ves? Otra razón por la que tener marido.

—Gracias, pero yo puedo sola con mi pavo.

Subió la vista al techo —o quizá a dios— al desdoblar un trapo de un solo gesto y se secó las manos.

—Ve a decirle a tu padre que el pavo va a estar listo en media hora y que necesito que encuentre el trinchador eléctrico.

Aún sacudiendo la cabeza, crucé las puertas de batiente con la cerveza en la mano. El partido de fútbol resonaba en la estancia contigua, donde Vero y mi padre, afincados en el sofá, le gritaban al televisor y discutían sobre los *first downs*.

—Papá, mamá te necesita en la cocina.

Me acerqué a él por detrás y lo besé en la mejilla. Me dio unas palmaditas en la mano, que reposaba sobre su hombro.

—No tan deprisa, jefe —bromeó Vero, sosteniendo una mano abierta hacia él cuando se puso de pie con rigidez.

Mi padre hurgó en el bolsillo y sacó un billete de veinte.

—Debería apostar solo por Internet.

—No deberías apostar en general, que es un vicio. Hay poquísimas probabilidades de acierto —dijo cogiéndole el dinero con un guiño.

—Dice la que me acaba de dejar pelada la cartera. Tú sí que deberías probar suerte con esas páginas web. Este es un fin de semana gordo para el fútbol universitario. Coge ese billete y apuesta unos dólares a cada partido. A lo mejor tienes más suerte que yo.

Vero se quedó con los ojos entornados y la vista puesta sobre el billete de veinte de su mano, pensativa, mientras mi padre se iba a la cocina. Se lo metió en el bolsillo con la mirada perdida, sin apenas percatarse de que me había desplomado en el hueco caliente que él había dejado a su lado. Me pregunté si Vero estaría pensando en su

primo y lamentándose de no estar viendo el fútbol con él, en el sofá de su casa. ¿Había aceptado pasar Acción de Gracias con mi familia porque yo se lo había pedido? ¿Porque mi madre había insistido? ¿Había algún código moral sobrentendido que dijera que una tenía que soportar la cena del pavo con la familia de la otra solo porque habían enterrado un cadáver juntas?

—Estás a tiempo de irte con Ramón si te lo estás pensando —le sugerí.

Se giró hacia mí con expresión de sorpresa, como si la sugerencia la hubiera traído de dondequiera que su mente estuviera divagando.

—Pero tu madre…

—Mi madre lo va a comprender. Probablemente hasta te envuelva un poco de pavo y pastel para que te lo lleves.

Por mucho que mi familia me volviera loca, no me imaginaba pasar las fiestas sin ellos. Me saqué las llaves del monovolumen del bolsillo y las solté en la mano de Vero.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Me iré a casa en el coche de Georgia después de que los niños se acuesten. Vete a pasar el fin de semana con tu primo. Yo tengo bastante que hacer.

Su risa fue traviesa. Supe que no se refería a lo de la biblioteca cuando me dijo:

—No hagas nada que yo no haría.

Capítulo 3

Mi hermana me dejó en casa justo antes de las once. Mi monovolumen estaba en la cochera y el Charger de Vero había desaparecido. Me había dejado una nota en la encimera para recordarme que tenía una entrega pendiente para Sylvia el lunes y la metí debajo de un montón de facturas, intentando no pensar en ello.

Me incliné delante del frigorífico abierto para jugar al Tetris con las sobras que mi madre me había dado para casa y traté de encajar la montaña de táperes desechables. Tras retirar dos cervezas para hacer hueco, la puerta seguía sin cerrar, así que acabé rindiéndome: saqué un envase de helado del congelador y metí en su lugar el último recipiente de salsa de arándanos de un empujón.

Triunfante, me quité los zapatos con los pies, cogí una cuchara del cajón y subí con mis dos cervezas y el Ben & Jerry's, intentando no reparar en el silencio asfixiante de la casa vacía. La puerta del dormitorio de Vero estaba cerrada, como solía estar por las noches después de acostarse, pero su ausencia resultaba muy tangible. Debería haberme entusiasmado por tener la casa para mí sola, pero ahora no estaba segura de que me gustara.

Tras ponerme un par de pantalones de chándal y una camiseta holgada descolorida, me tumbé en la cama bajo la luz tenue de la lámpara de mi mesilla, con la tarrina de helado abierta y posada sobre el pecho. Lamí un trozo de menta y chocolate de la cuchara, sin saber si ponerme a trabajar en el encargo de Sylvia o aprovechar la oportunidad excepcional de dormir una noche entera ahora que podía. Ni siquiera sabía de qué iba mi próximo libro. Cada vez que me sentaba a trabajar en el ordenador, terminaba pensando en el foro de aquellas mujeres, preocupada por el hilo olvidado en el que se mencionaba el nombre de Steven.

Clavé la cuchara en el recipiente y contemplé el techo. Quizá mi madre tuviera razón. Quizá debería apartar algo de dinero para un abogado en condiciones. Quizá debería litigar la custodia exclusiva. Pero ¿qué diría? ¿Cómo lo justificaría? «Señoría, de verdad que no puedo dejar que mis hijos pasen los fines de semana con su padre,

porque le han puesto precio a su cabeza, y nada más que lo sé yo, ya que, dado el éxito que he tenido recientemente eliminando maridos tóxicos, una antigua clienta ha pensado que podría estar capacitada para esa tarea. Y, aunque no tengo planeado matar en un futuro próximo a mi exmarido, prefiero que mis hijos no estén con él, por si acaso alguien más decide intentarlo.»

El móvil vibró sobre la mesilla de noche. Dejé a un lado el envase del helado y arrastré el teléfono hacia mí. Sonreí cuando la foto de Julian brilló en la pantalla.

«¿Estás en casa?», me preguntó.

«Sí.»

«¿Quieres compañía?»

La luz de unos faros que giraron hacia la casa entró por los huecos de la persiana e inundó mi dormitorio. Me levanté rodando de la cama y arrastré los pies hasta la ventana; tiré de una lama hacia abajo y vi su Jeep granate parado delante de mi cochera.

«Ahora bajo», le respondí.

Me calcé un par de zapatillas de deporte, me puse una sudadera sin cremallera y bajé las escaleras. El aire de afuera era frío y cortante y me ceñí la prenda al cuerpo mientras cruzaba deprisa el jardín. Tiritando, abrí la puerta del copiloto del Jeep de Julian. Apenas me había dado tiempo de cerrarla cuando se inclinó sobre la palanca de cambios y me tomó la cara con las manos.

Tenía las yemas mullidas y la piel de alrededor de la boca suave, recién afeitada. Olía a nuez moscada y a loción para después del afeitado, y la lana de su grueso jersey desprendía aroma a madera quemada.

—Feliz Día de Acción de Gracias —dijo con la sonrisa apoyada en mis labios.

Se echó hacia atrás lo suficiente para calarme con dificultad un gorro de punto, apartándome el pelo de la cara y enganchándomelo detrás de las orejas. Sus bucles de miel dorada estaban ocultos bajo un gorro oscuro y ajustado, con los ligeros rizos asomados por debajo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté mientras me enrollaba uno en un dedo—. Pensaba que ibas a pasar este día con tus padres.

—Así ha sido. —Su pulgar esbozó vagamente el contorno de mis labios—. Estaba volviendo a casa. Te dejaste el gorro en mi apartamento la semana pasada. Pensé que lo echarías de menos.

—Ah —dije apoyándome sobre las rodillas y enlazando los brazos

detrás de su cuello—, desde luego que lo echaba de menos.

Los ojos le brillaron como centellas al llevar la mano debajo de su asiento. Lo deslizó hacia atrás y nos movió a los dos.

—¿Echas de menos algo más?

—Se me ocurren unas cuantas cosas —dije sobrepasando la palanca de cambios, sin importarme si la señora Haggerty se asomaba a la ventana y le daba un infarto.

—Necesitaba verte —murmuró entre beso y beso.

Deslizó la mano por debajo de la envoltura que formaba mi sudadera e hizo un gélido dibujo al subir por mi espalda desnuda hasta detenerse en la mitad, donde habría estado la tira del sujetador. Sonrió con un gemido que resonó en mis labios mientras bajaba las manos a mis muslos y me apretaba más contra su regazo.

Había demasiada ropa. Apenas podía palpar su cuerpo bajo la cazadora de cuero y el grueso punto de su jersey. Pero sí que sentía algo bajo la tela de sus vaqueros.

—¿Tu monovolumen está en el garaje? —preguntó cuando el aire empezó a condensarse en las ventanas.

Solté una risa ahogada al recordar cómo había acabado la cosa para el último hombre que se había subido a la parte trasera del monovolumen. Sí, estaba en el garaje. Pero también los asientos de seguridad de mis hijos, una caja de gominolas de frutas y un paquete de toallitas para bebés. No me podía creer que me lo estuviera planteando de verdad.

—Los niños se quedan con mis padres el fin de semana. ¿Quieres pasar? —Las palabras me salieron con una prisa desesperada, acaloradas y pegajosas, hacia el aire que había entre nosotros; demasiado tarde para retirarlas.

Me atrapó el labio inferior con los dientes.

—¿Y Vero?

—En casa de su primo —jadeé.

Estrelló la lengua con la mía y estaba convencida de que, como hiciera más calor en el Jeep, me desnudaría y lo haríamos en el jardín delantero. Me agarró la mano cuando fui a abrir la puerta.

—Espera. No deberíamos hacerlo —dijo entre respiraciones irregulares—. No puedo quedarme. Tengo que volver a casa y hacer la maleta. Los colegas quieren que salgamos a las seis de la mañana.

Me incorporé, desorientada, y el gorro se me cayó hacia un lado.

—¿A dónde te vas?

Julian tenía los labios hinchados y los ojos aún hambrientos.

—Nuestros profesores se marchan la semana que viene a un congreso. Nos han dado unos días libres para que estudiemos para los exámenes. Algunos nos vamos a pasar la semana de acampada en Panama City.

—¿Te vas a Florida?

—Es un viaje improvisado —dijo asentándome los pelos sueltos hacia atrás y colocándome el gorro—. Mi jefe me ha dejado cambiar algunos turnos en el bar. Hemos reservado el camping esta misma semana.

Recordé las vacaciones de la universidad que Steven pasaba en Daytona y Miami con sus amigotes de la fraternidad. Nunca me invitaban ni me contaban los detalles después. Pero eso no significaba que yo no supiera nada.

—¿Te vas solo con los colegas?

—Y unos cuantos de la facultad —dijo. Me recliné hacia atrás, a unos centímetros de distancia. Julian me tomó por la barbilla con delicadeza—. Solo vamos a tomar un poco el sol y a relajarnos. Ya está. En una semana estoy de vuelta.

El mareo me difuminó las imágenes de alumnas universitarias con bikinis diminutos y de tiendas de campaña aún más diminutas. No tenía derecho a sentirme celosa. Julian y yo no íbamos en serio. Nunca había entrado en casa. No conocía ni a los niños ni a Vero ni a mi ex.

—Ah —dije cuando me di cuenta de la otra cara de la moneda; fue como un guantazo en la cara.

En todo el mes que llevábamos viéndonos, tampoco había conocido yo a ninguno de sus amigos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije forzando una sonrisa. ¿Qué esperaba de él? Yo tenía dos hijos, un trabajo y una casa de los que encargarme. ¿En serio esperaba que me invitara a irme con ellos?—. No pasa nada —insistí—. Tienes que ir. Pásatelo bien.

—¿Estás segura? Porque si hay algún problema, quizá deberíamos…

Le tomé la cara y lo besé. Porque no quería que terminara la frase: «… dejar de vernos», «… ir más despacio», «… hablarlo». No quería hacer ninguna de esas cosas. Quería montármelo con él en el Jeep y quizá hasta en el suelo de migas incrustadas del monovolumen. No

quería pensar en él en la playa, dentro de un saco de dormir con otra persona.

Me quitó el gorro y lo tiró al asiento del pasajero. Hundió los dedos en mi pelo y por debajo de mi camiseta a la vez que me volvía a colocar en su regazo con un gemido de frustración.

Unos neumáticos chirriaron. Nos apartamos de golpe con la respiración agitada cuando una camioneta patinó hasta pararse al pie de la rampa que lleva a mi cochera. Las luces traseras deslumbraban con un tono amoratado de rojo.

Me separé de los brazos de Julian para volver al asiento del copiloto. Él se giró siguiendo la dirección de mis ojos, hacia la luna trasera; aún le ardía la mirada cuando dijo jadeando:

—¿Tu ex?

Asentí, esperando a que Steven pisara el acelerador y se marchara. En cambio, apagó el motor.

—¡Mierda! —murmuré.

Julian se dejó caer contra el reposacabezas.

—Debería irme. —Su voz sonó ronca.

—No, por favor. No te muevas —dije levantando un dedo antes de abrir la puerta del Jeep.

La cerré más fuerte de lo que quería; me ajusté la sudadera y me peiné el pelo revuelto hacia atrás con los dedos mientras bajaba la rampa echando pestes para llegar hasta Steven, que estaba al final.

—¿Qué haces aquí? Te dije que los niños estaban con mis padres.

—¿De quién es ese Jeep? —Frunció el ceño al ver en la luna trasera la pegatina de la GMU, la universidad de Julian, y alargó el cuello para escudriñar el interior.

—De un amigo. —Le puse una mano en el pecho cuando dio un paso decidido hacia el todoterreno—. Mira, estoy un poquito ocupada ahora mismo. ¿No puedes llamarme mañana?

Se detuvo y la sorpresa le enrojeció las mejillas.

—¿Por qué tienes todo el cuello rojo? ¿Y qué narices le pasa a tu pelo?

—A mi pelo no le pasa nada. Por favor, ¿puedes…?

La puerta de un coche se cerró a mi espalda y Steven se puso tieso. Cerré los ojos apretando los párpados.

—¿Quién narices es este? —preguntó Steven mientras Julian llegaba hasta mi lado.

Julian me llevó aparte.

—Parece que necesitáis hablar y yo debería irme a casa. Mañana tengo que madrugar. ¿Vas a estar bien si me voy?

—Va a estar estupendamente —refunfuñó Steven.

Asentí.

Julian bajó la cabeza para robarme un beso lento y calmado que me dejó un poquito sin aliento.

—Venga ya, chaval —le espetó Steven—. ¿No te han puesto hora de volver a casa o qué?

—Te escribo cuando llegue —susurró Julian. Convertida en un mar de frustración, me replanteé la oferta de cien mil dólares por matar a mi ex mientras Julian se montaba en el Jeep y lo sacaba de su sitio para marcharse.

Me di la vuelta hacia Steven, con las manos en las caderas; mejor ahí que alrededor de su cuello.

—¿A qué leches ha venido eso?

—Podría preguntarte lo mismo. ¿Ese era él? —dijo apuntando con el dedo a las luces traseras del Jeep, cada vez más pequeñas—. ¿Ese era el abogado misterioso con el que Vero no deja de dar la tabarra? ¡Por favor, Finn! ¿Cuántos años tiene?

—¿Cuántos años tiene Bree? —contraataqué. Dudaba de que la ayudante rubia y pizpireta de su oficina llegase siquiera a la edad mínima legal para beber alcohol.

—¿Y a ti qué carajo te importa? —Levanté una ceja, pero al parecer no captaba que estaba midiendo con doble rasero. Frunció los labios con indignación—. ¿Por eso Delia y Zach se quedan el fin de semana en casa de tu madre? ¿Para que puedas salir aquí poco menos que en pijama a empañar las ventanas del coche de un chavalillo? —Entornó los ojos al mirar la parte delantera de mi sudadera—. Por amor de Dios, Finn, si ni siquiera llevas sujetador.

Crucé los brazos sobre el pecho, vagamente consciente de un leve movimiento fugaz en la ventana del piso superior de la señora Haggerty.

—Steven, ¿por qué has venido? Es Acción de Gracias. ¿Es que no tienes un sitio mejor adonde ir?

Se frotó la corta barba con una mano para disimular una mueca. Sus padres vivían en Tampa desde que se jubilaron hace unos años y su hermana se había trasladado a Filadelfia. Tenía la camisa de franela por fuera y manchada de salpicaduras de kétchup y el aliento agriado por la cebolla. Probablemente había pasado Acción de Gracias

cenando comida rápida en el coche.

Steven caminaba a pasos cortos por delante de la *pickup* de una manera irritante, pasándose las manos por el pelo, que ya necesitaba un arreglo. Tenía el mismo aspecto terrible que la última vez que se presentó delante de mi cochera en mitad de la noche, cuando Theresa y él se pelearon y vino arrastrándose para hablar.

—Bree te ha dejado —dije, y me convencí de que estaba en lo cierto cuando no se molestó en responder bruscamente.

—No me ha dejado —repuso con voz amarga—. Fue una decisión empresarial. Perdí demasiados clientes después de la investigación de la policía y ya no podía permitirme una auxiliar en nómina. La despedí hace unas semanas. —Ahogué una risa irónica sacudiendo la cabeza—. ¿Qué? —Las mejillas se le enrojecieron bajo el resplandor de la farola—. Le ofrecí ir a la oficina solo cuando hiciera falta. No es mi culpa que lo rechazara.

Dejé caer la cabeza entre las manos susurrando su nombre mientras suspiraba. Ya podía tener suerte para que Bree no lo llevara a juicio ni pintara «#MeToo» por toda la valla publicitaria de la entrada del vivero. Ni siquiera quería saber a cuántas mujeres les había hecho eso Steven a lo largo de estos años, desecharlas cuando rechazaban sus insinuaciones. Le había ido a Vero con la misma mierda antes de que se viniera a vivir con nosotros, con la excusa de que no podía permitirse seguir pagándole a menos que ella aceptara hacer unas horas extra en su entrepierna. La había despedido haciendo parecer que solo había prescindido de ella cuando Vero había rechazado de pleno su propuesta sexual.

Con los brazos aún cruzados sobre el tronco, me dirigí hacia el porche delantero.

—Vete a casa, Steven.

—No tengo casa —me respondió. Me paré en medio de la rampa que llevaba a mi cochera y me maldije por darme la vuelta. Él tenía la nariz roja y la cara pálida por la crudeza de la luz que arrojaba la farola—. Esa casa no es un hogar. Sin los niños no.

Qué lástima que hubiera tardado tanto en darse cuenta.

—Steven, ¿qué quieres?

—Quiero tenerlos el domingo —suplicó—. Solo unas horas. Este año los abetos aún no han crecido tanto como para cortarlos, pero he encontrado un vivero que tiene auténticas preciosidades y he pensado que los niños podrían elegir un árbol de Navidad. Bueno, uno para

cada casa.

Me froté los ojos, cada vez con menos excusas para mantenerlos alejados de él.

—Delia tiene clase al día siguiente.

Una brizna de esperanza le iluminó la cara.

—Te los traeré a casa a tiempo para acostarlos. Te lo prometo.

—Vale. —Me acurruqué dentro de la sudadera, demasiado agotada como para discutir—. Les daré de comer pronto para que puedas recogerlos a las cinco.

Me giré hacia mi casa, esa que de pronto Steven quería decorar con el árbol perfecto. La misma de la que se había marchado porque le había parecido que otro árbol daba mejor sombra. Seguía de pie en la rampa, con las manos en los bolsillos, y el vaho denso de su aliento flotaba en el aire cuando me observó cerrar la puerta.

Capítulo 4

El aparcamiento de la biblioteca estaba casi vacío cuando abrieron las puertas el sábado por la mañana, pues el resto del mundo probablemente seguía dormido, en un coma provocado por el pavo y a la espera de que los botones de los pantalones volvieran a encontrarse. Hasta yo me noté los pantalones de yoga demasiado ajustados cuando me los puse esa mañana. En vez de esos, me decanté por los cómodos de chándal que me había puesto el día anterior, mientras me decía a mí misma que no era porque todavía guardasen un ligero olor al Jeep de Julian.

Con una de las gorras de béisbol de Vero bien calada para cubrirme la cara, rodeé el mostrador de préstamos, con la esperanza de que la única mujer que estaba tras él no oliera el café humeante que llevaba escondido debajo del abrigo ni se diera cuenta del sándwich de sobras de Acción de Gracias que iba metido en el maletín del portátil gracias a sus superpoderes de bibliotecaria, antes de tomar el camino más largo para ir hasta el grupo de cubículos más alejado con ordenadores para uso público. Tras asegurarme de que nadie me andaba acechando por las estanterías, me afinqué delante de un monitor al fondo de la sala.

Saqué el sándwich y el café y rescaté el móvil del maletín del ordenador. El corazón me dio un brinco al ver una notificación nueva en la pantalla. La abrí, pero el mensaje no era de Julian. Era de mi madre, que me recordaba que mañana recogiera pronto a los niños, para que le diera tiempo a ir a la primera misa de la tarde.

Picada por la curiosidad, abrí Instagram de un toque y busqué el perfil de Julian. No nos seguíamos, pero su cuenta no era privada. Me dije que aquello no era fisgonear mientras mi dedo sobrevolaba su nombre. El pulso se me aceleró al tocar su foto de perfil. No sabía qué pensaba ni esperaba encontrar, pero se me relajaron los hombros cuando las mismas fotos que ya conocía ocuparon la pantalla.

Coloqué el móvil bocabajo sobre la mesa y desvié la atención al ordenador de la biblioteca. Había venido a trabajar, me recordé. A encontrar a Hartita y escribir la muestra para Sylvia. No a espiar a

Julian mientras disfrutaba de sus vacaciones.

Me lo aparté de la cabeza, tecleé la dirección del foro en el motor de búsqueda e inicié la sesión utilizando el perfil anónimo que Vero y yo creamos la primera vez que supimos de esa publicación. El foro era enorme: había casi treinta mil usuarias registradas que generaban miles de publicaciones todos los días. Pasé de largo de las salas de chat que ya conocía, orientadas a temas de mujeres: «Red de contactos entre mujeres», «Salud femenina», «Grupos de apoyo de divorcio y duelo»… Después, de los grupos del estilo #vidademamá: «Mamás trabajadoras», «Mamás lactantes», «Mamás maestras», «Mamás en plena operación pañal»… Me detuve en este último y antes de seguir bajando me apunté en una nota mental que debía volver después. Vero y yo habíamos encontrado los subgrupos más sospechosos hacia el final de la página, sepultados bajo los chats de quedadas para que los niños jueguen y de reuniones de clubes de lectura. Por ejemplo, el de «Mujeres ahorradoras», donde traficaban con códigos de descuento como si fueran drogas; el de «Mamás oso», donde intercambian métodos para espiar a sus hijos adolescentes herméticos y a sus maridos infieles, y el de «Chicas ingeniosas», con «consejos de limpieza para la casa» que ocasiones tomaban un rumbo hacia terrenos escabrosos y en los que había más de una publicación que se interpretaba como una metáfora para ocuparse de un cónyuge tóxico.

La publicación que contenía el nombre de Steven había aparecido en un grupo llamado «Tardes de despotrique». Pasé rápido por los hilos más recientes y cliqué en el título que rezaba «Mal asunto». Había comenzado como tantos otros —con mujeres que se quejaban de los hombres problemáticos de su vida— antes de tomar un cariz siniestro.

MamáDTres: Creo que es mi deber como ciudadana advertir a todas mis compis mamás de que no traten con Vin, el del salón de belleza que han abierto en Fair Oaks. Lo he pillado escribiéndole a mi hija, que tiene 17 años!!!

MamáSexyDeGemelos: No fastidies!!! Espero que lo hayas denunciado! Ya que estamos con el asunto de hombres que se portan mal, ¿os acordáis de la cita que pedí en esa clínica de fisioterapia de Centreville para que me dieran un masaje por lo de la ciática? Pues uno de los fisios intentó meterme mano. Un pervertido de la cabeza a los pies. Tienen que librarse de él sí o sí.

GalletaDeCanela: ¡UF! Siento que tuvieras que pasar por algo así. ¡Los hombres son unos cerdos! Otro ejemplo: una amiga mía alquiló un Airbnb la semana pasada en Rehoboth y se encontró una puñetera cámara escondida en el baño. No estoy de coña. Busqué el nombre del tío y tiene decenas de alquileres vacacionales a su nombre. Luego os paso un enlace.

FanNumero1deHarryStyles: Qué asco 🤮 Menos mal que tenemos este chat para cuidarnos entre nosotras.

Hartita: Sé perfectamente a lo que te refieres. El dueño de Viveros de Árboles y Tepes de Green Road, en Warrenton, es un buen elemento. Steven Donovan es un mentiroso y un farsante.

LaPresiDelAMPA: Oye… ¿Ese vivero no era el que salió en las noticias en octubre? En el que encontraron tantos cadáveres.

Hartita: Sí y se me ocurren 100 Buenas razones por las que el mundo sería un lugar mejor sin él.

El hilo se acababa ahí, con un silencio desconcertante, tácito pero tangible, que flotaba como consecuencia de la última respuesta. A nadie le gustaba que le recordasen que el césped tan caro que tapizaba el jardín recortadito lo habían sembrado en la misma tierra que el crimen organizado. Y esta publicación resultaba más bien una muestra de solidaridad. Olía a rencor, el lenguaje en clave de los negocios ilícitos.

«Un buen elemento» se parecía espantosamente a un encargo. Y «100 Buenas razones» se parecía sospechosamente a una oferta económica. El nombre completo de Steven y de su negocio estaban escritos bien claritos y lo de «el mundo sería un lugar mejor sin él»… Bueno, esa parte era explícita.

Me relajé un poco al cerrar el hilo. No había habido respuestas nuevas desde la última visita de Vero a una biblioteca, hacía tres días, pero seguía existiendo el problema de averiguar quién era Hartita en realidad. Pasé las horas siguientes metiéndome por las madrigueras del foro, buscando el resto de sus publicaciones, pero, por lo que pude saber, ese mensaje sobre Steven había sido su única contribución. Según su perfil, se había registrado como miembro dos días antes de publicar la oferta y no había vuelto a escribir nada. Pero estaba claro que seguía activa: su último inicio de sesión había sido unas horas antes esa misma mañana.

—¿Quién eres? —pregunté contemplando el escueto perfil de Hartita.

Claramente era una mujer. Alguien a quien Steven había mentido o engañado. Alguien de valor moral cuestionable. Mi reflejo semioculto me devolvió la mirada desde el cristal y me pregunté si Hartita estaba al otro lado, acechante en la sombra, a la espera de que alguien le contestara.

Capítulo 5

El domingo por la mañana salí por última vez de la biblioteca con exactamente cero pistas sobre la identidad de Hartita y todavía menos sobre el argumento de mi próximo libro. Recogí a Delia y Zach de casa de mis padres y me sentí aliviada sobremanera cuando la puerta de mi garaje se abrió con dificultad y vi el Charger de Vero aparcado dentro. Sujetando a Zach con un brazo y cargando con las dos maletas de ruedas, el portátil y el bolso del bebé con el otro, me peleé con la puerta de la cocina hasta conseguir abrirla.

—¡Vero! —la llamé.

Zach se me escurrió de los brazos y gateó hasta el cuarto de los juguetes. Delia tiró el abrigo en una silla. El eco del nombre de Vero rompió el silencio de la casa. Solté las maletas y los bolsos en el suelo, esperando que entrara como un rayo en el salón con ánimo alegre después de todo un fin de semana lejos de nosotros. Volví a llamarla mientras rescataba del bolso del bebé un vaso infantil vacío y lo dejaba en el fregadero, que me sorprendió encontrar lleno de los platos del desayuno que no me había dado tiempo a lavar esa mañana, antes de irme a toda prisa a la biblioteca. La cafetera seguía medio llena de posos fríos y la encimera, salpicada de migas de tostadas.

Aunque no había sido mi intención dejarle ese desorden, no era propio de Vero pasar de largo sin recogerlo.

Me quedé plantada al pie de las escaleras del recibidor, tratando de escuchar en el piso de arriba el sonido de una ducha abierta o los fuertes bajos del reguetón a través de las paredes de su habitación.

—¿Dónde está Vero? —me preguntó Delia.

—Debe de estar echándose una siesta. ¿Por qué no vas a jugar con tu hermano? —le sugerí, llevándola a empujoncitos hacia el cuarto de los juguetes.

Subí las escaleras hasta el dormitorio de Vero. Una música suave salía de la puerta cerrada, una balada triste de una *boy band* que nunca había oído y de la que estaba segura de que se burlaría si la pusieran en la radio de su coche. Llamé y oí el crujido del somier y un leve sonido de pies arrastrados por el suelo. Abrió la puerta y se

asomó por la rendija, vestida con partes de dos pijamas diferentes que casi seguro que eran míos. Tenía los ojos rodeados de un rímel que no se había reaplicado en todo un día, medio escondidos tras los mechones de pelo oscuro y enredado que se le desparramaban desde el moño flojo que llevaba en la coronilla.

—¿Quién eres tú? —le pregunté empujando la puerta para abrirla—. ¿Y qué has hecho con mi niñera?

Esperé a que me recordara que en realidad era mi contable, pero Vero se giró sin más hacia la cama y se dejó caer bocabajo. Me senté en el borde del colchón, introduje la mano entre la almohada y su cara y presioné la palma contra su frente. No tenía la piel ni destemplada ni caliente, pero el pelo le olía ligeramente a antro.

—Qué bien ha estado el finde con tu primo, ¿eh? —No sería la primera vez que viniera a casa con resaca después de haber salido con Ramón por la noche. Pero era la primera vez que venía de casa de su primo con ese aspecto melancólico. Hundió más la cara en la almohada y un nudo de preocupación se me agarró al pecho—. ¿Quieres hablar de ello?

—No —respondió con voz amortiguada.

Estaba casi segura de que solo había una cosa que pudiera sacarla de ese bajón.

—Entonces levántate —dije, poniéndome de pie y quitándole la almohada a rastras de debajo de la cabeza, lo que le levantó el pelo con electricidad estática—. Nos vamos de compras.

Abrió un ojo, grande e indeciso.

—¿A comprar qué?

—Los regalos de Navidad. Y de camino algo de comer en el Dairy Queen. —Vero no conocía ningún perrito caliente con chile ni ningún batido que no le gustara—. Pero si estás demasiado cansada como para venir…

—No te vayas —me dijo irguiéndose de golpe en la cama—. Y no compres nada sin mí. Voy contigo.

Dos minutos después, la ducha escupió al abrirla en su cuarto de baño y el nudo de preocupación por fin comenzó a deshacerse. Era evidente que Vero tenía problemas con su familia y, por mucho que me encantara que se sintiera como en casa con la mía, me molestaba que no pareciera dispuesta a confiar en mí para contármelo.

Después de pasar rápidamente por el autoservicio del Dairy Queen, empezó a animarse, para volver a desanimarse en cuanto estacioné el

monovolumen en el aparcamiento abarrotado de unos almacenes de construcción y equipamiento del hogar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Vero.

—Comprar —contesté.

—Has dicho que íbamos a hacer las compras de Navidad. Esto no son compras de Navidad —se quejó mientras sacábamos a los niños del monovolumen y los llevábamos hasta la tienda—. Las compras de Navidad se hacen en un centro comercial. O por Internet en el último momento, con pan de jengibre y bastones de caramelo al lado. O en el sofá viendo el canal de teletienda en pijama y pantuflas de pelito. —Tomó un folleto de cupones del dependiente de la puerta.

Planté a Zach en la parte delantera del carro. Se meneó en el asiento y trató de alcanzar con sus dedos regordetes y pegajosos los ventiladores de techo que giraban a baja velocidad en el pasillo de iluminación; su lloriqueo alto y estridente cobraba fuerza cuanto más empujaba el carro en dirección contraria. Cogí un desatascador de tuberías del expositor del final del pasillo y se lo puse en el regazo, distracción con la que logré silenciarlo.

Vero se lo arrancó de las manos.

—Hazme caso, chaval. Tu mamá ya tiene a alguien que le desatasque las cañerías. —Le dio una bolsa de Cheerios en cuanto comenzó a protestar.

Le entregué a Vero una lista.

—A ver si me puedes encontrar estas cosas. Georgia quiere un kit de mantenimiento para el coche y mamá quiere uno de esos comederos para pájaros que se acoplan a la ventana. Ya que vas a Jardinería, en casa nos vendría bien una pala para la nieve. Yo voy a tirar hacia la sección de las herramientas para pillarle algo a mi padre.

—Toma —dijo, renunciando a su catálogo de cupones—. Cíñete a los artículos rebajados. No te gastes mucho. Acabamos de saldar las deudas de tus tarjetas de crédito.

Desapareció entre la multitud con Delia detrás. Empujé el carro hacia un pasillo repleto de clientes y vendedores y cogí el último taladro inalámbrico que quedaba en el expositor circular para mi padre y lo eché en el carro con aire triunfal. Pasé de largo de los paneles de herramientas para el hogar. El pasillo estaba lleno de mujeres, todas con listas de regalos impresas, probablemente para los maridos. Me pregunté cuántas de ellas tendrían vacío el banco de trabajo del garaje dentro de un año.

Mis pensamientos acabaron en aquella dichosa paleta de jardinería rosa colgada del banco de trabajo de mi garaje, la única herramienta que Steven se había molestado en dejar en el panel cuando se marchó de casa. Pensé en todos esos ganchos vacíos y los cajones llenos de polvo. En lo que tardamos Vero y yo en encontrar simplemente una puñetera pala para enterrar un cadáver. Zigzagueando entre las multitudes de clientes, empecé a coger del panel una cosa de cada: destornillador, martillo, cinta métrica, linterna de mano y un juego de alicates de tamaños, formas y colores variados. Pensándolo bien, a lo mejor me quedaba el taladro inalámbrico para mí. Pillé un megasurtido de Duracell y lo eché al carro.

Zach se terminó los Cheerios y empezó a protestar otra vez. Habían pasado treinta minutos, ya me estaba preguntando a dónde se habría ido Vero cuando dobló el extremo del pasillo con otro carro y se paró a mi lado.

—¡Mira, mamá! —dijo Delia balanceando los pies por los agujeros del asiento—. Se me están soltando los dientes. El ratoncito Pérez va a venir y me va a dar mucho dinero. —Delia se empujó los dientes delanteros con la punta de la lengua. Entrecerré los ojos y me incliné para verlos mejor. Apenas se movían.

—Yo creo que todavía no se te van a caer.

—Por eso Vero me ha comprado uno de estos. —Delia blandió un par de alicates. Se los arrebaté antes de que se los introdujera en la boca y se los cambié por mi iPhone; luego eché la herramienta al carro de Vero.

Esta miró con una sonrisita el contenido del mío.

—Parece que alguien se ha vuelto un poco loca con las pilas. Pensaba que Julian solo iba a estar fuera una semana. —Bajó la voz a un tono cómplice—. Si necesitas alguna herramienta eléctrica, Stacey, la vecina de nuestra calle, acaba de abrir un negocio en su casa de venta de juguetes para adultos. Las pilas vienen gratis con cada compra y te ofrecen discreción en la entrega.

Un empleado adolescente de la tienda dejó de reponer para quedarse mirándonos. Las mejillas me ardían.

—No necesito esa clase de herramientas, muchas gracias —solté rápidamente.

—Finn, he visto el cajón de tu mesilla de noche y he de mostrarme en total desacuerdo. —El empleado puso los ojos como platos—. ¿Qué miras? —le dijo, lo que llamó la atención de los demás clientes del

pasillo.

Cuando las últimas miradas curiosas volvieron a sus respectivos carros, bajé la voz y dije:

—Esto no tiene nada que ver con Julian. Es que estoy cansada de ver el tablero vacío cada vez que entro con el coche en el garaje. No tengo por qué depender de Steven o mi padre cada vez que se me rompe algo.

Vero y yo éramos perfectamente capaces de ocuparnos nosotras solas de apretar un tornillo suelto de vez en cuando. Alargué el brazo para coger un rollo doble de cinta adhesiva plateada y lo solté dentro del carro.

—Dado que es evidente que no has llegado a jugar a los médicos con tu novio, ¿qué tal ha ido la escritura?

Gruñí, evasiva.

—Me he pasado el fin de semana entero buscando a Hartita por el foro.

—¿Ha habido suerte?

—Ni una pizca.

—Yo tampoco.

Detuve el carro de golpe, agarré el de Vero y la obligué a frenarlo.

—¿Te has metido en el foro desde la casa de tu primo? —le susurré.

—¡Claro que no! —dijo haciendo una mueca—. Lo hice desde los ordenadores del vestíbulo de un hotel.

—¿De qué hotel?

—Eso da igual. Lo importante es lo que he encontrado.

Ahogué un grito.

—¿Has dado con Hartita?

—No, pero escucha —dijo, con la cabeza pegada a la mía mientras reanudábamos despacio la marcha—. Alguien que se hace llamar LimpioFácil ha estado ganando un dineral en ese foro. De pronto aparece una publicación, toda enigmática y redactada de forma poco clara, habitualmente de alguna mujer que busca «deshacerse de algo grande» y que necesita a alguien que «se lo lleve a cambio de dinero». O alguna madre que es «incapaz de quitar una mancha» y que está dispuesta a pagar a alguien que la «ayude a sacarla». —Vero seguía hablando bajo y añadía a cada descripción unas comillas con una mano—. Unos días después, LimpioFácil responde con unas preguntas bien redactadas, hasta que queda claro que ella y quienquiera que publicara el mensaje hablan en el mismo idioma. Luego LimpioFácil y

su clienta nueva continúan la conversación en privado. Lo siguiente que se ve es que el hilo muere ahí…, e imagino que ese marido tan grande y guarro también.

—¿Estás segura? ¿No estarás malinterpretándolo? —le pregunté, dubitativa—. Si la tal LimpioFácil es de verdad una asesina a sueldo, ¿por qué no respondió a las publicaciones de Patricia Mickler? —Según Patricia, había pasado meses en ese foro buscando a alguien dispuesta a eliminar a su marido antes de rendirse y pedírmelo a mí.

—LimpioFácil es una pro-fe-sio-nal. Probablemente estudie primero a sus objetivos. ¿Tú habrías matado a Harris si hubieras sabido que estaba falsificando las cuentas para la mafia?

—No subas la voz —siseé—. Y yo no he matado a nadie.

—¡Finn, te digo que la tal LimpioFácil está haciendo una buena limpia! Esos trabajos no son baratos. He visto que ha aceptado por lo menos tres en las últimas dos semanas.

—¿Por qué no has dicho nada?

—No tenía datos suficientes para trazar un patrón. No estaba segura de lo que veía hasta que surgió ese tercer trabajo, y tampoco quería preocuparte por nada. Pero le hace a una preguntarse…

—¿Preguntarse qué?

—De dónde sale todo ese dinero… —Vero se golpeteó la barbilla y alcanzó mi folleto—. Tienen un arcón congelador en liquidación donde los electrodomésticos. Yo diría que nos cabe en el garaje.

Se rio mientras le arrebataba el catálogo de cupones.

—¿Dónde está la pala para la nieve? ¿Y el comedero para pájaros de mi madre?

Vero suspiró y miró el carro con el ceño fruncido.

—Supongo que Delia y yo nos hemos distraído.

La muchedumbre estaba empezando a disolverse cuando llevamos los carros por el ancho pasillo central en dirección a Jardinería. Miré la hora en el móvil.

—Vamos a tener que darnos prisa. Steven viene a recoger a los niños dentro de una hora para llevarlos a comprar el árbol de Navidad.

—No me puedo creer que dejes que se vayan con él —murmuró Vero para que Delia y Zach no lo oyeran.

—¿Y qué alternativa tengo? —Tenía el derecho legal a estar con ellos y un abogado insultantemente capaz—. De verdad, me gusta tan poco como a ti, pero van a estar en un lugar público. Y las dos hemos

comprobado el foro este fin de semana. Ha pasado un mes y nadie ha respondido a la publicación, y de todas formas está debajo de cientos de mensajes nuevos. Estoy segura de que a los niños no les va a pasar nada.

—No sé, Finn —dijo mientras doblábamos la esquina del pasillo de jardinería—. LimpioFácil ha estado muy ocupada. ¿Y si ya está por ahí, siguiendo a Steven?

—Lo dudo mucho. —A pesar de que lo dije, se me retorcieron un poco las tripas. No me gustaba la idea de que estuvieran por ahí con Steven cuando tenía una diana en el pecho—. Quiero decir que no puedo llamarlo y decirle que no puede pasar tiempo con los niños si no estoy yo. Ya he insistido en que iría con ellos durante todas las visitas de este mes. Está empezando a sospechar algo.

Vero ladeó la cabeza mientras escudriñaba la selección de comederos para pájaros.

—Quizá haya otra manera de no perderlos de vista sin ir con ellos.

—¿A qué te refieres?

Retiró un par de prismáticos del expositor de observación de aves y los soltó en mi carro.

—¿Es que no has aprendido nada de tus excursiones con el inspector Anthony?

Capítulo 6

Vero y yo estábamos repantigadas en los asientos delanteros de un sedán Chevrolet viejo, envueltas en abrigos de invierno, gorros de lana y bufandas, con dos cafés humeantes y una caja medio vacía de Dunkin' Donuts entre las dos. Ella había dejado el Charger en el garaje de Ramón y había tomado prestado un juego de llaves de uno de sus coches de sustitución. Cuando Steven vino a recoger a los niños, los ayudé a ponerse los abrigos, le enganché a Delia la mochila en los hombros y los despedí animadamente con la mano mientras la camioneta salía de la rampa de mi cochera. Luego cogí el abrigo, eché la llave a la puerta de casa y salí disparada a juntarme con Vero, que me esperaba en la cuneta. Habíamos seguido a Steven hasta el vivero de árboles de Navidad, con cuidado de mantener la distancia, y habíamos dado marcha atrás para quedarnos en una plaza de aparcamiento a oscuras, al final de la explanada de grava.

Vero entornó los ojos al mirar por los prismáticos.

—¿Nos ponemos un poco más cerca?

—Si nos acercamos más, puede que nos vea.

La finca de árboles de Navidad estaba abarrotada de coches y las cuidadas líneas de píceas precortadas, abetos y pinos, iluminadas por las cálidas luces blancas que había colgadas de unos armazones de madera. Por encima, los altavoces emitían música navideña y los dependientes del vivero, con sombreros de elfo, caminaban entre las filas recogiendo el dinero de los clientes y llevando los árboles a los coches que los aguardaban.

—¡Ahí están! —dijo Vero señalándolos por el parabrisas. Me incorporé, dejé el café en el sujetavasos y me incliné para ver a Delia y Zach mientras ella me pasaba los prismáticos. Zach se retorcía bajo un brazo de Steven; Delia lo conducía entre los árboles tirando del otro. Movía la boca, pero no oía nada.

—Sube el volumen.

Vero ajustó la clavija azul claro del receptor del salpicadero. El parloteo entusiasta de Delia sonó por encima de la estática, amortiguado por el chirrido del vigilabebés, que chocaba con el

interior de la mochila. Lo había encendido y lo había metido dentro de un bolsillo con cremallera justo antes de que Steven recogiera a los niños.

—¿Cuál es el alcance de este cacharro? —preguntó Vero.

—Según el fabricante, va bien en un radio de unos trescientos metros.

Dejé los prismáticos en el salpicadero y me permití dar unos sorbos del café, sintiéndome ligeramente más tranquila con el coche inundado de los balbuceos de Delia.

—Creo que mi madre tiene razón —dije—. Debería contratar a un abogado matrimonialista en condiciones para el tema de la custodia. No estoy para nada a la altura intentando encargarme de Steven yo sola.

—¿Cuánto vale un abogado de verdad?

—Guy cobra doscientos la hora —dije soplando el vapor de mi vaso—. Puede que lo pague ahora que hay dinero en el banco. Estaba pensando también en ofrecer el monovolumen como pago. —Alargué el brazo para coger un dónut. Vero estaba inusitadamente callada. Demasiado. Ni siquiera se quejó cuando cogí el único de crema de chocolate—. ¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si pasara algo.

—No pasa nada. —Dejó en la caja un dónut a medias y se limpió una mancha de azúcar glás de los pantalones.

—La semana pasada me estabas dando la lata con que me comprara un coche nuevo. ¿Por qué de pronto nos preocupamos tanto de acumular cupones y comprar congeladores en liquidación en el almacén?

—¿Es que necesito un motivo para tomar mis sabias decisiones económicas?

—¿Cuánto queda en la cuenta, Vero?

Deslizó la mirada despacio hasta la mía.

—¿Antes o después de las compras de Navidad?

Me quedé boquiabierta.

—¡Estarás de broma! ¿Y todo el dinero de Irina? —La esposa rica del mafioso ruso nos había pagado setenta y cinco mil bien frescos. Y más que frescos: escondíamos los fajos en el congelador—. ¡No es posible que nos hayamos gastado todo ese dinero en un mes!

—No lo hemos gastado. Lo he invertido.

—Pues «desinviértelo». ¿Tan difícil es vender unas acciones?

—Esas cosas no funcionan así, Finlay. Tienes que dejar reposar el dinero.

—¿Y cómo se supone que voy a pagar las facturas mientras tanto? ¡Y no me digas que asesinando gente!

—¡No lo sé! —dijo alzando la voz—. Utilizaremos el dinero de tu próximo libro. Cuanto antes tengas listo el manuscrito, antes nos pagarán. —«Nos». Lo había soltado en plural como si fuera ella la que se tenía que sentar delante del teclado a escribirlo—. De todas formas, ¿cuándo lo vas a terminar?

Me giré y miré por la ventana para captar una imagen fugaz de Delia y Zach, que corrían desordenadamente entre las filas de árboles de Navidad mientras Steven les pisaba los talones.

—Mejor ni te lo digo.

Nos quedamos en silencio mientras la tensión entre nosotras se acercaba a su punto álgido. Vero empezó a removerse.

—A lo mejor es que estás quemada del suspense romántico —dijo girándose hacia mí—. A lo mejor necesitas explorar nuevos terrenos. O sea, ponerte un desafío artístico. He estado leyendo sobre una tendencia nueva. Ahí hay un mercado sin explotar.

—¿De qué?

—Porno de dinosaurios. —Me atraganté con el café—. Te lo digo en serio, Finlay, que he estado haciendo todos los cálculos y el porno de dinosaurios va a ser el próximo pelotazo.

Me giré mirándola con la boca abierta.

—¿Cómo puede ocurrir eso siquiera?

—Yo también me lo preguntaba, así que me descargué algunas muestras. —Dobló los codos para imitar los brazos diminutos de un tiranosaurio—. Al parecer, las manos del héroe dinosaurio eran bastante pequeñas, pero a nuestra heroína no le importa, porque se compensa de sobra con su megaenorme…

—¡Para! —Me tapé los ojos, decidida a evitar imaginármelo—. No quiero saberlo.

—Vale. Pero cuando todo el mundo empiece a comprar novelas eróticas de velocirraptores no me digas que no te avisé. —Con los brazos cruzados, echó la espalda contra el asiento y las dos volvimos a mirar por el parabrisas.

Steven se acercó a una dependienta joven del vivero, con cascabeles en el sombrero y unas tetas extremadamente generosas. Se

inclinó hacia ella para señalar un árbol y lanzó una miradita por dentro de su jersey cuando fue a sacar la cartera.

—¿Estás viendo eso? —preguntó Vero en tono de indignación—. Le está tirando los tejos a tope a la ayudante de Papá Noel. Es increíble lo predecible que es. Finn, de verdad, no sería complicado quitárselo de en medio. Cien mil darían para un coche muy bueno. Y piensa en todo el dinero que te ahorrarías en abogados.

—Voy a terminar el libro.

Vero negó con la cabeza mientras observaba a Steven a través de los prismáticos coquetear desvergonzadamente con la dependienta.

—De todas maneras, ¿qué fue lo que viste en él?

Si Vero me lo hubiera preguntado un año antes, le habría dicho que su encanto, su iniciativa, su seguridad. Pero al verlo en perspectiva se aclaraban muchísimas cosas sobre nuestra relación. Suspiré.

—Se le daba bien hacerme sentir que lo necesitaba.

—Vaya putada.

—Sí.

Lo vi darle a la elfo su tarjeta de visita, convencida de que le estaba pidiendo el número. Mientras él estaba de espaldas, Zach se alejó gateando y se escapó entre dos filas de árboles. Delia emprendió la marcha tras él. Steven se giró y los llamó gritando. Se metió la cartera en el bolsillo delantero mientras se ponía a correr, casi tumbando un poste con las prisas por pillarlos.

Los tres desaparecieron en la confusión de ramas y troncos. La risa de los niños gorjeaba a través del vigilabebés.

—¿A dónde han ido? —dijo Vero riéndose entre dientes y ajustando el enfoque de los prismáticos.

—Andará intentando atraparlos. Probablemente aparecerán enseguida.

Oímos la risa de Zach desvanecerse y perderse en el ruido que hacía la mochila de Delia al botar. Los gritos de Steven se oían cada vez más lejanos. Alargué el brazo hasta el vigilabebés y subí el volumen. Un instante después, sus voces se callaron.

—¿Por qué ya no los oímos? —preguntó Vero.

Acerqué el receptor al parabrisas. Solo distinguía el susurro del vigiliabebés. El cuello me picaba y tenía la piel de gallina en los brazos. Me estiré para ver a través de la espesura, pero, tras las luces, el vivero era un laberinto de árboles que se adentraba varias hectáreas en la negrura. En esa oscuridad no era capaz ni de averiguar dónde

acababan trescientos metros.

La voz de Delia irrumpió en las interferencias del vigilabebés.

—Papi, ¿dónde estás?

Agarré el receptor sintiendo una tensión en el pecho.

—No pueden haberse ido muy lejos. Los encontrará en cualquier momento.

—¿Papi? ¿Papi? —La voz de Delia temblaba—. ¡Tengo miedo!

Vero y yo abrimos las puertas de golpe, nuestros cafés salpicaron el suelo al caer y cruzamos corriendo el aparcamiento. Nos abrimos paso entre la multitud, murmurando «Disculpe» y «Perdone» y esquivando a toda prisa parejas y familias. Un dependiente con sombrero de elfo saltó delante de mí haciéndome señas para que aminorara el paso. Con el corazón a punto de estallarme en el pecho, lo empujé a un lado. Vero corrió detrás de mí hacia la confusión de árboles que había más allá de la zona iluminada. Nos separamos para ir en direcciones opuestas y llamamos a gritos a los niños. El sendero se oscurecía y se estrechaba a mi alrededor; las ramas me golpeaban en la cara al correr.

—¡Tengo a Zach! —gritó Vero.

—¡Delia!

Me detuve y giré en círculos, aguzando el oído para escuchar su respuesta.

—¡Mami!

Su grito desesperado me llegó en estéreo, a través del vigilabebés de mi mano y de algún punto a mi derecha. Salí hacia allí escopetada, buscándola en cada fila borrosa por la que pasaba, hasta que divisé un destello de su abrigo rosa intenso.

—¡Tengo a Delia! —chillé y caí de rodillas para cogerla en brazos. Vero apareció un instante después con Zach apretado contra el pecho.

—¿Dónde está Steven? —me preguntó entre jadeos que formaban vaho.

—¿Steven? —lo llamé. Un leve gemido contestó desde la oscuridad. Vero y yo fuimos con los niños hacia el sonido, comprobando cada fila hasta que divisamos una silueta tumbada bocabajo sobre la tierra—. ¡Steven! —Delia me rebotaba en la cadera mientras me apresuraba a llegar hasta su lado.

Steven se sentó despacio y se frotó con cautela la nuca. Vero sacó el móvil y le apuntó con él para arrojarle una luz blanca y brillante en la cara. Un hilo rojo le fluía por la sien.

—¡Quítame eso de la cara! ¿Qué narices hace ella aquí? ¿Y qué haces *tú* aquí?

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Se levantó rígido y me apartó la mano de un guantazo cuando intenté ayudarlo a ponerse de pie. Hizo una mueca de dolor al presionarse la herida con los dedos.

—No lo sé. Estaba muy oscuro. Estaba corriendo detrás de los niños. Alguien me ha golpeado por detrás y me ha tirado. Debo de haberme cortado en la cabeza al caer.

Metió la mano en el bolsillo y el alivio lo recorrió entero cuando extrajo la cartera. Se palpó los bolsillos de los vaqueros, la camisa y la chaqueta y frunció el ceño.

—¡Ese gilipollas me ha quitado el móvil!

Delia hundió sus mejillas húmedas en mi cuello.

—Mami, quiero irme a casa.

Zach sollozaba contra el pecho de Vero y succionaba con más fuerza el chupete. Ella le frotaba la espalda dibujándole círculos para tranquilizarlo.

—Voy a llevar a Zach y Delia al coche.

Le tendió una mano a Delia cuando la deposité en el suelo. Steven rechinó los dientes al ver a los tres alejarse hacia el vehículo de sustitución.

—¿De quién es ese coche?

—Eso no importa.

—No puedes llevarte a los niños a casa. No tienes sus asientos de seguridad.

—Me los he traído, por si acaso.

—¿Por si acaso? ¿Cómo debo interpretar eso? —Apagué el vigilabebés y Steven me lo arrebató de las manos—. ¿Qué narices es esto? ¿Me estabais espiando?

No tenía sentido responder a esa pregunta.

—Vero puede llevar a los niños a casa. Dame tus llaves. Yo te llevo a urgencias. Puede que te hagan falta unos puntos.

—No me hacen falta puntos —me espetó.

—Pues al menos déjame que llame a Georgia. Deberías presentar una denuncia.

—Finlay, me habrá atracado algún gamberro. No es para tanto. No me ha quitado la cartera.

—¡Sí es para tanto! Te ha herido. Podría haber herido a los niños.

Si Vero y yo no hubiéramos estado aquí…

—¡A los niños no les habría pasado nada! —Me fulminó con la mirada mientras la sangre le goteaba por un ojo—. Me habría sobrepuesto y habría comprado el dichoso árbol que habían elegido y luego los habría llevado a casa. Pero ni siquiera podías dejarme hacer eso, ¿no?

Vero encendió los faros cuando arrancó el coche.

—Lo hablaremos mañana. Por favor, pon una denuncia —le supliqué mientras me alejaba.

Solo quería sacar a mis hijos de allí. A Steven lo habían atracado, pero no por el dinero. Su cartera estaba en su bolsillo, lo que significaba que quienquiera que lo persiguiera solo quería una cosa: su teléfono. O, más bien, la información que había en él…, su horario, sus contactos, el registro de los lugares que frecuentaba. Todo lo que una asesina a sueldo necesita saber para planear el crimen perfecto.

Vero tenía razón. Que nadie hubiera aceptado el encargo no significaba que no hubiese pensado en hacerlo.

Capítulo 7

El lunes por la mañana amaneció demasiado pronto. Eché las mantas a un lado y aspiré para oler algo. Rodé con el cuerpo y localicé al culpable junto a la cama. Cuando terminé de frotarme los ojos para deshacerme del sueño, Zach ya se había ido y oía sus risillas en el pasillo, claramente concluido con satisfacción su trabajo en mi dormitorio.

Con un fuerte suspiro, me levanté, le di caza y lo acarreé de vuelta a mi habitación para cambiarle el pañal. Sonó un estrépito de sartenes en la cocina, se oía el aceite chisporrotear y el olor de algo saladito subía flotando por las escaleras.

—¡Delia! —grité—. ¡Hora de levantarse y prepararse para el cole!

Entró dando pisotones en mi habitación, con el ceño fruncido, apartándose el flequillo puntiagudo de los ojos, con los tobillos del pijama sueltos y el perrito de peluche colgado de su mano por el cuello. Bajé a Zach para dejarlo en el suelo y movió las piernas antes incluso de patear la moqueta.

—Parece que Vero está preparando el desayuno. ¿Por qué no vais los dos para abajo?

El teléfono inalámbrico se encendió sobre la mesilla de noche que estaba a mi lado. El nombre de Sylvia apareció en la pantalla. Miré la hora en mi móvil y solté una palabrota mientras deslizaba a un lado sus tres llamadas perdidas.

—¡Oh-oooh! —cantó Vero desde la cocina, probablemente porque había visto lo mismo en el inalámbrico de abajo—. Alguien tiene un probleeema. ¡Te lo dije, que tenías que empezar con el libro!

Sopesé las posibles consecuencias de dejar que la llamada pasara al buzón de voz. Pero, conociendo a Sylvia, me seguiría llamando hasta que en algún momento lo cogiera. Me limpié el sudor de las manos y me pegué el teléfono a la oreja.

—Son las ocho en punto —dijo Sylvia antes de siquiera pronunciar un saludo—. Del lunes —aclaró.

—Lo sé. Lo siento.

—He quedado con tu editora dentro de una hora para hablar de tu

propuesta, pero no está en mi bandeja de entrada.

—Quería enviártela. De verdad. Pero se me ha ido el fin de semana. —Recorrí pesadamente el pasillo hasta llegar al despacho, como si la muestra en la que me había negado a pensar durante esos días fuera a aparecer por arte de magia al segundo de abrir el portátil—. Pues, verás…, aquí está. —Me senté a mi escritorio y aparté a un lado varias notas adhesivas escritas y recibos—. Lo tengo todo en la cabeza. Solo que no he tenido la oportunidad de redactarlo. Lo haré ahora mismo, te lo juro. Puedo tenerte algo listo antes de que te juntes con ella a las nueve. —No estaba del todo segura de qué podía ser ese algo, pero ganaría una hora para esclarecerlo.

—Finlay, vamos a dejar una cosa clara. En mi tarjeta de visita no pone «Ayudante de la Sra. Donovan». Soy tu a-gen-te y tienes suerte de conservarme, debo añadir. Tomar dictado de una autora que no se hace cargo de sus fechas de entrega no está en la descripción de mi trabajo, pero, como me gustaría que me pagaran —enfatizó—, por ti lo voy a hacer. Solo esta vez. Pues bien —dijo mientras se oía de fondo el crujido de su silla al acomodarse en ella—, soy toda oídos. Dame todo lo que tengas.

—Vale; todo lo que tenga. —Examiné con cuidado las notas adhesivas arrugadas de la papelera, buscando como una loca las ideas horribles que había apuntado y descartado en el último mes. La mayoría de las dichosas notitas solo eran listas de la compra y recordatorios. Despegué la más reciente de la pantalla del portátil y me reí sombríamente entre dientes de la ironía al ojear el primer elemento de la lista:

Entrega de Sylvia para el lunes.

«Asombroso. Bravo, Finlay.»

Sylvia resopló con impaciencia y salté al siguiente elemento de la lista:

Contactar con Guy para cancelar las visitas.

—Pues, hay un hombre…, un padre —empecé a decir despacio, recopilando los pensamientos que tenía esparcidos en la cabeza— que… era un empresario de reputación cuestionable que se había ganado un montón de enemigos. —Cerré los ojos, tanteado la inspiración en la oscuridad. Necesitaba un inicio que diera miedo. Un

lugar donde pudiera ocurrir algo intrigante y aterrador—. El hombre estaba fuera… —dije—, haciendo senderismo por unos pinares sombríos con sus hijos… cuando lo atacan por detrás y lo asesinan brutalmente.

—¿Cómo lo asesinan?

—Eeeh… Por un traumatismo craneoencefálico cerrado.

—Estupendo. Sigue.

—Bien…, pues…, nuestra sicaria… estaba en un árbol, acechando al hombre. En teoría era su próximo objetivo. Verás, él estaba divorciado y su exmujer había estado ocultándole a los niños porque sabía que era peligroso.

—Síííí. —Sylvia soltó la palabra en un tono halagüeño.

Casi la oí inclinarse en la silla mientras yo echaba un vistazo rápido al siguiente recordatorio de la lista:

Ir a objetos perdidos del cole a ver si están los guantes de Delia.

—Pero el hombre la encontró —proseguí—. Secuestró a los niños del colegio y se los llevó enseguida a una cabaña perdida en el bosque, adonde estaba seguro de que nadie iría buscándolos.

—Qué cabrón —susurró Sylvia.

—Entretanto, uno de los enemigos del hombre ya estaba harto.

—¿De qué?

—No lo sé —dije tirando la lista en el escritorio—. Todavía no he definido eso. Cualquiera de las razones por las que matan gente los malos: dinero, celos, venganza, lo que sea… Así que este enemigo misterioso contrató a nuestra sicaria para matarlo. —Me levanté de la silla y las palabras me salieron apresurada y libremente a medida que tomaba velocidad, como si me hubieran quitado al fin un tapón que tuviera en el cerebro—. Nuestra heroína había dado con su objetivo, ya que había seguido su rastro hasta la cabaña, pero, cuando mira por los prismáticos y ve que sus hijos están con él, se da cuenta de que no puede entrar en acción. No es el momento. Ni el lugar. ¿Quién cuidaría de los niños si su padre muriese? ¿Cómo podría llevarlos a un sitio seguro sin desvelar su identidad secreta? —Sylvia se había callado. No estaba del todo segura de lo que significaba, pero seguí adelante, pues la historia se volvía más dramática a medida que la muestra cobraba vida propia—. Nuestra sicaria, encaramada al árbol, lidia con esta decisión mientras observa al hombre y sus hijos desde la distancia. Entretanto, sin saberlo, alguien más los acompaña en el

bosque. Había empezado a nevar. Todo se iba volviendo oscuro y frío y la visibilidad era escasa. Justo cuando el hombre y sus hijos se giran para ir hacia la cabaña, otra asesina salta de entre la espesura, mata al objetivo de nuestra sicaria y abandona a los niños a su suerte.

—¡No! —exclamó Sylvia ahogando un grito.

—Nuestra heroína se ve obligada a tomar una decisión: exponerse y salvar a los niños de una muerte segura a medida que las temperaturas caen y se acerca la noche, o perseguir a la otra asesina, que le ha quitado su recompensa.

Sylvia habló con la voz entrecortada y apremiante:

—¿Y qué hace?

—Salva a los niños.

—¡Lo sabía!

—Pero durante el proceso de entregárselos a las autoridades la detienen por el propio asesinato.

—Pero se escapa —exige mi agente.

—No, va a la cárcel.

Sonó algo, como si Sylvia hubiera golpeado los tacones contra el suelo.

—Espera un momento —dijo repiqueteando con las uñas acrílicas el teléfono mientras se lo cambiaba de oreja—. ¿Va a la cárcel? Ya estamos en el segundo acto y no he oído nada de ninguna subtrama. ¿Dónde está la historia de amor? ¿Dónde está el sexo? ¿Cómo va a seguir lo suyo con el poli buenorro si está entre rejas?

Me pellizqué el puente de la nariz.

—No hay poli buenorro.

—¿Y el poli del primer libro?

¿Por qué todo el mundo estaba tan obsesionado con él?

—No aparece en este.

—¿Por qué? A todo el mundo le gustó.

—Porque ahora está enamorada de un abogado.

—¿Y se lo montan en la cárcel?

—Estoy llegando ahí.

—Bueno, pues llega un poquito más rápido. Voy a tomar un taxi en doce minutos.

Me derrumbé en la silla, desanimada y preparada para acelerar con el resto, convencida de que Sylvia iba a rechazar toda la propuesta.

—Así que se enamora del abogado al que le han asignado el caso. Es joven, inteligente…

—¿Y está bueno?

—Y está bueno.

—¿Tanto como el poli?

—Quizá más. ¡Porque él sí la cree, Sylvia! —Y también creía en el principio de Hanlon, la pizza y la cerveza—. Le jura que va a demostrar que es inocente. Pero entonces… —Me quedé sin respiración, buscando a duras penas la lista.

Encontrar a un abogado.

—Entonces el abogado desaparece —dije dando un golpe en el escritorio—. Desaparece sin dejar rastro. No la llama. No le escribe. —Omití la parte en la que probablemente estuviera tirado en la playa, untado de aceite corporal y bebiendo cerveza con un grupito de universitarias en bikini—. Y en su interior sabe que alguien lo ha secuestrado, o algo peor, para asegurarse de que ella se pase toda la vida en prisión.

—¿Y entonces es cuando se escapa? —me interrumpió Sylvia.

Di un suspiro.

—Claro, ¿por qué no?

—Decidida a encontrar a su abogado buenorro a toda costa. Me encanta. Así lo vamos a llamar, Finn. —Solo oí el bolígrafo de Sylvia caer sobre su escritorio—. *El encargo 2: a toda costa.*

—Vale. —Que lo llamara como quisiera. Con suerte, a lo mejor hasta me lo escribía ella.

—Debo decirte, Finlay, que he dudado de ti sin motivo. Creo que tienes algo grande entre manos. Parece muy cinematográfico. Quizá podamos venderlo para que lo lleven a la pantalla.

—Quizá no deberíamos…

—Me tengo que ir corriendo. Voy a llegar tarde a la cita con tu editora. Te escribo luego un correo y te digo lo que le parece.

La línea se cortó. Volví a dejarme caer contra la silla procesando todo lo que le acababa de contar a Sylvia, analizando la muestra por si algo podía volverse en mi contra. Parecía una opción bastante segura.

El murmullo de un motor sonó cerca de mi casa.

Me levanté y bajé las lamas de las persianas. Solté un gemido al identificar la *pickup* familiar que estaba en la rampa.

Vero estaba asomada a la ventana del recibidor cuando bajé a toda prisa las escaleras, en bata y pantuflas.

—¿Qué hace Steven aquí?

—No tengo ni idea.

—Si la cosa no ha ido bien con Sylvia, siempre podemos matarlo —sugirió.

Una ráfaga de aire gélido entró por la puerta cuando la abrí. Steven estaba en el porche con una camisa de franela gruesa y un pino enorme encajado bajo el brazo. Sus botas de trabajo desprendieron tierra sobre la alfombra del recibidor y el árbol soltó agujas cuando cruzó el umbral con él.

—¡Papi! —chilló Delia, que bajó volando la escalera y se lanzó hacia el brazo que Steven tenía libre. Sonaron unos golpes pesados por la casa cuando Zach siguió deprisa a su hermana.

—Hola, calabacita.

Steven la besó en la cabeza y la devolvió al suelo. Una venda le asomaba de debajo del gorro de lana y un moratón le coloreaba la mejilla.

—¿Qué es todo esto? —Hice una mueca de desagrado cuando las ramas superiores del árbol rozaron el techo y la copa se dobló al apoyarlo contra la pared. Zach gateó hacia él para acariciarlo. El alivio de Steven casi se podía tocar.

—Me sentía mal por lo que pasó anoche en el vivero, así que lo primero que he hecho esta mañana ha sido volver y comprar el más bonito que he encontrado.

Vero levantó una ceja.

—Es un poquito grande, ¿no?

Steven alzó la mirada hacia él.

—Lo puedo podar si queréis. La chica de la finca me ha dicho que es mejor escoger uno más grande que quedarse con uno que no llene el espacio.

Vero bajó la mirada hasta la entrepierna de Steven.

—Habrá quedado satisfecha. —Encogió los codos hacia el costado y encorvó las manos para imitar las garras de un dinosaurio al pasar a mi lado en dirección a la cocina.

A Steven se le puso la cara roja.

—¿A qué ha venido eso?

—Mejor que no lo sepas. —Le señalé con un gesto la venda de la sien—. ¿Cómo te encuentras?

Se quitó el gorro tirando de él y sujetando la gasa.

—Dos puntos —dijo, avergonzado. Metió la mano en el bolsillo y me mostró el móvil—. Y mira lo que he encontrado en el suelo de la

camioneta esta mañana. Debió de caérseme anoche cuando estaba sacando a los niños.

O LimpioFácil consiguió lo que necesitaba del teléfono y lo devolvió oportunamente.

—Alguien te ha herido. Deberías hablar con la policía.

—¿Para contarles qué? ¿Que iba corriendo a oscuras y que me di un golpe en la cabeza? Finn, solo fue un accidente tonto. No hay nada que hablar. —Olisqueó el ambiente—. Huele bien. ¿Qué hay de desayuno? —Su tono alegre sonó un poquito forzado.

Delia dio palmas.

—¡Vero está haciendo patatas fritas mojadas!

Steven frunció el ceño.

—¿Les va a dar patatas fritas a los niños para desayunar?

—¡Son chilaquiles! —le espetó Vero desde la cocina—. ¡Y para ti no hay!

—No esperábamos visita —le expliqué.

—No pasa nada —dijo con una sonrisa tensa—. Estaba pensando en pasar a por unas tortitas después de dejaros el árbol de todas formas. Pensé que a lo mejor Delia y Zach podrían venir conmigo.

—Delia tiene cole.

—La puedo llevar después.

Eché un vistazo por la ventana a la camioneta. Poco se imaginaba él que LimpioFácil podría estar vigilándola incluso ahora mismo.

—¡Porfi, mami! —me suplicó Delia, colgada de mi brazo—. ¡Quiero ir a por tortitas con papi!

—Tienes cole dentro de menos de una hora y Vero ya está cocinando.

—Si es que se puede llamar «cocinar» a hacer unas patatas fritas —murmuró Steven.

Rechiné los dientes y llevé a Delia a empujoncitos hacia la cocina.

—Ve a comerte el desayuno. Llévate a tu hermano. Vas a llegar tarde a clase. —Hizo un mohín arrastrando los pies. Esperé a que ya no pudieran oírnos antes de tomar a Steven del brazo y girarlo hacia la puerta—. Gracias por el árbol. Y gracias por el ofrecimiento de llevarte a los niños, pero no es para nada un buen momento.

—¿De qué narices va esto? —me preguntó sujetando la puerta cerrada—. Cada vez que llamo, tienes alguna excusa para no dejarme verlos.

—No son excusas, es que hemos estado ocupadas.

—Es por Theresa, ¿verdad? Estás asustada por lo de los cadáveres que encontraron en el vivero.

—¿Qué quieres que te diga, Steven?

—No sé en qué estaba metida Theresa, pero yo no tengo nada que ver. Me conoces, Finn. Sabes que nunca me habría involucrado en algo así.

—Ah, ¿sí? Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, me pregunto si siquiera te conozco.

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Eso no es justo. A mí me conoces desde hace más tiempo que a ella —dijo señalando la cocina—. ¡Tienes a una extraña que conoces desde hace menos de un año viviendo en tu propia casa, llevando a Delia al colegio y pasando todo el día con Zach! ¿Qué sabes de ella en realidad?

—¡Es su canguro, Steven!

—¡Y yo soy su padre! Quiero ver a mis hijos.

Eso no se lo podía discutir. Tenía todo el derecho a pasar tiempo con ellos. No quería separarlo de Delia y Zach más de lo que él quería separarse de ellos. Pero la verdad estaba encerrada en una caja de Pandora que no me podía permitir abrir.

—Los vas a ver. Pero esta mañana no.

Lo rodeé para abrir la puerta.

—Quiero tenerlos este fin de semana.

Asentí de manera ambigua.

—Te llamaré más adelante esta semana y fijaremos una hora para que vengas a visitarlos.

—Finn, no. —Me observó de cerca. Los ojos azules le ardían de rabia—. Los voy a recoger del colegio el viernes. Sin vigilabebés. Sin espiarme desde el coche. Van a pasar el fin de semana conmigo, el fin de semana entero, o, si no, llamo a Guy.

Echó una última mirada al árbol al abrir la puerta y la cerró dando un golpe. Di un respingo cuando Vero me puso una mano en el hombro.

—Sabía que deberíamos haber comprado una pala extra.

Capítulo 8

El centro comercial estaba concurrido para ser un martes a la hora del almuerzo. Las canciones navideñas brotaban de los altavoces que estaban dentro de una maceta, a mi lado, y las letras canturreadas quedaban ahogadas por el bullicio de los consumidores navideños de la zona de restauración y el estrépito de las bandejas de plástico. Tomé un par de sorbos de mi refresco de máquina, observando el ir y venir de la muchedumbre. Vero me había sugerido salir del despacho. A lo mejor un cambio de escenario —ese buen pasatiempo tan pasado de moda de observar a la gente y hacer compras de Navidad— me sacaría de las horas bajas y así me inspiraría la musa. O por lo menos me distraería la mente del hecho de que Julian llevaba fuera cuatro días y no me había escrito mucho. Lo único que tenía hasta ahora era la semilla de una historia: una gánster acusada de un asesinato que no había cometido y un abogado desaparecido que se había enamorado de su clienta. Pero daba igual cuántas horas me pasara con la vista fija en el teclado, que no era capaz de imaginar un final feliz para esa historia.

Mi móvil vibró en la mesa. Fui a cogerlo, pero me desalentó un poco ver que el número de la pantalla no era el de Julian.

Me pegué el teléfono a la oreja y me tapé la otra con un dedo.

—Hola, Syl.

—Tengo grandes noticias que darte —exclamó—. A tu editora le ha encantado tu idea. Quiere ver una muestra. ¿Cómo de pronto podrías conseguirme veinte mil palabras?

Veinte mil palabras era casi la cuarta parte de un libro.

—No lo sé. A lo mejor a finales de año.

Al ritmo al que iba, incluso ese plazo era un esfuerzo.

—¡Estupendo! Le he dicho que lo tendrías el lunes. —Me atraganté con el refresco—. Te debería dar tiempo de sobra para hacer un pequeñísimo cambio.

—¿Qué cambio?

—Quiere que vuelva el poli buenorro a la historia. Escúchame —dijo Sylvia cuando empecé a quejarme—, puedes mantener al

abogado, le ha gustado esa dirección; pero tus lectoras van a estar esperando que el poli aparezca. Le añadirá algo de tensión interna y externa al libro y un segundo interés romántico podría sumarle gracia a la trama.

—Los triángulos amorosos son difíciles de manejar —le discutí.

—Pues te quitas de en medio a uno de los dos en el tercer acto. Deja que el otro la salve y dale un final apasionado al estilo «fueron felices y comieron perdices». Elige el que quieras. Tú solo asegúrate de que el poli buenorro aparece en la muestra. Veinte mil para el próximo lunes, Finlay. No me falles.

Sylvia colgó.

El *pretzel* de Auntie Anne's reposaba a medias, cada vez más frío, en un charco de grasa sobre mi bandeja. ¿Por qué mi heroína necesitaba un héroe que la salvara? ¿Por qué los demás no confiaban en que lo hiciera ella misma?

De hecho, ¿cuándo iba a ser ella quien rescatara a alguien?

Desgarré un bocado de masa con los dientes, cerré el manuscrito, abrí el navegador echando un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que nadie me observara y entré al foro. Podía iniciar sesión y cerrarla en menos de un minuto. Lo justo para comprobar el estado de la publicación. Si no hay daño, no hay delito.

Cliqué en «Mal asunto» y se desplegó el breve hilo.

Paré de masticar y la mano se me paralizó sobre el panel táctil del ordenador.

> LimpioFácil: @Hartita, parece que Steven Donovan es efectivamente un auténtico elemento. He inspeccionado al mentiroso y farsante en cuestión y concuerdo contigo. Podría desaparecer la próxima semana y nadie en este mundo lo echaría de menos. Solo necesito 50 Buenas razones para entablar conversación. Si te ves dispuesta a hablar con alguien que entiende de esto, envíame un MD. Estoy dispuesta a escuchar.

Se me formó un nudo en la garganta.

Me puse de pie y metí el *pretzel* en el bolso, preparada para guardar el ordenador y salir hacia el colegio de Delia. Georgia estaba allí, haciendo su presentación para el Día de las Profesiones. Podría enseñarle la publicación e inventarme alguna historia sobre cómo había recibido una nota anónima en mi buzón (que no era del todo mentira). Podría hacer lo que debería haber hecho semanas antes,

dejar que la policía lo solucionara y…

Tenía la vista puesta en la pantalla cuando apareció un nuevo mensaje debajo de la respuesta de LimpioFácil:

> Hartita: Es muy amable por tu parte. Estaba empezando a preocuparme por si no estaba haciéndolo bien. No tengo mucha experiencia con este tipo de cosas. Agradezco tener a alguien con quien hablar. Pronto te mandaré un mensaje.

Busqué torpemente el móvil en el maletín del ordenador y llamé al número de Vero.

«Porfavorcógelo, porfavorcógelo, porfavorcógelo.»

—Ya puede haber muerto alguien —masculló.

—No puede ser que estés durmiendo. Son casi las once.

—Zach se está echando una siesta, pues yo también.

—LimpioFácil ha aceptado el trabajo.

Se oyó un ruido de mantas. El susurro áspero de Vero de pronto se volvió nítido y vivo.

—¿Qué quieres decir con que LimpioFácil ha aceptado el trabajo?

—¡Pues lo que he dicho! ¡Estoy en el foro ahora mismo! —Una mujer de una mesa cercana me miró de reojo—. Tenemos que hacer algo —siseé.

—A no ser que mandemos a tu ex en un avión a Siberia, no creo que podamos hacer nada.

—Voy a recoger a Delia en media hora del colegio. Georgia está allí, por lo del Día de las Profesiones. Voy a hablar con mi hermana.

Vero inspiró bruscamente.

—¿Para contarle qué?

—Solo lo que tenga que contarle.

—¡No, Finlay! ¡Ni se te ocurra!

Reduje la voz a un susurro áspero y me giré hacia el lado contrario al que estaba la mujer de la mesa contigua.

—Ya viste lo aterrorizados que estaban los niños en el vivero. ¡No puedo quedarme parada mientras alguien intenta asesinar a su padre!

—Si la policía encuentra esa publicación, van a rastrear todo el foro y sabes perfectamente a dónde van a llegar. Ese es el mismo dichoso foro que usó Patricia Mickler cuando estaba buscando a alguien que matara a Harris, antes de encontrarte a ti. Finlay, ese caso está cerrado, Feliks en la cárcel y nosotras de rositas. Pero, si se lo largas a tu hermana, podrían reabrir la investigación antes de que siquiera vaya a juicio. Y las dos podríamos acabar en la cárcel por asesinato.

Me limpié el sudor del labio. Vero tenía razón. Sería enormemente arriesgado implicar a la policía, pero tenía que hacer algo. Una vez que Hartita y LimpioFácil empezaran a conversar fuera del hilo, no habría forma de estar al tanto.

—Finlay. —Era el mismo tono que empleaba Vero cuando mis hijos estaban demasiado callados, cuando las dos sabíamos que no estaban tramando nada bueno—. ¿Qué estás haciendo?

Me acerqué el portátil y cliqué en «Responder al hilo».

—Deberías venirte a casa —dijo muy seria—. Deberíamos hablarlo.

Mis manos volaban sobre las teclas. Era la mayor cantidad de palabras que había escrito en varias semanas. Porque solo podía desarrollar esta escena de una forma.

> Anónimo2: @Hartita: Parece que te conviene hablar con una verdadera profesional. He ayudado a varias mujeres a eliminar de su vida el estrés no deseado y estoy segura de que puedo ayudarte con este problema en particular. No me hacen falta Buenas razones de antemano para entablar conversación. Envíame un MD. Lo solucionaremos.

—Finn, tenemos que ser inteligentes con esto. Sea lo que sea lo que estés haciendo, para.

Hice clic en «Enviar» y alejé el portátil de mí con una exhalación que me sacudió.

Del móvil llegaba un silencio sepulcral.

—Dime que no has respondido.

—¡Ha sido lo único que se me ha ocurrido! —Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar. Para averiguar quién era Hartita. Quizá así ganaría bastante.

—¿Dónde estás? —me preguntó Vero.

—En la zona de restaurantes del centro comercial.

—¿Con tu portátil?

—¡Sí, con mi portátil!

—¡Dios Santo, Finn! ¿En qué estabas pensando?

—¡Tú eras la que decía que quería comprar un arcón congelador!

—¡No estaba insinuando que aceptaras una oferta para matar a tu ex usando la wifi pública de la zona de restauración!

Cerré el portátil de golpe, ahogando un grito y lanzando miradas a las mesas de alrededor. ¿Qué había hecho?

—Escúchame, Finlay —dijo Vero con una calma forzada—. Cierra sesión del foro ahora mismo. Recoge a Delia de lo del Día de las

Profesiones y no le digas ni una palabra de esto a tu hermana. Nos ocuparemos nosotras solas. Como ya hemos hecho antes.

Me costó tragar saliva para apartar de mi mente los recuerdos de los cadáveres. Del peso de la vida de un hombre. De las horas infinitas cavando a la luz de la luna.

Lo que me daba miedo era precisamente lo que ya habíamos hecho antes.

Capítulo 9

Un viento fresco penetraba a través de los botones abiertos de mi abrigo mientras cruzaba el aparcamiento abarrotado de la escuela infantil de Delia. Zigzagueando entre coches, busqué el Impala azul eléctrico de mi hermana, pero no había rastro de él. Hurgué en mi mochila para encontrar el móvil y me paré delante de la entrada del colegio para revisar las llamadas y los mensajes que había rechazado, presa del pánico, en el centro comercial. El pulso se me alteró cuando eché una ojeada a los primeros cuatro mensajes, todos de Georgia. El primero me había llegado casi una hora antes:

> Emergencia en el trabajo. Atrapada en el lugar de los hechos. Zopenco 1 le dispara en el pie a su hermano. Zopenco 2 aparece para tomar la revancha. Tengo que llevarlos a urgencias antes de ficharlos. No llego a tiempo a la escuela. Podría sustituirme alguien?

El segundo lo había enviado cinco minutos después:

> Y Vero? La contabilidad mola, verdad?

Al poco…:

> Olvida eso último.

Su último mensaje lo había recibido hacía más de cuarenta minutos:

> No te preocupes por lo del Día de las Profesiones. Dile a Delia que lo tengo controlado.

Entré a toda prisa por las puertas al vestíbulo atestado, disculpándome entre dientes al abrirme paso entre un padre con un chaleco de construcción naranja y una madre con un uniforme sanitario azul. Estirándome de puntillas, me asomé a la clase de Delia. Estaba de pie en el frontal del aula, junto a su maestra, retorciéndose nerviosamente un mechón de pelo. Se me soltó el cuerpo del alivio cuando distinguí una silueta imponente con un casco y un uniforme

acolchado de los SWAT, de pie entre los padres. Algunas madres cuchichearon entre ellas y dejaron caer miradas de admiración por las largas piernas del uniforme de Georgia cuando se abrió paso con cuidado entre los niños, que la ovacionaron sentados en la alfombra con las piernas cruzadas, pero mi atención estaba puesta en la sonrisa amplia de Delia.

El aplauso cesó cuando su invitada se detuvo a su lado y se giró hacia la clase para desabrocharse el casco de los SWAT. Cuando lo retiró, dos ojos oscuros —que sin duda no eran los de mi hermana— recorrieron las caras de la sala y se clavaron en los míos. Nick se encajó el casco bajo el brazo. Un hoyuelo tímido se le marcó en la mejilla mientras varias madres se ladeaban para obtener mejores vistas. Sus miradas descaradas trepaban por el uniforme y se detenían en las fundas que le apretaban los muslos y el chaleco ajustado, que se le ceñía al pecho.

La maestra de Delia acalló sus murmullos leyendo en alto de una tablilla:

—Chicos, hoy Delia Donovan nos ha traído un invitado especial. Es el inspector Anthony, del Departamento de Policía del condado de Fairfax. El señor Anthony forma parte de una división que persigue el crimen organizado. Sé que probablemente tengáis muchas preguntas para el inspector, pero les ruego a los padres que limiten el contenido a lo apropiado para los miembros más jóvenes de nuestro público. —La maestra miró a los padres por encima de la montura de las gafas y levantó una ceja a las madres que cuchicheaban, lo que hizo que unas pocas soltaran una risita.

Los niños se alzaron de rodillas en la alfombra, con las manos levantadas. Delia eligió a una de sus amigas para la primera pregunta. El público se calló para escuchar el timbre profundo de la voz de Nick, que hechizó a toda la clase. Ella alzó la mirada hacia él con una admiración que solía reservar para su padre, como si pudiera arreglar cualquier cosa. La última vez que lo vi, me pidió salir y yo lo rechacé educadamente. Y ahí estaba ahora, delante de los compañeros de clase de mi hija con una coraza de los SWAT: el héroe que nunca pedí y que probablemente no me merecía.

El teléfono me vibró en la mano. El nombre de Georgia apareció en la pantalla. Retrocedí unos pasos desde la abarrotada entrada del aula y levanté el teléfono hacia la oreja.

—¿Ha ido? —me preguntó.

—Sí. ¿Qué leches hace aquí?

Georgia expulsó un suspiro de alivio, amortiguado por la confusión de *walkie-talkies* y zumbidos de puertas automáticas que se oía de fondo.

—No sabía qué otra cosa hacer. No era capaz de hablar contigo y no quería estropearle a Delia el Día de las Profesiones.

—¿Y Nick ha tenido a bien presentarse en la escuela con el traje de la policía?

—No exactamente. Lo del traje ha sido idea mía. Queda más chulo que unos vaqueros y una camisa de leñador. He pensado que podría gustarles mucho a las amigas de Delia.

Me sonsaqué un «Gracias» reacio.

—Me debes una por esto —añadí—. Una gorda.

—¿Por qué? Si te estoy haciendo un favor.

—¿Ofreciéndote voluntaria para el Día de las Profesiones o mandando a Nick en tu lugar? —Se me atascó el cerebro en ese último pensamiento—. Espera… ¿Mamá te ha incitado a hacerlo?

—No —farfulló Georgia—. Claro que no.

—¡O sea que sí! No me puedo creer que te haya convencido. ¡Dios, Georgia, es una situación muy incómoda!

—Solo lo incómoda que tú la hagas.

—¿Y si le digo a Nick que estoy pensando en matarte?

—Eso sí que sería raro. Oye, tengo que terminar de fichar a Elemento Uno y Elemento Dos. Luego te llamo.

—¡Esta me la debes! —repetí justo antes de que mi hermana colgara.

Nick me sonrió desde el otro lado de la puerta abierta de la clase de Delia, observándome por encima de las cabezas de los niños, lo que provocó que algunas madres curiosas se volvieran para mirarme. Iba a obligar a Georgia a cambiar muchos pañales por esto.

—Menuda labia, ¿eh? —Me giré al oír una voz ronca a mi espalda. El hombre meneaba la cabeza mientras observaba a Nick por encima de mi hombro—. Los tiene a todos rendidos a sus pies. Hasta a los niños.

El tipo agitaba en los bolsillos del pantalón un juego de llaves, o quizá unas monedas sueltas, y su chaqueta abierta revelaba la culata de un arma de cinto y el brillo de una placa. Todavía estaba esforzándome por ubicarlo en mi mente cuando sus ojos azules saltaron hacia los míos.

—Perdona —dijo tendiendo la mano—. Debería haberme presentado. Soy Joey Balafonte. —Ante mi mirada atontada, apuntó con la barbilla hacia la clase—. Soy el compañero de Nick.

—Ah —proferí sin pensar mientras me apresuraba a darle la mano.

La punta de un palillo le sobresalía de la comisura de la sonrisa. Iba de paisano, como solía ir Nick, pero su paleta de colores era considerablemente más clara: pelo grueso y rubio que sugería unas canas por las sienes, una camisa azul francés y unos pantalones de vestir gris pálido. Su chaqueta de cuero color canela desprendía un aroma suave a humo de tabaco. Era guapo, pero no tan delgado ni peligrosamente fuerte como Nick. Era más bien como Steven, con ese atractivo físico de chico normal y un poco de barriguilla. No parecía alguien que hubiera estado sometido a un tratamiento contra el cáncer.

—Creía que estabas de baja —dije con delicadeza.

—Debes de referirte a Charlie. No —dijo y su sonrisa se curvó hacia las comisuras—. Todavía no se ha reincorporado, pero todos lo estamos apoyando. Yo soy el compañero nuevo de Nick. Y tú debes de ser la famosa Finlay Donovan. —Con su mirada astuta de policía, Joey me recorrió de la misma forma en que lo hacía mi hermana, como un rodillo quitapelusas que recogía las minucias que los demás nunca se molestaban en ver. Se rio entre dientes deslizándose el palillo al otro lado de la boca—. Incluso aunque Nick no estuviera mirándome sin parar como si quisiera arrancarme la cabeza por estar hablando contigo ahora mismo, seguiría siendo capaz de distinguirte entre cien personas. Está todo el santo día hablando de ti.

La clase estalló en un aplauso, señal de que había terminado la presentación de Nick. Dirigió una mirada hacia nosotros con una advertencia a Joey en la afilada comisura de la sonrisa. Este me dio un toque con el codo.

—¿Ves lo que te digo? Se teme que esté aireando sus trapos sucios.

—¿Qué le da tanto miedo que puedas decirme?

Joey se inclinó a mi oído mientras una fila de padres desalojaba el aula.

—Que soy un compañero penoso en las operaciones de vigilancia y que se lo pasaba mucho mejor contigo.

La sangre se me subió a las mejillas al tiempo que Delia tomaba de la mano a Nick y lo arrastraba hacia mí a través de la muchedumbre. Cuando nos alcanzaron, ella le abrazó las piernas con los brazos y el

«Gracias» que le susurró me llegó al corazón.

Un silencio pesado cayó entre nosotros cuando salió escopetada a recoger su mochila del casillero. A esa distancia, Nick parecía más alto de lo que recordaba, gracias a los tres o cuatro centímetros extra de sus botas y la manera en que mi hija lo acababa de mirar, que lo elevaba a algo más que un simple humano.

El hoyuelo de su mejilla apareció lentamente, como si se estuviera dando cuenta.

—Me alegro de verte, Finlay.

—Yo también. —Me subí más el bolso sobre el hombro, intentando no quedarme mirando su uniforme ajustado al cuerpo, pero tenía los ojos a la altura de su pecho. Desvié la mirada, pero solo conseguí depositarla en uno de sus bíceps, igual de impresionantes. Y bajarla era… sin duda algo que ni me planteaba. Alcé la vista hacia él a través de las pestañas y la ligera curvatura de su sonrisa me dejó sin aliento.

—Gracias por hacer esto. No tenías por qué.

Asintió hacia la línea de casilleros del final del pasillo, donde Delia se estaba poniendo el abrigo.

—Ha sido un placer. Es una niña estupenda.

Era muy amable por su parte que lo dijera después de que ella lo hubiera llamado «gilipollas» un mes antes, repitiendo la mala opinión de Nick que había demostrado tener su padre tras contarle Delia que estábamos saliendo. Cosa que no estábamos haciendo. En teoría no. No a menos que cuente morrearnos desenfrenadamente en los asientos delanteros de su coche patrulla durante una operación de vigilancia.

El cuello me sudó un poquito al recordarlo.

El rubor de Nick indicaba que quizá él también estuviera recordando lo mismo.

Joey le dio una palmada en el hombro.

—Voy afuera a echarme un cigarro. Te espero en el coche. —Me sonrió con el palillo en la boca—. Finlay, encantado de conocerte al fin. No seas muy duro con él, ¿eh? —Con un guiño, se fundió con la multitud.

Esperé durante una serie de pausas incómodas mientras un puñado de padres que también habían sido invitados al Día de las Profesiones se paraban a estrecharle la mano a Nick. Algunas madres le dieron palmaditas en el brazo y posaron los dedos un instante demasiado largo sobre su bíceps mientras le daban las gracias por venir.

—La verdad es que lo has hecho genial —dije cuando la cola de

fans finalmente menguó—. Para Delia era muy importante. Te lo agradezco.

Ladeó la cabeza.

—¿Lo suficiente como para dejar que te llame algún día?

Eché un vistazo al grupo de madres que estaban junto a los casilleros fingiendo no estar escuchándonos mientras se peleaban con sus hijos para ponerles el abrigo.

—Perdona, no he sido muy educado —dijo volviendo la espalda hacia ellas—. Es que pensé que quizá pudiéramos ponernos al día. —Jugueteó con el casco, sosteniéndolo en la ancha palma de su mano estirada. Una mano que me había gustado mucho sentir sobre el trasero en su coche un mes antes—. Puedes llamarlo tareas de investigación, si quieres. Ya me entiendes: hacerme preguntas para tu libro. —Nick miró alrededor y bajó la voz—. He leído el que le firmaste a Pete, el del laboratorio. Me dejó que se lo cogiera prestado bajo amenaza de daño físico si no se lo devolvía. Y está muy bien.

Hice un esfuerzo para recordar qué novela de las mías me había pedido que le firmara el joven técnico forense. La imagen del modelo semidesnudo de la cubierta me dio en la cara y casi me trago la lengua al recordar algunas de las escenas del libro.

—Ay, dios. ¿Te lo has leído?

La diversión se cocía a fuego lento en su sonrisa.

—Georgia dice que estás trabajando en uno nuevo. Me encantaría que me hablaras de él.

—No sé si es buena idea. Estoy un poco… —Un niño se tropezó contra las pantorrillas de Nick, lo que lo obligó a acercarse un paso más hacia mí. Los aromas tentadores a café y hierbabuena se enredaron con el perfume acre de su loción para el afeitado. Si cerraba los ojos, probablemente olería la tapicería de su coche. Se me secó la boca—. Por supuesto. Vale.

Los ojos oscuros se le encendieron mientras se desplazaba de espaldas hacia la salida, a través del pasillo abarrotado, sin despegar la mirada de mí. O quizá la gente se apartaba sin más de forma natural de su trayectoria.

—Dile a Delia que me lo he pasado bien. Te llamaré.

Levantó el labio inferior para tapar los dientes y ocultar su sonrisa mientras se giraba y salía por la puerta.

Capítulo 10

El aliento me volvió de golpe. ¿Qué había hecho? ¿De verdad había aceptado ir a cenar con Nick? Cuando me llamara —si es que me llamaba—, le tendría que explicar que había cometido un error. Claramente, yo no estaba en mis cabales cuando tomé esa decisión. Me era imposible pretender pensar con normalidad cuando él estaba tan cerca.

Me giré hacia el casillero de Delia y el pelo de la nuca se me erizó cuando divisé a una mujer agachada junto a mi hija. La melena rubia le flanqueaba la cara, pero estaba segura de que no era una de las maestras de la escuela y tampoco se parecía a ninguna de las madres que conocía de pasada. Me abrí camino hacia ellas rodeando a los niños restantes y aceleré el paso cuando capté la imagen de un teléfono móvil entre ambas. Estaban saludando con la mano a alguien de la pantalla.

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer se incorporó de un tirón colocando la mano de forma protectora sobre la de Delia al girarse. Bajó el teléfono y se lo pegó al muslo.

Pero no antes de que yo reconociera la cara de la pantalla.

—¿Hola? —La voz de Theresa se volvió impaciente, amortiguada por la pierna de la mujer—. Aimee, no veo nada. ¿Estás ahí? Ya te he dicho que no me importa esa tontería del Día de las Profesiones. —Un fuerte suspiro brotó del teléfono—. Si me estás oyendo, vente a casa. *Hospital general* empieza dentro de una hora y necesito que te pases por el súper; no nos queda Ben and Jerry's…

La mejor amiga de Theresa, Aimee Reynolds, me devolvió la mirada fijamente, con los ojos muy abiertos y expresión de culpabilidad, al tiempo que colgaba la llamada. Alcancé a mi hija y la atraje con suavidad hacia mí.

Delia dio unos botes y me tiró de los pantalones.

—¡Mami, tía Amy ha venido a verme!

—Eh… Hola, Finlay —dijo guardándose el teléfono y tendiéndome la mano—. Soy…

—Ya sé quién eres.

Ya había visto a Aimee. La había observado desde la distancia cuando Vero la había tanteado haciéndose pasar por policía en un mostrador de maquillaje del centro comercial. Aimee y Theresa habían sido compañeras de hermandad e inseparables desde la universidad. Había fotos enmarcadas de ambas, agarradas del brazo, en el despacho y en las paredes de la casa de Theresa.

Aimee retiró la mano al no dársela.

—Probablemente te preguntarás qué hago aquí. Es que… —Su mirada descendió a Delia y redujo la voz—. No he vuelto a ver a los niños desde… Ya sabes. —Mi hija alzó la cabeza, con sus ojos azules llenos de curiosidad.

—Cariño —le dije—, ¿por qué no vas al baño antes de que nos vayamos?

Aimee le esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Voy a seguir aquí cuando vuelvas. —Se mordió un labio mientras Delia se escabullía pasillo abajo, con los ojos suplicantes dirigidos hacia mí como si de pronto no estuviera segura de aquello—. Lo siento, Finlay. Sé que debería haberte preguntado si te parecía bien que viniera, pero llevo un mes sin ver a los niños. Desde que arrestaron a Theresa.

—Theresa y Steven ya no están comprometidos. Ella ya no es…

—Sé lo que es Theresa —dijo Aimee con la voz más aguda—. Fue a mí a quien llamó desde los aseos de un restaurante llorando y empapada de sopa. Fui yo la que le llevó una toalla y le limpió la cebolla del pelo.

—¡Me acababa de enterar de que se había estado acostando con mi marido!

—¡Y fue mi SUV el que pidió prestado cuando su coche estaba en el taller porque fuiste tú quien decidió vengarse llenándole el tubo de escape de plastilina! —Espiró para calmarse y rebajó el volumen de la voz—. No la conviertas en la única mala de la película. Cuando se miente y se engaña a una pareja, siempre es cosa de dos.

—Independientemente de lo que siento hacia Theresa, su relación con Steven ha terminado. No tiene ninguna razón por la que hablar con mis hijos, ni siquiera por teléfono. Y tú tampoco.

Los ojos de Aimee relucieron con un brillo trémulo y su voz sonó inestable cuando habló:

—No sé si Steven te lo ha contado, pero yo los veía todos los fines

de semana. Los llevaba al parque. Delia y yo nos hacíamos la manicura la una a la otra y cocinábamos galletas. Y es que… —Le cayó una lágrima, que se retiró de la mejilla—. Es que los echo de menos. Mi marido y yo… no tenemos hijos. Él nunca los ha querido y Delia es estupenda. Nos divertíamos mucho. —Se sorbió la nariz—. Sé que todo esto te parecerá una tontería.

Detestaba que no fuera así.

—Mira —añadió rápidamente cuando abrí la boca para pedirle que se marchara—, sé que Theresa y tú ya no tenéis contacto y no te culpo. Lo que pasó entre ella y Steven debió de ser doloroso y no me sorprendería que me odiaras por eso. O sea, lo entiendo; es mi mejor amiga. Pero da igual lo mucho que la haya cagado, que siempre lo va a ser. Lo compartimos todo. O al menos hasta que surgió todo este lío con Feliks. —Aimee se estremeció—. Steven sigue cabreado conmigo. No me devuelve las llamadas desde que lo vi en el calabozo aquella noche. Me culpa de no haberle contado que él y Theresa tenían algo, pero es que ella no me lo contaba todo…, al menos no sobre ese tema. —Se puso colorada de culpabilidad cuando levantó la mirada hacia mí —. Lo que está haciendo, esto de cortar mi relación con Delia y Zach solo porque está enfadado con Theresa, no es justo. Tenía que verlos una última vez. No me parecía bien desaparecer de su vida así. Solo quería despedirme de ellos. —Soltó un suspiro largo y tembloroso y se secó los ojos—. ¿Está Zach por aquí? —me preguntó mirando a su alrededor.

—Hoy está con la canguro.

Capté su encogimiento silencioso. Aún estaba tratando de procesar esta versión nueva de ella. No Aimee la compañera de hermandad de Theresa, la mujer en la que la amante de mi marido había confiado mientras él me ponía los cuernos, sino Aimee la tía de mis hijos. La mujer que les hacía de canguro los domingos y le limaba las uñas a Delia. La mujer que fue al Día de las Profesiones a pesar de que a Theresa no le importaba lo más mínimo.

Una sonrisa triste le brotó en la cara al ver a Delia salir del baño.

—Vamos, Delia. —Levanté su mochila del suelo—. Es hora de irse. Dile adiós a la tía Aimee.

Aimee me asintió levemente para darme a entender que lo había comprendido. Cogió a mi hija de la mano y me observó con recelo mientras caminábamos por el aparcamiento con Delia entre nosotras. Cerró los ojos con fuerza cuando llegamos al monovolumen y se le

escapó una lágrima mientras estrechaba a Delia en sus brazos. Le dio un último beso en la mejilla y su dolor se hizo palpable cuando Delia se montó en su asiento de seguridad.

Tras un silencio incómodo, Aimee y yo concordamos en darnos la mano. El labio inferior le temblaba.

—¿Le podrías decir adiós a Zach de mi parte?

Algo se me rompió al oír la angustia de su voz. Aunque fuera demasiado pequeño para entenderlo o para que le importara, no quería ser yo la que le diera ese mensaje. Delia se retorció en su sillita, observándonos a través de la ventana. Me aclaré el nudo de emoción de la garganta.

—Has dicho que Theresa y tú os lo contáis todo. ¿Lo seguís haciendo?

Aimee frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Si estás dispuesta a no decirle nada, sin videollamadas, sin quedar con ella y sin ir hasta su casa, no le diré a Steven que te he invitado a visitar a los niños.

Pasó a mirarme a los ojos, demostrando claramente que estaba lidiando con lo inadecuado de la petición que acababa de hacerle; era como pedirme a mí que le ocultara un secreto a Vero. Siendo sincera, no sé si podría. Pero que Theresa estuviera fuera de la vida de los niños era algo en lo que no estaba dispuesta a ceder.

—Hecho —dijo tras una pausa tensa—. Libro en el trabajo el sábado que viene. Podría pasarme por tu casa ese día, si te encaja.

Steven se había mostrado firme con respecto a lo de pasar el fin de semana con los niños. Pero después de lo que había visto en el foro no tenía intención de dejar que pasara. Puede que Aimee no fuera la persona que mejor me caía del mundo, pero era obvio que quería a mis hijos. Estarían mucho más seguros con ella que con Steven.

Creé un nuevo contacto y le di mi móvil.

—El sábado está bien.

Capítulo 11

Nunca vuelvas a la escena de un crimen. Es de puro sentido común si quieres salir impune de un asesinato. A la altura de no envolver el cadáver en una cortina de ducha, no comprar quince litros de lejía y una pala con la tarjeta de crédito y no tener un arcón congelador en el garaje. Por qué Vero había insistido en volver al centro comercial aquella tarde era un misterio, incluso para mí. Y aun así allí es donde estábamos a las cuatro en punto.

Esquivamos los grupos de gente que hacía sus compras y atravesamos la larga cola de familias que esperaban para sacarse unas fotos con Papá Noel. La zona infantil de juegos, que estaba detrás de su taller de Papá Noel, estaba atestada de cuidadores agotados y niños pequeños que daban chillidos. Después de apuntar a los míos, firmar los formularios de consentimiento y dejar al celador nuestros números de teléfono, Vero me arrastró a un rincón poco transitado del centro comercial, donde me llevó a una tienda de reparaciones informáticas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Tú confía en mí.

El chaval del mostrador no podía ni haber terminado aún el instituto. Estaba encorvado encima de un taburete, con el codo cómodamente apoyado junto a la caja registradora, la cabeza acunada en la mano y una tarjeta identificativa prendida en su camiseta con dibujo. Examinaba su móvil a través de una pelambrera enredada y a su espalda unos *riffs* de guitarra estridentes desgarraban el ambiente desde un altavoz.

Vero dio unos golpecitos en el mostrador.

—¿Hola?

El muchacho levantó la vista, confuso, como si no supiera bien qué día era ni cómo había llegado allí. El taburete crujió al girarse para bajar el volumen y se le vio un michelín extraordinariamente blanco.

—¿En qué las puedo ayudar?

—Nos gustaría hablar con alguien de tu cuadrilla de frikis… —Vero inclinó la cabeza para leer su tarjeta—, Derek.

Él hizo una mueca y volvió a subir el volumen del estéreo.

—Prueben en el Best Buy del final de la calle.

—Créeme si te digo que nada me gustaría más ahora mismo que estar en otro sitio —dijo Vero por encima de la música—, pero nuestros niños están en la zona de juegos y no podemos salir del centro comercial. —Despegó sus ojos de párpados pesados del teléfono y pasó de Vero a mí para volver a bajar a la pantalla. Ella dio un golpe más fuerte en el mostrador—. ¡Eh! Te he dicho que tengo un problema y que necesito asistencia técnica. ¿Tenéis a alguien aquí que sepa lo que hace?

Una ceja pareció alzársele un poquito, como si fuera mucha molestia levantarla más.

—¿Qué problema?

—Uno de seguridad.

Bajó la música con un fuerte suspiro.

—Necesito ver el dispositivo.

Vero lo examinó con la nariz apuntada hacia él.

—¿Por qué?

—Señorita, esto no es un teléfono de consultas. Si quiere que le arregle su cacharro, me da el aparato y me paga por hora. —Extendió una mano. Tenía una mancha de chocolate en el pulgar. Me encogí de asco mientras sacaba mi portátil nuevecito del maletín y se lo entregaba.

—¿Ha dicho que es un problema de seguridad? —preguntó abriendo el ordenador.

—Más bien es una duda —empecé a decir, cauta—. Me preguntaba… ¿Cómo de seguro es mi ordenador si estoy conectada a una wifi pública, como la de la zona de restaurantes?

Sus manos volaron sobre el panel táctil.

—Depende.

—¿De qué?

—¿Qué estaba haciendo? ¿Pagar facturas, mandar correos, buscar porno…? —Su mirada de desinterés trepó hasta el pecho de Vero. Por la expresión de la cara, no parecía haber merecido la pena el esfuerzo.

Me interpuse entre Vero y el mostrador antes de que ella decidiera estamparle el portátil en la cabeza.

—Digamos que estaba en un chat y publiqué un mensaje anónimo. ¿Alguien podría rastrearlo y llegar hasta mi ordenador?

El chaval se encogió de hombros.

—¿Cualquiera sentado a su lado? Probablemente no. ¿Alguien que

sabe lo que hace? Quizá.

—Supongamos que es alguien que sabe lo que hace. ¿Cuánto tardaría en dar conmigo a través de esa publicación?

—No sé —dijo mientras clicaba en mi ordenador. A Derek apenas le dio tiempo de retirar las manos antes de que Vero deslizara las suyas por encima del mostrador y cerrara de golpe mi portátil. Él sacudió un dedo, fulminándola con la mirada—. ¡No es una pregunta tan simple, señorita! La respuesta depende de muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Vero.

Derek resopló, como si la respuesta fuera obvia.

—No sé. Un montón de cosas, en plan el navegador, la red, la página web, el registro del ordenador…

—¿Hay alguna forma de evitar que alguien descubra que fui yo?

—Mire —dijo levantando las manos—, yo solo soy el del *hardware*. Necesitarían hablar con alguien que sepa de redes y esas mierdas.

—¿Hay alguien así por aquí? —le pregunté—. ¿Alguien que pudiera…, ya me entiendes…, evitar un problema como este?

Derek nos miró alternativamente. Posó los ojos en las gafas de marca de Vero y luego en el logotipo de Charger del llavero lujoso que colgaba de su bolso de Prada falso. Con su índice gordinflón recorría como distraído el emblema de Apple de la cubierta de mi portátil; miró a la puerta que tenía detrás, cuyo letrero rezaba SOLO EMPLEADOS, y bajó la voz.

—Puede que conozca a un tío. —Se sacó una cartera de cuero gastada con cadena del bolsillo trasero y rescató una tarjeta de uno de los compartimentos. La deslizó por el mostrador. No vi ningún nombre en ninguna de las caras cuando le di la vuelta. Solo un número de teléfono sobre una tarjeta lisa y blanca—. Pregunte por Cam.

Vero se examinó las uñas y dijo entre dientes:

—¿También tiene doce años?

Le disparé una mirada.

—Quiere decir que si es bueno.

Derek echó otro vistazo a la puerta de detrás, posó los codos en el mostrador y susurró:

—El año pasado una pava me engañó por Internet. Me convenció de que le mandara una fotopolla. —Vero hizo el sonido de una arcada y le pisé con fuerza el dedo del pie—. La pava esta la publicó en unos cuantos sitios —continuó—. Se pensó que se había cubierto las espaldas, pero Cam la encontró en menos de una hora. Le hackeo las

cuentas y retiró todas las fotos antes de que demasiada gente me viera la chorra. —El chaval asintió y con una admiración silenciosa en su voz dijo—: Sí, es bueno.

Vero no parecía convencida, pero a mí no me importaba la edad que tuviera Cam. «Bueno» era lo que necesitaba en ese momento.

Derek extendió una mano.

—Son cuarenta napos.

—¿Cuarenta? —Vero se quitó las gafas de sol, con los ojos a punto de saltársele de la cara—. ¿Estás de coña?

Extraje la tarjeta de crédito de la cartera, con ganas de recuperar el portátil y marcharme.

—Lo siento —dijo el técnico—. El lector de tarjetas está estropeado. Solo efectivo.

—¡Sois una tienda de reparación informática! ¿Cómo podéis tener el lector estropeado? —Vero añadió algunos improperios mientras yo conseguía sacar dos billetes de veinte del fondo del bolso del bebé. El chaval los aceptó sin ofrecerme un recibo.

—A ver si lo adivino… —dijo Vero, inexpresiva—. También se os ha estropeado la impresora. Servicio de asistencia… Una mierda.

Derek sonrió de satisfacción y se metió los billetes en el bolsillo.

—Buena suerte —dijo mientras me soltaba el ordenador en las manos.

Contesté con una risa seca. La suerte y yo… no teníamos precisamente el mejor de los historiales.

Me introduje la tarjeta de Cam en el bolsillo, con la esperanza de que él tuviera suficiente suerte para las dos.

Capítulo 12

Vero se peleó con la llave al introducirla en la cerradura del garaje de Ramón y su aliento formó nubes fugaces por cada palabrota que soltó cuando se atascó. Con un tirón final, caímos dentro y nos frotamos los brazos para desprendernos del aire frío nocturno. Mi hermana había aceptado quedarse con Delia y Zach esa noche, como pago por haber mandado a Nick al Día de las Profesiones. Se me ocurrían un millón de cosas que prefería estar haciendo la noche que no tenía a los niños, la mayoría de las cuales implicaba a Julian y el calor de nuestros cuerpos debajo de una pila de mantas calentitas, pero él seguía incomunicado bajo el sol de alguna playa de Florida y yo me estaba congelando viva con la niñera de mis hijos en un garaje vacío.

Vero encendió de un toque una luz de la sala de espera. Era tan inhóspita y poco acogedora como recordaba: un puñado de sillas de plástico en torno a una mesa baja que se tambaleaba y unos fluorescentes enmarcados en un techo de azulejos amarilleados y sueltos. El taller de Ramón había cerrado dos horas antes, pero Vero tenía una copia de su llave y había insistido en que a su primo no le importaba que lo usáramos durante las horas de cierre; yo no tenía intención alguna de invitar a un hacker misterioso a mi casa.

Vero se frotó los brazos y fue derecha al termostato. Un instante después, la calefacción se encendió con un clic y el olor a propano se filtró por el conducto que tenía encima de la cabeza, y los recuerdos que removió me estremecieron.

Amagué un grito y me toqué el pecho cuando tintineó una notificación de mi móvil.

—Alguien está un poquito asustadiza —dijo Vero frotándose las manos para calentarlas.

—Como si fuera culpa mía.

La última vez que había estado en aquella sala, el matón de Feliks Yirov me había presionado una navaja contra la garganta y me había obligado a someterme a un interrogatorio con su jefe. Había evitado volver al garaje desde entonces. Di un par toques a mi pantalla con la esperanza de encontrar un mensaje placentero de Julian que me

distrajera, pero solo era Aimee, que me agradecía que le dejara pasar tiempo con los niños y me confirmaba que vendría a mi casa el sábado.

Afuera, la puerta de un coche se cerró de golpe. Unos nudillos dieron unos golpecitos en la ventana delantera. Me guardé el teléfono, abrí la puerta y fruncí el ceño al ver al adolescente larguirucho que esperaba en el escalón, bajo la luz de emergencia. Unos bucles rubios y grasientos le caían sobre los ojos. Se los apartó de un gesto rápido para mirarme con odio.

—¿Quieres una foto o qué?

Tenía las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta militar vieja y cubierta de tinta de rotulador, con el nombre encima del bolsillo del pecho completamente ennegrecido.

—¿Eres Cam? —le pregunté esperando equivocarme.

—Y tú eres una lumbrera. ¿Me vas a dejar entrar?

—Sí. —Me hice a un lado. Antes de pasar, escaneó con sus ojos claros la estancia, saltando de la revista de coches de carreras al dispensador de agua y luego al pasillo tenebroso que conducía al despacho de Ramón.

—¿Estamos solos? —preguntó.

No me daba la sensación de que fuera una amenaza. Si acaso, parecía más asustadizo que yo, ya que dejaba un par de metros de distancia tras de mí mientras echaba vistazos rápidos a lo que lo rodeaba.

Los tacones de las botas de Vero resonaron por el pasillo en dirección a nosotros y Cam retrocedió un paso.

—Es una amiga —le dije.

Vero se paró en seco delante de él, con las manos plantadas sobre las caderas, la cola de caballo inclinada hacia un lado.

—¿Este es Cam? Si es un mocoso.

—Vosotras dos sois superdotadas, ¿eh?

Le lancé una mirada a Vero para advertirla de que no dijera aquello que estuviera a punto de salirle por la boca.

—Podemos hablar en el despacho —propuse.

—Hablaremos aquí.

Las patas metálicas de una silla chirriaron cuando Cam la arrastró a poca distancia de las otras antes de sentarse. Se repantigó en su asiento, con la silueta de los puños apretados contra los bolsillos destacada. Vero y yo nos sentamos al otro lado de la mesa de

melamina.

—¿Te dieron mi número en la tienda?

—En la del centro comercial —le aclaré—. El muchacho que trabaja en el mostrador nos dijo que lo ayudaste con un asunto de privacidad bastante sensible. Espero que me puedas ayudar a mí con algo más que un problema de seguridad.

Cam se lamió un diente observándonos desde detrás de sus bucles. Se reclinó, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados.

—Cobro doscientos por la consulta a domicilio, más cincuenta la hora. Las instalaciones de *hardware* y *software* valen unos cien extra la hora, los componentes aparte.

Vero se quedó boquiabierta. Pensé que se iba a levantar de la silla.

—¿Doscientos dólares solo por venir?

—Doscientos cincuenta —la corrigió—. Vuestra hora ha empezado hace tres minutos.

—Vaya una grandísima gilipo…

Le di un manotazo a Vero en la tripa para que se contuviera.

—Está bien —dije—. Tengo efectivo.

Solo necesitaba que ese problema desapareciera. Hurgué en el bolso para sacar doscientos cincuenta dólares y los deslicé por la mesa para estrujárselos en la mano.

Se embutió el dinero en el bolsillo delantero de los vaqueros. Con los brazos cruzados, me miró apuntándome con la nariz.

—¿Qué clase de problema de seguridad es?

—Un foro —le expliqué—, una sala de chat que leo a veces. No suelo publicar nada ahí, pero…

—¿Es privada? —me interrumpió—. ¿Necesitas meter una contraseña para entrar?

—Sí. Pero me hice un usuario anónimo.

—¿Vinculado a tu cuenta de correo electrónico real?

—No, utilicé una cuenta fantasma.

Inclinó la cabeza.

—¿Dónde estabas cuando abriste la cuenta de correo electrónico fantasma?

—En la biblioteca pública.

Cam asintió, como si yo hubiera aprobado alguna especie de examen.

—¿Alguna vez has iniciado sesión en esa cuenta de correo electrónico fantasma en tu casa?

—Nunca. —Solo la había usado una vez, el día que la abrí. Me la creé con el mero propósito de unirme a ese foro en concreto para espiar a Hartita.

—¿Y en el trabajo?

Negué con la cabeza, sin molestarme en explicarle que mi casa y el trabajo eran el mismo lugar. Ni siquiera le había dicho mi nombre a Cam, reacia a compartir cualquier dato personal con él. Y hay que reconocerle que él tampoco me lo había preguntado.

Me observó mientras se tamborileaba el pecho con los pulgares.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Eché un vistazo a Vero. Tenía la mandíbula apretada y los labios y el ceño fruncidos mientras se quitaba el esmalte de una larga uña rosa. Sacudió un hombro.

—Esta semana —expliqué— inicié sesión en el foro mientras estaba en el centro comercial, conectada a la wifi pública de la zona de restauración. Publiqué una respuesta a uno de los hilos. Contenía información muy… personal… y ahora me preocupa que alguien rastree esa publicación y llegue hasta mí.

Cam levantó una ceja y me recorrió con su mirada crítica, como si me estuviera imaginando desnuda y no le impresionara.

—¿Qué navegador estabas utilizando?

—El que venía con el portátil…, Safari, creo.

Sacudió leventemente la cabeza, como si esa respuesta lo hubiera decepcionado. Señaló con la barbilla el maletín del portátil, que reposaba junto a mi silla.

—¿Dónde conseguiste el dispositivo?

—Lo compré por Internet.

—¿Nuevo?

—Reacondicionado.

—¿A través del fabricante?

—No, por eBay.

Su asentimiento sutil indicó que había recuperado algo de terreno.

—¿Lo registraste?

—No, creo que no. —El hombre al que se lo había comprado me aseguró que había eliminado todos sus archivos. Me había dado una contraseña para desbloquearlo y yo no me había metido en el lío de cambiarla. Pero algo me decía que confesar esto no me haría ganar más puntos con Cam—. Creo que sigue registrado a nombre del dueño anterior.

—Eres buena. —Desdobló los brazos y se levantó de la silla impulsándose.

—Espera —farfullé poniéndome de pie de golpe—, ¿ya está? ¿Que soy buena? ¿Eso qué significa? Ni siquiera le has echado un vistazo al ordenador.

Se encogió de hombros.

—Un centro comercial concurrido, una wifi pública, una cuenta anónima, sin inicios de sesión en la cuenta de correo electrónico que podría estar enlazada con tu hogar o tu oficina: estás limpia —me dijo metiéndose las manos en los bolsillos—. No publiques nada ni mires ese correo electrónico desde ningún lugar en el que te puedan encontrar y vas que chutas.

—¿Nos has cobrado doscientos cincuenta dólares por decirnos que no mire esa cuenta en casa? —Vero soltó una risa áspera—. ¡Eso lo podría haber buscado yo en Google!

—Vale, ¿queréis aprovechar vuestro dinero? Os doy un consejo: no publiquéis fotos en pelotas desde una puta zona de restaurantes. Y, si queréis estar fuera del radar, la próxima vez que vayáis a la biblioteca o donde sea descargaos un navegador de la *deep web* para que no os pillen. Usadlo cuando publiquéis las mierdas *personales* que no queréis que rastreen.

—¿Ese navegador —le pregunté impidiéndole la salida— puede evitar que los hackeres profesionales me encuentren? —Como los informáticos forenses con los que Georgia se iba a tomar algo los jueves por la noche. Los que trincaban redes de pornografía infantil, células terroristas locales y ciberestafadores gordos. Estaba bastante segura de que ellos tardarían dos segundos en dar conmigo.

—Siempre que no hagas ninguna tontería.

—Entonces no esperes nada bueno —comentó Vero entre dientes.

El claxon de un coche pitó afuera.

—Vienen a recogerme. Un placer hacer negocios con vosotras.

—Espera —dije cuando Cam se fue hacia la puerta. Si él sabía cómo evitar que la gente me encontrara, quizá también supiera cómo encontrar a otra persona—. Si te doy una dirección de correo electrónico, ¿serías capaz de averiguar a quién pertenece la cuenta?

Se encogió de hombros.

—Son otros cincuenta por la búsqueda.

Vero me agarró la mano cuando fui a por mi bolso.

—¿Qué leches estás haciendo? ¿Te crees que el dinero nace de los

árboles?

—¿Qué te pasa? —le siseé. Se estaba comportando de una manera muy extraña con respecto al dinero desde que había vuelto de pasar el fin de semana con Ramón.

El claxon del coche sonó fuerte afuera. A Vero se le agarrotó un músculo en la mandíbula.

—Mirad, chicas, como sigáis reteniendo esos cincuenta pavos, voy a tener que empezar a cargaros intereses.

Vero me soltó la mano y dijo en bajo algunos tacos mientras Cam tomaba el dinero. Revolví las pilas de revistas y encontré un bolígrafo mordido. Rasgué la cubierta de un número de *Sports Illustrated*, garabateé la dirección de correo electrónico de Hartita y se la di a Cam.

—¿Cuánto tardarás? —le pregunté.

—Depende —dijo introduciéndosela en el bolsillo—. Estamos en contacto. —Las campanas tintinearon al cerrarse la puerta tras él.

Vero meneó la cabeza.

—No me fío de este mindundi.

Lo peor era que yo tampoco.

Capítulo 13

Unas horas más tarde, Vero y yo estábamos sentadas sobre la alfombra del salón, con un cuenco de palomitas entre nosotras y una montaña de luces de Navidad alrededor. La casa estaba felizmente en silencio y, aunque detestaba admitirlo, el árbol que Steven nos había traído era bastante bonito e inundaba el salón del aroma a pino fresco. Vero había subido del sótano las cajas de Navidad polvorientas y se afanaba en desenredar las cuerdas verdes de lucecitas. Antes, le había puesto un pie al árbol para sostenerlo y se había encaramado a una silla para podar las ramas altas. Tenía buena mano para lograr que las cosas encajaran en su sitio, para limar en silencio las asperezas y que nuestra vida espinosa y desorganizada funcionara.

Fruncí el ceño al ver los tres calcetines navideños que había colgado de la repisa de la chimenea. Me daba igual lo que dijera Steven. Puede que Vero y yo no nos conociéramos desde hacía mucho o ni siquiera del todo cuando ella se topó conmigo en la cochera y me ayudó a enterrar un cadáver, pero ahora era parte de la familia. Me apunté en una nota mental que debía pasar por el centro comercial esta semana para comprar un calcetín extra.

—¿Ha publicado algo ya? —me preguntó Vero, doblada sobre su faena, con las luces extendidas sobre los brazos.

Volví a mirar el móvil.

—Todavía no.

Habíamos pasado las últimas horas buscando por Google los navegadores de la *deep web* que Cam nos había recomendado y averiguando cómo descargarlos en todos nuestros ordenadores y teléfonos. Después, habíamos iniciado sesión en el foro de mujeres para ver si Hartita había respondido, pero no había habido actividad alguna en el hilo desde que yo publiqué mi oferta mientras estaba en la zona de restauración del centro comercial. Un solo mensaje directo aguardaba en mi bandeja de entrada, una palabra de LimpioFácil: «Retírate».

—Pareces tensa —me dijo Vero mientras le quitaba la capucha de un tirón a uno de los rotuladores mágicos de Delia.

—Claro que estoy tensa. ¿Y si Hartita no me ha contestado porque ya ha contratado a LimpioFácil?

—Lo dudo. LimpioFácil no perdería el tiempo enviándote mensajes si ya supiera que se ha quedado con el encargo. Solo está intentando ahuyentarte. ¿Seguro que solo es eso lo que te molesta?

—¿Qué otra cosa podría molestarme? —Probé un rotulador sobre la larga hoja de papel charol que había desenrollado sobre la alfombra. Estaba seco.

—¿No tienes noticias de Julian?

—No. —Rechiné los dientes cuando la punta del rotulador hizo un agujero en el papel. Habían pasado cinco días desde que se había ido a Florida y todavía ni una notificación—. Dijo que me escribiría cuando volviera.

—¿Y eso cuándo es?

—No se lo pregunté. —Vero levantó una ceja—. ¿Qué? No soy su madre. Soy su… —Mierda, no sabía qué era yo para Julian—. Y no te atrevas a hacer más comentarios graciosillos sobre mi edad.

Se metió un puñado de palomitas en la boca con una sonrisa engreída.

—¿Así que vas a salir con Nick? —me preguntó meneando las cejas.

Había cometido el error de contarle a Vero lo de la invitación informal que me había hecho Nick para ponernos al día. Desde entonces rondaba cerca de mi móvil, a la espera de su llamada. Aunque, si era sincera conmigo misma, puede que yo también estuviera un poco más pendiente de lo habitual. No estaba completamente segura de si estaba esperando los mensajes de Julian o los de Nick. O de cuál de las dos posibilidades me daba más ansiedad.

—Estoy casi segura de que sería un error quedar con él.

—No estoy de acuerdo. Creo que tu editora ha dado en el clavo. ¿Quién le va a hacer compañía a tu heroína mientras su abogado está desaparecido? Un segundo interés romántico desde luego que le daría gracia a la cosa.

Mi teléfono emitió un tintín. Vero se lanzó de cabeza a por él, cerró el puño alrededor antes de que yo lo alcanzara y se alejó de mí retorciéndose mientras introducía mi código a golpe de dedo. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Joooder! —exclamó manteniendo el móvil fuera de mi alcance mientras me abalanzaba por él—. ¿A quién tengo que matar para llevarme el cuarenta por ciento de esto?

Sentí en el estómago un pequeño retortijón extraño cuando vi a Julian en la pantalla. Le quité el teléfono a Vero, me caí contra el brazo del sofá y la boca se me secó al contemplar el selfi. La arena le salpicaba los hombros. Su pecho de oro rosa tenía el lustre del agua del mar y el sudor y la cintura de su bañador largo revelaba una tentadora franja de la piel tersa y pálida de debajo, probablemente solo para torturarme.

«Ojalá estuvieras aquí. Llego dentro de unos días. Te escribiré cuando vuelva.»

Sus rizos enrubiados por el sol estaban alborotados y su sonrisa era pícara.

Bajé la mirada a mis pantalones de chándal y me aflojé el moño alto. Al menos llevaba pantalones. Aun así, estaba bastante segura de que cualquier selfi que me hiciera en ese momento no tendría punto de comparación con el suyo. Por un segundo consideré la posibilidad de que una foto sin pantalones sería la respuesta más equivalente. Pero entonces recordé lo que Cam nos había dicho en el garaje de Ramón, que no hiciéramos ninguna tontería por Internet, y estaba bastante segura de que enviarle fotos con poca ropa a Julian entraba de pleno en esa categoría.

Me decidí por el emoji del fuego y le escribí: «Qué ganas. Hasta pronto».

Haciendo caso omiso de la sonrisilla de Vero, me guardé la imagen en la galería del móvil y me pregunté sin ningún pudor si tendría resolución suficiente para ponerla de salvapantallas en el portátil.

—Deberíamos mirar su Instagram. Seguro que ahí hay más —me sugirió.

Bloqueé el teléfono y lo dejé bocabajo detrás de mí.

—No. Eso es turbio y está mal.

—No me digas que no tienes curiosidad.

—Si tienes tanta curiosidad, míralas en tu móvil.

—No tengo cuenta de Instagram —me recordó mientras me rodeaba y recogía mi móvil del suelo.

—¿Por qué no? —le pregunté. Siempre me había parecido extraño que alguien tan despampanante y estilosa como Vero no tuviera ni un solo perfil en redes sociales. Estaba bastante convencida de que, si publicara un selfi en ese instante, con el pijama de franela y todo, dentro de una hora ya tendría mil seguidores.

—Porque no necesito que todo el mundo se entere de mis cosas.

—¿Y tus amigos?

—Ramón y tú ya sabéis dónde encontrarme. —Frunció el ceño mientras escribía mi contraseña y navegaba por la pantalla—. Oh —dijo manteniendo la expresión—. Julian tiene el perfil privado.

—No. Lo estuve viendo yo hace unos días.

—¿No has dicho que eso es turbio y que está mal?

—Dámelo. —Tomé el teléfono y me sorprendió comprobar que tenía razón. A excepción de su foto de perfil en miniatura y la biografía de una línea, la cuenta aparecía como cerrada—. Qué raro. ¿Por qué lo habrá cambiado ahora?

Vero arrugó los ojos con empatía, como si la respuesta fuera obvia. Julian estaba viajando en coche con sus amigos, bebiendo y desmadrándose en la playa. Y aquí estaba yo, espiando a mi ex y comprando pilas para los juguetes de la mesilla de noche.

—Da igual. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme. —Sin prestar atención al dolor que notaba en la garganta, tiré mi móvil sobre la alfombra y cogí un rotulador, decidida a no pensar en Julian ni en lo que estuviera haciendo—. Como la tal LimpioFácil y lo que está planeando hacerle a mi exmarido.

Destapé el rotulador de un tirón y escribí el nombre de Steven en letras rojo sangre en la cabecera del papel que había estirado entre Vero y yo. Al lado puse una fecha: 29 de octubre. Debajo tracé dos líneas verticales, por lo que el papel quedó dividido en tres secciones.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Vero con la boca llena de palomitas.

—Lo que debería haber hecho hace un mes. Voy a averiguar quién es Hartita y encontrar la forma de detenerla.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Del mismo modo en que escribo mis historias.

—¿Pasándote varios días sin ducharte engullendo ositos de gominola en pijama y soltando tacos al portátil?

—No —dije, irritada—. Voy a diseñar el asesinato de Steven.

—Gracias, Niño Jesús; ya era hora de una dichosa vez por todas.

Vero agachó los hombros con una risa tonta cuando le lancé el rotulador a la cabeza.

—No literalmente. Voy a hacer una lista de todas las personas a las que Steven ha conseguido enfadar. Luego averiguaré cuál de ellas tiene el motivo más sólido para matarlo.

La risa de Vero calló cuando midió la longitud del papel.

—Siento chafarte la idea, Finn, pero vas a necesitar otro rollo.

—Por algo tenemos que empezar. —Etiqueté las tres secciones—. La gente suele asesinar por una de estas tres razones: amor, dinero o venganza. —Bajo el título «Venganza» escribí el nombre de Theresa—. Hartita publicó el primer mensaje en el que mencionaba a Steven el 29 de octubre, dos días después de que arrestaran a Theresa. —La relación ya estaba tocada, pero según Georgia habían tenido una discusión bastante fea en la comisaría y Steven había roto el compromiso la noche en que la ficharon. A la mañana siguiente, él ya había sacado sus cosas de la casa de Theresa, había recuperado el anillo de compromiso de dos quilates y había retirado el dinero de las cuentas corrientes que compartían.

Vero sacudió la cabeza masticando pensativamente un grano de maíz mientras deshacía un nudo de las luces.

—Theresa no podría haberlo escrito de ninguna manera. Seguía en la cárcel.

Vero tenía razón. Aimee había pagado la fianza, pero en eso había tardado varios días. Theresa no habría tenido acceso ilimitado a un ordenador mientras estuviera detenida ni, por eso mismo, intimidad ni tiempo suficientes para conseguirlo.

Vero señaló el cuadro con la barbilla.

—¿A quién más tienes?

—Entre las amantes rechazadas, la única que conozco es a Bree.

Vero levantó la vista de las luces de Navidad y arrugó la nariz mientras yo escribía el nombre en la columna «Amor».

—¿Por qué iba a querer Bree matar a Steven? Creía que estaba coladita por él.

—Seguro que lo estaba, hasta que él la despidió. Steven dijo que había perdido algunos clientes importantes después de que aparecieran las noticias sobre la investigación policial y que tenía que recortar los gastos en nóminas. La echó hace unas semanas.

Vero ladeó la cabeza como si estuviera echando la cuenta.

—Las fechas no cuadran. Las primeras noticias aparecieron el lunes por la noche. El anuncio del foro se publicó dos días después. Incluso aunque sus clientes hubieran empezado a huir enseguida, no habría despedido a Bree tan rápido; es demasiado egoísta como para hacer eso. La habría necesitado para que cogiera todas las llamadas mientras él hablaba con la policía. ¿Y de dónde iba a sacar alguien como ella cien mil pavos? Es imposible que una auxiliar de oficina de veinte

años se pueda permitir pagar a alguien como LimpioFácil. No —dijo Vero, sacudiendo la cabeza mientras daba unos toques sobre la segunda columna del papel con una larga uña—; tira por el dinero. Al final siempre es por eso. ¿A quién le beneficia que Steven acabe fiambre?

—Los niños son los beneficiarios del dinero de su seguro de vida.

Vero soltó una risa sombría.

—Eso te convierte en la sospechosa número uno de la segunda columna. Piensa. ¿Quién más?

—Steven no tiene más activos. Cada centavo que tenía fue a parar al vivero.

Mi móvil repicó con su sonido de campanilla. Vero fue de cabeza a cogerlo antes de que pudiera detenerla.

—Uuuh, yo digo que es Nick —dijo con una sonrisa maliciosa. El entusiasmo le desapareció de la cara cuando desbloqueó la pantalla.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Quién es?

—Hartita… Ha publicado una respuesta en el hilo.

Me acerqué y leí por encima de su hombro:

> Hartita: @LimpioFácil y @Anónimo2, gracias por las respuestas. Es muy amable por vuestra parte ofreceros a hacerlo y estoy interesada en charlar con cualquiera de vosotras, pero estamos en una época del año muy estresante. Hay mucho que hacer antes de Navidad y quedan muy pocos días para gestionarlo todo. Seguro que lo comprendéis. A lo mejor podemos volver a ponernos en contacto cuando haya pasado todo. Cuando hayáis concluido vuestros planes de vacaciones, espero que una de vosotras me envíe otro mensaje.

Vero miraba extrañada la pantalla.

—¿«Estoy interesada en charlar con cualquiera de vosotras»? ¿Qué significa eso?

Releí la publicación: «Hay mucho que hacer antes de Navidad y quedan muy pocos días para gestionarlo todo».

—Creo que nos está contratando a las dos. Quien gestione antes lo de Steven se queda el dinero. —Hartita subía la apuesta: la ganadora se lo llevaba todo. Luego, nos añadía el tictac de un reloj estableciéndonos una fecha límite—. Quiere que esté hecho para Navidades.

—Quedan más de tres semanas.

Una nueva publicación apareció al final del hilo:

LimpioFácil: @Hartita, comprendo totalmente que el tiempo es esencial. Mis preparativos ya han comenzado. Pronto recibirás noticias mías.

Vero tenía razón. El dinero era el mayor incentivo de todos. Y, si LimpioFácil creía que tenía mucho dinero que perder, no había duda de que actuaría rápido. Lo que significaba que yo tenía que adelantarme aún más. Tenía que averiguar la verdadera identidad de Hartita y convencerla de que cancelara el encargo.

Volví a tapar el rotulador y consideré las posibles tramas que se desarrollaban ante mí.

Tres motivos.

Tres direcciones en las que podría ir la historia.

Pero solo un escenario en común.

Enrollé el papel y me puse de pie.

—Vístete. Nos vamos al vivero.

Capítulo 14

La última vez que Vero y yo condujimos por aquella carretera de tierra a oscuras, llevábamos novecientos metros de film transparente, una linterna y una pala en el maletero y teníamos un plan sólido para cambiar de sitio un cadáver en descomposición. Esta vez no me sentía ni la mitad de preparada.

—Dame tu tarjeta de crédito —me susurró Vero. Habíamos aparcado el Charger en la penumbra de detrás de la caseta de Steven antes de darnos cuenta de que no teníamos forma de entrar en ella.

—¿Por qué la mía? ¿No puedes usar una de las tuyas?

—Yo no tengo. —Estaba con el brazo extendido y la mano abierta a la espera de que sacara mi American Express. Se la dejé de un manotazo en la palma y acerqué la linterna de mi móvil a la cerradura mientras la insertaba entre la puerta y el marco.

—¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

—Claro que sé lo que estoy haciendo. Lo he visto en YouT… —La tarjeta de crédito se partió. Vero extrajo lo que quedaba de ella y lo sostuvo a la luz.

Se lo quité de un tirón y lo devolví al bolsillo de mi abrigo.

—Tiene que haber otra forma de entrar.

—Como no rompamos una ventana…

Ya habíamos probado todas las cerraduras y el juego de llaves que habíamos encontrado enganchado en el parasol del Ford destartalado que Steven usaba como transporte en el vivero. Me arrodillé sobre el mantillo junto a la puerta y apunté con la luz a los crisantemos y las coles de Saboya, en busca del pedazo perdido de mi tarjeta de crédito. Era inútil; quizá solo debíamos…

Centelleó la boquilla metálica del grifo de una manguera.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Vero mientras contemplaba la fachada de la caseta y la luz de mi linterna hacía una pasada lenta por el revestimiento y los recercados. Steven debía de tener una llave escondida en algún lado; siempre la tenía. Mi exmarido no es que fuera un *boy scout*, pero siempre estaba preparado. Su planificación y sus capacidades de organización asombrosas eran la forma en que

había logrado vivir con una mujer a la vez que se acostaba con otra, saliendo y entrando por las puertas desapercibidamente. Siempre tenía una estrategia de salida.

Y siempre tenía una llave.

La luz se posó en una baldosa antierosión del canalón, en la esquina de la caseta más alejada de nosotras. Cuando levanté el borde, algo plateado centelleó ante mí en un hoyo que había en el mantillo.

—Gracias, señora Haggerty —susurré. Vero levantó una ceja mientras yo limpiaba la llave en los vaqueros—. Steven solía dejar una llave fuera de nuestra casa para Theresa cuando estaban teniendo su aventura —le expliqué introduciéndola en la cerradura—. La señora Haggerty la vio recogiéndola a hurtadillas de debajo del mismo tipo de baldosa de nuestro desagüe. Es un animal de costumbres.

—Un depravado es lo que es.

Entré en la oscura caseta. Vero se chocó con mi espalda cuando me quedé paralizada junto a unos destellos rojos que lanzaba un teclado numérico en la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras la luz roja y yo nos mirábamos parpadeando.

—Un sistema de seguridad.

—Me has dicho que no tenía.

Sentí que el estómago se me caía en picado cuando la luz empezó a titilar más rápido.

—Pues parece que tiene uno.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Vero exhalando en mi nuca su aliento caliente con olor a palomitas.

—Necesitamos un código para neutralizarla.

—¿Qué código?

—¿Y qué leches voy a saber yo?

—¡Sabías dónde guardaba la llave!

—¡Esto es distinto! Nunca tuvimos un sistema de seguridad en casa.

—¿Theresa tenía uno en la suya?

—No. Steven los detestaba. —Probablemente porque dificultaban demasiado el salir y entrar sin que lo detectaran.

—Vale, pues piensa —dijo Vero empujándome hacia el panel—. Los códigos de estas cosas suelen ser cuatro dígitos, ¿no? ¿Qué número escogería Steven?

—No sé —farfullé mientras la luz roja aceleraba el ritmo.

—Prueba con el código de la puerta de tu cochera.

Tecleé esos cuatro dígitos. El panel dejó de parpadear.

—¿Ha funcionado? —susurró Vero. El único sonido era el tictac del reloj de la pared y el del termostato que se encendía.

—Creo que sí —dije con una espiración temblorosa. Cerré la puerta. Con la luz del teléfono en alto, avancé como si guadañara las sombras que me separaban del antiguo escritorio de Bree y encendí su flexo. El brillo tenue de la bombilla parecía iluminar más de lo que en realidad alumbraba y deseé que nadie lo viera desde la carretera.

—Vamos a por lo que hemos venido y nos largamos de aquí. Los libros de contabilidad de Steven probablemente estén en su despacho. Mira a ver qué puedes encontrar en el escritorio. Yo voy a registrar el que está aquí fuera por si hubiera algo sospechoso.

Las tablas del suelo de madera crujieron bajo los pies de Vero al caminar por el pasillo. Una lámpara se encendió en el despacho de Steven y oí los cajones de los ficheros deslizarse súbitamente y el susurro frenético de las carpetas en las que Vero estaba buscando. Aparté la silla del escritorio de Bree, abrí y cerré deprisa los cajones, los revolví buscando algo personal que pudiera haber dejado…, cualquier cosa que me ayudara a encontrarla. Si Steven se había ganado algún enemigo por cuenta del trabajo, es probable que su ayudante lo supiese.

Un bloc de mensajes reposaba abierto junto al teléfono, de estos con encuadernación en espiral y hojas perforadas arrancables que dejaban duplicados en un papel fino y amarillo. Hojeé como unos doce mensajes, pero ninguno destacaba por ser extraño. Cuando volví a dejar el cuaderno en su sitio, vi una caja archivadora de plástico con la etiqueta REGISTRO DE HORAS TRABAJADAS junto al teléfono.

Hojeé las tarjetas en las que los empleados por horas de Steven registraban la salida y la entrada de sus turnos y me detuve en el único nombre de mujer de la caja: Breanna Fuller. Esa debía de ser Bree.

Tomé una foto de la ficha con el móvil para hacerme con su información de contacto y las horas y días de sus turnos más recientes. Su última jornada fue un sábado… ¿El 26 de octubre?

Eso no podía ser.

Fue el día que vinimos Nick y yo fingiendo que queríamos comprar césped, cuando Bree nos dio las indicaciones para llegar al campo de festuca. El día anterior al que la policía desenterró los cadáveres. Pero Steven me había dicho que la había despedido después de que saliera

en las noticias.

Le di la vuelta a la tarjeta, pero el reverso estaba en blanco. Su último día de trabajo había sido hacía casi un mes. Mi exmarido siempre había sido un mentiroso excelente, pero ¿para qué molestarse en mentirme en eso?

El reloj hacía tictac en la pared. Volví a meter la ficha en la caja y pasé a otro grupo de cajones archivadores. Había un montón de objetos personales, que registré uno por uno. Un par de guantes de cuero falso, un paraguas plegable, un tubo de brillo de labios, un bote de esmalte de uñas azul con brillantina… Me detuve y extraje un ejemplar muy usado de una novela de suspense romántico: una de mis novelas. El lomo del libro estaba sellado, lo que indicaba que era propiedad de la biblioteca pública local. Lo giré con torpeza hacia la contracubierta y rescaté de su funda la ficha. Hacía semanas que tendría que haberse devuelto. Si estas eran las cosas de Bree, ¿por qué no había vuelto a por ellas? Y, de todas las novelas de suspense romántico que podría haber sacado de la biblioteca, ¿por qué eligió una mía?

Una foto se deslizó de entre las páginas del libro. La cara lozana de Bree me devolvió la sonrisa. Steven tenía el brazo echado sobre su hombro y la foto estaba doblada por los lados, de manera que solo quedaban enmarcados ellos dos. La desplegué y descubrí el resto de la imagen. Otro hombre que no reconocía estaba a la derecha de Bree con el brazo enganchado a su cadera. Era alto, por lo menos diez o quince años mayor que Steven, con una mandíbula fuerte y rasgos agradables; el pelo claro retraído hasta las sienes revelaba unas arrugas de expresión bronceadas junto a sus ojos azules y afables. Me resultaba familiar, quizá porque despedía la misma seguridad inquebrantable que mi exmarido. Aunque él y Steven no tenían por qué parecerse, había semejanza entre ellos, y Bree parecía radiantemente feliz flanqueada por sus brazos.

Al otro lado de Steven, un hombre delgado, de mediana edad y con unas greñas que estaban encaneciendo aparecía un poco apartado, como si lo hubieran pillado mientras lo atraían los otros tres y lo hubieran capturado en ese momento sin que se diera cuenta. Su sonrisa sin dientes era tensa y la cara estaba orientada hacia el margen de la foto, como si quisiera restarle importancia al lunar grande y oscuro que tenía en el pómulo derecho. Mientras que el hombre rubio me resultaba familiar por razones que no identificaba del todo, no

tenía ni idea de quién podría ser este otro. Quienesquiera que fueran, parecían ser importantes tanto para Bree como para Steven.

Me estaba metiendo la foto en el bolsillo cuando el teléfono resonó con estridencia en la sala.

Me desplacé hacia el aparato, en la mesa de Bree. El identificador se iluminó: «Llamada entrante de Homesafe Security».

—¿Finn? ¿Estás viendo esto? —La voz de Vero sonaba tensa, lo que indicaba que estaba viendo lo mismo que yo en el teléfono de la mesa de Steven.

—Es la empresa de vigilancia. Tenemos que contestar.

—¡Entonces van a saber que estamos aquí!

—¡Si no lo cogemos, nos mandarán a la poli! —El teléfono volvió a sonar.

El corazón estuvo a punto de estallárseme cuando lo cogí. Me lo acerqué a la oreja y cubrí el micrófono con los dedos para hablar.

—¿Hola?

—Somos Homesafe Security. Estamos respondiendo a una alarma. ¿Con quién hablo?

Eché un vistazo rápido con ojos aterrorizados a la mesa y reparé en la caja de fichas mientras la mujer esperaba mi respuesta. Todos los nombres eran de hombres, excepto uno. Me aclaré la garganta y ajusté el tono de voz para que coincidiera con el de Bree, cantarín y vivaz.

—Soy Bree, Bree Fuller. Soy la auxiliar administrativa. Siento molestarlos. Es que se me olvidó totalmente coger… el paraguas.

«¿El paraguas? ¿En serio?», gesticuló Vero a mi lado sin hablar.

—Cuando he vuelto a por él, se me ha olvidado que la alarma estaba puesta. Pero aquí todo está en orden, de verdad. No pasa nada —dije con una risa nerviosa.

—Está bien, Bree. Solo necesito que me diga su palabra clave para autorizarnos a anular la alarma.

—¿Mi palabra clave? —Me giré hacia Vero. Abrió mucho los ojos.

—Oiga, ¿necesita que le enviemos un agente a su ubicación? ¿Está usted en peligro?

—¡Sí! ¡O sea, no! —Me di un manotazo en la cara—. No, no estoy en peligro. No hace ninguna falta que me envíe a un agente. —Vero se apresuró hasta la ventana y se asomó a través de la persiana.

—Entonces necesito que me confirme la palabra clave de seis letras para desactivar la alarma.

La lengua se me pegó al paladar. ¿Qué palabra clave utilizaría

Steven? El silencio se alargó mientras contaba letras. *Delia* era demasiado corto. *Theresa* demasiado largo.

—¡Finlay! —susurró Vero, apremiante. «¡Cuelga! ¡Nos tenemos que ir!», gesticuló sin emitir sonido.

—Gracias —dijo la mujer animadamente—. Solo hacía falta eso. Mandaré un informe de inmediato para que cancelen la solicitud de inspección de la propiedad.

Me quedé mirando el teléfono una vez el servicio de vigilancia colgó, aún tratando de atar los cabos de lo que acababa de pasar. La única palabra que se había dicho, aunque flojito, había sido mi nombre. Pero tenía seis letras.

¿Mi nombre era la palabra clave de Steven?

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que lleguen los polis? —me preguntó Vero sacándome del aturdimiento.

—No van a venir —dije. Se encorvó contra la pared y se presionó el pecho con una mano—. ¿Has encontrado los libros de Steven?

Vero alzó su móvil.

—Bien. Vámonos de aquí.

Capítulo 15

Apagué el flexo del escritorio de Bree y casi me tropecé con Vero en medio de la oscuridad cuando me giré para marcharnos. Se había quedado inmóvil junto a la ventana delantera, contemplando la larga carretera de grava que terminaba en la entrada del vivero. Una luz deslumbradora se deslizó por el cristal cuando unos faros giraron en dirección a la caseta.

—¡Mierda! —Vero agachó el tronco—. ¿Es Steven?

La rodeé y me asomé a través de las lamas de la persiana.

—Creo que no. —Las luces todavía estaban demasiado lejos como para asegurarse, pero parecían estar muy cerca del suelo como para ser de la *pickup* de mi ex.

Los haces de luz atravesaron el cristal y nos iluminaron directamente. Nos echamos al suelo y pegamos la espalda a la pared de debajo de la ventana mientras las sombras se estiraban por la sala. Cerré los ojos y oí el crujido lento y constante de la grava bajo los neumáticos. Las dos contuvimos un grito cuando los faros se apagaron y la caseta se quedó a oscuras.

Me retorcí hasta ponerme de rodillas y miré a través de la persiana. La silueta oscura de un sedán se acercaba a ritmo constante.

—¿Crees que es la poli? —me preguntó Vero.

Giré en redondo para volver a la postura anterior, con las palmas de las manos sudadas contra el suelo. La mujer de la empresa de seguridad me había dicho que iba a cancelar la alarma, pero quizá no le había dado la palabra clave lo suficientemente rápido.

—Imagino que solo harán una inspección rápida del lugar. Hemos aparcado detrás de la caseta. No pueden ver tu coche desde el aparcamiento. Si nos quedamos quietas, a lo mejor se van.

—¿Crees que habrán visto las luces desde la carretera?

—No lo sé. —El vehículo había dado el giro hacia la carretera de grava después de que yo hubiera apagado el flexo, pero los árboles del límite de la propiedad estaban desprovistos de follaje y la noche estaba despejada. A saber lo que la policía habría visto desde la carretera si estaban mirando hacia aquí.

—¡Venga! —dijo Vero cogiéndome de la mano—. Vamos a saltar por la ventana de atrás.

—¡No nos podemos ir! Están demasiado cerca. —Incluso si conseguíamos llegar al coche, verían las luces de atrás cuando intentáramos escapar por el acceso trasero del vivero, por donde habíamos venido—. Vamos a quedarnos en silencio. Puede que ni siquiera se bajen. Es más seguro quedarse escondidas y esperar a que se vayan.

Pegamos la espalda a la pared cuando el coche avanzó hasta pararse delante de la caseta. Esperé a oír el graznido revelador de una radio de policía al otro lado del cristal de la ventana que teníamos encima, pero lo único que oía era el runrún tenue del motor parado.

La puerta de un coche se abrió con un clac. Un pie pisó la grava. Luego otro. Vero me estrujaba la mano a medida que los pasos se acercaban hasta pararse justo detrás de nosotras. Se santiguó y movió la boca rezando en un silencio atroz. Las dos contuvimos la respiración cuando la corriente prolongada y contundente de un fluido salpicó el revestimiento.

—¿Está meando? —siseó Vero. Le tapé la boca con una mano mientras el flujo se iba reduciendo a un chorrillo lento. Lo siguió una pausa, que rompió el chasquido familiar de un mechero. Vero se apartó mis dedos de la cara y susurró—: ¿En serio se está echando un piti ahora?

Incliné la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y apretados. Podría tardar sus cinco minutos en terminarse el dichoso cigarrillo. Y si mientras tanto le daba por pasear alrededor de la caseta, encontraría el coche de Vero. O peor: se asomaría por las ventanas traseras y nos vería.

—Quédate quieta —le susurré a Vero y le agarré la mano cuando el mechero volvió a chasquear—. Aquí está oscuro. Probablemente no pueda ver nad…

La ventana se hizo añicos. Nos golpeamos con el suelo cuando los pedazos y el cristal se estrellaron en la pared contraria. Afuera, el motor del coche rugió, los neumáticos dieron vueltas a toda velocidad y la grava roció el revestimiento en medio de un repentino torrente estruendoso.

La sala estalló en llamas a nuestro alrededor. Me puse de rodillas y arrastré a Vero hacia mi lado, tosiendo, mientras el aire se volvía más denso a causa de los gases. Un humo negro se escapaba a raudales por

la ventana rota. Me lo sacudí de la cara con la mano justo a tiempo de captar el destello de los faros traseros que parecían derrapar por la carretera.

Vero tiró de mí hacia la puerta.

—¡Tenemos que irnos!

Me volví hacia la estancia. El fuego ya estaba trepando por las paredes, enroscando las lenguas por los brazos del sofá y manchando de negro el techo. Lancé miradas febriles por la oficina preguntándome qué, si es que había algo, podía salvar. Esa caseta contenía todo para lo que Steven había trabajado y las llamas la estaban devorando delante de mis ojos.

Vero me cogió del abrigo y gritó entre los silbidos y el crepitar.

—¡Finlay, tenemos que salir de aquí! ¡Ya!

El humo nos persiguió al salir tropezándonos de la caseta. Ella se apresuró a llegar hasta el coche mientras yo cerraba la puerta. Las manos me temblaron al pelearme con la llave; el metal ya estaba caliente. El motor del Charger gruñó al encenderse y los faros pintaron unos haces de luz sobrecogedores que atravesaron las bolsas de humo al doblar la esquina.

—¡Monta! —me gritó. Corrí hasta el lado del copiloto y cerré de un portazo al tiempo que Vero giraba bruscamente y aceleraba hacia la entrada trasera del vivero; ambas respirábamos con fuerza mientras unas llamas de amarillo intenso destelleaban a nuestra espalda a través del humo—. ¿Qué narices acaba de pasar?

—¡Pues que alguien ha arrojado un arma incendiaria en la oficina de Steven! ¡Eso es lo que ha pasado! —Me aferré al salpicadero cuando el Charger pasó a toda velocidad junto al campo árido que Vero y yo habíamos excavado un mes antes. La fila de cedros de la parte trasera de la propiedad fue tomando forma y condujo más lenta al llegar al final del camino de grava para no dejar marcas de frenazo antes de girar hacia el asfalto.

El Charger ganó velocidad y tomó la carretera serpenteante demasiado rápido. Dentro del coche todo olía a carbón y la garganta se me agarrotó al tragar.

—Para —dije y sentí la bilis preparada para salir cuando pasamos por otro bache.

Vero entrecerró los ojos con la vista puesta en las curvas siguientes.

—No podemos pararnos aquí.

—¡Te he dicho que pares! —Las manos se me tensaron, asidas a la

puerta del copiloto. Los neumáticos chirriaron y echaron humo cuando el coche frenó en seco en el estrecho arcén. Abrí de golpe la puerta y expulsé a arcadas el escaso contenido de mi estómago en la cuneta.

Cuando acabé, reposé la frente sudorosa sobre las manos, negras del humo, con los codos a sendos lados de las rodillas y el culo en el borde del asiento envolvente del coche de Vero, esperando a que se me pasara la sensación mientras recordaba las llamas que se habían enroscado por el sofá.

—Steven dormía en ese sofá —dije con una voz que sonó irregular por el ácido y el humo.

Sentí la tensión de Vero llenar el coche a medida que ataba los cabos de lo que yo había omitido. Mi ex solo llevaba unos días en su casa nueva. Hasta la semana pasada, había vivido en esa caseta. Había estado durmiendo en ese sofá. La única dirección que Hartita había difundido en la publicación era la del vivero. Si LimpioFácil había estado vigilando a Steven antes de aceptar el trabajo, como sospechaba Vero, sabría que él dormía en su oficina.

Una lengua de llamas naranjas lamía el cielo a lo lejos y las nubes de humo negro desdibujaban las estrellas. Me pregunté si el sistema de seguridad de Steven estaba vinculado a los detectores de humo. Si alertaría a las autoridades a tiempo para salvar algo de su oficina o si se quemaría todo hasta los cimientos antes de que alguien diera aviso del fuego.

Me limpié los restos de vómito de la boca y cerré la puerta del copiloto.

—Quienquiera que sea LimpioFácil, no es precisamente discreta. —Vero meneaba la cabeza mirando hacia las llamas—. Tú y yo lo habríamos hecho mucho mejor.

Le miré la cara manchada de hollín con una ceja levantada.

Alzó las manos; estaban igual de sucias que el resto de su cuerpo.

—Solo digo que por cien mil pavos una espera que alguien sea profesional. Por cierto, gracias por no potar en el coche. ¿Ves? Bien discreta —añadió haciendo un gesto hacia mí, como si mi capacidad de no vomitar en la tapicería debiera ser un punto destacado de mi currículum. La risa sombría que me asaltó hizo que me brotaran unas lágrimas en los ojos que me limpié con la manga. Vero metió la marcha atrás y nos reincorporamos a la carretera—. ¿Has conseguido algo del escritorio de Bree?

—He encontrado su nombre y su dirección en su ficha y unos objetos sueltos que había dejado en un cajón. El último día que trabajó allí fue el 26 de octubre. —Vero me lanzó una mirada significativa, probablemente porque pensaba lo mismo que yo. Steven no había sido del todo franco sobre cuándo la había despedido. Lo que significaba que era probable que tampoco hubiera sido sincero sobre el porqué—. ¿Y tú? ¿Has encontrado algo en los libros de Steven?

—No me ha dado tiempo a leerlos, pero he hecho unas cuantas fotos de las transacciones de los últimos meses. Y tomé otras tantas de las facturas que había en su bandeja. Podemos verlas en casa. A lo mejor desenterramos algo. —Ante mi estremecimiento, se encogió de hombros—. Perdona. Poco oportuno ese juego de palabras.

Una sirena ululó a lo lejos. Vero comprobó su espejo retrovisor y me giré en el asiento. Unas luces intermitentes rojiblancas destellearon a través de los árboles detrás de nosotras, dirigiéndose a toda velocidad hacia el vivero. Era probable que no quedara mucho en pie, pero al menos Steven no estaba durmiendo allí —ni, peor, borracho y desmayado en el sofá del despacho— cuando el fuego se inició.

—¿Crees que la poli hablará con la empresa de seguridad? —me preguntó Vero.

Dejé caer la cabeza contra la ventanilla con un ruido sordo y me tapé los ojos con la mano. El jefe de los bomberos tardaría un día o dos en recopilar las pruebas. Y la policía necesitaría tiempo para obtener una orden para hablar con la empresa de seguridad. Pero Steven… Podría solicitar un informe del servicio de vigilancia y seguridad en cuestión de horas. Remitir esa información a los investigadores si quisiera acelerar la investigación.

—El registro de mi conversación con la empresa de seguridad los llevará directos a Bree.

—Si ella no ha contratado a LimpioFácil para asar vivo a Steven, no tiene nada de qué preocuparse.

—¿Y si sí la ha contratado? —Seguía sin estar convencida de que Bree fuera completamente inocente—. Necesito hablar con ella antes de que la policía lo haga. Steven oculta algo. Me mintió sobre la razón del despido y, por lo que sé, no ha vuelto al vivero desde entonces; todas sus cosas seguían en un cajón archivador. Si estaba tan molesta como para no volver a por sus cosas, entonces quizá estuviera lo bastante enfadada como para pagar a alguien para que lo matara.

—¿De verdad crees que ella es la responsable?

—No lo sé, pero si lo es necesito convencerla de que retire el encargo antes de que la policía tenga la oportunidad de detenerla.

Capítulo 16

Mi móvil sonó temprano la mañana siguiente, mientras entraba con el monovolumen en un camino de tierra que atravesaba una granja teñida de un gris invernal. Los campos helados estaban bordeados de vallas y moteados de vacas.

—Hola, Georgia —contesté con voz temblorosa por el traqueteo sobre las roderas congeladas de la carretera—. ¿Ha llegado Delia al cole?

—La acabo de dejar allí. Estoy de camino al trabajo. He dejado a Zach en tu casa con Vero. ¿Te ha llamado Steven?

—No, ¿por qué?

—Alguien ha hecho una hoguera con su oficina de ventas del vivero esta noche.

—¿Qué quieres decir? —Intenté infundirle a la pregunta un grado razonable de sorpresa.

—Que ya no hay oficina. Alguien le ha quemado la caseta.

—Vaya… ¿Tienen alguna idea de quién ha sido?

—El inspector de bomberos sigue allí. Mis contactos del departamento de Fauquier no van a tener listo el informe oficial hasta dentro de dos días, pero todo apunta a que fue premeditado. Van a poner a un par de investigadores a cargo. Eso es todo lo que he podido sonsacarle.

Aquellos investigadores probablemente vendrían aquí en cuestión de horas.

—¿Me avisarás si te enteras de algo más?

—Voy a estar pendiente —me aseguró Georgia—. Mientras tanto, deberías llamar al abogado de Steven. Pídele que suspenda las visitas hasta que la investigación haya concluido. Finn, esto no ha sido un accidente y no creo que los niños deban quedarse en casa de él hasta que sepamos qué es lo que ha pasado.

—Me encargaré de hacerlo. Gracias, Georgia.

Colgué y aminoré la marcha cuando el terreno de la granja entró en mi campo de visión. Del revestimiento blanco reluciente colgaban luces con forma de carámbanos y las barandillas del porche que

rodeaba la casa estaban ornamentadas con guirnaldas. Aparqué en paralelo a un Lincoln Continental de color marfil y un Volkswagen escarabajo rojo que reconocí: el de Bree. Ciñéndome el abrigo, subí los escalones del porche y llamé al timbre. Unas redes finas de pegamento de pistola pendían de las bayas de acebo y de los cascabeles de una corona hecha a mano que había en la puerta. Unos olores cálidos se desprendieron de la casa cuando la puerta se abrió: manzanas especiadas, beicon y el delicioso aroma de los rollitos de canela que flotaba desde el horno.

—Hola. —La mujer que me abrió guardaba una semejanza notable con Bree. Su sonrisa era educada pero indecisa, como si estuviera tratando de ubicarme. Se limpió las manos en los vaqueros, lo que dejó un rastro de pompas diminutas de lavaplatos que terminaron por disiparse en la tela azul claro.

—Hola, venía buscando a Bree. ¿Está en casa?

Miré por encima de su hombro y vi un recibidor amplio y acogedor adornado con paisajes campestres y unas piezas de artesanía pintorescas. Había comprobado la dirección en la ficha y me había sorprendido solo ligeramente descubrir que Bree seguía viviendo en casa de sus padres. Sabía que estaba matriculada en un centro de formación porque había estado buscando los registros públicos, pero no fue hasta que estuve delante de su madre cuando sentí que la brecha de edad entre ella y yo era bastante grande.

—¡Ah, claro! —Me tendió una mano con uñas cortas y manchadas de pintura de colores navideños—. Soy Melissa. ¿Te gustaría pasar…? —Inclinó la cabeza, a la espera de que le dijera mi nombre.

—Finlay —dije estrechándole la mano. Estaba caliente y aún húmeda de haber estado fregando. Apretó los labios al oír mi nombre.

—Eres la mujer de Steven.

—Exmujer. —Fruncí la boca al corregirla. El *ex* siempre dejaba un regusto amargo al salir.

Parte de la calidez abandonó su sonrisa.

—Entiendo. Bree probablemente esté en el establo —dijo señalando una dependencia del otro lado de la valla—. Allí la encontrarás. —Me soltó la mano y retiró sin decirlo su invitación a pasar.

—Gracias —le dije antes de bajar del porche.

No culpaba a Melissa por haberme cerrado la puerta ni por observarme a través de la abertura de las cortinas del salón cuando me encaminaba hacia el prado. Estaba claro que sabía lo suficiente sobre

Steven como para tenerle antipatía a cualquiera que se apellidara Donovan.

Tras agacharme para pasar por debajo de la cerca, me dirigí hacia el establo. La veleta de metal colocada en el tejado dio unos cuantos giros en un sentido y luego hacia el otro; el viento parecía indeciso al aproximarme a las amplias puertas del establo. Abrí una de ellas un par de centímetros. El aire del interior era cálido y húmedo, cargado de olor a heno y estiércol.

—¿Bree? —Mi voz hizo eco por las esquinas tenebrosas del pajar.

—Estoy aquí.

Me adentré en el establo, sin tener claro de dónde había venido la voz. Los cerdos hozaban en sus pesebres y las cabras me balaron cuando pasé por una pared incrustada de clavos y ganchos que sujetaban rastrillos y palas. Al otro lado de la pared, Bree estaba sentada en un cubo puesto bocabajo dándome la espalda. Estaba deshaciendo un nudo de una cuerda que estaba enlazada a un neumático viejo, a modo de columpio.

—Hola, señora Donovan —me dijo sin levantar la vista. Su teléfono reposaba en el suelo junto a ella. Su madre debía de haberle dicho que había venido—. Supongo que se habrá enterado de que ya no trabajo en el vivero. —No levantó la cabeza, fingiendo estar absorta en su tarea. Su voz era monótona, carente de aquella nota alta y optimista que siempre parecía puntuar sus frases.

—Steven me lo mencionó hace unos días. Me dijo que el vivero estaba teniendo dificultades y que tuvo que despedir a algunas personas.

Reaccionó con un bufido seco.

—Típico de él —dijo en voz baja.

—Nunca ha sido el hombre más directo del mundo —admití. Bree no tenía nada que decir al respecto, pero percibí que algo había cambiado. No me había mirado desde que había entrado en el establo, pero noté una curiosidad repentina bajo ese comportamiento enojadizo. Hice un gesto hacia una torre de cubos apoyados contra la pared—. ¿Puedo sentarme?

Bree se encogió de hombros. Cogí uno de la pila y lo puse del revés para tomar asiento a su lado.

—Entonces, supongo que no soy la única. —Hurgaba con sus uñas cortas en el nudo pertinaz. Las tenía mordidas a ras, rosas y sin manicura, y la pálida cara sin su maquillaje habitual.

—¿La única a la que Steven ha hecho daño? No —dije con delicadeza—, ni mucho menos.

Un músculo se le tensó en la mandíbula. No estaba segura de si esa información la hacía sentir peor o mejor, pero merecía conocerla. Metí la mano en el bolso, extraje la foto que había encontrado en su libro de la biblioteca y sentí que su mirada cambiaba al ofrecérsela.

—Te dejaste esto en la caseta. Parece que es especial. Pensé que querrías recuperarla.

Bree soltó el columpio. Alzó los ojos despacio hacia los míos. Vi un débil reflejo de mí misma —de mi yo de hacía un año— en los huecos que había dentro de ellos.

—Gracias —me dijo dejando la foto bocabajo junto al teléfono—. ¿Por eso ha venido? Se tarda en llegar aquí. Me la podría haber mandado por correo.

No creo que me estuviera vacilando. El sarcasmo no parecía encajar con Bree. Resultaba más bien un acicate, una invitación a tener una conversación que no quería admitir que necesitaba tener.

—Pensé que a lo mejor querías hablar de lo que pasó con Steven.

—No tuvo nada que ver con el vivero —dijo con un fuerte suspiro—. Ni con la mala prensa, los clientes perdidos ni la detención de Theresa. Teníamos problemas mucho antes de todo eso.

—¿Qué clase de problemas?

Tomó el extremo deshilachado de la cuerda, pensativa.

—Yo intentaba ser paciente. Las cosas nos habían ido muy bien desde que mi padre me había conseguido el trabajo en el vivero. Steven y yo… conectamos al instante. Y las cosas como que empezaron a complicarse a partir de ahí. —Las mejillas se le sonrojaron cuando levanté una ceja—. No fue así. No fue como está pensando. Steven ya sabía que Theresa andaba con otra persona. Lo sospechaba desde hacía un tiempo y eso lo estaba volviendo loco. Algunas noches se emborrachaba y de lo único que quería hablar era de ese tema. Dijo que por eso estaba bien que nos acostáramos… —Bree cerró la boca de golpe. Se mordió un labio—. Dijo que por eso estaba bien que pasáramos tanto tiempo juntos, porque Theresa también le estaba siendo infiel. Creí seguro que, si esperaba, en algún momento rompería el compromiso y estaríamos juntos sin tener que seguir manteniéndolo en secreto. Pero cuanto más esperaba menos segura estaba de que Theresa fuera con la que en realidad estaba obsesionado. —Me echó una mirada a través de las pestañas.

Rompí a reír, impactada.

—¿Creías que estaba obsesionado conmigo?

—Quizá sí —dijo a la defensiva—. Me refiero a que Steven y usted tienen hijos en común. Y usted es mucho más simpática que Theresa, aunque ella sea más guapa. —Levantó la mano de pronto para taparse la boca—. Disculpe, señora Donovan. Le juro que no lo decía en ese sentido.

—No pasa nada —le dije mientras la risa se me atenuaba—. Theresa es más guapa que la mayoría de la gente. Estoy segura de que Steven al principio me dejó por eso.

Bree frunció el ceño mordisqueándose el labio.

—Nunca lo reconocerá, pero siempre anda fisgoneando sobre usted, investigándola.

Mi risa se extinguió.

—¿Investigándome cómo?

—Pues arreglándole algo del garaje, pagándole las facturas y cotilleándole las redes sociales para ver si está saliendo con alguien. Durante semanas estuvo preocupadísimo porque tenía la idea disparatada de que estaba saliendo con un modelo de ropa interior. —Giró los ojos hacia arriba—. Luego vino usted aquel domingo al vivero con Nick. —Le brillaron al recordarlo; era la misma expresión de chiflada que había visto en la cara de las mujeres que se lo habían comido con la mirada en el vestíbulo de la escuela de Delia—. Los dos parecían muy felices y a él obviamente usted le gustaba mucho. Y pensé que esa era mi oportunidad. Usted estaba rehaciendo su vida con este hombre tan fantástico y Theresa tenía una aventura con otra persona. Creí de verdad que esta era la mía. Así que llamé a Steven en cuanto salieron de la oficina. —Agachó la cabeza—. Quizá estuvo feo, pero no podía esperar a contarle que habían venido a comprar césped juntos, que iban muy en serio. Pero cuando se lo dije estalló. Vino a toda prisa al vivero, al segundo de contárselo. Le dio un ataque de nervios y todo y luego se fue echando pestes. Estuvo dos días enteros sin llamarme. Es cierto —dijo levantando las manos— que tenía muchas cosas con las que lidiar. O sea, a Theresa la habían detenido y la policía había invadido la oficina con órdenes judiciales, la habían cerrado y estaban excavando el vivero. Cuando por fin tuvo el momento de llamarme, el martes, fue para decirme que no me molestara en volver.

Pronuncié algo que sonó como «Lo siento». Al menos, creo que así

era. La cabeza se me había quedado atascada en lo que había dicho antes, lo de que la emergencia que había atendido en el vivero aquel día era el mero hecho de que pensaba que yo estaba allí comprando césped con alguien.

—¿Y crees que la razón por la que te despidió tuvo que ver conmigo?

Bree asintió.

—Sigue enamorado de usted, señora Donovan. Me enteré en octubre, cuando contrató el servicio de seguridad y usó su nombre de palabra clave.

Dominé el gesto de comprensión de mi cara.

—¿De palabra clave?

—Cuando activas por accidente la alarma —me explicó—, es la palabra que le debes decir a la empresa de vigilancia para que sepan que no pasa nada. La de Steven era *Finlay*. Sospecho que quizá en el fondo él se imaginaba que siempre iba a estar usted ahí en caso de que las cosas con Theresa no funcionaran. Creo que por eso se puso así con lo de Nick.

Porque yo era su salvavidas cada vez que caía y le daba miedo de que, si yo me estaba viendo con otra persona, ya no estuviera ahí para rescatarlo. Todo ese tiempo había estado regodeándose en lo mucho que yo lo necesitaba —para pagar mis facturas, arreglarme el garaje y cuidar a los niños— cuando quizá en realidad había sido al revés.

Posé los codos sobre las rodillas. Nuestros hombros casi se tocaban.

—Sabes que lo nuestro se acabó, ¿verdad? Su comportamiento espantoso nunca ha tenido que ver conmigo ni contigo. Ni siquiera con Theresa —le dije calmadamente—. Es por sus inseguridades. Nada más.

—Lo sé —repuso—. Mi madre me dijo lo mismo, que nuestra ruptura no tenía nada que ver conmigo y que debería aceptarlo. Pero eso no lo hace más fácil. Sigo pensando que quizá cambie de opinión. —Levantó la mirada hacia la mía—. ¿A usted le parece una estupidez?

Era difícil mirarla y no ver a Delia, con toda esa esperanza y ese optimismo tan desacertados. No quería ofender a Bree, pero mentirle tampoco me parecía bien.

—Quizá no sea una estupidez, pero desde luego no es inteligente. —Dejó caer la cabeza y tomó el enredo de la cuerda—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Asintió levemente, recelosa.

—Has dicho que Steven contrató el sistema de seguridad en octubre. ¿Fue por lo que pasó con Theresa y Feliks Yirov?

—No. Fue antes de todo eso. Lo contrató por lo de las llamadas telefónicas.

—¿Qué llamadas?

—Alguien lo acosaba llamándolo todo el tiempo por teléfono. Duró varios meses. Para otoño la cosa se había vuelto muy seria. Steven estaba un poco asustado.

—¿Quién era?

—No lo sé. Las llamadas siempre eran a su móvil. Cuando las recibía, cerraba la puerta. Había muchos gritos y se enfadaba y colgaba.

—¿Sabes qué quería la persona que lo llamaba?

—Steven decía que era una loca que pensaba que él le debía algo a ella.

«Ella.»

—Entonces, ¿era una mujer?

—Creo que sí. O sea…, lo oí llamarla una vez «puta egoísta». —Se le juntaron las cejas—. No cree usted que estuviera con otra persona más, ¿no?

—No que yo sepa —dije con aire pensativo. No me extrañaría de Steven, pero hasta que no supiera con seguridad que Bree era incapaz de hacerle daño no quería darle más motivos para intentarlo—. Pero mencionó que tenía problemas económicos en el vivero. ¿Sabes de alguien que pudiera tener alguna queja de él? ¿Algún cliente o proveedor? ¿Alguien a quien le debiera dinero?

—No. —Negó firmemente con la cabeza—. Steven gestionaba bien el pago de las facturas. Sus clientes y proveedores estaban encantados con él.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera tener un motivo por el que estar enfadado con él?

—Si se refiere a alguien tan enfadado como para provocar el incendio, no; no se me ocurre nadie.

—¿El incendio? —Bree había dicho que no había tenido contacto con Steven desde que la echó. Entonces, ¿cómo sabía lo del incendio? ¿Ya había estado allí la policía?

Se puso de pie y se sacudió restos de paja de los muslos. Cogió el cubo cuando me levanté también y lo apiló con los demás.

—¿No se ha enterado? Anoche alguien le prendió fuego a la caseta

de ventas del vivero. Mi hermano mayor es voluntario del cuerpo de bomberos. Recibió la llamada después de medianoche. Me ha dicho que no quedaba mucho en pie para cuando lo extinguieron. —Bree debió de confundir mi silencio con sorpresa. Las mejillas se le sonrojaron—. Cuando usted ha venido, supuse que ya lo sabría. Creía que quizá por eso estaba aquí.

—¿Para ver si estabas tan enfadada como para encender la cerilla?

Bree asintió.

—Mi hermano me ha preguntado lo mismo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estuve aquí, viendo la tele con mi padre toda la noche. Tampoco le voy a mentir —añadió—; me cabreé mucho cuando Steven me despidió. Pero no provoqué ese incendio. Mi hermano me ha dicho que la policía probablemente querrá venir a hablar conmigo de todas maneras, para asegurarse.

—¿Y qué les vas a decir?

—La verdad —dijo—. Que lo quiero.

Bree se despidió de mí con un gesto corto de la mano y con sus botas desatadas pisó con suavidad la tierra al regresar hacia el cálido resplandor de la casa de sus padres.

Capítulo 17

Con las prisas por llegar a casa de Bree esa mañana, me había olvidado el Pop-Tart que había dejado en la encimera y el estómago se me había estado quejando desde que Melissa me había abierto la puerta, con todos esos olores del desayuno, cálidos y deliciosos, que salían a raudales y se mofaban de mí. Por algún motivo, había perdido el apetito durante la conversación del establo y no pude invocar el deseo de parar a por comida rápida de camino a casa. En lo único en que pensaba al entrar en mi calle era la taza de café recalentado y el pastelillo relleno que ojalá me siguiera esperando al llegar.

Pisé a fondo el freno a menos de una manzana de mi casa.

Un sedán desconocido estaba aparcado delante de mi cochera. A juzgar por las antenas extra del techo, casi seguro que era de la poli.

«No.» Aquello no podía estar pasando. El incendio había sucedido. En otro condado. La policía ni siquiera podía haber hablado ya con Bree, y Vero y yo no habíamos dejado nada en la caseta que pudiera conducir a la poli hasta nosotras. ¿O sí?

Cuando entré con el coche en la rampa de la cochera, le di vueltas en la cabeza a lo que Vero podría haberles confesado ya. O la coartada que habría conseguido inventarse sobre la marcha. Antes de salir hacia la casa de Bree, había lavado la ropa manchada de hollín de la noche anterior, pero ¿y nuestros zapatos? Probablemente habíamos dejado pruebas por todo el coche de Vero.

Aparqué el monovolumen y cerré la puerta de la cochera tras de mí, preparada para no dejar pasar a la policía si no venían con una orden. Mis pies se detuvieron de golpe al entrar con torpeza en la cocina.

Nick estaba sentado a la mesa, con arrugas de concentración que le surcaban el entrecejo. Delia estaba de rodillas sobre la silla de enfrente. Apoyada en los codos, tenía el tronco sobre la mesa y lo observaba a través de los pocos círculos libres que quedaban en el tablero vertical amarillo de su cuatro en raya. Nick no levantó la mirada de su partida, pero percibí el rápido movimiento de sus ojos cuando me vio entrar.

Vero estaba apoyada en la encimera detrás de ellos, sonriente mientras se secaba las manos en un trapo.

Ni esposas ni órdenes judiciales.

El compañero de Nick, Joey, estaba sentado en el sofá del salón con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta, y el pecho se le elevaba y descendía al ritmo lento y constante del sueño. Zach estaba sentado a su lado con la atención pegada al televisor mientras se oía levemente de fondo *Las pistas de Blue.*

Vero se colocó un dedo sobre los labios cuando cerré la puerta y me señaló con la barbilla la mesa donde mi hija y Nick estaban enfrascados en un juego de estrategia. O en una prueba de voluntad.

—El inspector ha venido preguntando por ti —me susurró suavemente para que no se oyera más que los discos al caer dentro del marco—. Le he dicho que estabas fuera y que lo llamarías cuando llegaras a casa, pero entonces Delia lo ha visto antes de que pudiera escapar.

Una taza de café humeaba sobre la mesa delante de Nick. El envoltorio de aluminio del último Pop-Tart de la casa —el mío— espejeaba junto a ella. Él sostenía un disco rojo, suspendido sobre la ranura del tablero. Alzó una ceja mientras echaba una mirada a Delia y dejaba caer la pieza.

—Cuatro en raya.

Delia se quedó boquiabierta.

—¿Has ganado?

—¡Ya me tocaba! —Se reclinó en la silla metiéndose una esquina de mi pastelillo relleno en la boca y habló mientras masticaba—: Me has estado dando una paliza tras otra desde hace media hora.

Delia accionó la palanca de la parte inferior del tablero y una lluvia de discos rojos y negros cayó por la mesa.

—Vamos a jugar otra vez —dijo.

Vero desarrimó la silla de Delia, lo que la obligó a abandonar el montón de discos negros que había formado delante de ella.

—Se me ocurre algo mejor: vamos a dejar que mamá y Nick jueguen una ronda.

Mi hija me miró parpadeando, como si acabara de darse cuenta de que yo estaba en casa. Abrió la boca para oponerse, pero Vero le puso delante lo que quedaba de mi Pop-Tart y la sobornó para sacarla de la cocina.

—Ten cuidado —me advirtió Delia—. Es muy listo.

Salió de la cocina al trote con Vero detrás, orgullosa.

—¿Te apetece una partida? —Nick entrelazó los dedos en la nuca. Sus ojos oscuros brillaron cuando me senté en el sitio que había dejado mi hija.

—¿Coche nuevo? —Solté un disco negro dentro del marco y lo observé caer con un ruido seco y quedarse fijo abajo del todo. Nick metió uno rojo con los dedos justo encima del mío.

—Es el de Joey.

—Parece un buen tipo. —No conocía a muchos hombres que pudieran tragarse un episodio entero de *Las pistas de Blue.*

—Habla por los codos.

—Te he oído —refunfuñó el aludido desde el sofá.

—Está pluriempleado como vigilante de seguridad de un centro comercial por las noches y ayudando a su madre los fines de semana —me explicó Nick—. Se ha dormido como un tronco en tu sofá hace como media hora. Supuse que no sería mucha molestia que me quedara a jugar un par de rondas con Delia mientras se echaba una cabezadita.

—No pasa nada. Solo es que no esperaba visita. Me dijiste que me llamarías.

Me observó colocar otro disco sobre el marco.

—Me he enterado de lo del incendio en el vivero.

La mano se me paralizó con la pieza aún agarrada.

—Ah, ¿sí?

—Quería asegurarme de que tú y los niños estabais bien.

—Lo estamos —dije con cautela—. ¿La policía ya sabe algo?

—Ni idea. El vivero no entra en mi jurisdicción. Pero puedo preguntar por el laboratorio. A lo mejor Pete se ha enterado de algo. Dame un día o dos para que curiosee un poco a ver qué descubro. Si estás libre el sábado, quizá pueda ponerte al corriente mientras cenamos.

La garganta se me tensó cuando levanté la mirada hacia él. No había nada platónico en la manera en que me observaba por encima del café, al que le estaba dando un sorbo.

—Solo cenar —le aclaré—. No sería una cita.

—Si no quieres que lo sea, no.

—Porque me estoy viendo con alguien —me apresuré a añadir.

—Con un abogado; lo sé. Vero me lo ha dicho.

—¿Qué más te ha dicho?

Posó la taza en la mesa.

—Que no tenéis una relación seria y que él va a estar fuera toda la semana. —Me apunté mentalmente que debía asesinarla mientras dormía.

Nick jugueteaba con un disco balanceándolo despacio adelante y atrás sobre el marco del cuatro en raya mientras escogía el lugar idóneo para depositarlo y así acorralarme.

—Iba a probar un restaurante nuevo con Joey el sábado por la noche, pero me va a dejar plantado…

—Por mi madre —se interpuso Joey—. Le prometí que la llevaría al bingo.

—… y he pensado que a lo mejor te gustaría venir.

—Por favor, Finlay, ve con él —me suplicó Joey—. Si no, no va a dejar de insistirme nunca.

Mantuve la vista fija en la partida, con miedo a aceptar algo que no debería si la volvía a levantar.

—Ah, vaya, el sábado… No queda mucho. Vero suele salir y no tengo a nadie que se quede con los niños.

—¡Sí que tiene! —apuntó Vero desde arriba de las escaleras.

—No tengo nada que ponerme.

—¡Sí que lo tienes! —gritó.

Ya está. Sin duda la iba a matar.

Nick se inclinó hacia delante y susurró:

—También podríamos cenar en mi casa. Me han dicho que hago un chili con carne bastante decente y le echo una salchicha bastante deliciosa. —El disco se me resbaló de los dedos. Traté torpemente de atraparlo mientras rebotaba hacia el borde de la mesa. Me cogió la mano cuando se encorvó sobre la pieza fugitiva—. Solo cenar. —Bajó los ojos hasta mi boca mientras me la soltaba.

Solo cenar. Eso lo podría hacer. Solo para recibir una actualización sobre la investigación del incendio intencionado.

—Vale —dije.

Alzó las cejas de golpe e insertó la ficha en el tablero.

—¿Eso es un sí?

—Sí. Pero quizá mejor nos saltamos lo del chili y probamos el restaurante. —Lo último que necesitaba era dejarme tentar por su chili con salchicha.

—Pues ya tenemos cita… O sea…, no, una cita no; en absoluto. —Levantó las manos y su cara era toda inocencia cuando soltó la última

ficha en el marco para hacer un cuatro en raya. Dio un sorbo grande a la taza mientras se levantaba y la dejó en el fregadero al salir de la cocina—. ¡Vero, gracias por el café! —le dijo desde el recibidor.

—Cuando quiera, inspector —le contestó canturreando.

—Gracias —me susurró Joey en el oído mientras iba a por su chaqueta—. Este tío se ha puesto insufrible. Si no le hubieras dicho que sí, le habría tenido que meter un tiro. —Se introdujo un palillo entre los dientes y me guiñó un ojo al abrir la puerta.

—¿Ya te vas? —dijo Delia gritando y bajando con dificultad las escaleras mientras Nick movía los hombros para colocarse el abrigo.

—Me tengo que ir, Dee, pero gracias por la partida. —Ella se abrazó a sus piernas como un pulpo—. Sigue practicando. En unos días volveré a por la revancha. —La levantó y le plantó un beso en la cabeza. Estoy segura de que me salió confeti de los ovarios mientras la volvía a dejar delicadamente en el suelo—. Te recogeré a las seis —me dijo al salir.

—Espera —solté corriendo para pararlo en el pórtico de la entrada —. ¿Qué debería ponerme?

Su sonrisa era un poco malvada.

—Sorpréndeme.

El aliento se me escapó de golpe mientras Nick se agachaba para montarse en el coche de Joey.

Yo guardaba demasiadas sorpresas. Y estaba convencida de que no eran del tipo que él esperaba.

Seguía con la mirada clavada en el tablero del juego cuando Vero entró en la cocina.

—¿Fantaseando con tu cita? —me preguntó.

—No es una cita.

—Claro que no —bromeó mientras enjuagaba la taza de Nick y la metía en el lavavajillas—. ¿Cómo ha ido con Bree?

Me hundí en una silla y tomé un sorbo cauteloso del café que había dejado en la encimera por la mañana.

—Estoy bastante segura de que no es Hartita; sigue enamorada de Steven. —Vero se metió un dedo en la boca y fingió una arcada—. Pero mencionó algo sospechoso. Dijo que contrató el sistema de seguridad antes de todo el asunto de Feliks. Al parecer, una mujer lo estaba acosando, llamándolo al móvil y exigiéndole cosas.

—¿Y Bree tiene alguna idea de quién era?

—No, pero me ha dicho que las llamadas eran frecuentes. Dice que empezaron en verano y que la cosa se puso peor en otoño. Me ha dicho que Steven contrató el sistema de seguridad a principios de octubre. Si conseguimos acceder a su móvil y comprobar su historial de llamadas, quizá averigüemos qué número pertenece a esta mujer misteriosa.

—¿Cómo tienes pensado hacer eso?

Pasé el dedo por las migas del Pop-Tart que quedaban en la mesa mientras sopesaba las opciones.

—De la misma manera en que les quitamos las cosas a los niños: usando una distracción.

Capítulo 18

Una hora después, Vero y yo contemplábamos el estropicio que habíamos formado en el suelo de la cocina. Las puertas del armario de debajo del fregadero estaban abiertas de par en par y todos los productos químicos, detergentes y artículos de limpieza fuera, desplegados sobre la encimera. Un charco se extendía desde la parte inferior del armario y goteaba por el borde hasta el suelo, donde un paisaje compuesto con ingenio y toallas de baño se esparcía para contener el agua.

Vero se puso de cuclillas para inspeccionar el caño que yo había aflojado.

—¿Quién iba a pensar que una llave inglesa sería tan práctica?

La puerta de una camioneta se cerró afuera. Le deposité la llave a Vero en las manos.

—Ya está aquí Steven. Esconde esto por algún lado. Yo lo distraigo en la cocina. Tú le coges el teléfono y a ver qué encuentras.

Me tomé mi tiempo abriendo la cerradura de la puerta principal. Steven entró con una bolsa de cuero llena de herramientas.

—No me puedo quedar mucho. Tengo una reunión dentro de una hora —dijo pisando el suelo con un par de botas de trabajo embarradas.

—Probablemente solo sea una fuga. Gracias por venir. —Lancé una mirada furtiva a sus vaqueros cuando se quitó el abrigo. No había bultos evidentes en los bolsillos. Lo más probable era que llevara el móvil en la chaqueta—. No tenías por qué traer herramientas. Tengo algunas aquí, si quieres echar un vistazo en la cochera.

Cuando levanté la vista, Steven me sonreía con satisfacción, como si me hubiera pillado mirándole los pantalones con disimulo.

—Finn, si tuvieras las herramientas que necesitas, no me habrías llamado.

Se remangó y llevó la bolsa a la cocina. Vero esperaba dentro, con la cadera ladeada y apoyada contra los fogones, los brazos cruzados y la mandíbula lista para luchar.

—Hola, Steven.

—Vero… —Steven le dedicó una mirada fría mientras dejaba las herramientas en una sección seca del suelo junto al mueble abierto. Sacó una linterna y se agachó para mirar dentro. Le hice una seña a Vero por encima de él para apuntar al perchero, a mi espalda. Ella asintió. La voz de Steven salió de debajo del fregadero.

—Ya veo el problema. Son solo un par de piezas que se han aflojado.

—¿Cuánto tiempo te va a llevar arreglarlo? —Vero necesitaría al menos diez minutos para copiar los números de su teléfono.

Él sacó la cabeza del armario. Detestaba esa sonrisa engreída suya, con todas las presunciones que se veían tras ella. Se dio golpecitos con la linterna sobre la palma de la mano mientras me examinaba sin mucho interés.

—Esas roscas tienen bastante mugre. Las podría sacar, limpiarlas un poco y ponerles teflón nuevo. Cuando haya terminado, van a estar como nuevas.

Vero puso los ojos en blanco de impaciencia.

—Eso está genial —dije.

Steven buscó en la bolsa una llave inglesa.

—Oye, Vero —dijo girando la cabeza sobre su hombro mientras hurgaba entre las herramientas—, ¿por qué no haces algo útil y limpias el agua de debajo del fregadero? No me quiero mojar los pantalones.

Me encogí al ver la peligrosa inclinación de cabeza de Vero.

—Claro. —Su mirada furiosa se cruzó con la mía al agacharse a recoger el charco de debajo del fregadero—. Finlay, ¿por qué no me traes unas toallas más? Seguro que vamos a necesitarlas.

Tiró a un lado las toallas mojadas con ademán ostentoso mientras Steven se agachaba. «¡Venga!», gesticuló en silencio, echándome de la cocina justo cuando él desapareció debajo del fregadero.

«¡Mierda!» Ese no era el plan.

Fui rápido hasta el perchero, hurgué en los bolsillos de Steven y subí corriendo las escaleras hasta mi habitación con su teléfono. Activé la pantalla mientras cogía de mi baño el último juego de toallas de ducha y las tiraba a los brazos expectantes de Vero desde arriba de las escaleras. Las llevó a la cocina con una sonrisa diabólica.

Volví sigilosamente a mi habitación con el móvil de Steven y me detuve ante la pantalla bloqueada mientras él y Vero reñían abajo. Era un animal de costumbres, me recordé, probando primero con nuestro

antiguo pin de la cuenta conjunta del banco. Como no funcionó, lo intenté con el código de cuatro dígitos del garaje. La pantalla de inicio apareció y reveló un menú.

Desde abajo llegaba el ruido metálico de las herramientas contra las tuberías al tiempo que su discusión iba *in crescendo* en la cocina. Vero avisó en alto a Delia y Zach de que su padre había venido de visita. Unos gritos de alegría atravesaron la casa. Los escalones tronaron cuando los niños bajaron por ellos.

Bajé frenéticamente por el registro de llamadas de Steven, pasé de largo de los nombres conocidos y me detuve solo en las llamadas entrantes de mujeres. Había una saliente a «Bree fijo» de las últimas horas de Acción de Gracias. Nada más me llamó la atención en las últimas semanas.

Bajé aún más para retroceder en el tiempo, hasta principios de octubre, cuando según ella las llamadas habían sido frecuentes, pero la mayoría eran a o de Bree: llamadas salientes a «Bree móvil» y llamadas entrantes tanto de su móvil como de su fijo, a todas horas, de día y de noche, intercaladas con llamadas rutinarias de los socios de trabajo de Steven, Theresa y mías; ningún patrón inusual de llamadas entrantes. Al menos, nada que destacara por parecer sospechoso o una amenaza.

El guirigay de abajo se volvió más fuerte; las risas de los niños se intensificaron hasta resultar casi frenéticas. Bajé deprisa las escaleras y dejé el móvil de Steven en el bolsillo de su abrigo de camino a la cocina.

Al doblar la esquina, un grito de alarma estalló debajo del fregadero. Steven se irguió rápido y se golpeó la cabeza contra la parte inferior del desagüe mientras se protegía la ingle con una mano. Zach estaba trepando entre sus muslos, chillando de alegría por el puñado de Cheerios que Vero había esparcido sobre la entrepierna de Steven. Este apartó a nuestro hijo levantándolo y consiguió salir del armario, lívido y hecho una sopa. Vero estaba sentada en la encimera junto al grifo abierto, con una sonrisilla despiadada dibujada en la cara. Se vertió un puñado de Cheerios en la boca mientras el agua corría por la abertura del desagüe y los niños chapoteaban con júbilo en los charcos nuevos que se formaban en el suelo.

Todas las toallas de la cocina estaban empapadas. Tiré del trapo de la barra de los fogones y se lo di a Steven. Lentamente, se limpió el agua de la cara. Una vena se le abultaba en la sien y tenía la piel de

un tono rojo furibundo cuando se dobló hacia delante.

—Vero, ¿por qué no te llevas a los niños arriba para secarlos? —le sugerí—. Yo ayudo a Steven a terminar. —Estaba convencida de que habría un asesinato en mi casa si ambos pasaban un minuto más en la misma estancia. Él le lanzó una mirada de odio mientras ella se bajaba de un salto de la encimera y sacaba a los niños de la cocina.

—Siento lo que ha pasado —dije apresurándome a cerrar el grifo.

Steven se enderezó con un gruñido, abrió el puño y me presionó el contenido contra la mano.

—Esto estaba atascado en el sifón. Parece la tarjeta SIM de un teléfono móvil. —Clavé la mirada en la tarjeta chafada que Vero y yo tiramos al triturador de basura el mes pasado.

—Vaya, qué raro —dije guardándomela con una risa nerviosa mientras Steven apartaba de una patada una montaña de toallas empapadas y volvía a introducirse en el armario—. Me pregunto cómo habrá llegado ahí.

—Probablemente haya sido tu canguro de las narices. Se va a cargar el triturador si sigue tirando ese tipo de cosas ahí dentro. Y como pase no pienso volver para arreglároslo. —Le sostuve la linterna mientras envolvía las piezas desacopladas con una cinta púrpura y las unía—. Esa muchacha es un peligro. Es una irresponsable, Finn.

—No es una irresponsable. Está siendo una gran ayuda para mí y es fantástica con los niños.

—Por ejemplo —argumentó, haciendo un gesto a la encimera, encima de su cabeza—: No debería guardar todos estos productos de limpieza juntos.

—Tenemos cerraduras especiales para que los niños no abran los armarios. —Debería saberlo, pues fue él quien las instaló.

—Lo mínimo es que tengáis un extintor en condiciones aquí debajo. Ese limpiador de horno es fuerte. Podéis provocar un incendio en la casa si no tenéis cuidado.

Apagué la linterna cuando se levantó para salir del fregadero.

—¿De verdad me vas a dar una lección de prevención de incendios ahora?

Tiró las herramientas a la bolsa murmurando el nombre de mi hermana como si fuera una palabrota.

—Te lo ha contado tu hermana, ¿no? —Lo miré fijamente con aspereza—. No ha sido ni la mitad de grave de como te lo habrá contado. Debe de haber sido algún grupito de niñatos delincuentes

que se colaron en un vivero vacío e hicieron el tonto con las cerillas. La única razón por la que la policía lo está investigando es que la aseguradora no va a tramitar la reclamación a menos que presente una denuncia.

—Vale. Pero hasta que sepamos con certeza que tú no eras el objetivo del incendio, estoy segura de que los dos estaremos de acuerdo en que los niños van a estar más seguros en mi casa.

—¡En mi casa van a estar totalmente seguros!

—¿En serio? ¿De verdad? ¡Porque alguien te ha rociado la caseta de acelerante y ha roto la ventana con un cóctel molotov para quemarte el sofá!

Cerré la boca al instante. La puerta del dormitorio de los niños se encajó con un leve sonido en el piso de arriba y una tabla del suelo chirrió en el escalón superior de las escaleras, donde probablemente Vero estaría escuchándonos. Steven entornó los ojos.

—La poli no ha dicho nada de ningún acelerante. ¿Te lo ha contado Georgia?

—Me llamó a primera hora de la mañana. Que ya es más de lo que se puede decir de ti. —Steven y mi hermana se odiaban. Estaba bastante segura de que no contrastarían la información.

—Por si te hace sentir mejor, te diré que hoy tengo una cita con la empresa de vigilancia y seguridad. Dentro de unas horas sabré quién es el responsable del incendio y esto se habrá terminado, al fin. Tu hermana no tiene derecho a implicarse en esto.

—Es su tía, Steven. Y tiene fuertes reservas acerca de dejar que los niños pasen la noche en tu casa.

—¡Si ella ni siquiera es madre!

—¡No, es policía! ¡Y confío en su criterio para este tema! Así que o gestionamos esto entre tú y yo o le pido a mi abogado que intervenga.

Reaccionó con una risa mordaz.

—¿Y quién es? ¿El chaval del Jeep?

—No, Steven. El que voy a contratar para que solicite una orden judicial dirigida a Guy que lo informe de que ha habido un atentado contra tu vida y que debe suspender el régimen de visitas hasta que esto se resuelva.

—¡Muy bien! —Recogió las herramientas y salió precipitadamente de la cocina—. Como tú quieras. Pero lo estás sacando de quicio. —Metió los brazos por las mangas del abrigo y abrió la puerta de un tirón—. Finn, nadie ha intentado matarme. La única persona que me

odia tanto eres tú.

Abrí la boca para replicar, pero cerró de un portazo tras de sí.

Giré la cerradura y descansé la cabeza contra el marco mientras Vero bajaba las escaleras sin hacer ruido.

—¿Qué has encontrado en su móvil? —me preguntó.

—Nada —dije siguiéndola a la cocina. Me pasó una escoba. Con un suspiro de cansancio, barrí los Cheerios reblandecidos del suelo—. Solo un montón de llamadas de Bree y a Bree que terminaron la semana que él la echó. Y una llamada a su casa la semana pasada. Probablemente un intento de quedar con ella para echar un polvo mientras estaba borracho —dije recordando lo perdido y solo que parecía cuando apareció delante de mi cochera la noche de Acción de Gracias—. Debe de haber borrado cualquier registro de las llamadas de la mujer misteriosa.

—Entonces estamos de nuevo en la casilla de salida —dijo Vero recogiendo del suelo una montaña de toallas empapadas para soltarlas en el cesto de la colada.

Tiré los Cheerios al cubo de la basura mientras ella se arrodillaba para devolver los productos de limpieza a su sitio, debajo del fregadero.

—Debimos de pasar algo por alto en la caseta. ¿Encontraste alguna pista en sus libros?

—Nada que me llamara la atención. Estaba al día de todas las facturas por lo que vi. —Entrecerró los ojos, pensativa, mientras guardaba la última botella—. Aunque, ahora que lo pienso, había un extracto bancario que parecía raro.

—¿Raro en qué sentido?

Vero cerró la puerta del armario, se sacudió el polvo de las manos y se puso lentamente de pie.

—Steven tiene alquilado un trastero de uno cincuenta por dos cuarenta y cinco desde agosto.

—Pero en agosto vivía en casa de Theresa. ¿Para qué iba a necesitar un trastero?

—Eso es.

—¿Crees que le estaba ocultando algo?

Vero enarcó una ceja.

—No me sorprendería. Es un mentiroso de narices, pero también va a lo barato. Así que ¿para qué pagar un trastero cuando tiene en el vivero esas naves enormes para los tractores? ¿Por qué no guarda allí

sus mierdas de machito depravado? ¿Para qué alquilar un trastero a una hora de aquí, en Virginia Occidental?

—¿En Virginia Occidental?

—Finn, el mejor sitio para ocultar un secreto oscuro es otro estado. Lo que sea que Steven esconde en ese trastero debe de ser importante.

Vero tenía razón. Sin duda, aquello era sospechoso.

—¿Sabes dónde está?

—Tengo una foto de la factura. Viene el número del trastero y todo.

La policía probablemente se pasaría varios días investigando lo del incendio. Yo dudaba de que LimpioFácil fuera tan estúpida como para dar otro paso antes de que las aguas se hubieran calmado.

—¿Te apuntas a un viajecito el sábado?

—¿Tu madre puede quedarse con los niños?

—No hace falta —dije recordando mi conversación con Aimee—. Ya tengo canguro.

Capítulo 19

Era sábado por la mañana; mi hermana se quitó el abrigo y me miró fijamente desde el otro lado del recibidor como si me hubiera crecido otra cabeza.

—A ver si lo he entendido bien. Quieres que sea la canguro de tu canguro.

—No. Bueno, algo así.

Me asomé por las ventanas laterales justo cuando el SUV de Aimee pasaba por delante de casa. Habíamos acordado que sería mejor que aparcara en la manzana siguiente para que la señora Haggerty no tuviera registro de que había estado allí. No me fiaba de que Steven o su abogado no explotaran el ojo que todo lo ve de la vigilancia vecinal con el fin expreso de hacerme la vida imposible.

Vero me estaba esperando en el Charger, en el parque infantil del final de la calle. Aimee y ella ya se habían conocido, un mes antes, cuando nos infiltramos en su lugar de trabajo, en Macy's, en una desacertada operación encubierta que consistió en que Vero se hacía pasar por poli para hacerle muchas preguntas «criminales» mientras yo me escondía tras un perchero de prendas de ropa. Dada la inocencia de Aimee, estaba segura de que no iba a reaccionar bien si veía a Vero en mi casa.

—Aimee es amiga de Theresa desde hace muchos años —le expliqué—. Los niños pasaban mucho tiempo con ella cuando Theresa y Steven se iban a casar y le prometí a Delia que la tía Aimee vendría a visitarla. Salvo porque tengo que estar en otro sitio sí o sí.

—Y no te da confianza que se quede sola con los niños.

Aimee cruzó el jardín con unos pantalones de chándal de aspecto cómodo y un par de deportivas viejas. Llevaba un DVD en una mano y una bolsa de un súper en la otra. Nada de eso me recordaba a Theresa y me pregunté si quizá estaba siendo exagerada al pedirle a mi hermana que viniera. Cerré la cortina y me giré hacia ella.

—No es que piense que va a hacer algo malo. Es que…

—Es amiga de Theresa. Lo pillo. —Georgia puso las manos en la cadera y adoptó una postura muy de poli—. ¿Cómo quieres que

opere? ¿Vigilancia de calle o de cerca y personal?

El timbre sonó.

—De cerca está bien. Ha traído una peli y aperitivos. Puedes quedarte a pasar el rato. Lo único…, no menciones a Theresa ni el juicio delante de los niños.

Delia penetró en el recibidor como un rayo, una mancha borrosa de un rosa deslumbrante, al segundo de abrir la puerta. Zach abrió los ojos de golpe.

—¡Mee-Mee! —gritó y dio un salto hacia sus brazos.

Los niños la rodearon, chillando y colgándosele de las piernas, mirando en su bolsa de la compra y cogiéndole la película. Después de una ronda rápida de presentaciones entre el jaleo, Georgia liberó a Aimee del peso de la bolsa y Delia y Zach arrastraron a la visitante hasta el cuarto de los juguetes.

Me mordí el labio escuchándola hacerles monerías en la habitación de al lado.

—Me siento un poco tonta pidiéndote que te quedes —le dije a mi hermana—. Si tienes otras cosas que preferirías estar haciendo…

Georgia profirió un sonido de desdén.

—¿Estás de broma? ¿Quién no va a querer comer unas barritas de arroz inflado y ver… —echó un vistazo al DVD— *Trolls 2: Gira mundial*? —Hizo una mueca de decepción.

—Georgia, eres la mejor —le dije envolviéndola en un abrazo—. Siento mucho haberte insultado tanto la semana pasada.

Me dio palmaditas en la espalda.

—Gracias. Creo.

Cogí el bolso y el abrigo, salí deprisa a juntarme con Vero y eché la llave de la puerta al salir.

Vero me dio su teléfono cuando arrancamos. Exploré las fotos que había tomado de los libros de cuentas de Steven.

—No veo el código de acceso del trastero en ninguna de estas facturas.

—He llamado al sitio. Utilizan candados.

—A lo mejor deberíamos parar y buscar una ferretería. Probablemente podamos conseguir una de esas tijeras que cortan metal. O quizá una sierra.

Vero negó con la cabeza.

—Entonces sabrían que nos hemos colado. No deberíamos dejar

muchos rastros.

—¿Y cómo si no estás pensando que entremos? ¿Le enseñas las tetas al tío del mostrador y le pides la llave?

Vero desvió la vista hacia arriba y a un lado con impaciencia.

—Después de la breve conversación telefónica que he tenido hoy con Phyllis, dudo que le fueran a gustar. Pero no te preocupes. Tengo otra manera de entrar.

Una hora después, Vero redujo la marcha, metió el coche por un arcén desmoronado de una carretera local y giró hacia un aparcamiento de grava. Una valla alta de tela metálica delimitaba la propiedad y rodeaba una pequeña casa de ladrillo con un letrero de neón en la ventana que decía ABIERTO y varias filas de cocheras-trasteros destartaladas. Vero aparcó el Charger justo delante de la valla.

—¿A qué estamos esperando? —le pregunté cuando se hundió en el asiento y se puso a comprobar el móvil.

Vero disparó un mensaje de texto rápido. Tintineó una notificación y levantó la mirada a su espejo retrovisor.

—A eso.

Una furgoneta blanca paró a nuestro lado. La ventanilla se bajó. El copiloto se deslizó las gafas de sol espejadas por el puente de la nariz; sus ojos oscuros centellearon por encima de la montura al sonreírnos con satisfacción.

—Me debes una gorda, V.

—Ya perdiste esa apuesta, con todas las de la ley. Lo único que hice fue cobrar lo mío.

—Sí, bueno; si veo que hay problemas, me abro. —Paseó los ojos hasta mí. Luego, miró a las filas de trasteros que había detrás de nosotras. Me resultaba remotamente familiar, pero no sabía por qué—. ¿Cuál es el número del trastero? —preguntó.

—Setenta y tres.

—Dadnos un minuto para echar una ojeada. —El copiloto devolvió las gafas a su sitio mientras el conductor avanzaba y aparcaba delante de nosotras.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Vero mientras los dos hombres se bajaban de la furgoneta, ambos de la edad de Vero o si acaso un poco mayores.

Ella agachó la cabeza para observarlos pasar por la abertura de la puerta.

—Mi primo y un amigo suyo.

—¿Ese es Ramón? —Lo había visto de lejos una vez, cuando remolcó el coche de Theresa, pero yo había salido huyendo del lugar, corriendo en dirección contraria demasiado rápido como para fijarme bien en el momento. Lo único que recordaba era su pelo oscuro y muy corto y el mono azul y holgado que llevaba.

—¿Cómo es que nunca lo he conocido?

Vero había dejado mi monovolumen en su garaje para que le hiciera reparaciones. Yo había hablado con él por teléfono cuando me llamó para decirme que ya estaba listo. Pero cuando fui a recogerlo me encontré la oficina vacía y a Feliks y Andréi esperándome allí. Ramón se sintió tan mal por lo que pasó aquella noche que me hizo una rebaja y me llevó el monovolumen a casa. Yo no estaba en aquel momento, pero Vero le pagó la factura.

Esta se encogió de hombros.

—Esto no es una visita de cortesía. Nos va a abrir el trastero de Steven y luego se va —dijo con firmeza. Miró el móvil—. Es él. Vamos.

Dejamos el Charger junto a un bordillo y seguí a Vero a través de la entrada en dirección a la última fila de trasteros. Había latas aplastadas y botes de aceite de coche vacíos esparcidos a lo largo de la valla. Unos carteles de CUIDADO CON EL PERRO estaban atados con bridas a la malla metálica oxidada.

—Esto es un basurero —dije mientras unos pedazos de vidrio roto crujían bajo mis deportivas—. Creía que habías dicho que era un trastero con climatizador.

Vero esquivó una montaña de cagadas de perro llenas de moscas.

—Steven ha estado pagando un extra por la electricidad. Supongo que eso significa que tiene climatizador, pero este sitio no es que sea precisamente el Ritz.

Doblamos la esquina de la última hilera de trasteros y encontramos al amigo de Ramón arrodillado delante de una puerta de acero abollada, con un candado en una mano y una ganzúa en la otra, mientras el primo de Vero miraba.

—Habéis tenido suerte —dijo el amigo de Ramón sin levantar la vista—. Los sitios de trasteros lujosos tienen cámaras.

Levanté la mirada hacia los aleros que asomaban por encima de las cocheras y luego a la única luz de seguridad, acoplada en lo alto de un poste al final de la hilera. Tenía razón. No había cámaras de

vigilancia. Los trasteros ni siquiera tenían electricidad. Una alargadera gruesa y naranja reptaba desde debajo de la puerta del de Steven. Conectada en cadena a otra alargadera, apenas llegaba hasta la toma de corriente que había debajo de la ventana de la oficina de alquileres.

El amigo de Ramón se inclinó sobre el candado con las gafas subidas a la cabeza. Su pelo oscuro estaba recogido hacia la nuca con una cinta elástica, exhibía una piel intensamente bronceada y los bordes negros de los tatuajes le asomaban por el cuello de su camiseta negra.

—Tu madre ha llamado a mi apartamento esta mañana —dijo Ramón elevando la voz por encima del leve chirrido de la ganzúa dentro del candado—. Me ha dicho que alguien fue ayer a su casa preguntando por ti.

Vero permaneció callada durante un instante largo; el cambio de su lenguaje corporal fue tan sutil que yo no lo habría captado si no hubiera estado tan nerviosa.

—¿Quién?

—El hombre no dijo cómo se llamaba.

—¿Y qué le dijo ella?

—V., estoy cansado de ser vuestro dichoso intermediario. Tu madre sigue enfadada porque no te presentaste para la cena de Acción de Gracias. Ha pasado un mes desde que hablaste con ella. Llámala tú y se lo preguntas.

—¿Un mes? —pregunté—. ¿Por qué no has hablado con tu madre en un mes? Y pensaba que me habías dicho que…

—No le hagas caso a mi primo —dijo Vero entre dientes—. A su madre se le cayó cuando era un bebé y se dio un golpe en la cabeza. Tiene una memoria penosa y suspendía las matemáticas básicas. —Rompió a hablar en un español trepidante y le pegó a Ramón en el brazo. Él contraatacó con una réplica aguda y el amigo agitó los hombros al reírse en silencio—. ¡Javi, tú te callas! —le espetó Vero—. ¿Cuánto va tardar esto? —preguntó para cambiar de tema.

El candado emitió un pequeñísimo clic. Mediante un movimiento rápido de muñeca, Javi lo abrió. Se metió la ganzúa en el bolsillo trasero mientras se ponía de pie y se dirigía despacio hacia Vero. Con la barbilla alta, ella retrocedió medio paso.

—Me alegro de verte, V. —Ladeó la cabeza y la examinó de una ojeada—. ¿Dónde te habías metido?

—No recuerdo haberte invitado a venir.

Una sonrisilla se desplegó despacio por su cara.

—Pensé que podrías necesitar a alguien con habilidades especiales.

—Se podría haber encargado Ramón.

—No me refería al candado.

Vero se ruborizó. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cuando necesite a alguien con habilidades, ten por seguro que no te llamaré a ti.

Ramón meneó la cabeza mientras me tendía la mano.

—No les hagas caso. Javier y ella llevan así desde que eran niños. Tú debes de ser la famosa Finlay Donovan.

Unas manchas casi imperceptibles de grasa le coloreaban las cutículas y sentí las yemas callosas de sus dedos cuando apretó los míos. A esta distancia, podía ver las semejanzas entre Vero y él. Piel perfecta, labios gruesos y una mandíbula que podía hacer las veces de cuchillo para cortar carne.

—He perdido la cuenta de todos los favores que te debo. Gracias por arreglarme el monovolumen. Y por rescatarme de casa de Theresa el mes pasado. No tenías que haberme hecho un descuento.

—Sí que tenía —interrumpió Vero empujando a un lado a Javi al dirigirse hacia el candado abierto.

La sonrisa de Ramón se volvió un poco mansa cuando pasó su prima.

—Siento lo que pasó aquella noche con Yirov —me dijo—. Me alegro de que estés bien.

—Claro que está bien —dijo Vero retirando el candado abierto de la puerta—. Hablando del garaje, ¿no tenéis que estar en otro sitio ahora?

Ramón le dedicó una larga mirada de reojo.

—Ha sido un placer conocerte, Finlay. Y cuidado con esta —dijo inclinando la cabeza hacia su prima—. Es una mala influencia.

—Adiós, Ramón —dijo Vero sin rodeos.

Javi le guiñó un ojo.

—Esperaré en mi furgoneta un par de minutos por si me necesitas.

Vero lo observó por el rabillo del ojo mientras caminaba hacia el vehículo y posó la mirada sobre su trasero antes de desviarla.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —le pregunté.

—Nada.

—No me lo creo.

—Es el mejor amigo de mi primo. Fue hace mucho tiempo.

—O sea que sí hay algo —dije mientras Vero se agachaba para coger el asa de la puerta de metal—. No lo entiendo. ¿Por qué no quieres que conozca a tu primo ni a su amigo? Es más, a nadie de tu familia.

—No hay nada que conocer —dijo apoyando la puerta sobre el hombro—. ¿Una ayudita, por favor?

El riel estaba atascado por el óxido y ambas gruñimos al tratar de abrirla.

—¿Qué es eso de que alguien te fue a buscar? —le pregunté.

—Nada —dijo entre dientes mientras tiraba—. Mi primo es un exagerado. —La puerta hizo un chirrido terrible cuando conseguimos abrirla.

Vero se sacudió el polvo de las manos y se quedó de piedra.

—Finlay… —Seguí su mirada, clavada en el interior de la cochera abierta, y fui a su lado en silencio—. ¿Recuerdas la noche que fuimos a desenterrar a Harris —me preguntó— y te dije que tener un arcón congelador probablemente no fuera buena idea?

—Ajá —dije.

—Creo que debería decirte… que sigo pensando lo mismo.

El trastero estaba vacío excepto por una sola cosa.

Seguí con la mirada la alargadera naranja hacia el interior del nicho lúgubre que era la cochera, en cuya esquina zumbaba tenuemente un arcón congelador.

—No seas ridícula —dije con no mucho aliento—. Es temporada de caza. Steven sale a disparar con muchos clientes… Ya me entiendes…, como jugar al golf pero con un arma. Seguro que el congelador está lleno de carne de ciervo que no le ha cabido en el de casa.

—¿Y lo tiene en un trastero de un pueblucho de Virginia Occidental?

—Claro —balbuceé.

—Entonces ve a comprobarlo. —Me empujó hacia el congelador.

Me armé de valor y crucé el suelo polvoriento de cemento en tres zancadas rápidas. El congelador parecía completamente normal. Reluciente y blanco entero, salvo por un roce largo y una abolladura en un lado y una pegatina de liquidación naranja intenso de una tienda de electrodomésticos de segunda mano que nadie se había molestado en quitarle.

Vero se asomó por encima de mi hombro cuando levanté la tapa.

—¿Ves? —Suspiré de puro alivio al ver dentro los paquetes

envueltos en papel de carnicería—. Venado. —Cogí el que estaba más arriba y lo alcé para que Vero lo viera. La cinta adhesiva se despegó del papel marrón que estaba recubierto de hielo y el contenido volvió a caer al congelador con un sonido sordo y amortiguado.

Ambas nos tambaleamos. El pecho nos subía y bajaba a toda velocidad.

—¡Finlay, eso no es venado! —Vero se retorció las manos y se las frotó arriba y abajo sobre los vaqueros como si hubiera sido ella la que lo había tocado—. ¡Es una cabeza! ¡Y no es de ciervo!

—¡Ya lo sé! —Estaba segura de que iba a vomitar.

—¿De quién es?

Los rasgos estaban azulados, descoloridos por la congelación y distorsionados por el *rigor mortis*. Y aun así tenía la espantosa sensación de que había visto esa cara antes. Me incliné, con la cabeza algo desviada, para echar otro vistazo reticente por el rabillo del ojo. Tenía retirado el flequillo entrecano y congelado que revelaba unos ojos agrandados y ciegos; un lunar oscuro me devolvió la mirada desde una mejilla a la que el hielo le había quitado el color.

—Lo conozco —dije con el anverso de la mano delante de la boca. Porque vomitarle al muerto probablemente no era buena idea—. Estaba en la foto que cogí del escritorio de Bree.

—¿Por qué está hecho cachitos en el trastero de tu exmarido?

—¡No lo sé!

—¿No crees que…? —Vero y yo cruzamos la mirada. Rememoré el día en que le devolví la foto a Bree: apenas la había mirado antes de ponerla bocabajo a su lado. ¿Había alquilado Steven ese trastero o lo había alquilado Bree y lo había puesto a cargo del vivero?—. ¿Qué estás haciendo? —me preguntó Vero con la voz ahogada mientras yo sacaba el móvil.

—Llamar a Steven.

—¡No puedes llamarlo! ¡No podemos decírselo a nadie! ¡Querrán saber por qué sabíamos que estaba aquí!

—¡No podemos dejarlo ahí! —Una oleada de pánico me abrumó. Dejé el dedo suspendido sobre el número de Steven. Vero tenía razón. Debía de haber una forma de averiguar con certeza quién era ese hombre y, lo que era más importante, quién lo había llevado allí.

Vero relajó los hombros mientras yo devolvía el móvil al bolsillo. Me dio un golpe en las manos cuando las dirigí hacia las suyas.

—Quédate aquí —le dije quitándole el móvil al salir del garaje.

—¡Finlay! ¿A dónde vas? —me siseó mientras yo seguía las señales para llegar a la oficina de alquileres. Me detuve delante de la puerta, frotándome las manos sobre los pantalones, pues el fantasma de un escalofrío seguía filtrándoseme por la parte de los dedos que había tocado la cabeza del muerto. Haciendo una inspiración profunda, empujé la puerta.

Una telenovela diaria estaba puesta en el televisor de detrás del mostrador. Dentro el aire olía a tabaco y café quemado. Una mujer —presumiblemente Phyllis— sostenía un cigarrillo entre dos uñas rosa chillón cuyo tronco de cenizas pendía, inestable, sobre la boca de una lata de refresco abierta. Levantó la mirada hacia mí por encima de la montura de sus gafas y la alternó entre la televisión y yo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —me preguntó.

—Espero que sí. —Abrí la foto que Vero había hecho con su móvil de la factura—. Soy contable en… —dije, dándole vueltas a la cabeza y agarrándome al nombre de la única empresa de contabilidad que conocía— en Mickler y Asociados. —Tan pronto me salieron las palabras por la boca me arrepentí de haberlas dicho. Phyllis no levantó la mirada de la telenovela. Con un poco de suerte ni siquiera se acordaría—. Estoy llevando a cabo una auditoría para un cliente de Viveros de Árboles y Tepes. Tengo una copia de una factura de un trastero y mi jefa querría saber quién autorizó los cargos. Me preguntaba si podría decirme el nombre de la persona que abrió la cuenta.

Phyllis dio una calada larga y expulsó el humo con un resoplido.

—Si tiene una factura, tiene la misma información que nosotros. La dirección de facturación y la tarjeta de crédito son lo único que conservamos.

—Quizá recuerde haber hablado con la persona que abrió la cuenta. Es el trastero setenta y tres.

—¿Tengo cara de Google? Tenemos cien trasteros ahí fuera —dijo apuntando a la ventana con el cigarrillo—. La gente abre y cierra cuentas todo el tiempo. Y hay una política de privacidad. Ni se pregunta ni se…

Deslicé un billete de veinte por el mostrador. Phyllis sacudió la ceniza del cigarrillo en el suelo y me miró con interés renovado.

—Es el trastero con la alargadera —dije dejando el billete delante de ella.

—¿El setenta y tres, dice? —Orientó la silla giratoria hacia el

mostrador y arañó el dinero con sus uñas rosas—. Puede que recuerde algo de ella. Pero ha pasado tiempo.

—¿Entonces era una mujer? —Me inundó una sensación de alivio. Al menos no fue Steven—. ¿Recuerda su nombre?

—No se lo pregunté.

—¿No recuerda qué aspecto tenía?

Phyllis se encogió de hombros mientras sus ojos de párpados caídos volvían a posarse en mi bolso.

—Tengo el recuerdo un poco borroso.

Saqué otro billete de la cartera y lo estampé contra el mostrador. Cuando fue a cogerlo, se lo retiré.

Phyllis frunció los labios.

—Era rubia. Guapa.

Con la mano plantada firmemente sobre el billete de veinte, busqué en Google el nombre de Bree con la otra.

—¿Era esta? —le pregunté enseñándole la foto de un perfil de redes sociales que había ampliado en el móvil de Vero.

Phyllis bajó la barbilla y contempló la foto de Bree por encima de la montura de las gafas. La papada le balanceó al negar con la cabeza.

—No. No era esa —dijo tirando del borde del billete.

Lo sujeté más fuerte.

—¿Está segura?

Phyllis señaló un cartel de la pared: LOS CLIENTES DEBEN TENER EL PERMISO DE CONDUCCIÓN EN VIGOR Y SER MAYORES DE 18 AÑOS PARA ALQUILAR UN TRASTERO.

—La chica de esa foto no parece tener edad para comprar cerveza. Le habría pedido que me enseñara el carné de identidad. La mujer que alquiló ese trastero era mayor.

—¿Cómo de mayor?

Phyllis me recorrió la cara con la mirada.

—*Pos* como de su edad, supongo.

—¿Y le dejó alquilar un trastero sin pedirle ninguna identificación?

—Llegó en un BMW de los caros y me mostró una tarjeta de crédito de empresa. Se ofreció a pagar el doble si le dejábamos usar una alargadera. Me pareció que era de fiar.

Phyllis despegó el billete de debajo de mi mano mientras me quedaba parada, con la respiración congelada en ese detalle. Theresa era rubia, de mi edad y conducía un BMW. Y habría tenido acceso a la tarjeta de empresa de Steven. Busqué una foto en el móvil de Vero.

—¿Era ella?

La mujer estudió la imagen y aventuró otra mirada esperanzada a mi bolso. Lo escondí detrás de mí.

Con un gruñido quejumbroso, dijo:

—Sí, era esa.

Así que el trastero y el hombre desmembrado de dentro eran de Theresa. Pero no había forma de que lo hubiera traído a él ni el congelador hasta allí ella sola. ¿Lo había trasladado junto con Steven? ¿Por eso él seguía pagando la factura?

—¿Recuerda quién estaba con ella?

—Nunca vi a nadie más. Pagó y se fue. Al día siguiente el trastero empezó a tirar de amperios, así que debió de volver *pa* enchufar algo, pero no la he vuelto a ver. —Phyllis se giró hacia un ordenador viejo que había junto a la caja. Se empujó las gafas hacia abajo y con sus uñas postizas golpeteó las teclas mientras entrecerraba los ojos mirando la pantalla. La rotó hacia mí y señaló un registro de facturación—. Esa tarjeta de crédito que conservamos caducó hace una semana. Si habla con ella, dígale que tiene que llamarnos y actualizarla o si no tendré que tirar del cable y vaciar el trastero.

—¿Los pagos se cargan automáticamente en la tarjeta? —Una factura con un pago tan pequeño podría pasar desapercibida sin dificultad en un negocio tan grande como el de Steven. Puede que ni siquiera fuera consciente de que lo estaba pagando.

—Todos los meses —dijo Phyllis—. El próximo es el día quince. A menos que usted quiera gestionarlo en su nombre.

Lo único que me quedaba de efectivo en el bolso era un billete de veinte. Y tenía claro como el agua que no iba a darle mi tarjeta de crédito a esa mujer.

Steven le había impedido a Theresa el acceso a sus cuentas un mes antes. Ella probablemente no tuviera ni idea de que la tarjeta le había caducado. Su juicio se celebraría en cuestión de semanas y, si entraba a prisión, ¿quién pagaría la factura? No podía enfrentarme a Steven por lo del congelador; su única opción sería pagar a Phyllis o cambiar el cadáver de lugar, y las dos cosas lo harían cómplice del crimen, si es que no lo era ya. Pero, si la mujer desenchufaba el congelador y vaciaba el trastero, él sería la única persona a la que vendría buscando la policía. Y cuando vinieran haciendo preguntas, Phyllis seguro que se acordaría de mí. La única manera de asegurarme de que la policía no encontrara esa cochera ni nos mandara a los dos, a Steven y a mí, a

la cárcel era garantizar que no hubiese ningún cadáver que encontrar.

—¿Tiene bolsas de basura?

Phyllis rebuscó debajo de una estantería y dejó de golpe sobre el mostrador una caja de bolsas extragrandes. Cuando fui a cogerla, tiró de ella hacia sí. Con un «Gracias» dicho de mala gana, le di el último billete de veinte que me quedaba en el bolso, agarré la caja entera y me la metí debajo del brazo antes de salir por la puerta. Me las llevé hasta el trastero mientras giraba la cabeza para asegurarme de que las lamas de las persianas de la ventana no se movían. Vero me esperaba al otro lado de la puerta de la cochera, caminando y retorciéndose las manos.

—¿Y bien? —me preguntó.

Dio un respingo cuando sacudí una bolsa de basura y abrí de golpe la puerta del congelador.

—Llama a Ramón. Pregúntale cuánto nos cobraría por llevar un arcón a un vertedero.

Capítulo 20

Vero se aferraba con los nudillos blancos al volante y echaba ojeadas frecuentes a su espejo retrovisor mientras íbamos de camino a South Riding. Hacía tiempo que habíamos perdido de vista la furgoneta de Javi. Una vez sacado y embolsado el contenido del congelador, llamó a su primo y, después de una conversación acalorada en susurros, este había accedido a llevar el congelador a la trituradora de coches que tenía detrás del garaje.

Después, le pregunté a Vero dónde había pasado Acción de Gracias. Y por qué las cosas parecían tan tensas entre su primo y ella. Lo único que yo quería hacer en ese momento era verterme una botella de lejía en las manos para quitarme cualquier rastro del muerto cuyos miembros en proceso de descongelación en ese mismo momento estaban rodando dentro de bolsas de basura por el maletero de Vero.

Me vibró el móvil. El número de Cam brillaba en la pantalla. Activé el altavoz del teléfono y lo sujeté entre ella y yo.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté.

—Nada útil —dijo por encima de un barullo de voces que sonaba de fondo. Juraría que oí cerrarse la puerta de una taquilla.

—¿Cómo que nada útil? Dijiste que podrías encontrarla.

—Dije que la buscaría. Y eso he hecho.

—¿Y bien? —La tensión de todo el día me había desgastado el humor hasta el límite—. Debes de haber encontrado *algo* que podamos utilizar para localizarla.

—Más le vale que sean cincuenta «algos» —murmulló Vero.

—Esta tal Hartita que buscáis es un fantasma —dijo Cam—. No hay registro de nadie que utilice esa dirección de correo en ningún otro sitio. La he buscado por todos los putos lados; incluso he probado con variaciones. No está vinculada a ninguna cuenta personal ni de redes sociales ni a perfiles profesionales…, nada. Solo ese foro del que me hablasteis.

—Se suponía que eras bueno en estas cosas —le espetó Vero.

Cam redujo la voz, que sonó baja y amortiguada, como si hubiera tapado el micrófono del teléfono.

—Mira, soy hacker, no poli. He buscado hasta donde he podido llegar. Pero esta tal Hartita ha tenido cuidado. No quiere que la encuentren. —Un timbre sonó de fondo—. Me tengo que ir —dijo Cam—. ¿Hemos acabado?

—Sí. ¡No, espera! —grité antes de que él tuviera la oportunidad de colgar—. ¿Podemos probar con otro correo?

—Eso son cincuenta más.

—Los tengo —insistí. Vero me lanzó una mirada de exasperación.

Hubo un murmullo de fondo, el portazo de una taquilla y el zumbido monótono de una voz a través de un altavoz.

—Envíame la dirección. —Cam finalizó la llamada.

Le mandé la dirección vinculada al perfil de LimpioFácil.

—¿Qué te hace pensar que le va a ser más sencillo encontrar a LimpioFácil? —me preguntó Vero, con la vista clavada en la carretera—. Si yo estuviera aceptando encargos de asesinato por Internet, no me estaría paseando por toda la red enseñando mi dirección IP.

—Merece la pena intentarlo —dije.

—Puede que tú creas que merece la pena, pero yo me juego lo que sea a que mi cuarenta por ciento de las narices acaba de salir volando por la ventana.

—¿Qué alternativa tenía? Ya lo has oído: ¡Hartita es un fantasma! No nos ha dejado ningún rastro.

Vero pisó el freno mientras nos desviábamos de la interestatal. Ambas nos estremecimos al oír el golpe sordo del maletero.

—Ve más despacio —le dije—. Lo último que necesitamos es que nos paren.

—No me puedo creer que me hayas convencido para hacer esto. Deberíamos haberlo dejado en el congelador y cerrarlo con un candado. Los polis siempre paran los coches deportivos. Nadie para las grúas. Y ahora yo tengo trocitos de cadáver helado que se están derritiendo y soltando todo el jugo del muerto en el maletero.

El Charger se paró junto al bordillo que había delante de la casa de Theresa.

—¿Estás segura de que está aquí? —Vero oteó el adosado de tres plantas por encima de la montura de las gafas de sol. El BMW azul de Theresa estaba aparcado delante de la cochera, pero todas las persianas estaban bajadas.

—Georgia me dijo que estaba en arresto domiciliario hasta que se celebrara el juicio de Feliks. ¿Dónde podría estar si no?

Vero se bajó del coche y abrió el maletero. Con una mueca de asco, saqué la bolsa más pequeña y me la encajé bajo el brazo. Intenté no pensar en el hecho de que el contenido se notaba más blando que hora y media antes.

Unas cortinas se abrieron en una ventana del piso de arriba mientras nos aproximábamos a la casa. Vislumbré el pelo largo y rubio de Theresa un segundo antes de que se cerraran de golpe. Vero llamó al timbre. Los segundos pasaron y, cuando nada más parecía moverse dentro de la casa, consideré la posibilidad de que no contestara.

Vero retrocedió de un saltito cuando la puerta se abrió. Se escapó una ráfaga de aire viciado y cargado.

—¿Qué narices quieres?

Theresa se aferraba con una mano al marco de la puerta. Su piel cetrina no poseía maquillaje, su pelo caía en mechones lacios y largos sobre una camiseta de talla grande y las perneras anchas de sus pantalones de chándal le arrastraban por el suelo de madera. Los pies descalzos le asomaban por debajo y tenía esmalte rojo desconchado por el medio de las uñas porque le habían crecido demasiado desde la última pedicura. Se cruzó de brazos ocultando el dedo desprovisto de alianza y me clavó una mirada de odio.

—Tenemos que hablar. —Di un paso hacia la puerta, pero Theresa no se movió.

—No tenemos nada que decirnos.

Aflojé el cordón de la bolsa de basura que llevaba bajo el brazo y retiré parte del plástico para revelar la cabeza de su interior.

—Uy, ya te digo yo que sí.

Theresa abrió mucho los ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

—Creo que ya lo sabes.

Agarró la puerta, dispuesta a cerrármela en la cara. Encajé un pie en el hueco.

—Te he dicho —dijo con los dientes apretados mientras empujaba con todo su peso— que no tengo nada que decirte.

—¡Muy bien! —Aparté el pie de la abertura—. Entonces te dejo esto por aquí y nos vamos. —Tiré el contenido de la bolsa en medio del pórtico de la entrada. El pelo del cadáver se había descongelado y se había adherido a la condensación de la frente como un alga enredada. La cara de mirada muerta y mandíbula suelta la observó con la boca abierta.

—Por cierto, se te ha terminado el alquiler del trastero. Le dije a Phyllis que no te interesaba renovarlo. Nos hemos tomado la libertad de limpiártelo.

Vero cogió otra bolsa de basura del maletero. El peso de las partes del cadáver empaquetadas tensaron el plástico y crearon unas siluetas macabras mientras las llevaba a la entrada de la casa.

Theresa se puso tensa.

—¿Qué estás haciendo?

Vero puso la bolsa bocabajo y la sacudió con gesto ostentoso. El color desapareció de la cara de Theresa cuando el contenido cayó al cemento con una serie de porrazos repugnantes. Contempló estupefacta la montaña de papel de carnicería y las manchas oscuras por las que el envoltorio marrón se había reblandecido. La garganta le reaccionó con un pánico que iba en aumento cuando nos encaminamos de vuelta al coche de Vero.

—¡Esperad! ¿Qué estáis haciendo? ¡No podéis dejarme esto aquí sin más!

—No veo por qué no —dije cerrando de golpe el maletero—. Según Phyllis, es tuyo.

—¿Y ahora qué hago con ello? —me preguntó gesticulando como una loca.

Vero se encogió de hombros.

—No sé, pero te recomiendo que lo metas en el frigo hasta que lo sepas.

—¡No lo puedo meter en el frigorífico! ¡No cabe!

Vero se rio por lo bajo.

—He visto el ultracongelador caro que tienes en la cocina. En ese cacharro se podría guardar toda la sección de carnicería del súper.

Theresa entornó los ojos.

—¿Cuándo has estado tú en mi cocina?

—¡Da igual! —dije mientras abría la puerta del copiloto—. No vamos a solucionarte este marrón nosotras. Si no te cabe en el frigo, llévalo a un vertedero.

Vero se montó en el asiento del conductor y giró el contacto para arrancar.

—¡Para! ¡Por favor! —Theresa se retiró de pronto el dobladillo de los pantalones de chándal, hincó el pie derecho delante de la puerta y reveló un grueso dispositivo de rastreo que llevaba en el tobillo—. ¡No puedo ir a un vertedero! ¡Ni siquiera puedo salir de casa!

Me quedé boquiabierta. La risilla malévola de Vero creció hasta convertirse en una carcajada limpia.

—Prueba a mirar en el cobertizo. A lo mejor Steven te dejó una pala. Puedes enterrarlo en el jardín de atrás. —Giró la llave y revolucionó el motor.

—¡Vale, está bien! —gritó Theresa—. ¡Entrad, pero no dejéis esto aquí! —Señaló los paquetes que se estaban descongelando en el pórtico de la entrada.

Vero me levantó una ceja, esperando mi decisión. Cerré la puerta del copiloto, crucé el jardín y me agaché para devolver la cabeza a su bolsa antes de darle un empujón a Theresa y entrar en su casa. El motor se apagó a mi espalda. Vero recogió unos paquetes más antes de seguirme adentro. La exprometida de Steven puso mala cara mientras recogía el último y lo soltó sin ninguna delicadeza en el suelo de la cocina.

Theresa contempló aturdida la montaña de papel marrón. Cogió un paquete de toallitas desinfectantes del armario de debajo del fregadero y nos dio una a cada una. Nos quedamos de pie junto a la mesa de mármol de su zona de cocina, limpiándonos frenéticamente las manos con la misma expresión de asco. Recogió las toallitas que habíamos usado pinzándolas con dos dedos y las arrojó al cubo de la basura.

—Si os cuento lo que sé, ¿prometéis llevároslo todo con vosotras? —Señaló con un gesto de barbilla el suelo.

—Depende —dije—. ¿Cómo de implicado está Steven?

Theresa me miró con sus ojos verdes y los brazos cruzados obstinadamente sobre la sudadera.

—No está metido en esto. Alquilé el trastero yo sola.

—¿Me estás diciendo que él no tiene ni idea de lo que guardabas ahí?

—Bree es la que recibe los extractos mensuales. Dudo que él siquiera los mire.

—La despidió el mes pasado.

Los labios finos de Theresa se despegaron de sorpresa.

—¿Steven sabe lo del trastero?

—Eso estoy intentando averiguar. ¿Quién era? —le pregunté señalando las bolsas.

La mandíbula le tembló durante unos segundos de duda.

—Era uno de los socios ocultos del vivero.

La miré parpadeando.

—Steven nunca ha mencionado que tuviera socios.

—Por eso se llaman «ocultos». ¿Cómo crees que compró todo ese terreno? ¿Con sus montañas de billetes? ¿O quizá con su saldo espectacular? —preguntó con desdén—. ¿Por qué iba a financiar el vivero a través de un banco si sabía perfectamente que se iba a divorciar de ti? Habría sido una estupidez darte esa clase de pretensión legal.

—Espera… —Levanté una mano, convencida de que lo había entendido mal—. ¿Me estás diciendo que compró el vivero antes del divorcio?

—¡Bien! Te vamos a dar un premio —dijo Theresa haciendo gorgoritos—. Por fin lo vas pillando, Finlay.

Quise quitarle de un guantazo la sonrisa altiva de la cara, pero tenía razón en una cosa. Por fin lo iba pillando. No importaba que la señora Haggerty los hubiera sorprendido follando en mi casa. Steven estaba planeando dejarme de todos modos y Theresa lo sabía.

Se encogió de hombros con una expresión fría.

—Me contrató para que le encontrara un socio oculto. Alguien dispuesto a poner el dinero para el vivero y transferirle la escritura una vez el divorcio hubiera concluido. Y le encontré dos.

—Creía que eras tú su socia. Que era tu dinero con el que pagó el vivero. —Theresa frunció los labios. Ladeé la cabeza mientras recopilaba todas las pistas—. No quería asociarse contigo, ¿verdad? —pregunté y me convencí de que tenía razón cuando ella desvió la mirada—. Por eso él seguía evitando ponerle fecha a la boda. Por eso aceptaste asumir la custodia de mis hijos. Porque era la única manera de conseguir que accediera a casarse contigo. Para poder reclamar la titularidad del vivero.

—¡Yo le quiero! —contraatacó.

—Cosa que demostraste claramente al chingarte a Feliks Yirov en su coche.

—Hooostia… —susurró Vero.

Theresa cerró la boca de golpe.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté señalando al muerto.

Theresa rechinó los dientes.

—Carl Westover. Él y su primo Ted pagaron el terreno. Redactaron un contrato privado con Steven, por el que acordaron cederle la propiedad una vez él hubiera ganado lo suficiente para comprársela. El acuerdo le daba derecho a cultivar la tierra y llevar el negocio

como quisiera, siempre y cuando los beneficios se repartieran entre los socios en consonancia con lo estipulado en el contrato.

—A ver si lo adivino —dijo Vero—: Steven hizo algo que los molestó y el trato se vino abajo.

—No. —Theresa le lanzó una mirada de desagrado—. Todo iba estupendamente. El vivero daba dinero. Más del que cualquiera de nosotros esperaba. Entre su plan de empresa y mis contactos inmobiliarios, fuimos capaces de asegurarnos como clientes a algunos de los mayores promotores de la zona. Steven iba camino de liquidar el pago del vivero en un plazo de menos de cinco años.

—Entonces, ¿qué pasó?

Theresa palideció. Fijó la mirada en los paquetes del suelo, negando con la cabeza.

—Me va a matar si descubre que se lo he contado a alguien.

Vero le dio una patadita al montón.

—Te garantizo que este menda ya no va a decir nada.

—¡Él no, idiota! ¡Feliks Yirov!

Retrocedí al oír el nombre.

—¿Lo hizo Feliks?

Theresa asintió.

—Pero le dijiste a la policía que él no tenía nada que ver con la empresa de Steven. Les dijiste que él no sabía que Feliks hacía uso del vivero.

—Y no lo sabía. —La voz se le quebró—. Porque nunca le dije a Feliks que Steven tenía interés en comprarlo. Quería mantenerlo alejado del asunto. Así que en su lugar le di el nombre de uno de los socios. Imaginé que bastaría con que uno de ellos le diera el consentimiento a Feliks de utilizar el terreno. Y, si iban a ganar dinero con el trato, ¿para qué negarse? —Theresa inspiró, estremeciéndose—. Lo llevé a casa de Carl. Él y Steven no tenían mucha relación; apenas hablaban. Carl y su mujer habían roto hacía poco tiempo y él acumulaba muchas deudas médicas. Sabía que tenía problemas económicos. Creí que sería más probable que aceptara el dinero que se lo contara a los demás, pero…

—Pero Carl se negó —supuse.

Theresa asintió.

—Dijo que había visto a Feliks en las noticias. Que no quería manchar su reputación haciendo negocios con criminales…, aunque eso no fue exactamente lo que lo llamó.

—Entonces Feliks lo mató.

Theresa reprimió una lágrima.

—Andréi lo degolló. Siguiendo sus órdenes.

Claro que lo hizo. Porque Feliks nunca hacía el trabajo sucio. Pero ahora Andréi estaba muerto, el otro en la cárcel y Theresa tenía que cargar con el muerto, literalmente.

—Así que Feliks y tú llegasteis a un acuerdo para dejarle utilizar el vivero. ¿Y nunca se lo contaste a Steven ni al otro socio?

Negó con la cabeza.

—No quería que muriera nadie más. Le dije a Feliks que mantenía una relación cercana con el propietario del terreno. Le dije que yo podría permitirles entrar y salir del vivero cada vez que quisieran utilizarlo y así él no tendría que hablar con nadie más. Y aceptó.

—Y tú encantadísima de aceptar su dinero. —Vero hizo un sonido de desaprobación.

—Si Feliks y tú llegasteis a un acuerdo —le pregunté a Theresa—, ¿por qué no enterrasteis los dos a Carl en el vivero con los demás cadáveres?

—Le dije la verdad a la policía. Nunca supe que Feliks lo utilizaba para enterrar cadáveres. —Reprimió una risa sombría—. Creedme, si lo hubiera sabido, eso me habría facilitado muchísimo la vida. ¡Nunca me habría visto en esta situación!

Theresa se tapó la boca con una mano temblorosa, como si hubiera hablado demasiado. Pero algo no encajaba. Si Feliks y Andréi mataron a Carl, ¿por qué le había tocado a ella encargarse del cadáver? ¿Para qué arriesgarse dejándole a una aficionada la tarea de deshacerse del cuerpo del delito? A no ser que…

—Lo mataron y se fueron —dije imaginando la escena en mi cabeza como si fuera un capítulo de mi libro—. Feliks te dejó con el cuerpo porque quería que parecieras culpable. Si eras cómplice del crimen, habría sido una torpeza denunciarlo, así que te obligó a deshacerte de él. Y no se te ocurrió usar el vivero. En lugar de eso, te llevaste a Carl a otro estado.

—Y utilizaste la tarjeta de crédito de Steven —añadió Vero— para echarle la culpa del asesinato a tu prometido en caso de que la policía encontrara los restos.

Theresa se giró para no vernos.

Vero tenía razón. El futuro interés de Steven en el vivero se podría considerar un móvil para matar a Carl. Era el cabeza de turco

perfecto.

—Vaya —dije sin saber si estaba asqueada o impresionada—. Eso sí que es amor y compromiso de verdad.

—¡Tenía miedo! Mataron a un hombre delante de mí. ¡No sabía qué hacer!

—¿Y buscaste la respuesta en la cartera de Feliks Yirov?

—Más bien en sus pantalones —comentó Vero entre dientes.

—Hay una cosa que sigo sin entender —dije—. Si Andréi degolló a Carl y te dejaron a ti para encargarte del cadáver, ¿cómo ha acabado entonces Carl hecho pedazos? —Theresa se estremeció—. Ay, dios. No me digas que…

Vero se puso blanca.

—Menos mal que me he saltado la comida.

—¿Qué querías que hiciera, Finlay! ¡Me dejaron sola en una casa con un cadáver! ¿Has intentado alguna vez levantar a un muerto?

—Lo único que necesitabas era un mantel y un monopatín —dijo Vero por lo bajo. La fulminé con la mirada.

—¡No podía dejarlo allí! Alguien lo habría encontrado y habría llamado a la policía. ¡Pesaba mucho! —La confesión de Theresa fluía en avalancha como si se hubiera roto una presa—. No era capaz de llevarlo al coche. No de una pieza.

—¿Por qué no le contaste esto a la policía cuando detuvieron a Feliks? —le pregunté—. Podrías haberles dicho que ellos mataron a Carl cuando prestaste declaración. Feliks está entre rejas. Ya no es una amenaza. —Y un asesinato más en la lista, junto con un testigo ocular, habría hecho irrefutable la causa del fiscal de distrito contra él.

Theresa se rio.

—Estarás de broma, ¿no? Estamos hablando de Feliks Yirov. No va a pasar ni un día en la cárcel. Si su abogado no consigue que desestimen la causa por algún detalle técnico ridículo, Feliks encontrará la forma de escaparse, y cuando lo haga no tengo duda de que se quitará de en medio a todo aquel que haya colaborado en su detención. Le dije a la policía que no tenía ni idea de que había cadáveres en el vivero y es la verdad. Nunca acusé a Feliks de asesinar a nadie y no tengo pensado hacerlo. Lo único que conseguiríamos es que viniera a por nosotras. —Se le colorearon las mejillas de un rubor culpable.

—¿«Nosotras»? —le pregunté. A Theresa nunca le había importado mi bienestar. Y sin duda no tenía motivos para importarle el de Vero.

¿Por qué ahora sí?

A no ser que nosotras no fuéramos ese «nosotras» que a ella le preocupaba.

—¿Cómo llevaste el congelador hasta Virginia Occidental? —le pregunté. El maletero de su BMW deportivo era demasiado pequeño para un electrodoméstico tan grande.

Levantó la barbilla con aire desafiante.

—En la *pickup* que usa Steven para el vivero.

—La *pickup* del vivero es de circulación restringida. No tiene permiso para ir por la autopista. Te podrían haber parado y registrado. —Habría sido una torpeza por parte de Theresa correr esa clase de riesgo con un cadáver descuartizado en la caja abierta de la camioneta. Ese congelador medía casi metro y veinte de largo. Incluso vacío debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos—. ¿Quién te ayudó a moverlo? —le pregunté.

Sus ojos verde acuoso saltaban de Vero a mí.

—No me digáis que no haríais lo mismo la una por la otra. Que, si una se lo pidiera a la otra, no haríais algo así.

Me quedé sin aliento cuando me quedó claro lo que quería decir Theresa. Se refería a mí y a Vero. A nuestra amistad. A las locuras que haríamos la una por la otra. No se imaginaba la razón que tenía.

—Aimee —susurré.

—Por favor, no la entreguéis a la policía —suplicó Theresa—. ¡Solo estaba intentando ayudarme! La llamé desde la casa de Carl. No sabía qué otra cosa hacer. Fue idea de ella meterlo en un congelador. Dijo que sabía dónde llevarlo. Cómo hacer que desapareciera.

El corazón me dio una sacudida. Vero me clavó las uñas en el brazo.

Theresa fue a agarrarme y se tropezó con las bolsas cuando salí disparada hacia la puerta.

—¿A dónde vais? —gritó—. ¡No os marchéis! ¡No podéis dejarlo aquí! ¡No podéis…!

Ni siquiera pensaba en el cadáver mientras Vero y yo corríamos a toda velocidad hasta su coche.

Capítulo 21

Me bajé del Charger antes de que Vero aparcara y, con la mente demasiado revuelta como para pensar, abrí la puerta principal de mi casa. ¿Y si mi hermana ya estaba picada en cachitos diminutos? ¿Y si mis hijos habían desaparecido? ¿Y si estaban todos metidos en bolsas de basura negras y brillantes en el maletero del coche de Aimee?

Abrí de golpe y me recibieron una ráfaga de aire cálido y el olor a palomitas quemadas. El salón estaba a oscuras, la tele puesta y los créditos finales de una película cruzaban la pantalla.

Irrumpí en la cocina. La puerta del microondas se había quedado entreabierta. Una bolsa de palomitas chamuscadas y frías estaba abandonada en el fregadero.

—¡Georgia! —grité.

Nadie contestó.

—Finlay… —Vero me habló en voz baja y ahogada. Estaba delante de la despensa apuntando a un rastro de gotitas rojas que había en el suelo.

Las seguí desde la despensa hasta el hueco de la escalera y ahogué un grito cuando vi que llevaban a una mancha rojo intenso que brillaba en la pared. Era del tamaño y la forma de una mano diminuta y recorría toda la caja de las escaleras del mismo modo que las huellas de Delia y Zach cuando comían algo pringoso o entraban en casa con tierra del parque.

—¡No! —Subí precipitadamente las escaleras con Vero a mis talones. La voz de mi hermana llegaba desde el final del pasillo y seguí su sonido hasta mi dormitorio.

Vero me tomó del brazo y me frenó en seco.

—Escucha —susurró.

—No tienes por qué hacerlo. —La voz de Georgia se oía atenuada a través de la puerta del baño—. Si los retienes más tiempo, solo vas a conseguir hacerte daño.

Un grito de sufrimiento salió amortiguado del interior del baño. Intenté abrir con el pomo y un sonido horrible y entrecortado se me escapó de la garganta cuando me di cuenta de que estaba echado el

pestillo.

Fui a coger la llave que teníamos escondida en el dintel de la puerta. Vero me arrastró hacia atrás y se puso un dedo en los labios.

—Tu hermana está ahí dentro —susurró.

—¡Y mis hijos también! —le contesté al mismo volumen.

—Georgia es una profesional. Sea lo que sea lo que está pasando ahí dentro, está cualificada para solucionarlo.

Zach soltó un aullido de enfado. Vero me cubrió la boca con una mano antes de que pudiera responderle con un grito.

—Ya he escuchado tus exigencias —dijo mi hermana en una voz cuidadosamente comedida— y estoy dispuesta a ser razonable. Pero necesito que me des algo a cambio. Una muestra de buena fe. Solo te pido eso.

La garganta se me agarrotó. No podía respirar. Me liberé de la mano de Vero que me tapaba la boca y boqueé para respirar mientras me estremecía. Aimee estaba dentro con mis hijos. Los tenía como rehenes. Theresa debía de haberla llamado para contarle que sabíamos lo de Carl al segundo de marcharnos de su casa. Todo era mi culpa.

Zach gimoteó al otro lado de la puerta y el corazón se me hizo trizas.

—Tenemos que abrir esta puerta —susurré.

—¿Y si Aimee entra en pánico? Puede que les haga daño.

—¡Ya se lo ha hecho! —Debían de haberse defendido en la cocina y huido hasta mi habitación para escapar y ella los había encerrado. Los había acorralado en mi baño y había echado el pestillo a la puerta.

—Cálmate —le suplicaba mi hermana—. Sé que quieres salir de aquí. Sé que te da miedo perder el control de la situación y lo entiendo. De verdad. Pero tienes que soltarlos. Vamos a empezar con uno. Solo uno. Suelta uno y te daré lo que pides.

—¡No deja de sangrar! —gritó Delia.

Vero se aferró a mi mano. Le temblaba el labio.

—Pronto dejará de sangrar, Delia. Te lo prometo. —Había un poso de tensión en la voz de mi hermana, como si apenas pudiera mantener la calma—. Va a ir bien. Pero ahora mismo necesito ayudar a tu hermano.

Zach chilló. No pude aguantarlo más. Me deshice de los brazos de Vero. Con las manos agitadas, cogí la llave del dintel, la introduje en la cerradura y abrí la puerta mientras el pecho me palpitaba.

Vero se chocó con mi espalda cuando frené con una sacudida. Los

gritos de Zach se extinguieron de inmediato y las tres cabezas se giraron para mirarme.

—¡Hola! —dijo Georgia con un alivio evidente—. No os he oído entrar. —Mi hermana estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas delante del váter, con una bolsa de gominolas de frutas abierta en una mano y una naranja de esa bolsa en lo alto de la otra. Zach estaba subido al reductor antiguo de Delia delante de ella, con la cara roja y furioso.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con la respiración alterada.

—Estamos aprendiendo a ir al baño —dijo Georgia con orgullo. Zach lloriqueó al borde de la rabieta mientras intentaba coger la gominola que su tía mantenía fuera de su alcance—. No. Te lo he dicho, amiguito. Esto es una negociación. No puedes exigirme nada más hasta que no me sueltes un zurullo.

—¿Qué *ez* un zurullo? —preguntó Delia.

Seguí el rastro rojo del suelo hasta la bañera. La cabeza de Delia se asomaba por encima de una montaña de pompas manchadas de rosa.

—¡Mira, mami! —Me enseñó una sonrisa amplia y mellada. La lengua le sobresalía por el espacio sanguinolento que antes ocupaban sus incisivos—. ¡*Ce* me han caído *loz dientez*!

El cuerpo se me relajó de alivio y me sujeté a la encimera mientras Vero se giraba a un lado riéndose detrás de mí.

—¿Qué? —Mi hermana nos miró con el ceño fruncido—. ¿Qué os hace tanta gracia? Me he leído todos los blogs que he encontrado. Se supone que debes hacerlo así.

Vero dio un resoplido agarrándose el pecho y limpiándose las lágrimas de los ojos. Se sobrepuso lo suficiente como para darme un toque en el hombro.

—Voy a por el limpiador de moquetas y la esponja mágica —dijo.

—¿Dónde está Aimee? —Levanté a Zach del asiento de aprendizaje mientras Vero se marchaba en busca de los productos de limpieza. Chilló como un cerdo nervioso y se me escabulló de los brazos para gatear a través de la puerta persiguiendo a su niñera, con un círculo de inflamación impreso en el culo.

—Se acaba de ir —dijo Georgia—. La han llamado por teléfono hace unos minutos. Salió pitando de aquí como si se le estuviera quemando la casa. Ha debido de ser una urgencia. —Se puso de pie con rigidez y se asomó al inodoro vacío. Sacudiendo la cabeza con un gesto de decepción, se metió la gominola en la boca.

Exhausta y aturdida, me dejé caer de rodillas junto a la bañera y le planté un beso a mi hija en la cabeza cubierta de espuma.

—¿Qué les ha pasado a los dientes de Delia? —le pregunté a mi hermana.

—Se cansó de que se le movieran y decidió que no quería esperar a que se le cayeran solos. Aimee estaba ocupada haciendo las palomitas. Yo estaba aquí arriba con Zach. No nos hemos dado cuenta de que se ha atado los dientes a la puerta de la despensa y la ha cerrado de una patada. Casi le da un infarto a Aimee con los gritos y la sangre. Menos mal que estaba yo aquí. No creo que ella hubiera llevado bien algo tan gore.

Me brotó una risa de preocupación . Saqué a Delia de la bañera y la envolví en una toalla.

—Esos dientes todavía no estaban listos para caerse, cariño. ¿Por qué has hecho eso? Debe de haberte dolido.

Delia me miró parpadeando mientras le frotaba el pelo con la toalla. Introdujo la lengua por el hueco que antes ocupaban los dientes, lo que hacía que todas sus eses sonasen como ces.

—Vero dice que no *bazta* con querer algo. Dice que *tenemoz* que crear *nueztra zuerte.* Ahora va a venir el Ratoncito Pérez y me va a traer *docientoz dólarez.*

—¿Doscientos dólares? —repetí riéndome—. No creo que el Ratoncito Pérez lleve tanto dinero encima.

—Pero *ez* que lo *nececito* para ayudar a Vero.

—¿Y por qué necesita que la ayudes?

—La oí hablar por teléfono y dijo que, *ci* no *concigue docientoz dólarez,* va a tener un problema gordo.

La sonrisa me desapareció de la cara.

—¿Qué clase de problema?

—Un hombre *eztaba* muy enfadado con ella porque había perdido una letra. Le dije que yo le podía dar una mía de mi pizarra, porque *ez* lila y a mí no me *guzta* el lila, pero me dijo que *eza* no *cervía.* Que *nececitaba* una muy grande.

Me quedé mirándola mientras salía del baño cojeando envuelta en la toalla.

—¿De qué estaba hablando? —me preguntó Georgia.

—Ni idea —le dije quitando el tapón del desagüe—. Más me vale ponerle un pañal a Zach antes de que suelte a un rehén en el suelo.

Mi hermana se rio.

—Voy a ver si Vero necesita ayuda para limpiar la escena del crimen.

—Ojalá pudieras —dije para mí misma cuando ya se había ido.

Encontré a Zach escondido en su habitación, apoyado con una mano sobre la pared y adoptando cierta postura.

—¡Ah, no, eso no! —Lo recogí y me peleé con él para ponerle un pañal.

Cuando me lo llevé abajo, Georgia ya estaba fregando la sangre del suelo. Arrugó la nariz cuando entré en la cocina.

—Finn, no te lo tomes a mal, pero puedo quedarme unos minutos más y echarles un ojo a los niños si quieres darte una ducha.

—¿Dónde está Vero? —Deposité a Zach en el suelo, que gateó hacia el salón.

—Buscando el limpiador de moquetas en la cochera.

Las dos nos dimos la vuelta cuando Vero irrumpió en la cocina. Soltó un bote de limpiador de tapicerías, rodeó a Georgia con un brazo y la acompañó hacia la puerta al tiempo que cogía el abrigo de mi hermana del perchero y se lo daba apretándoselo entre los brazos.

—Gracias por vigilar a los niños, Georgia. Ahora ya me encargo yo. —Cogió las llaves de mi hermana de la encimera y se las metió en la mano.

Me dirigí bruscamente hacia Vero.

—Georgia se ha ofrecido a quedarse para ayudarnos a limpiar.

Ella me pellizcó el codo con fuerza.

—¿Puedo hablar contigo un momento en la cocina? —Le levantó un dedo a mi hermana mientras me obligaba a entrar en la habitación contigua.

—¿Qué haces? —me pregunté librándome de su agarre.

—Georgia se tiene que ir.

—¿Por qué?

Vero susurró con los dientes apretados:

—Porque el torso de Carl Westover sigue en mi maletero.

Por un momento olvidé cómo se respiraba.

—Ay, dios. —Volví al recibidor y me aclaré la garganta—. Muchísimas gracias por toda tu ayuda, Georgia, pero no hace falta que te quedes.

—¿Estás segura? —Arrugó la frente mientras Vero le abría la puerta.

—Totalmente. Sí. Nos apañamos.

—Vale. Pero deberías ducharte pronto. ¿Nick no venía a recogerte a las seis?

—¿Qué? —sentí que la sangre se me bajaba de la cara.

—Sí, claro, para la cita que tenéis.

Vero y yo nos giramos hacia el reloj. «Ay, no.» Me había olvidado por completo de Nick.

—No es una cita —dije mientras la respiración se me volvía cada vez más difícil.

—Es una cita en toda regla. —Vero condujo a mi hermana afuera —. Mejor vete yendo para que pueda prepararse.

—¡Lo sabía! —dijo mi hermana mientras Vero le cerraba la puerta en las narices.

—¿Qué hacemos? —le pregunté agarrándome el pecho. ¿Me estaba dando un infarto? Debía de ser eso. Tenía menos de treinta minutos para decidir qué hacer con Carl.

—Vete a duchar y a arreglarte para lo de Nick. Voy a volver a casa de Theresa y antes de que te marches ya estoy aquí. Venga —dijo empujándome hacia las escaleras—. Yo me encargo de Carl. —Vero cogió sus llaves y salió corriendo por la puerta de la cocina.

Los niños estaban pacíficamente absortos jugando, pero si no les ponía pronto la cena seguro que habría un motín. Precalenté el horno, cogí unas bolsas de *nuggets* de pollo y bolitas de patata del congelador y me lavé las manos no menos de cinco veces antes de verter los bultos congelados en una bandeja metálica. El sonido de los golpes sobre el metal me revolvió las tripas. Metí la bandeja en el horno, puse el temporizador y subí a toda prisa a meterme en la ducha.

Después de refregarme cada palmo de piel con agua hirviendo, salí del baño y me encontré uno de los vestidos de Vero colgado de la puerta de mi armario. Unos tacones a juego estaban tirados debajo, en el suelo.

Me sequé rápido con la toalla y meneé el cuerpo para meterme en el vestido. Era bastante más sexy que cualquier prenda mía —de un azul zafiro intenso, con escote pronunciado y una cintura envolvente ceñida; el suave material era lo suficientemente benévolo como para quedarme bien—, pero cuando comprobé con decepción el contenido de mi armario me dolió la evidencia de que no tenía alternativa.

Me lo ajusté a las curvas del cuerpo, me pasé espuma rizadora por el pelo y me apliqué un espray corporal de aroma floral con la esperanza de no oler a un cadáver en una funeraria. Tras unos toques

de rímel y brillo de labios, me puse los tacones y busqué mi móvil.

«Mierda.» ¿Dónde estaba?

Debía de habérmelo dejado en el bolso. Que seguía en el coche de Vero.

Me colgué un bolso del brazo y bajé apresuradamente las escaleras.

Las rodillas se me bloquearon en el último escalón cuando capté el olor de la colonia de Nick. Se confundía con el aroma grasiento de los *tater tots*. La voz aguda de Delia llegaba desde la cocina retransmitiendo la historia de cómo había perdido los dientes, a la que siguió el murmullo profundo de la risa de Nick.

Pegué la espalda contra la pared. Podía hacerlo. Solo necesitaba mantener la compostura durante la cena. Inspiré profundamente, me alisé la parte delantera del vestido y entré en la cocina haciendo resonar los tacones con más confianza de la que sentía. Todo el mundo se giró para mirarme. Todos menos Vero.

Estaba de pie delante del horno, con los hombros rígidos, poniendo los *tater tots* en unos platos de melamina.

—¡Vaya! —Nick se reclinó en la silla fijándose en mí.

La risa me salió aguda y con una pizca de pánico.

—Me dijiste que te sorprendiera.

Vero puso los platos de los niños sobre la mesa. Me agujereó con sus ojos oscuros por encima de la mirada de Nick.

—¿Has visto mi mensaje? Te he escrito.

—No, debo de haberme dejado el móvil en tu coche.

—Estaría bien que fueras a por él. —Me entregó las llaves con una mirada penetrante—. No te olvides de mirar en el maletero.

Me aclaré la garganta.

—Buena idea.

El teléfono probablemente se me habría caído al sacar las bolsas de basura. Sentí el calor de la mirada de Nick recorriéndome mientras cruzaba la cocina y me metía en el garaje. El maletero del Charger se abrió cuando pulsé el botón del llavero. Levanté la portezuela y solté un taco.

Carl —o al menos un trozo muy grande de su cuerpo— seguía dentro.

—Me cago en ti, Theresa.

Tanteé por debajo de los bordes de la bolsa de basura en busca de mi móvil. Probablemente ella se habría negado a abrir la puerta por las mismas razones por las que Feliks se negó a llevarse a Carl después

de matarlo. Porque, si Vero y yo nos teníamos que quedar con un trozo de Carl, era mucho menos probable que acabáramos contándoselo a alguien.

Cerré el maletero de un portazo, me precipité hasta la puerta del copiloto, me dejé caer en el asiento envolvente y rescaté mi bolso de debajo. Busqué dentro, pero mi teléfono no estaba allí. No estaba en mi habitación ni en el coche de Vero. El otro lugar donde podía estar era…

«¡Joder!»

Dejé caer la cabeza contra el salpicadero. No podía volver a casa de Theresa ahora. No sin levantar las sospechas de Nick.

Salí del coche y lo cerré con la llave. Cuanto antes lo sacara de allí, mejor. Fingiría que todo iba bien. Nos iríamos a cenar y Vero y yo ya nos encargaríamos de Carl y Theresa cuando volviera a casa.

Vero me estaba esperando en la puerta cuando regresé a la cocina.

—¿Has encontrado el móvil?

Nick estaba de espaldas a nosotras. Delia soltó una risilla cuando él le robó un *tater tot* del plato, pero yo no tenía duda alguna de que su cerebro de poli estaría registrando cada palabra, incluso aunque estuviera escuchando solo a medias.

Le devolví las llaves a Vero.

—No estaba en el coche. Debo de habérmelo dejado en casa de la *vecina* cuando hemos ido a verla esta tarde.

—No lo creo —dijo Vero, mirándome fijamente—. Acabo de venir de allí y no había nadie.

¿«No había nadie»? ¿Cómo podía ser? Theresa estaba en arresto domiciliario. ¿En qué otro lugar podía estar?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté en voz baja.

—Lo que he dicho —dijo Vero entre dientes—. He llamado a su puerta y, al no responder nadie, he entrado. La llave no estaba echada. Nuestra *vecina* no estaba. Ni tampoco su *invitado*.

—¿Su invitado? —Vero contestó a mi mirada de confusión haciendo con mímica como si picara comida con un cuchillo.

«¿Carl? ¡No!»

Ella asintió.

Theresa no habría sido tan tonta de arriesgarse a salir de casa, ni siquiera para deshacerse del cadáver.

—¿Estás segura de que no estaba en el jardín trasero? Sí, o sea…, echando mantillo en las flores.

Vero negó con la cabeza y lanzó una mirada de curiosidad a Nick, pero Delia y él estaban enfrascados en la negociación de otro *tater tot*.

—Te digo que no estaban allí. He buscado por *todos* sitios. A los dos —añadió, señalando la puerta del frigorífico—. Sin duda, su invitado ya no estaba. Y tampoco vi rastro de tu móvil. Pero nuestra vecina se ha dejado una *joya* grande encima de la encimera de la cocina. —Vero se señaló el tobillo—. No quería que nadie más entrara y la encontrara, así que he ordenado todo —dijo alzando un bote de toallitas desinfectantes— y he cerrado la puerta con llave al salir.

Ay. Eso no pintaba bien.

Aimee debía de haber ido directa a casa de Theresa al mismo tiempo que nosotras volvíamos aquí a toda prisa, tomando una ruta diferente desde la manzana contigua en la que estaba aparcado su SUV. Theresa y ella probablemente habrían entrado en pánico. Debían de haberle quitado a Theresa el dispositivo del tobillo y huido, desesperadas por deshacerse del cuerpo y dejándonos a Vero y a mí con el trozo más grande. La policía no tardaría mucho en presentarse en su casa ni en enterarse de que había desaparecido.

Al menos Vero había limpiado todo rastro nuestro de la cocina de Theresa.

Nick desarrimó su silla de la mesa.

—Deberíamos irnos —dijo mirando su reloj—. Tenemos la reserva a las siete y tengo que hacer una parada rápida por el camino. Te prometo que no la voy a tener por ahí hasta muy tarde.

Vero respondió con una risa ligeramente neurótica.

—No se preocupe por mí, inspector. Aquí tengo un montón de cosas de las que ocuparme.

Les di un beso a los niños mientras Nick me rodeaba con el brazo y su mano me tocaba con firmeza las lumbares al acompañarme hasta su coche.

Capítulo 22

Al coche de Nick no le había dado tiempo de enfriarse durante los pocos minutos que había estado aparcado delante de mi cochera, pero orientó las rejillas de ventilación hacia mí y subió la temperatura del aire, probablemente porque yo estaba temblando. Lancé una mirada furtiva al adosado de Theresa al pasar por delante. Todas las ventanas estaban oscuras excepto por una sola luz en la cocina. El BMW seguía aparcado delante del garaje. Adondequiera que se hubieran marchado, debían de haber llevado el SUV de Aimee.

—¿Estás bien? —me preguntó Nick.

Aparté la atención del leve resplandor de la ventana de la cocina de Theresa.

—Sí. ¿Has podido hablar con Pete?

—Un poco. Acaba de recibir el archivo, así que todavía no hay mucho de lo que hablar. El incendio se provocó con un artefacto rudimentario empleando trementina como acelerante. Eso es más o menos todo lo que podía contarme.

—¿Trementina? O sea, ¿como disolvente? —Nick asintió—. Estupendo… Podría haber sido cualquiera.

—Quizá —dijo mientras salíamos de mi calle—, pero las pruebas más prometedoras no han venido del laboratorio.

—¿A qué te refieres?

—La empresa de seguridad registró una llamada justo antes del fuego. Alguien activó la alarma. Al parecer, tienen una grabación, pero Steven les está dando largas. No ha autorizado a la empresa de vigilancia que nos la facilite.

—¿Por qué no?

Nick se encogió de hombros.

—Puede ser que él conozca a la persona y esté intentando protegerla. Si los investigadores quieren la grabación, siempre pueden pedir una orden.

—¿Han encontrado algo más?

—Solo un trozo de una tarjeta de crédito rota que recuperaron de la hierba que estaba fuera del perímetro del incendio. Debieron de

utilizarla para intentar entrar. También han hallado huellas de neumáticos de gran calidad en el barro de detrás de la caseta. Ninguno de los empleados de Steven tiene un coche deportivo, así que es posible que las marcas las hiciera el vehículo del causante del incendio.

«Perfecto.» Las tres pruebas más convincentes que habían encontrado las dejamos Vero y yo.

—¿Seguro que estás bien? —Nick posó los ojos sobre mí antes de volver a la carretera—. Estás un poco pálida.

—Probablemente solo sea que tengo hambre. No he comido nada desde el desayuno.

—Bien —dijo con una sonrisa subrepticia—. Este restaurante al que vamos se supone que es bastante bueno. Solo tengo que hacer una parada rápida antes de irnos a cenar. Necesito hablar con un confidente. Imaginé que no te importaría acompañarme.

La atención de Nick estaba puesta en la carretera y me tomé un instante para ver las cosas en las que no me había fijado por estar demasiado estresada cuando me había recogido unos minutos antes. Su chaqueta de cuero estaba echada sobre la consola central; su Henley y sus vaqueros habituales los había sustituido por una camisa de vestir azul francés cuidadosamente planchada y una corbata. El pelo parecía recién cortado, la cara la llevaba toda afeitada y la fragancia especiada de su colonia se percibía cálida y pesada dentro del coche. Todo su aspecto indicaba que se había vestido para una cita, salvo por la correa que le rodeaba los hombros y la pistola que llevaba ceñida a un costado.

Levanté una ceja.

—Creía que la identidad de los confidentes era secreta.

Inclinó la barbilla, pensativo.

—Lo es.

—Creía que no confiabas en mí. —La última vez que me había permitido acoplarme a un asunto policial secreto le había reventado en la cara; me había acusado de utilizarlo tanto a él como al caso como combustible para mis libros.

Paró el coche con suavidad cuando el semáforo que teníamos delante cambió a ámbar, lo que le bañó la cara de un resplandor amarillo pálido. Sacudió la cabeza y suspiró.

—Dije muchas cosas aquel día y la mayoría de ellas ojalá no las hubiera dicho. No estaba enfadado contigo, Finlay. Estaba enfadado

conmigo mismo. Tenías razón. Tomé la decisión de implicarte en el caso y la culpa de eso es solamente mía.

—¿Y ahora quieres volver a hacerlo? —lo piqué—. Creo que deberías haber aprendido de tu error.

—Nunca dije que me arrepintiera. —Su mirada de reojo persistió sobre mí cuando el color de la luz cambió. Me aclaré la garganta y asentí hacia la señal verde y el carril vacío delante de nosotros, sin sentirme aliviada hasta que no devolvió la atención a la carretera.

—¿Quién es tu confidente? —le pregunté evidenciando mi curiosidad cuando giramos hacia una calle residencial oscura. Las viviendas de ambos lados estaban ocultas tras árboles viejos, los jardines delanteros forrados de hojas muertas y de adornos baratos y los accesos a los garajes estaban infestados de coches en niveles varios de deterioro.

—No es mío. El chaval es uno de los confidentes de Joey, pero él está de visita con su madre este fin de semana y no vi la necesidad de molestarlo.

Me giré hacia Nick, sorprendida.

—¿Un chaval? ¿Qué ha hecho?

—Joey lo trincó por suplantación de identidad hace como un año. Es solo un pececillo en un estanque de peces grandes, pero nada en aguas bastante turbias: tráfico virtual de drogas y armas, prostitución de menores, ciberfraude… Joey le consiguió un trato: libertad condicional y trabajo comunitario. A cambio, el chaval se quedaba fuera de cualquier lío y nos suministraba pistas que nos llevaran a los peces grandes a medida que los encontrara. Me ha llamado hace unas horas. Dice que se ha topado con cosas fuertes en Internet. Cree que pueden estar vinculadas con la organización de Yirov. No quería esperar a que Joey volviera para conocer los detalles.

—¿Feliks Yirov? Si está en la cárcel.

—Eso nunca le ha parado los pies. Tiene las manos metidas en todo y los tentáculos muy largos. Cuantas más pruebas acumule en la mesa del fiscal de distrito, menos probable será que Feliks quede libre una vez vaya a juicio. Estamos siguiendo cualquier pista posible. No le voy a dar ni una sola oportunidad a ese cabrón.

Reprimí un escalofrío. Patricia Mickler me dijo una vez que Feliks tenía ojos y oídos por todos sitios. Ya le había oído a Nick comentarios similares y siempre había dado por supuesto que estaba exagerando. Pero, después de mi conversación con Theresa sobre el cadáver

descuartizado de Carl, ya no estaba tan segura. Aun consciente de que Feliks estaba bien encerrado entre rejas, a ella le había dado pánico la posibilidad de ponerse en su contra.

Aquella noche en el garaje de Ramón, Feliks me advirtió que me estaría vigilando. Ahora, mientras observaba las sombras hacerse más profundas alrededor del coche, me preguntaba si seguiría haciéndolo.

El coche de Nick se paró en el acceso a una cochera de una vivienda unifamiliar destartalada construida en varias alturas. Un televisor destelleaba a través de unas cortinas finas mientras una silueta retiraba la tela para contemplarnos.

—Espera aquí —dijo Nick y dejó el motor encendido.

Se colocó la chaqueta moviendo los hombros, salió del coche y dio pasos cortos, lentos y relajados sobre el camino de losas agrietado con sus largas piernas para aproximarse a la casa. La luz se derramó sobre los escalones delanteros cuando alguien abrió la puerta. Salió una figura enjuta con una capucha oscura que miró a ambos lados de la calle antes de juntarse con Nick a medio camino entre la casa y el coche.

Me repantigué hacia abajo en el asiento, muy consciente de que no debería estar allí, pero el confidente de Joey no parecía verme a través de los cristales tintados del coche. El motor runruneaba tenuemente y silenció su saludo. Nick tenía las manos plantadas en las caderas; el confidente las tenía metidas hasta el fondo de los bolsillos mientras hablaban; las cabezas cerca una de la otra, inclinadas. Puse la mano sobre el botón de la ventanilla, tentada de abrirla solo lo justo para captar un poquito de la conversación. Pero en el último segundo retiré la mano. El mero hecho de que Nick me hubiera llevado allí parecía un gesto de paz: una muestra de confianza. Una confianza de la que quería ser digna.

Hasta que el confidente se bajó la capucha.

La coronilla de pelo rubio decolorado de Cam atrajo la luz amarillo chillón de la ventana a su espalda. La mente se me aceleró. Volvió a lo que había dicho Nick sobre las aguas turbias de Cam. Sobre la clase de pistas que le suministraba a Joey.

«… se ha topado con cosas fuertes en Internet.»

«Ay, no.»

Pulsé el botón de la ventanilla y contuve la respiración mientras zumbaba al bajar un par de centímetros, lo justo para que se colaran unas palabras por la rendija.

—… una especie de grupo de madres o algo así —decía Cam en voz baja.

—¿Un grupo de madres?

—Sí, tío.

No, aquello no pintaba bien. Si Cam le decía a Nick dónde encontrar el foro de mujeres, este cavaría en la tierra hasta dar con el tesoro.

—Mira, como me la estés metiendo doblada…

—Que te lo estoy diciendo en serio, tío. Todo parece normal desde fuera, pero ahí hay negocios turbios. No estoy hablando de bolsitas de maría. He encontrado a alguien que intentaba mover atracos a mano armada…, putas de lujo…, asesinatos por encargo… Estoy bastante seguro de que el sitio entero es una tapadera…

«No. ¡No, no, no!» No podía dejar que Cam le diera ningún nombre a Nick. Ni el de Hartita ni el de LimpioFácil.

Y desde luego no el mío.

Cogí mi bolso antes de recordar que había perdido el móvil. No tenía manera de escribir a Cam. No había forma de advertirle que no abriera esa bocaza. Bajé la ventanilla unos centímetros más, rezando por que Nick no oyera el zumbido a pesar del motor encendido.

—¿Quién la maneja? —preguntó Nick.

Cam hizo un gesto de barbilla hacia el bolsillo de la chaqueta de Nick.

Nick murmuró algo entre dientes mientras sacaba la cartera y extraía unos billetes. El chaval miró arriba y abajo de la calle antes de tomarlos y metérselos en el bolsillo.

—He estado indagando por ahí —dijo—. Los nombres eran todos rusos. He visto las noticias sobre aquel tío al que trincaste la semana pasada. Creí que la información te podría servir de algo.

—Y creíste que podías esperar a que Joey no estuviera en la ciudad para darme un sablazo para comprarte cerveza.

Cam alzó las manos.

—Vale. Si no quieres mi info, supongo que hasta aquí hemos llegado.

Nick le agarró el brazo cuando se estaba girando hacia la puerta.

—Depende de la calidad de la info.

Cam se encogió de hombros.

—El *hosting*, la cuenta de administrador, el dominio, los perfiles de usuarios, sus *logs*… Lo tengo todo, incluso una puerta trasera.

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Te doy todo lo que tengo y entonces Joey y yo habremos acabado. No me he metido en líos: ni hackeo ni brechas de seguridad ni estafas, tal como acordamos. Quiero que me levanten la condicional y que los polis me… —Sus ojos saltaron hacia mi dirección. Los observé ensombrecerse cuando me reconoció por el hueco de la ventanilla. Tenía suficientes trapos sucios de Cam como para volar por los aires su acuerdo tan íntimo con Joey y mandarlo de vuelta al correccional por una buena temporadita y él lo sabía.

Me dibujé con un dedo una línea de un lado a otro del cuello.

La nuez se le movió. Se aclaró la garganta y hundió los puños aún más adentro de los bolsillos mientras yo subía mi ventanilla.

Nick se giró hacia el coche con el ceño fruncido. Volví a desmoronarme en el asiento, escondida tras el cristal tintado. Sacó la cartera de nuevo y sostuvo unos billetes fuera del alcance de Cam mientras encorvaba el cuello para no perder el contacto visual con el hacker. Conocía esa mirada. Era una lección. Una advertencia. Cam echó un vistazo fugaz a mi ventana mientras doblaba el dinero para metérselo en el bolsillo y desaparecía dentro de su casa.

Nick rodeó el coche y se dejó caer en el asiento del conductor.

—¿Qué has averiguado? —le pregunté mirando con disimulo la pantalla de su móvil mientras le escribía aprisa a Joey. Se metió el móvil en el bolsillo y dio marcha atrás para salir del aparcamiento de Cam.

—Puede que nada. Probablemente el chaval me esté toreando.

—Entonces, ¿por qué le has pagado?

—Porque, en el caso remoto de que me esté contando la verdad, una pista así podría ser una mina. —Esta vez presté más atención a nuestra ruta y me aprendí de memoria los nombres de las calles y los giros mientras Nick nos sacaba del vecindario de Cam—. Dice que ha encontrado un chat grupal en Internet que podría ser una tapadera del crimen organizado.

—¿Te ha dicho cómo ha dado con él?

A Nick se le crisparon los labios y se le curvaron hacia un lado.

—Dice que se lo encontró por casualidad.

—¿Y no lo crees?

—Un hacker de diecisiete años no se encuentra unas salas de chat de mujeres por casualidad. Probablemente le birló el móvil a alguna chica confiada y las encontró mientras husmeaba por sus cuentas.

—¿Te crees algo de todo eso?

Nick se encogió de hombros mientras volvíamos a la autopista.

—Sabía que yo estaba trabajando en el caso Yirov. Supongo que se encontraría con unas cuantas madres vendiendo benzodiacepinas por Internet y se le ocurrió que podría sacarme un dinerillo rápido mientras Joey estaba fuera de la ciudad. El chaval me va a enviar lo que ha encontrado mañana. Los de ciberdelincuencia deberían tardar solo unos días en sacarlo todo a la luz. Probablemente no sea nada.

Reposé la cabeza contra el cristal mientras llegábamos a la interestatal. Tenía que llamar a Cam antes de que enviara esas pistas a Nick. Pero tenía el número en mi móvil, que estaba con Theresa.

O, lo que era más probable, estaba enterrado en un hoyo poco profundo con Carl.

Capítulo 23

Mi mente seguía a toda máquina cuando Nick metió el coche en un plaza de aparcamiento delante de un parque comercial de Arlington. El nombre del toldo rojo del restaurante rezaba KVASS y unas luces blancas brillaban desde las macetas de plantas perennes que flanqueaban la puerta. Unos olores intensos y sabrosos salieron flotando por ella mientras Nick me la sujetaba para entrar. El estómago me sonó cuando un empleado con chaqueta y corbata nos condujo hasta nuestro reservado.

Pasé al banco que había enfrente de Nick, escuchando solo a medias al *maître*, que nos dio la bienvenida al restaurante con un acento marcado.

—¿Le traigo algo de beber, señora? —Me extendió delante una carpeta de cuero—. ¿Una botella de vino, quizá?

Abrí el menú y miré por encima las bebidas con el tembleque nervioso de la rodilla escondido bajo los manteles largos de seda y la iluminación tenue del comedor.

—Creo que necesito algo más fuerte.

—Le puedo sugerir el surtido de vodkas. Tenemos una selección excelente de…

—Perfecto —dije cerrando la carpeta y pasándosela a Nick.

Nick torció la boca hacia arriba. Echó un vistazo al nombre de la chapa que llevaba el hombre en la solapa.

—Para mí solamente una cerveza, Serguéi. ¿Y podría ponernos una ración de *pirozki* para acompañar?

El *maître* asintió mientras encendía la única vela que había en el centro de la mesa.

—Durante la cena su camarero va a ser Iván. Vendrá en breve para repasarles los platos especiales de esta noche.

Dejé a un lado la carta de cenas, demasiado distraída como para concentrarme en las descripciones de los platos principales. Sonaba música suave. En el restaurante reinaba un murmullo de conversaciones tenues y del estrépito y los silbidos apagados de las tareas de la cocina, que atravesaban las puertas de servicio. Los

cubiertos plateados tintineaban contra los lujosos platos blanquiazules.

¿A quién quería engañar? No había duda de que esto era una cita.

—¿Un día duro? —me preguntó Nick inclinando la cabeza para captar mi mirada.

—Se podría decir que sí.

—¿Las cosas no van bien con el libro nuevo?

—No precisamente —dije mientras nuestro camarero deslizaba delante de mí una bandeja de vasos de chupito relucientes—. Estoy segura de que la trama entera se me ha descarrilado. —En cuanto se hubo marchado el camarero, me bebí el primero. Los ojos me lloraron y enseguida lo encadené con otro.

—Quizá pueda ayudarte —se ofreció Nick dando un trago lento a su cerveza. Una risa algo histérica me brotó hacia fuera cuando fui a coger un *pirozki*—. En serio —dijo jugando perezosamente con la cara botella de cerveza importada—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

Nick reposó los codos sobre la mesa, con el labio inferior estirado hacia arriba mientras me observaba comer.

—Lo que quieras.

Me dio la sensación de que era una pregunta trampa. Pero se estaba ofreciendo a responder.

—Vale —dije aclarándome la garganta—. Entonces, esa web de la que te ha hablado tu confidente… ¿Qué pasa si los de ciberdelincuencia encuentran algo?

Nick se dejó caer contra el respaldo de la silla, meneando la cabeza a los lados. Posó la cerveza en la mesa y entrelazó los dedos detrás del cuello.

—¿De verdad quieres hablar de eso?

—¿Por qué no? Te has ofrecido a ayudarme con la investigación para mi libro.

—Por lo que he leído, todos los aspectos criminalísticos los tienes resueltos. Creí que quizá pudiera ayudarte con lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Pues las cosas románticas.

Paré de masticar.

—¿Qué les pasa a las cosas románticas de mis libros?

—Nada. —Nick dejó caer la mirada hasta el pronunciado escote de mi vestido mientras tomaba un sorbo largo y lento de cerveza—. Lo

reconozco. El libro que me dejó Peter era bastante picante. Sobre todo la parte de la operación de vigilancia, cuando se enrolla con el poli en los asientos delanteros del coche y luego ella se sube encima de él y…

—Solo cenar. —La cara se me calentó y me ventilé otro chupito.

Nick sonrió mirando la cerveza.

—De acuerdo. Solo cenar. —Barrió el salón con los ojos—. Ciertamente, te he dicho que me podías preguntar lo que quisieras. —Me detuve con el *pirozki* sostenido a medio camino entre los labios y el plato cuando Nick apoyó los codos en la mesa y bajó la voz—. Si el chaval tiene razón y el foro se está usando como tapadera, es probable que tengamos que enviar a un agente secreto. Prepararemos un señuelo, haremos unas cuantas detenciones y encontraremos a un chivato. Luego los tentaremos con un trato en sus narices con la esperanza de que canten.

Se reclinó en el asiento con los labios cerrados fuerte cuando el camarero se aproximó a la mesa con el resto de nuestra comanda. Iván colocó delante de mí un plato bien cargado de *strogonoff* con pasta, que era lo único que conseguiría que me resistiera a besarlo.

Nick esperó a que Iván se alejara para seguir.

—Joey vuelve a la oficina el lunes. Espero que para entonces ya sepamos a qué nos enfrentamos. —Trinchó con el tenedor su pollo Kiev y su mirada vagó por el restaurante mientras comía—. Pero ¿de qué trata tu libro nuevo? —preguntó entre bocados.

—Simplemente es el siguiente de la serie. El mismo personaje. Ya sabes…, una sicaria… a la que tienden una trampa… y que resuelve crímenes.

—¿Sigue apareciendo el poli experto?

Asentí, vacilante.

—Está en la historia. De momento.

—¿De momento?

—Lo que tengo todavía es un borrador.

—¿Y qué pasa con el abogado?

Nuestras miradas se encontraron. ¿Cuánto le había contado Vero durante el rato que había pasado sentado a la mesa de mi cocina mientras yo estaba con Bree? Enrollé las cintas de pasta con el tenedor.

—Ha desaparecido.

—¿Ella lo está buscando?

—No lo sé. Es un poco pronto para que suceda eso. A lo mejor se

está preocupando por nada.

—A lo mejor no. Es lista. Debería confiar en su instinto.

—¿Para hacer qué?

Nick se encogió de hombros.

—Podría pedirle ayuda al poli.

Me reí y el vodka derrumbó las paredes que había estado construyendo.

—No creo que sea buena idea. Entre ellos hubo algo. Él es muy cercano con ella. Está claro que habría un conflicto de intereses.

—Eh, interesado desde luego que lo está. —Levanté la vista y me encontré a Nick mirándome desde el otro lado de la mesa. No creo que fueran la cerveza, que le había puesto ronca la voz, ni la luz de la vela, que le oscurecía el iris. No había duda de que ya no estábamos hablando de mi libro.

Tras una pausa pensativa, dejé el tenedor en el plato. Estaba convencida de que no quería su ayuda para encontrar a Julian. Pero a lo mejor sí me podía ayudar con otra persona.

—Pongamos que mi personaje sí quiere buscar a una persona desaparecida por su cuenta…, alguien que no quiere que lo encuentren. ¿Cómo le sugeriría el poli que abordara la búsqueda?

Las cejas se le arrugaron.

—¿Estás segura de que eso es buena idea? Puede que no le guste lo que encuentre.

—Has dicho que lo que yo quisiera.

Expulsó un suspiro de resignación. Posó el tenedor en el plato y se limpió la boca con la servilleta.

—¿Ha comprobado los servicios de localización de su teléfono?

—No ha habido suerte.

—¿Sus cuentas en redes sociales?

—No han llevado a ningún sitio.

Aimee sabía cómo mantener la discreción. Vero y yo ya habíamos intentado encontrarla a través de las redes sociales, pero en Internet era un fantasma. Y Theresa se había cerrado todas sus cuentas después de que la noticia de su detención llegara a los titulares nacionales.

Las cejas se le arrugaron aún más.

—Si tu heroína era cercana a la persona desaparecida y tenía acceso a sus extractos bancarios, podría investigar sus gastos. Los cargos en la tarjeta de crédito, la tarjeta de la gasolinera, las retiradas de efectivo…

No tenía acceso a la información bancaria de Theresa. Y dudaba mucho que Steven y ella siguieran compartiendo cuentas. Negué con la cabeza y las arrugas de preocupación de Nick se suavizaron.

—Mira —dijo después de una pausa reflexiva—, sé que has dicho que tu heroína no quiere que la ayuden, pero, si conoce a alguien cercano a la persona desaparecida, ella y su amigo el poli podrían intentar tenerlo vigilado.

Me reí mientras cogía el último chupito de vodka y me imaginaba a Theresa huyendo a toda prisa en el SUV de Aimee.

—Estoy bastante segura de que estas dos personas han huido juntas.

Nick me tomó la muñeca cuando levanté el vaso.

—Finn, si quieres saber mi opinión, estás mejor sin él.

Dejó la mano sobre la mía. Nos contemplamos. Nick seguía pensando que hablábamos de Julian. Abrí la boca para corregirlo cuando su mirada voló hasta la puerta del restaurante, situada a mi espalda. Un músculo se le tensó en el pómulo y me soltó la mano. Me giré en el asiento para ver qué era lo que había captado su atención de una forma tan absoluta.

Una morena escultural vestida con un abrigo de marca y unos tacones peligrosamente altos entró en el comedor con aires de grandeza y las ondas de su pelo botaron al caminar. Era imponente y refinada de tal manera que apestaba a dinero y poder, con el mismo pavoneo firme que había visto en Irina Borovkov. Para mérito de Nick, no bajó la mirada de la cara en ningún momento. Con una sonrisa engreída, le hizo un gesto al *maître*. Este miró a nuestra mesa mientras ella le susurraba algo al oído.

—Esto promete ser interesante —dijo Nick entre dientes mientras el hombre se retiraba a su puesto y levantaba un teléfono.

—Está claro que os conocéis. —Devolví el vaso del último chupito a la mesa y lo deslicé hacia Nick.

Este lo rechazó apartando su plato, como si de pronto hubiera perdido el apetito.

—Se podría decir que sí.

La mujer se paró junto a nuestra mesa y echó las llaves de su Jaguar dentro de su bolso de mano. Se puso en su sitio las gafas de carey con el dedo corazón rígido y Nick escupió una risa.

—Kat —la saludó, estrangulando el cuello de la cerveza.

—Inspector, espero que esté disfrutando de la cena. —Su voz

suntuosa parecía hacer juego con el resto de su apariencia. Sofisticada y elegante, con un dejo de algún acento.

—Eso estaba haciendo hasta que usted ha aparecido.

—¿No me va a presentar a su amiga?

Nick se pasó la lengua por la punta de los dientes.

—Kat, Finn. Finn, Kat.

Ella me extendió la mano izquierda, lo que me obligó a cambiar la mía. Su anillo de sello me apretó un poquito fuerte.

—Es un placer conocerle —dijo con dulzura—. He oído hablar mucho de usted.

Nick se puso tenso.

—Ah, ¿sí? —dije mirando a los dos—. ¿De qué os conocéis?

—Del trabajo —respondieron al unísono.

La mirada de Nick ardía y el músculo del pómulo aún le palpitaba. Abrió la boca para hablar cuando un zumbido sonó dentro del bolsillo de su abrigo. Metió la mano para coger el móvil y levantó los ojos hacia los míos cuando se lo pegó a la oreja.

—Hola, Vero. ¿Todo bien?… Sí, está aquí. —Me pasó el teléfono—. Hay un pasillo junto a los aseos. Pediré café y postre. Tómate tu tiempo —dijo mirando de reojo a Kat.

Sentí sobre mí el peso de la mirada de varios pares de ojos mientras me iba con el móvil hasta el aseo de señoras.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Vero con el corazón acelerado mientras consideraba todas las razones por las que podría haber llamado—. ¿Los niños están bien?

—A los niños no les pasa nada. Llevan una hora acostados en la cama, pero tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—¿Qué parte quieres que te cuente primero?

—¿Es un problema con varias partes?

—Es que he estado liada —dijo con la voz entrecortada.

—¿Cuál es la primera parte?

—Hemos recibido un correo electrónico de LimpioFácil.

—¿Un correo?

—A través de la dirección que utilizaste para abrir la cuenta.

—¿Y qué dice?

—Dice que el trabajo es para ella y que más te vale retirarte por la cuenta que te trae. Así que le he dicho…

—¡Le has respondido!

—… que si quiere el dinero va a tener que currárselo, porque Anónimo2 no cede por nadie…

—Dime que no es verdad.

—Te lo estoy resumiendo en aras de la brevedad… Entonces ha dicho: «Empieza el juego, payasa». Y yo le he dicho: «Pues venga…».

—Dios santo…

—¡Finn, te ha amenazado! ¿Qué iba a hacer si no?

—¿Quizá no empeorarlo? —Necesitaba más vodka—. ¿Cuál es la segunda parte?

—Todavía no he localizado tu móvil.

La línea se quedó en silencio mientras Vero esperaba a que yo juntara todas las piezas del rompecabezas. Todos los mensajes que ella y LimpioFácil habían intercambiado probablemente habrían aparecido en forma de notificaciones en mi teléfono.

—Vero, tenemos que encontrarlo.

—He probado a llamar, pero Theresa no me contesta. Y tu ubicación está desactivada.

Me dejé caer contra la pared. Apagamos el GPS la noche que nos colamos en el vivero para desenterrar un cadáver y yo nunca me molesté en volver a activarlo.

—Mira el lado bueno —añadió—. Al menos Theresa no ha hecho saltar la alarma al quitarse el dispositivo de vigilancia.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Yo me pregunté lo mismo, así que lo busqué en Google. Adivina qué fue lo que encontré.

—¿Un tutorial de YouTube?

—Finn, ese vídeo me abrió los ojos. Nunca se sabe cuándo te va a ser útil un cuchillo de untar. Deberíamos considerar la posibilidad de tener uno en la cochera.

—Apuntado —dije presionándome la cabeza para mitigar el dolor provocado por el vodka que me estaba brotando de la cuenca de los ojos.

—Conecté el aparato del tobillo al cargador de la cocina de Theresa. Eso nos debería dar tiempo para pensar qué hacemos con Carl. Quiero sacar a ese tío del maletero antes de que empiece a oler.

—Vero, ha estado meses ultracongelado. Es prácticamente una momia. No va a oler —le aseguré—. Todavía no.

—Estupendo. Me da que mi coche va a estar maldito.

—Nos ocuparemos de él cuando llegue a casa. Mientras tanto, nada

de correos con LimpioFácil. Tengo que volver a la mesa antes de que Nick venga a buscarme.

—Trae dinero —dijo antes de colgar—. Delia ya está esperando al ratoncito Pérez.

Agarré el lavabo y me miré en el espejo con el ceño fruncido, convencida de que el día no podía empeorar. No me quedaba dinero. Lo único que llevaba en el bolso era una tarjeta de crédito rota y un tubo de brillo de labios. Me apliqué una capa nueva y me ahuequé el pelo, sintiéndome superficial e insulsa al lado de Kat. Si trabajaba con Nick, entonces es probable que también trabajara con Georgia, lo que podría explicar por qué al parecer había oído hablar tanto sobre mí. Nick y ella claramente habían tenido alguna historia desagradable, lo que me molestaba por motivos en los que no quería pensar.

Eché el brillo de labios en mi bolso y emprendí el regreso al comedor. El aire del restaurante parecía zumbar de tensión. No era capaz de identificar por qué, pero notaba la rigidez de los camareros, que tenían la mirada clavada en el extremo derecho del salón.

Aminoré el paso y distinguí al *maître* de pie junto a nuestra mesa y con una expresión severa. Dos camareros, ambos de una estatura tan grande que resultaba anormal, rondaban a su espalda. Nick los miró con una sonrisilla cuando me acerqué, con el brazo extendido despreocupadamente sobre el respaldo del asiento del reservado.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Que no tienen postre?

El *maître* depositó una carpeta de cuero delante de Nick.

—Esta noche invita la casa, por cortesía del propietario, con la condición de que no vuelva.

Nick se levantó y se sacó de un tirón la cartera del bolsillo. Soltó un puñado de billetes nuevos en la mesa. Más que suficiente para la cena y una propina generosa.

—Ah, desde luego que voy a volver —refunfuñó—. Dígale al propietario que la cena ha sido inolvidable.

Nick cogió mi abrigo del reservado y me lo tendió abierto. Tras tomarme de la mano, me condujo hasta el exterior del restaurante, no sin lanzar al pasar una mirada de odio a la mesa de Kat.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le pregunté dándole el móvil mientras la puerta se cerraba detrás de nosotros.

—Ha sido un mensaje.

—¿No era una cita?

Nick se detuvo en medio del aparcamiento y me obligó

delicadamente a pararme. Una sonrisa triunfal le recorrió la fina línea de los labios.

—Ah, ¿sí? Creo recordar que habías insistido en que solo habíamos quedado para cenar.

Ante mi falta de respuesta, reanudó la marcha con decisión en dirección al coche.

—¿Quién era esa mujer?

—¿Por qué? ¿Estás celosa?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué iba a estarlo? Claro que no estoy celosa. —Vale, está bien. Quizá lo estuviera. Pero solo un poquito.

Benévolo, Nick lo dejó estar.

—Era la abogada estrella de Yirov —me explicó abriendo la puerta del copiloto y metiéndose por ese lado antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo yo. Palpó por debajo del asiento hasta encontrar una caja de guantes desechables, extrajo dos pares y me dio uno—. Si tuviera una némesis, supongo que se podría decir que es Kat. Este restaurante lleva abierto solo dos semanas. Tenía la sensación de que era una de las tapaderas de Yirov. Feliks debe de haberse enterado de que estaba aquí echando un ojo a sus nuevos inmuebles y me ha mandado a su perro guardián para darme un aviso. Venga —dijo tomándome la mano y caminando con brío para llevarme detrás del parque comercial.

Me tropecé con un hoyo al tratar de seguirle el ritmo.

—¿Este restaurante es de Feliks?

—Al parecer sí.

—¿Y por eso me has traído aquí? ¿Para provocarlo?

—Era la única forma que tenía de asegurarme de que está implicado. —Se puso los guantes y levantó de un empujón la tapa del contenedor que había detrás del restaurante.

—¿Qué haces? —le pregunté cuando se aupó a la parte superior.

Se giró hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Nada más que hurgar un poco. ¿Quieres meterte?

—¡No!

—Como quieras. —Desapareció dentro del contenedor y se oyeron bolsas y latas crujir bajo sus pies.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté dirigiendo la voz hacia el borde.

—Cualquier cosa que no tenga que ver con comida.

—¿Esto es legal?

Nick se rio.

—¿No eres tú la mujer que tuvo que llamar a una grúa para que la rescatara de un allanamiento de morada chapucero?

—Yo no soy inspectora de policía —le recordé—. Y esa casa no era de Feliks Yirov. —Me giré cuando oí abrirse a mi espalda un cerrojo con llave—. ¡Viene alguien! —le susurré.

—¡Dame las manos! —Nick me agarró cuando me acerqué a él y me aupó por encima de la pared del contenedor. Aterricé con el culo sobre una montaña de basura. Él se agachó a mi lado y se puso un dedo en los labios.

Una puerta se abrió. Unos pasos fueron rozando el suelo. Nos protegimos la cabeza cuando dos bolsas de basura gigantes volaron por encima de la tapa y aterrizaron junto a nosotros. Nick esperó a que la puerta trasera del restaurante se cerrara con un clic para rotar sobre las rodillas y alcanzar las bolsas. Desanudó una y rebuscó entre los restos.

—Una coincidencia perfecta —murmuró—. Meneando el árbol se cae la fruta podrida.

—¿Qué es? —le pregunté asomándome por encima de su hombro.

—Recibos de proveedores. Feliks utiliza sus propias empresas de transportes y suministros. Todas se mantienen y se blanquean unas a otras. Me apuesto algo a que la mayoría de estos recibos proceden de negocios que tiene a otros nombres. Debería ser fácil tirar de ellos para llegar hasta Yirov ahora que ya sé dónde buscar. Kat estará probablemente ahí dentro apretándoles las clavijas a sus secuaces, asegurándose de que se deshacen de todas las miguitas de pan, por si acaso vuelvo con una orden para registrar el local. —Volvió a atar las bolsas y las arrojó por la abertura del contenedor hacia el suelo de la calle.

Me puse en pie con los tacones hundidos en la basura mientras me sacudía del abrigo algo que esperaba que fuesen posos de café. Nick entrelazó los dedos y me alzó para salir. Aterrizó suavemente con los pies junto a mí, se quitó los guantes y los lanzó a sus espaldas, dentro del contenedor.

—No me puedo creer que me hayas traído aquí para hurgar en la basura.

—¡Vamos! —dijo levantando las bolsas del suelo—. No me digas que no te lo estás pasando bien.

Desplacé los ojos hacia un lado como señal de impaciencia y me giré en dirección al coche. Nick me alcanzó. Soltó las bolsas y me tomó el brazo. Me volvió hacia sí delicadamente y me encajonó entre su cuerpo y la pared lateral del restaurante.

—Te he traído aquí —dijo con la voz cada vez más baja— porque no me has dejado hacerte la cena en mi casa. Fuiste tú la que me hizo prometerte que no sería una cita.

Me reí al tiempo que Nick me quitaba un trozo de basura del pelo. Entrelazó los dedos con los míos con una ternura que no me esperaba de él.

—El mes pasado —prosiguió—, cuando viniste conmigo al laboratorio, al vivero y a la operación de vigilancia…, cuando te pillé saliendo de la casa de Theresa… —Sacudió la cabeza, como si ese recuerdo aún le sorprendiera—. Todo eso fue lo más divertido que he hecho con alguien en mucho tiempo. No me malinterpretes; Joey es un compañero estupendo. Pero quería que me acompañaras tú esta noche. Quería que estuvieras aquí cuando me peleara con la abogada de Yirov y me zambullera en el contenedor. Llámalo «cenar», «cita», «investigar para tu libro» o como te dé la real gana, Finn. Echo de menos lo que fuera que hubiera entre nosotros. —Era difícil respirar teniéndolo tan cerca. Tanto que olía el lúpulo cálido de su aliento por encima de la peste a basura de nuestra ropa—. Siento que nuestra cita se haya acortado —dijo mientras trazaba dibujos perezosamente con el pulgar sobre el mío—. Me encantaría compensártelo. ¿Quizá con un postre en mi casa?

Yo tenía la tripa llena y satisfecha y los músculos calientes y sueltos por el vodka. Y tampoco tenía ninguna gana de irme a casa y encargarme de Carl. A pesar de lo que detestaba admitirlo, me lo había pasado bien esa noche. Separé la mano de la de Nick antes de que accediera a algo de lo que me arrepentiría.

—Probablemente debería irme a casa. Pero gracias por la cena —dije ciñéndome el abrigo—. O quizá debiera agradecérselo a Feliks.

Nick se rio con un indicio de decepción en la sonrisa.

—De acuerdo; lo prometí. Esta vez solo cenar. —Se inclinó hacia mí, doblando el cuerpo para recoger las bolsas, pero me estremeció el calor de su aliento contra mi oreja cuando dijo—: Pero la próxima vez, Finn, no te prometo nada.

Capítulo 24

Una sola luz estaba encendida en el salón cuando Nick me dejó delante de mi casa. Se quedó parado con el motor encendido mientras yo caminaba hasta la puerta, observándome hurgar en mi bolso para encontrar las llaves. Cuando las introduje en la cerradura y giré el pomo, el tique de una gasolinera se cayó del marco de la puerta. Doblé el cuerpo para atraparla antes de que el viento la alejara del porche y vacilé cuando reconocí la letra del reverso.

Le dije adiós a Nick con la mano, me metí en casa, me quité silenciosamente los zapatos y, mientras dejaba el bolso en la mesa del vestíbulo, descubrí a Vero dormida en el sofá. Tenía el cuerpo enroscado en torno a un libro de la biblioteca y la lámpara de lectura aún encendida a su lado. Me fui con el papel a la cocina o la puse debajo de la luz nocturna de encima de los fogones.

«Acabo de llegar. He intentado llamarte. Tienes el buzón lleno. ¿Hablamos mañana? J.».

Lo volví a leer. ¿Ni un «Siento haber desaparecido una semana»? ¿Ni un «Me lo he pasado genial, pero ojalá hubieras estado conmigo»? ¿Qué significaba «¿Hablamos mañana?»? Si hubiera un emoji de un beso o una llama, a lo mejor habría comprendido mejor el matiz. Pero, después de haber estado ausente durante una semana y de no haberme dejado ver su perfil, «¿Hablamos mañana?» resultaba decepcionantemente… despreocupado.

Cogí el teléfono fijo y mis dedos se quedaron sobrevolando las teclas. Nunca lo había llamado desde el fijo. Nunca le había dado siquiera mi número. El móvil me resultaba seguro y privado al ser solo mío. Llamarlo desde la línea fija parecía una invitación a entrar en mi casa.

Fui a devolver el teléfono a su soporte cuando me fijé en que la luz del buzón de mensajes parpadeaba. Me puse el auricular en la oreja e hice una mueca de desagrado al recibir el olor espantoso que despedía la manga de mi abrigo.

«Finlay, soy Sylvia. Todavía no tengo las veinte mil palabras. Son para el lunes y espero que sean fabulosas. Y no te olvides del poli

buenorro.»

—Ni en sueños —susurré. El lunes era dentro de menos de dos días. Se tendría que contentar con unas diez mil mal hechas. Los únicos dos hombres en los que quería pensar ahora mismo estaban también muy buenos, pero se llamaban Ben y Jerry. Cogí una cuchara del cajón, abrí el congelador y ladeé la cabeza con curiosidad al fijar la vista dentro.

La comida no estaba; los gofres congelados, el popurrí de verduras y los *nuggets* habían desaparecido misteriosamente. Y lo que era peor: no había rastro del helado de cereza y chocolate por ninguna parte. ¿Qué había hecho Vero con toda la comida? Pensándolo bien, no estaba segura de querer saberlo.

Cerré el congelador y fui a duras penas hasta la cafetera.

Una nota adhesiva pendía de la jarra. Vero había garabateado un símbolo del dólar y la silueta de un diente. Solté una palabrota en silencio, puse el agua a hervir y subí de puntillas hasta el armario de la lavadora para despojarme de la ropa fétida.

Un aroma demasiado dulce voló hasta mí al abrir la puerta. Dos ambientadores potentes —de los que usábamos para enmascarar el olor del cubo de los pañales de Zach— reposaban en la estantería que había por encima de la lavadora y la secadora. La montaña de toallas por lavar que habíamos utilizado para recoger el agua de la cocina se alzaba al lado, enmoheciéndose en el suelo. Me quité el vestido de Vero y levanté la tapa de la lavadora. Unas bolsas de brócoli y guisantes congelados, unos cubitos sueltos de la máquina de hielo y medio kilo de un Ben & Jerry's de plátano y nueces me devolvieron la mirada. La esquina de una bolsa de basura negra asomaba por debajo de los *tater tots*.

Con un escalofrío, cerré la tapa, con la fantasía de llevarme el helado a la cama oficialmente chafada por la escena del crimen que antes era mi lavadora.

En la secadora, por suerte, no había nada de Carl. Metí la mano, saqué una camiseta arrugada y me la puse; luego rescaté del atrapapelusas unos billetes arrugados que se habían quedado dentro. Un disco de plástico pequeño salió con ellos. Era más delgado y suave que los del juego de Delia. Le di la vuelta y entrecerré los ojos para leer el logo a la luz tenue de la secadora: CASINO & HOTEL ROYAL FLUSH.

Fruncí el ceño mirando la ficha de póquer en la mano. Vero dijo que durante el fin de semana de Acción de Gracias había consultado el

foro desde los ordenadores de un hotel. Y no había pasado el fin de semana con Ramón. ¿Era allí adonde se había ido? Si fue así, ¿por qué no me lo había contado?

Me colé en la habitación de Delia y le metí los billetes tiesos debajo de la almohada. No eran los doscientos dólares que esperaba, pero era mejor que un pagaré por un adelanto de efectivo de mi tarjeta de crédito rota. Me detuve junto a su cama recordando lo que había dicho de que Vero había perdido una letra y que alguien se había enfadado con ella. Aquellas palabras resonaron en mi mente con la misma sensación de mal presagio que la conversación con la que había hecho callar a su primo Ramón aquella mañana, cuando él le contó que alguien había ido a casa de su madre preguntando por ella.

La semilla de la preocupación quedó sembrada en mí al preguntarme qué significaba todo aquello. Le peiné hacia atrás el pelo a Delia y le di un beso en la cabeza antes de salir de puntillas al pasillo.

Me detuve delante del dormitorio de Vero y me quedé de pie ante la puerta entreabierta, escuchando el silencio de la casa.

«¡Tienes a una extraña que conoces desde hace menos de un año viviendo en tu propia casa…! ¿Qué sabes de ella en realidad?»

Sin hacer ruido, abrí la puerta de un empujoncito. No estaba cerrada con pestillo, me dije. Y era mi casa, al fin y al cabo. Vero había admitido más de una vez haberme cotilleado el portátil y mi mesilla de noche. Yo solo iba a dejarle la ficha de póquer en el escritorio, donde seguro que la vería.

Encendí el pequeño flexo de su escritorio. La superficie estaba repleta de torres de libros sobre contabilidad y en la mesilla había montones de manuales de autoayuda que había sacado de la biblioteca sobre fijarse metas inteligentes y pensar a lo grande. La pared de su cama estaba cubierta de dibujos que Zach y Delia le habían hecho.

Puse la ficha de plástico en el escritorio. Deslicé la mano hasta el cajón y lo abrí. Bolígrafos, lápices, cuadernos y calculadoras colocados cuidadosamente; lo cerré sin hacer ruido. Me giré hacia la mesilla de noche y asomé un ojo cuando también la abrí.

Dentro reposaba una foto enmarcada.

La levanté orientándola hacia la luz. Vero y Ramón, jóvenes, me devolvían la sonrisa junto a dos mujeres que por la semejanza obvia solo podían ser sus respectivas madres. El cristal del marco estaba limpio, el pie intacto y una pequeña raja en la madera se había

reparado esmeradamente con pegamento. Estaba claro que la foto tenía mucho valor para ella y no pude evitar preguntarme por qué la guardaba en un cajón.

La devolví a su sitio y, junto a la cama hecha con mimo, me giré despacio, recorriendo con la mirada la habitación, sedienta de saber más de ella. Para comprender por qué ocultaba tantas cosas suyas cuando sabía de mí todo lo que se podía saber. El armario estaba abierto, con su suministro infinito de ropa a la moda y de grandes marcas cuidadosamente colocada en la barra, encima de una fila de zapatos de colores vivos. En un estante alto había una pila de libros: probabilidad y estadística, posibilidades y beneficios, algoritmos para ganar, las matemáticas del azar… y un álbum de fotos. Lo saqué con cuidado de no trastocar el resto de la pila.

Sentada en el borde de la cama de Vero, hojeé las primeras páginas de su álbum de cuando era bebé y salté hacia el final, a las fotos más recientes. Había decenas de imágenes de ella con su madre, su tía y su primo. Varias del resto de su familia. Incluso algunas con sus amigas del instituto. Pasé por las fotos de la cena de antiguos alumnos, la gala de final de curso y la graduación y me fijé en la distinción del club de alumnos excelentes que llevaba en la toga. Pasé la página. Un trozo suelto de papel estaba pegado a la película transparente de plástico:

«¡Enhorabuena! Ha sido admitida en la Facultad de Ciencias Empresariales Robert H. Smith de la Universidad de Maryland.»

Junto con una beca de excelencia que cubría la matrícula completa de los cuatro años.

El apellido que aparecía en la carta no lo reconocía.

«Veronica R. Ramirez.»

No Veronica Ruiz.

Si Vero había conseguido una beca completa para estudiar en una universidad importante de Maryland, ¿qué hacía yendo a clases en un centro de formación local aquí en Virginia? ¿Por qué había accedido a ayudarme a deshacerme de un cadáver a cambio de dinero argumentando que lo necesitaba porque estaba hasta arriba de deudas de los préstamos universitarios?

«El mejor sitio para ocultar un secreto oscuro es otro estado.»

¿Pero qué secretos oscuros ocultaba Vero?

El aroma del café recién hecho flotaba desde la cocina. Volví a colocar el álbum en su sitio. No había encontrado nada relacionado con esa letra misteriosa que, según Delia, había perdido, y aun así

tenía la sensación de que había descubierto más de lo que me correspondía.

Cuando bajé con sigilo las escaleras, Vero seguía profundamente dormida en el sofá. Con cuidado de no despertarla, le extendí una manta gruesa por encima y apagué la lámpara. Su portátil, sobre la mesita baja, se reactivó y arrojó un destello azul claro sobre su cara dormida cuando una notificación emergió en la pantalla. Orienté el ordenador hacia mí. La página que estaba abierta era el programa de correo electrónico que yo había usado para crear la cuenta del foro y mostraba un mensaje que Vero debía de haberle enviado a Hartita mientras yo estaba con Nick:

Querida Hartita:
Tengo que hablar contigo. Es muy importante. ¿Podríamos quedar para tomar un café? Te prometo discreción.
Anónimo2

Debajo había una respuesta:

Querida Anónimo2:
Lo siento. De verdad que no tengo tiempo ahora. Creo que lo dejé claro: prefiero hablar después de las fiestas. Por favor, contacta conmigo entonces.
Atentamente,
Hartita

En defensa de Vero, yo no le había pedido expresamente que no escribiera a Hartita. Y no había nada demasiado incriminatorio en el mensaje en sí. Era obvio que Hartita no estaba dispuesta a hablar hasta que el trabajo estuviera acabado, pero al menos Vero lo había intentado.

Comprobé que los cerrojos de la puerta principal estuvieran cerrados de camino a la cocina. Luego me serví una taza de café tan cargado que habría resucitado a un muerto. Tenía ocho horas hasta mañana. Ocho horas para empezar a redactar una muestra de mi historia. Ocho horas para averiguar cómo eliminar mis publicaciones del foro y qué hacer con Carl. Y quizá, si tenía suerte, unas pocas y valiosas horas de sueño.

Me retiré a mi despacho, abrí el portátil y empecé a escribir. Sobre el abogado defensor que había desaparecido sin dejar rastro. Sobre la asesina que se había quedado sin su objetivo y había evitado que la capturaran. Sobre la única amiga en la que podía confiar para

ayudarla, una mujer que guardaba demasiados secretos. Sobre la testigo estrella de un asesinato que había desaparecido misteriosamente —una mujer que podría meter a la heroína en la cárcel de por vida— y un poli que vuelve de su pasado y que está decidido a encontrarla.

Capítulo 25

Irina Borovkov no era una mujer fácil de localizar. Solo la había visto en persona en dos sitios: el Panera y su club de *fitness*. Cuando le pregunté a la recepcionista del gimnasio si estaba allí, me informó de que no solía acudir los domingos. Y no veía a Irina Borovkov como el tipo de mujer que se iría a pasar el rato a una sandwichería abarrotada. Al menos, no sin una razón de peso, como los asesinatos a sueldo.

Así que llamé al único otro lugar que se me ocurría: la recepción de la lujosa torre residencial cuya dirección me había escrito en el trozo de papel cuando me pidió que matara a su marido. El botones que me abrió me puso en espera durante un periodo de tiempo molestamente largo; luego regresó con instrucciones para que me dirigiera a esa dirección.

Detrás de las paredes prístinas de cristal del salón del concesionario, algunas cabezas se giraron cuando mi monovolumen penetró aquel aparcamiento internacional. El traqueteo de mi motor había ido en aumento durante el corto trayecto y no estaba segura de si era el rechinamiento o el aspecto mugroso y desaliñado del cacharro lo que había llamado su desdeñosa atención. Coloqué el coche en una plaza libre entre dos deportivos de líneas puras que, aun usados, probablemente valdrían más que la recompensa por la cabeza de mi exmarido. Con cuidado de no abollarles las puertas con la mía, me retorcí con torpeza para bajar del monovolumen y me dirigí hacia la sala de exposición.

Un hombre vestido con un traje hecho a medida se interpuso en mi camino cuando pisé la acera. El gesto torcido de la boca se volvió cada vez más avinagrado cuando examinó con detenimiento mi atuendo de gimnasio.

—¿Puedo ayudarle? —Su sonrisa era dudosa.

—He quedado con alguien aquí. Espero dentro. —Me moví para esquivarlo rápidamente.

—Tal vez estaría más cómoda si esperara en su vehículo. —Aparté la mano de un tirón cuando fue a agarrarme el brazo con la intención

clara de alejarme de allí—. El salón del concesionario es solo para clientes.

—Ella es clienta, Alan. Viene conmigo.

Los dos nos giramos al oír la voz de la mujer. Subida a un par de tacones de aguja, Irina Borovkov lo miró a los ojos, con el cuello de su abrigo de piel agitado por la brisa. Se despegó un mechón fino de pelo oscuro de la comisura de los labios rojo intenso con una uña que mostraba una manicura perfecta. Alan tragó saliva manifiestamente y el cuello se le enrojeció a juego con la corbata del traje.

—Por supuesto, señora Borovkov. Mis disculpas —tartamudeó.

—Sé bueno y tráeme las llaves del Spider. Mi amiga y yo vamos a probarlo en carretera.

—Enseguida. El plateado se acaba de encerar. Se lo llevaré a la puerta.

—El negro —lo corrigió Irina quitándose los guantes y metiéndoselos en los bolsillos de su abrigo.

—Por supuesto. —Alan meneó la cabeza con una leve reverencia y desapareció dentro del salón.

—Gracias por quedar conmigo —le dije a Irina cuando Alan se hubo marchado—. Necesito hablar contigo sobre…

Ella alzó una mano e hizo un gesto discreto apuntando al hombre grandón de pantalones cargo y chaqueta de cuero negros que estaba unos metros detrás de ella. Tenía un aparato diminuto ceñido a la oreja derecha y se percibían varios bultos sospechosos debajo de su chaqueta.

—Aquí no —dijo Irina en voz baja mientras el capó negro y estilizado de un Alfa Romeo asomaba por la esquina del concesionario antes de que lo aparcaran junto al bordillo. El empleado se bajó de ese coche digno de James Bond—. Gracias —añadió con una suavidad felina mientras él le sujetaba la puerta.

—No hay de qué, señora Borovkov. Quédeselo el tiempo que guste.

¿Ya está? ¿Nada de «¿Podríamos ver su carné y el justificante del seguro para comprobar que no figura en ninguna lista negra?»? ¿Ni «Lo siento, según nuestra política de empresa debe acompañarla en todo momento un empleado para que no sienta la tentación de robar el coche»? Solo «Aquí tiene las llaves de este coche tan caro, señora Borovkov. Conduzca hasta California si quiere. Probablemente no lo echemos en falta».

Irina me guiñó un ojo al subirse por el lado del conductor. Con un

asentimiento de barbilla me indicó que me montara. El hombre de la chaqueta de cuero me condujo a la puerta del copiloto agarrándome fuerte por el brazo. Ella se inclinó sobre la palanca de cambios.

—Sasha, espéranos aquí. No vamos a tardar.

Sasha me miró con desconfianza y soltó la mano despacio mientras Irina le hablaba en ruso. Retrocedió un paso de la puerta del coche, manteniéndola abierta para que yo montara, y arqueó las cejas de sorpresa cuando me subí y la cerré de golpe.

—¿Por qué me mira así?

—Le preocupa mi seguridad. —Irina arrancó el motor y dejó a Sasha envuelto en una nube de humo cuando el Spider salió del aparcamiento quemando rueda—. Normalmente no voy a ningún sitio sin mis guardaespaldas.

—¿Qué le has dicho?

—Le he explicado que eres una asesina de alta cualificación. Le he dicho que podía esperar aquí o que podíamos pedirle a Alan que nos trajera un vehículo más grande para que pudiera venir con nosotras. Pero le he advertido que quizá no te tomaras muy bien tener que sentarte en el asiento de detrás de él. —La sonrisa de Irina era pícara.

Un hombre atractivo en un BMW en el carril contiguo la examinó con interés evidente cuando nos paramos en un semáforo en rojo. Ella le echó un vistazo frío cuando él revolucionó ligeramente el motor. Irina le devolvió una revolución más fuerte. Me aferré al tirador de la puerta cuando el semáforo cambió y ella pisó a fondo el pedal con su tacón de aguja, lo que obligó al hombre del BMW a cambiarse al carril de espera. Lo observó patinar por el espejo retrovisor a través de las puntas como dagas de sus mechones azabaches, con una sonrisa triunfal.

—Disculpa el comportamiento de Sasha —dijo mientras aceleraba el coche—. Los hombres de Feliks se toman su trabajo muy en serio.

—¿Tus guardaespaldas trabajan para él?

—Insistió en contratarlos cuando encontraron el cadáver de Andréi.

Ahogué un grito y apreté los párpados cuando Irina le metió gas al Spider, se saltó un semáforo en ámbar, esquivó por unos centímetros el parachoques de un camión articulado y casi chocamos con un Audi. Tal vez no tendría ganas de vomitar si no estuviera viéndome venir mi muerte. Miré a Irina de reojo.

—No lo entiendo. Creía que estabas colaborando con la policía después de la muerte de Andréi. ¿Por qué Feliks quiere protegerte?

Desvió la atención de la carretera para ponerla en mí.

—No cometas el error de suponer que lo hace para protegerme. Sabe que la policía me obligó a caminar por una cuerda muy floja. No hice nada que entorpeciera la investigación sobre Andréi, pero tampoco para que avanzaran en la acusación contra Feliks. Solo les di lo que me pidieron. Lo que más le interesa a él es asegurarse de que las cosas se queden así.

—Entonces, ¿los está utilizando para vigilarte?

Volvió sus ojos de obsidiana a la carretera.

—Digamos simplemente que es mejor que tú y yo tengamos estas conversaciones a solas. No puedo estar mucho tiempo separada de los hombres de Feliks sin levantar sospechas. Así que vamos al grano, ¿te parece? ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Necesito hablar contigo sobre cierto sitio web. El que tu amiga usó cuando estaba buscando un… —Tragué saliva cuando nos desviamos con brusquedad por el desnivel que llevaba a la interestatal —. Cuando estaba buscando a alguien que se encargara de su marido.

—Puedes hablar con libertad, Donovan. Por eso te he pedido que nos reuniéramos aquí. He elegido yo el coche. Alan no ha tenido tiempo de prepararse para mi llegada, así que puedes tener la seguridad de que no hay dispositivos de escucha en este.

Me agarré al cinturón de seguridad cuando atravesamos tres carriles llenos de tráfico.

—Necesito que hables con la persona que lleva el foro de mujeres.

—¿Y por qué piensas que yo sé la identidad de esa persona?

—Porque la policía ya está husmeando por el sitio web. Según mi fuente, creen que es de Feliks Yirov.

Irina no expresó nada con la cara, pero su postura lánguida se volvió inmóvil de un modo desconcertante. Relajó el pie del acelerador y me apoyé en el asiento para ponerme erguida cuando el velocímetro bajó a ciento treinta.

—Con «fuente» deduzco que te refieres a tu amigo el inspector Anthony.

—Y a otras personas. —Irina era demasiado lista como para tragarse una mentira. Pero al menos podía difundir la sospecha con la esperanza de evitar que Nick fuera el único blanco de la ira de Feliks cuando inevitablemente se acabara enterando de la trampa.

—¿Por qué me debería afectar a mí todo esto?

—Porque si la policía hurga lo suficiente encontrarán mi perfil en

ese foro. La única forma de asegurarse de que no lo encuentran es cerrar el sitio entero. —La insinuación cayó con peso entre nosotras. Irina me había pagado mucho dinero para deshacerme de su terrible marido y Feliks todavía no había ido a juicio por ello.

—¿Y hablar con él de qué serviría?

—¿Entonces Feliks sí que lleva ese sitio?

—No recuerdo haber dicho eso.

—Tampoco lo has negado.

Irina se quedó callada durante un lapso incómodamente largo mientras el Spider se abría paso entre los demás coches. Cerré los ojos fuerte y me golpeé el hombro contra la puerta cuando tomó una salida demasiado rápido.

—En el caso de que Feliks —dijo por fin— fuera quien lleva ese foro, y no estoy insinuando que lo sea, ¿por qué iba a ser tan torpe de tomar en consideración tal solicitud? Un sitio así es una gran ayuda para su negocio. Cerrarlo le costaría más de lo que imaginas.

—Quizá sí —admití—, pero una investigación del foro le costará mucho más. Lo último que quiere es que la policía se ponga a hurgar en ese sitio web. Y lo último que tú y yo necesitamos es que él descubra que enterré a tu marido y que has dejado que Feliks pagara el pato. Si le chivas que la policía está investigando el foro, tendrá que actuar rápido para tapar las pistas. Con suerte, cerrará todo el sitio antes de que se fije demasiado en lo que está borrando.

—Feliks no es tonto —me advirtió Irina—. Querrá saber cómo he conseguido esta información. —Tras una pausa, negó con la cabeza—. No, yo no puedo ser quien hable con él de esto.

Me aferré al salpicadero y entonces me di cuenta de dónde estábamos cuando el Spider se paró chirriando los neumáticos delante del concesionario.

—Vete a casa, Donovan —dijo al tiempo que Sasha y Alan se apresuraban a salir del salón.

—¿Ya está? ¿Y todo lo que me dijiste en el gimnasio hace un mes? Todo eso de ayudarnos entre mujeres y unir fuerzas…

—He dicho que te vayas —dijo con firmeza. Redujo el volumen de su voz cuando Sasha apareció junto al Spider y yo abrí la puerta—. Estaremos en contacto. —Irina lo miró con una sonrisa y le puso una mano en el brazo al bajar grácilmente del asiento del conductor, para luego soltar la llave en la mano expectante de Alan. Ninguno de los dos se molestó en ayudarme a salir del coche.

Capítulo 26

Estaba sentada en el monovolumen, en el aparcamiento del concesionario, con la cabeza apoyada contra el volante, lidiando con el mareo persistente que me había surgido después de la prueba en carretera que había hecho con Irina.

El lado bueno era que había confirmado que el foro de mujeres era de Feliks.

El lado malo era que la negativa de Irina a ayudarme no me había dejado en una situación mejor.

La luz brumosa del sol de invierno penetraba en el parabrisas. Levanté la cabeza y miré la hora en el reloj del salpicadero: me sorprendió que ya fuera mediodía. Suspiré y sopesé mis opciones: irme a casa y zamparme una caja de Oreos con Vero o ir hasta el apartamento de Julian y ver si estaba en casa. Él había sido el que había propuesto hablar ese día y no podía llamarlo precisamente porque seguía sin móvil.

Un estertor mortal reverberó por todo el monovolumen cuando giré la llave en el contacto. Me dirigí hacia el bloque de apartamentos de Julian antes de que cambiara de opinión. El pulso se me alborotó cuando divisé su Jeep en el aparcamiento. Con el abrigo bien ceñido al cuerpo, llamé a la puerta. Un televisor sonaba dentro a todo volumen; la voz de un comentarista deportivo se filtraba por las paredes. Volví a llamar, esta vez más fuerte. El aliento se me escapó en un soplo blanco cuando la puerta se abrió.

Una mujer joven estaba de pie en el umbral, vestida con una sudadera holgada, unas mallas y un par de calcetines de pelito. El partido de fútbol bramaba a su alrededor. Otras voces me llegaron en ondas desde dentro. Olía a pizza y pan de ajo. Crujió una lata de cerveza. La ovación que resonó cuando el comentarista gritó un *touchdown*.

—¿Te puedo ayudar? —La nariz de la chica tenía pecas y se le estaba descamando. Llevaba el pelo castaño rojizo recogido en una cola de caballo desaliñada. Agrandó sus ojos verdes a la espera de que yo contestara. Miré el número de la puerta, aunque reconocía los

muebles y los pósteres de dentro.

—¿Está Julian?

Su frente bronceada se le arrugó al intentar ubicarme. Sujetó la puerta y se apartó para dejarme entrar.

—Pasa. Está en su habitación.

Le di las gracias y entré. Las encimeras de la cocina estaban cubiertas de cajas de pizza y el cubo de reciclaje rebosaba de latas aplastadas. Varios cuerpos estaban apelotonados en el sofá y el canapé. Algunas cabezas desviaron la atención de la televisión de pantalla plana cuando la puerta se cerró tras de mí. Sentí el peso de la mirada curiosa de la chica en la espalda, que me observó tomar el camino hacia el dormitorio de Julian. El hecho de que no me lo hubiera indicado me pareció una prueba, pero era demasiado tarde para fingir que nunca había estado allí.

La puerta estaba entreabierta. Alcé la mano, pero no fui capaz de llamar. No podía quitarme de la cabeza la idea de que había cerrado sus perfiles. De que había cosas de su vida que no quería que yo supiera. Me giré, dispuesta a huir silenciosamente del apartamento, cuando la puerta se abrió.

—¡Hola!

Giré sobre mí misma al tiempo que Julian se ponía una camiseta. Tenía los rizos revueltos y como aplastados por la almohada y sus pies descalzos asomaban por debajo de los bajos deshilachados de unos vaqueros desteñidos. Se frotó los ojos como si se acabara de despertar.

—No te esperaba. ¿Qué haces aquí? —Me atrajo hacia sí con un abrazo extraño. Su camiseta olía ligeramente a loción solar y sus ojos eran una mezcla de *whisky* y espuma marina que resaltaba bajo las mechas de su pelo enrubiadas por el sol.

Encajada en el hueco de su pecho, me encontré con las miradas curiosas de sus amigos. Las mejillas se me calentaron y me aparté de su abrazo.

—Perdona —dije por encima del ruido de la tele—, tendría que haberte llamado, pero he perdido el móvil. Pensé que quizá estabas intentando llamarme. —Negué con la cabeza. Qué estúpido sonaba aquello.

Julian me tomó de la mano, me condujo adentro y cerró la puerta tras él de manera que quedó casi encajada. Me fijé en el desorden de su cuarto: las sábanas estaban engurruñadas y las torres de libros de derecho se alzaban sobre el aparador. Un bolso de viaje yacía abierto

al pie de la cama, con el contenido cubierto de arena y desparramado por el suelo.

—He estado intentando llamarte. —Me acercó hacia sí rodeándome la cintura con los brazos—. Anoche me pasé por tu casa al llegar a la ciudad. Te dejé una nota.

—La he visto.

—Habría llamado a la puerta, pero tenía miedo de despertarte. Además, no me podía quedar. El bar andaba corto de personal y mi jefe me pidió que lo cubriera. De tu casa me fui directamente a The Lush. —Su expresión de preocupación se acentuó. Me apartó el pelo de la cara—. ¿Todo bien?

—Sí. —No fui capaz de que mi sonrisa fuera convincente. Tenía un muerto en la lavadora (o al menos una parte, lo que en realidad podría ser peor). Alguien estaba intentando asesinar a mi ex, había una chica bronceada en la cocina de Julian, sus perfiles de redes sociales ahora eran privados y quería que habláramos.

Una ovación repentina estalló en el salón. Alguien aporreó la pared y gritó:

—¡Sal de ahí, Baker! ¡Te estás perdiendo la segunda mitad del partido! —Julian movió los ojos en señal de impaciencia. Los murmullos superaron el volumen reducido de los anuncios de la televisión y los siguieron unas risas.

—¿Quién es la madurita? —preguntó uno.

—No está nada mal, ¿eh? —dijo otro.

—No es nadie —metió baza una voz femenina—. Es una que conoció en el bar. No es nada serio.

Me aparté de los brazos de Julian. Las mejillas me ardían.

—No sabía que tenías una fiesta en casa. Me puedo ir.

Me agarró fuerte la mano y me giró la cara hacia la suya.

—No les hagas caso. Mi compañero de piso ha invitado a unos cuantos a ver el partido. Solo están intentando cabrearme. —Cerró la puerta con el dedo gordo del pie, lo que incitó otra ronda de risas en la estancia contigua. Esos probablemente serían los mismos amigos con los que se había ido a la playa. Una sensación de incomodidad que no estaba dispuesta a identificar me revolvió el estómago cuando visualicé a Julian pasando el fin de semana con la pelirroja mona que me había abierto la puerta.

—Puedo volver cuando no tengáis visita.

Él negó con la cabeza mientras me hacía retroceder suavemente

hasta la pared. Me rozó la boca con la suya y cerró los ojos.

—Tienen muy poca capacidad de concentración. En dos minutos hasta se habrán olvidado de que estás aquí.

Intenté relajarme con él, pero no podía quitarme la sensación de que no debía. La puerta cerrada. Sus miradas y sus risas. El hecho de que ninguno de ellos sabía mi nombre ni quién era. Todo apuntaba a que aquel no era mi sitio. Por las mismas razones por las que no lo había invitado a mi casa a conocer a mis hijos: porque los dos estábamos compartimentando esto. Lo nuestro. Las piezas de nuestra vida no cabían en la misma caja.

—Parker se va de viaje la semana que viene —me susurró en la oreja—. Voy a tener la casa para mí solo, por si quieres quedarte aquí conmigo.

Su aliento cálido me puso la piel de gallina. Se me erizó todo el cuerpo de la emoción ante la idea de pasar un fin de semana con él. Julian había mencionado a Parker alguna vez, pero me había traído a casa solamente cuando íbamos a estar solos. Y nunca me había quedado a dormir.

—¿A tu compañero no le importará?

—No —dijo mientras bajaba con la boca por el cuello dándome besos—. Por ella no te preocupes.

¿«Ella»? Sentí que la cara se me quedaba sin sangre. Separé los labios, pero no me salían las palabras. La pelirroja mona que me había abierto la puerta… ¿Esa era Parker? ¿Su compañera de piso?

—¿Por qué te has cerrado el perfil de Instagram? —solté sin pensar.

Julian se retiró para mirarme con el ceño fruncido.

—Eso no ha tenido nada que ver contigo, Finn. —Me recorrió la mejilla con el pulgar—. Algunos de los colegas con los que fui de *camping* no pensaron en lo que estaban publicando. Estoy en el último año de Derecho. Dentro de unos meses me graduaré y buscaré trabajo y lo último que necesito es que una empresa me vea etiquetado en la foto de Instagram de alguien haciendo el pino con una panda de imbéciles borrachos. —Bajé la mirada al suelo. Si le preocupaba que las empresas que lo podrían contratar supieran que se había desmadrado en un viaje a la playa, ¿qué pensarían si supieran que se estaba acostando con una madre divorciada y sin pareja que guarda un cadáver en la lavadora? Julian me levantó levemente la barbilla—. No tengo nada que esconder y no estoy ocultándote a nadie más. Parker solo es mi compañera de piso. No es lo que estás pensando.

Estuvimos saliendo nada y menos antes de que se graduara el año pasado y creo que habríamos estado despellejándonos vivos todo el tiempo.

—¿Así que siempre te han molado las mujeres mayores que tú? —bromeé, sintiéndome tonta.

—No. Me molan las mujeres inteligentes. —Me cogió en brazos hasta la cama, donde se sentó al borde y me colocó en su regazo—. Las mujeres maduras que son sinceras consigo mismas con respecto a lo que quieren y a las que no les asusta perseguirlo. —Me sentí como una impostora cuando se acercó para besarme. No me sentía ni sincera ni valiente escondidos allí, en su habitación.

—Debería irme —insistí.

—Quédate —murmuró Julian.

—Le he dado la noche libre a Vero y los niños me esperan en casa.

Aflojó las manos sobre mi cadera. Esa sola frase pareció dilatar la distancia entre los dos. Me bajé de su regazo. La boca se le curvó hacia abajo cuando despegamos las manos.

Julian se puso de pie y me siguió hasta la puerta del dormitorio.

—Te acompaño afuera.

—Puedo yo sola.

—¿Cómo puedo contactar contigo?

—Me voy a comprar un móvil nuevo este finde.

Él se mordió el labio, como si hubiera algo que me quisiera decir.

—¿Me llamas luego?

Cuando asentí, se inclinó para darme otro beso. Su boca era provocativa y cálida, cerveza, arena y sol, por lo que no pude evitar alargar su breve sabor agridulce antes de salir de la habitación.

Llegué sola hasta la puerta ignorando las miradas inquisidoras, pasando por encima de los zapatos abandonados de alguien y resistiéndome al impulso de meter los platos de papel grasientos del suelo en el cubo de la basura. Parker echó un vistazo hacia mí y forcé una sonrisa, sintiéndome culpable por motivos que no podía identificar. Como si hubiera ido buscando algo en aquel apartamento que nunca debería haber sido mío.

Capítulo 27

El Buick de mi madre estaba aparcado delante de mi casa cuando llegué del apartamento de Julian. La señora Haggerty, que debió de oír el traqueteo de mi motor, apartó las cortinas cuando subí la rampa de mi cochera y la saludé con un gesto amable. No era una mujer horrible, me recordé. Solamente estaba sola y aburrida. Dentro de unos treinta o cuarenta años, yo podría ser ella: la anciana que vive sola en una casa grande, que se metió a vigilante vecinal para que su vida fuera interesante. Espero que porque ya no tenía un fiambre en la lavadora.

Cuando llegué a la puerta de la cocina, me di cuenta de que la tapa del cubo de la basura estaba ladeada. La levanté y lo encontré lleno de bolsas de veinte litros vacías, como las del hielo para fiestas. Unas tarrinas de Ben & Jerry's, unas bolsas de verduras empapadas y unos *tater tots* descongelados cubrían el fondo. La lavadora probablemente pareciera una cubitera de bar, pero al menos Carl estaba en frío.

Dejé la tapa en su sitio y empujé la puerta de la cocina. Mi madre estaba de pie, delante de la encimera, descargando unas bolsas de la compra. Había una de las velas aromáticas de Vero en la mesa, probablemente para enmascarar cualquier olor a Carl.

—Hola, Ma —dije plantándole un beso en la mejilla—. Vaya sorpresa. ¿Y esta visita?

—Voy a haceros la cena.

—¿Por qué?

—¿Necesito algún motivo especial para cocinar para mis nietos?

—No mientras yo pueda comer también. ¿Qué vas a hacer?

—Estofado —dijo vaciando una bolsa de zanahorias y hurgando por los armarios en busca de la tabla de cortar.

La boca se me hizo agua. Se podría afirmar que el estofado de mi madre era mejor que el sexo. Su olor y verlo cocinarse a fuego lento en el horno eran lo más parecido que yo había tenido a una experiencia tántrica.

Vero estaba sentada a la mesa de la cocina mordisqueando una galleta. Zach reposaba en su regazo con la cara espolvoreada de migas

y las manos avariciosas estiradas hacia un plato con un montón alto de galletas de canela. Le di un beso a cada uno de mis hijos y cogí una para mí.

—Siéntate —dijo mi madre destapando una botella de vino tinto. Para la receta solo usó un tercio de una taza. El resto lo sirvió en dos copas y dispuso una delante de mí y la otra delante de Vero.

—Esto sí que es vida —dijo Vero sujetando en su sitio con un mano el trasero de Zach, que lo estaba meneando, mientras con la otra acompañaba la galleta con un trago.

Me dejé caer en una silla y sentí el cuerpo calentarse y volvérseme lánguido a medida que el vino iba disipando el día tan duro que había tenido.

El aceite crepitaba en el fuego y la cocina se estaba llenando de los olores sabrosos de la cebolla y el ajo en polvo mientras mamá sellaba la carne del estofado. Luego adquirió un ritmo constante pelando y picando. Tras unos minutos, nos confiscó el plato de galletas de la mesa, les limpió las manos a los niños y los mandó a jugar.

—Entonces —dijo poniendo la carne y las verduras en una fuente de horno—, ¿qué tal fue la cita con Nicholas?

Ahí estaba.

Claro que tenía un motivo para venir a casa sin avisar y hacerme la cena. Había dicho «Nicholas». Nadie más lo llamaba así. Sonaba a nombre de mascota, como si ya lo hubiera adoptado en nuestra familia.

—No era una cita, Ma.

—Sí que lo era —dijo Vero masticando la galleta—. Venga, Finlay. Cuéntanoslo todo. Me muero por saber si probaste su chili con salchicha.

El vino se me salió por la nariz. Me arriesgué a echar un vistazo a mi madre mientras me acercaba una servilleta, pero andaba enfrascada en su tarea, con la cabeza sumergida en una nube de vapor de vino tinto tras haber vertido un chorrito largo en la fuente.

—Vero dice que te llevó a cenar. Espero que te pusieras vestido. —La expresión de mi madre era de duda.

—A Vero le hace falta aprender a callarse esa bocaza. —Vero esquivó la servilleta arrugada que le arrojé.

—Se puso uno mío —le informó a mi madre—. Iba vestida a las mil maravillas. O incluso a las cien mil. —Mi madre levantó la mirada con perplejidad. Si Vero seguía así, iba a tener que cerrarle el pico a la

fuerza.

Mi madre me apuntó con la espátula de madera.

—No deberían tener que prestarte ropa elegante. Deberías haberme llamado, podríamos haber ido de compras. ¿Ves? Por estas cosas deberías apartar algo de dinero. Esos anticipos que te dan por los libros no dan seguridad. ¿Y si nadie los compra? ¿Y si tu editora decide que ya no quieren que escribas para ellos?

—Toma ya… Gracias, Ma. Nunca me he quedado despierta por la noche preguntándome todas esas cosas.

—Solo te estoy diciendo que, ahora que tienes a Vero para ayudarte, es el momento de solicitar un puesto de funcionaria.

La aludida me miró con una sonrisa.

—Personalmente, yo siempre he creído que se gana mejor con los trabajos por encargo.

Si hubiera tenido un cuchillo a mano, se lo habría lanzado.

—Es que todo eso me parece muy inestable —dijo mi madre metiendo el estofado en el horno—. ¿Cómo piensas jubilarte? Vas a estar escribiendo libros hasta los ochenta.

—Me va a ir bien. Tengo una contable muy responsable. Vero está gestionando todas mis inversiones. No va a dejar que me muera vieja y sin blanca.

La sonrisa de Vero decayó tras el cristal de la copa de vino. Cuando abrí la boca para preguntarle qué pasaba, sonó el teléfono fijo. Fue a por él y me lo pasó. El número de Steven apareció en el identificador de llamadas. Esperé hasta el último tono posible antes de obligarme a cogérselo.

—Hola, Steven. —Sentí a mi madre enderezar las orejas mientras secaba y guardaba los cacharros, con movimientos lentos y silenciosos que eran el único indicio de que estaba escuchando la conversación.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Steven—. He estado llamándote al móvil todo el día.

—Lo perdí ayer.

—Podrías haberme llamado anoche para avisarme.

—Estaba ocupada.

—¿Con qué?

—No es asunto tuyo. —Me sobresalté cuando mi madre cerró un armario de golpe.

—¿Qué tenías? —me provocó—. ¿Una cita? Creía que tu novio no estaba en la ciudad.

Me froté los ojos, ya agotada de la conversación.

—Steven, ¿qué quieres?

—Quiero a los niños el fin de semana que viene.

—Ya lo hemos hablado. No quiero que vayan a tu casa.

—Pues entonces voy a la tuya. Me quedo en el cuarto de invitados.

—Ese es el de Vero.

—Pues duermo en el sofá.

Si lo hacía, Vero probablemente aprendería a preparar cócteles molotov por YouTube y sería ella la que le prendería fuego al sofá.

—Los niños no van a estar. Tienen programado el finde en casa de mis padres.

—¿Otra vez?

Gesticulé una disculpa hacia mi madre. Ni siquiera se lo había preguntado.

—No voy a volver a picar. Sé lo que estás haciendo. Te estás inventando excusas para alejarlos de mí.

—No son excusas…

Mi madre me cogió el teléfono de la mano.

—Steven —dijo con una sonrisa empalagosa—, cuánto me alegra oírte. —Se encajó el teléfono entre la oreja y el hombro y frotó la encimera con una fuerza innecesaria—. Finlay dice que te gustaría pasar el fin de semana con los niños. Me parece ma-ra-vi-llo-so. Delia y Zach se van a quedar conmigo y Paul el finde que viene para que Finlay pueda pasar tiempo con su novio nuevo. —Mi madre se dirigió a mí—: ¿Cuál era, cariño? ¿El policía o el estudiante de derecho? Los dos son tan guapos que los confundo.

—Qué fuerte —susurró Vero.

—Hay mucho sitio en nuestra casa, Steven. Y no te vemos desde hace muchísimo. ¿Por qué no te preparas una maleta y te vienes a pasar el fin de semana? Y así tú y yo podemos charlar largo y tendido. Que lo tenemos muuuy pendiente. —Me horroricé—. ¿Qué pasa? ¿Que quieres hablar con Finlay? Espera, querido. —Mi madre me encajó el teléfono entre las manos con una sonrisa amarga.

—¿Sí? —Ahuequé la mano sobre el micrófono para que no se oyera la risa tonta de Vero.

—Finn, esto no se ha acabado.

Con un suspiro cansado, respondí:

—Nunca se acaba.

La línea se cortó. Dejé el teléfono en la base, me desplomé en la

silla y me rellené la copa con lo que quedaba en la botella. Vero se levantó y se estiró.

—Voy a darles un baño a los niños. No os divirtáis demasiado sin mí.

Mi madre dobló un trapo y se afincó en la silla que quedó vacía una vez estuvimos las dos solas.

—Cariño, no estás gestionando lo de Steven nada bien. No tiene sentido llevarle la contraria a alguien así. Peleándote con él solo consigues darle justo lo que quiere.

—¿El qué?

—Tu atención —dijo con una sonrisa empática—. Es como un niño pequeño, Finlay. Ya ha terminado con su juguete, pero no quiere que nadie más juegue con él y va a estar con la rabieta hasta que se salga con la suya. —Suspiró y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. No se merece a alguien como tú. Nunca se lo ha merecido. Encuentra a alguien con quien seas feliz. Alguien que esté a tu altura y la de los niños.

Le di vueltas al vino en la copa. Era feliz tanto con Nick como con Julian, supongo. Pero no estaba completamente segura de que yo estuviera a la altura de ninguno de los dos. Me giré hacia mi madre.

—¿Cómo supiste que papá era el bueno?

Mi madre se rio.

—¿Quién dice que lo sea? La mayoría de los días sigo sin estar segura.

—Pero no porque no lo conozcas de verdad —aclaré enfatizando las dos últimas palabras—. Quiero decir que papá siempre fue sincero contigo, ¿no?

Mi madre me cubrió suavemente la mano con la suya.

—Finlay, todas las parejas tienen secretos. No tenéis que contároslo todo para saber lo que cada uno siente. Pero la clase de secretos que se guardaba Steven… Esos no eran lo mismo.

—Entonces, ¿papá nunca te fue infiel?

—No, a no ser que contemos aquella vez con Jennifer Aniston. —Mi madre respondió a mi mirada dubitativa convirtiendo su sonrisa en una irónica—. Tu padre picó en una de esas estafas de Internet. Clicó en el enlace de un correo electrónico que le ofrecía una foto de sus pechos. Escarmentó por las malas —dijo negando con la cabeza—. Le entró un virus gordo y tuve que pagar a uno de estos cerebritos de los ordenadores, ya me entiendes, de estos que tienen un coche diminuto,

para que viniera a casa y lo limpiara todo. Era una chica muy maja; muy correcta —dijo—, pero cara. Obligué a tu padre a pagarlo.

Me bebí lo que quedaba de vino mientras me seguía riendo por lo bajo, tras haber sabido más de lo que me importaba sobre la relación de mis padres. Quizá mi madre tuviera razón. Quizá a veces era mejor no saber.

La casa estaba empezando a oler bien. La mesa y la trona estaban puestas para cuatro. Los cacharros ya estaban todos fregados y colocados y el lavavajillas zumbaba con un ritmo relajante.

—Gracias, Ma —le dije, sintiendo que el peso del día se aligeraba un poquito.

Mi madre se levantó y se puso el abrigo.

—¿No te quedas a cenar?

—No, tengo que irme a casa a calentarle unas sobras a tu padre. Cree que estoy haciendo las compras de Navidad. Si se entera de que he hecho un estofado que no era para él, no va a dejar de insistir hasta que le prepare otro. Recogeré a los niños el viernes, después del colegio.

—No tienes que hacerlo, mamá.

—Pero quiero. Si están conmigo, Steven no te va a molestar. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Llama a Nicholas. Sal a divertirte un rato. Pero si vas a probar ese chili asegúrate de que usas protección.

En el baño de arriba se oyó la carcajada de Vero.

Miré al techo con impaciencia.

—Adiós, Ma.

La seguí hasta la puerta y descansé la cabeza contra ella después de cerrarla con llave.

Capítulo 28

El consejo que nadie te da cuando te divorcias es que nunca te duches cuando todas las toallas están para lavar. Estoy bastante segura de que es igual de valioso que comprobar que hay papel higiénico antes de bajarte los pantalones y no aceptar nunca una oferta para asesinar a tu ex usando una wifi pública.

Vero me había dejado dormir tras una segunda larga noche escribiendo. Hacia las cuatro de la madrugada logré sacar un borrador desastroso de unos pocos capítulos iniciales y se lo envié a Sylvia en un correo sin molestarme en revisarlo, antes de irme a dormir poco y mal. Para cuando salí rodando de la cama a las nueve, Vero y los niños ya se habían ido a llevar a Delia al cole. Me alivió despertarme en una casa vacía y en silencio, pero, en cuanto cerré el grifo y me puse a buscar a ciegas desde la ducha la toalla de la percha vacía, la inevitabilidad de la situación me penetró la piel con dientes fríos y afilados.

Con los brazos cruzados por encima, salí furtivamente de mi dormitorio y la piel desnuda y mojada se me granuló cuando el vello se me erizó. Una ola de ambientador de manzana y canela y de «*eau* de muerto lentamente atemperado» me pasó por encima cuando abrí la puerta del armario de la lavadora, al fondo del pasillo. Metí la mano dentro de la secadora vacía y solté un taco.

Mi madre me repetiría que esto era una forma de castigo divino, una pena impuesta por dios por guardar un cadáver en casa. La verdad, prefería rezar el rosario. En un lugar calentito. Y con ropa.

Crucé el pasillo y cogí una toalla de princesas Disney ligeramente limpia de la percha del baño de los niños. Tiritando, me envolví con ella y anudé los extremos del diminuto parche rosa encima del pecho.

Una tabla del suelo crujió abajo, en el vestíbulo. Me detuve con la cabeza ladeada hacia el clic que la calefacción hizo al encenderse. El calor salió por la rejilla de encima de mi cabeza para combatir la corriente gélida que subía por las escaleras, como si la puerta se hubiera quedado abierta. Me puse rígida al oír el crujido revelador de la contrahuella del último escalón de arriba.

Busqué un arma por el baño y me maldije por haber puesto en todos los armarios cierres de seguridad para que los niños no los abrieran. Como los pasos lentos se iban acercando, cogí el único objeto picudo que encontré. Con el desatascador del váter en ristre, pegué la espalda contra la pared del baño. Conteniendo el aliento, oí que, una por una, alguien abría lentamente las puertas de las habitaciones. Una sombra oscura cayó sobre la parte de la moqueta que estaba a mi lado. Con un grito salvaje, alcé el desatascador por encima de la cabeza y di un salto hacia el pasillo. El grito se me ahogó en la garganta al quedarme mirando el cañón de una pistola.

—¡Hostias, Finn! —Nick bajó el arma y se dobló apoyándose en las rodillas—. ¡Me has dado un susto de mil demonios!

Me apreté la toalla contra el pecho.

—¿Qué leches haces en mi casa?

Sus ojos subieron por mis piernas desnudas y empapadas y las mejillas se le pusieron coloradas. Tiré hacia abajo del borde de la toalla, dando gracias por que me había molestado en depilarme. Nick desvió la mirada.

—Hay una explicación —dijo con la voz tensa—. Verás, es que estaba en esta misma calle, en casa de Theresa, cuando nos han dado el aviso de un 10-66. He reconocido tu dirección y he venido aprisa a comprobar qué pasaba.

—¿Un 10-66?

—Sí, perdón —dijo, todavía aturdido—. La señora Haggerty ha llamado a la policía. Le ha dicho a la operadora que vio a alguien sospechoso fuera de tu casa. He inspeccionado rápidamente el jardín y no he visto a nadie, pero…

Una puerta se abrió en el piso de abajo y chocó con una pared. Él se giró y apuntó con la pistola hacia el recibidor.

Me asomé por encima de su hombro. Joey estaba parado al pie de las escaleras. Su mirada de sorpresa saltó de Nick a mí y una sonrisa se le dibujó despacio en la cara mientras bajaba el arma.

—¿Vengo mejor después?

—No es lo que parece —dijo él, alzando las manos al tiempo que mi hermana irrumpía en la casa detrás de Joey. Georgia alzó las cejas hacia el techo cuando me vio detrás de Nick, sin nada más puesto que la toalla de Delia.

—Vaya, sí que ha ido rápido la cosa.

Vero entró a toda prisa en casa con Zach apoyado en la cadera.

—¿Qué son todas estas luces azules? ¿Dónde está Finlay? ¿Ha pasado alg…? ¡Oh! —Le tapó los ojos a mi hijo con una mano—. Finn, ¿por qué hay tres polis armados en casa? ¿Y por qué estás desnuda?

Nick, Georgia y Joey enfundaron las pistolas.

—¡No estoy desnuda! Solo es que me he duchado y todas las toallas de adulto están sin lavar —dije con énfasis en «sin lavar» y lanzando una mirada cortante a Vero—. Y la policía ha venido porque la señora Haggerty es una entrometida. Cree que ha visto a alguien sospechoso merodeando afuera. —Vero se apretó más a Zach contra el cuerpo y miró por la puerta principal abierta. Tiré del dobladillo de la toalla para taparme—. Como podéis ver, ha sido todo una falsa alarma. No era un 10-99.

—Sesenta y seis —me corrigió mi hermana.

—Da igual. Es obvio que la señora Haggerty se ha confundido. No pasa nada sospechoso, así que podéis volver todos a hacer lo que fuera que estuvierais haciendo.

—No estoy tan seguro —dijo Joey intercambiando una mirada con Nick—. He inspeccionado rápidamente los alrededores de la casa y he encontrado esto en el porche delantero. Aparte de su nombre, no tiene ninguna identificación.

Nick bajó las escaleras para recibir de él un sobre grueso y marrón. Vero lo miró por encima del hombro de Joey. Desde el escalón de arriba, distinguí con claridad mi nombre, escrito en letras gruesas y con tinta indeleble. Reconocí la caligrafía. Y, a juzgar por la cara de estupefacción de Vero, ella también.

Bajé a la carrera los escalones a la vez que ella le arrebataba a Joey el sobre.

—Esto deben de ser los juguetes para adultos que ha pedido Finlay. Stacey, la de nuestra calle, organiza reuniones de promoción. Sí, como los táperes pero con pilas. —Exhibió el anverso del sobre—. ¿Veis? Incluso te ofrecen discreción en el embalaje para proteger tu intimidad.

Tres pares de ojos se lanzaron hacia mí. Nick se aclaró la garganta mientras cogía el sobre.

—Será mejor que mire primero qué es.

—¡No son juguetes sexuales! —Se lo arranqué de un tirón—. Probablemente sean los… Sí, los… Las pruebas. Mi editora debe de habérmelas mandado por mensajería. —A Nick le brillaron un poco los ojos y la curvatura de su sonrisa la volvió ávida cuando desplazó la

mirada hacia abajo. Me subí más la toalla. Y luego me la bajé un poco, esforzándome por ocultar lo máximo posible toda la carne fría y mojada que estaba exponiendo.

Elevé la barbilla para recuperar un mínimo de dignidad.

—Me voy a vestir. Cuando baje, quiero que os hayáis marchado todos de mi casa.

Con el sobre pegado al cuerpo, subí corriendo las escaleras.

—Finn, espera. —Nick me alcanzó en el pasillo, justo en la puerta de mi habitación. Se las arregló para entrar antes que yo y procedió a una inspección rápida del cuarto; luego se movió hábilmente por toda la planta mirando en cada estancia. Llegó hasta el armario de la lavadora y arrugó la nariz.

—¿No te huele a algo?

Lo agarré por el brazo y lo acerqué hacia mí de un tirón.

—¡Son las toallas mojadas! Me olvidé por completo de ellas y han empezado a ponerse mohosas.

El pelo me chorreaba y un hilo frío de agua me recorrió la clavícula. Nick lo siguió con sus ojos oscuros. Luego bajaron hasta donde mi mano seguía posada sin fuerza en su brazo. La retiré, pero no sirvió para reducir la repentina oleada de tensión que se había instalado entre nosotros.

—No hay delincuentes escondidos en el armario de la lavadora. La señora Haggerty probablemente vio a alguien dejando el paquete y lo exageró todo. No hace falta que me registres la casa.

Tenía la pared a mi espalda. La puerta de mi dormitorio estaba a mi lado, abierta. Había sitio suficiente entre nosotros como para haberme colado y cerrado la puerta. Si hubiera querido.

—Te debo una disculpa —dijo con la voz un poco ronca—. Te juro que no era mi intención irrumpir en tu casa de esta manera. Tu coche estaba delante del garaje. Al llamar a la puerta y no abrirme, pensé… —Se frotó la barba incipiente—. Después de lo del escape de gas en casa de Steven esta mañana, cuando recibí el aviso y me dijeron que alguien andaba merodeando por tu casa, me puse en lo peor.

—¿El escape de gas? —El estómago me dio un vuelco—. ¿Qué escape de gas?

Soltó un taco por lo bajo.

—Lo siento, Finn. Me supuse que Georgia ya te lo habría contado.

—¿Contarme qué?

—Steven está bien —me aseguró—. Pero el departamento de

Fauquier ha estado en su casa esta mañana. Hubo un escape de gas en su vivienda. Por suerte, lo encontró y cerró la llave antes de que nadie saliera herido, pero la empresa del gas cree que alguien había manipulado los conductos. Con lo que saben sobre el incendio de su caseta, están considerando la posibilidad de que también haya sido intencionado.

Aplasté el sobre contra el pecho.

—¿Dónde está Steven ahora?

—En casa. Los paramédicos le han recomendado que vaya a urgencias para que le hagan un examen, pero ha insistido en quedarse para cuando fuera la empresa del gas a inspeccionar los conductos. Les pedí a un par de uniformados que no estaban de servicio que fueran para su casa. Se van a quedar para echar un ojo hasta que sepamos qué ha pasado.

Relajé el cuerpo contra la pared. Debía de haber sido LimpioFácil. ¿Cuántas veces iba a fallar hasta que finalmente lograra matarlo?

Zach parloteaba en el piso de abajo. Los cajones de la cocina se abrían y cerraban. El microondas pitó y el fuerte olor especiado de las sobras del estofado inundó la casa. Era un poco pronto para la comida, por lo que me pregunté si Vero lo estaba haciendo solo para enmascarar el ligero aroma que había empezado a escaparse de la lavadora.

—Debería irme —dijo Nick apuntando con el pulgar a las escaleras—. Joey me está esperando para volver a casa de Theresa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ha desaparecido. —Los ruidos de la cocina se interrumpieron, como si Vero estuviera escuchándonos—. Hemos encontrado el dispositivo del tobillo en su casa. Parece que lleva varios días fuera; no estamos seguros de exactamente cuánto. Estamos hablando con los vecinos, pero de momento nadie recuerda haberla visto marcharse. Hasta que averigüe dónde está y qué pasa con el confidente de Joey, quiero que tengas cuidado. Tengo la mala sensación de que todo esto está conectado de alguna manera.

Me agarré el nudo de la toalla.

—¿Qué le ha pasado al confidente?

—No me ha llamado para darme la info que me prometió ayer. Joey ha ido a su casa esta mañana a hacer seguimiento del asunto, pero el chaval no estaba. En la secretaría de su colegio dicen que hoy no se ha presentado. He mandado un coche a su casa hace un par de

horas para que hablaran con su abuela. Nadie sabe nada de él desde que lo visitamos el sábado. —Cuando yo me pasé un dedo por el cuello para advertirle que no dijera ni una palabra de mí. Cam debió de decidir que le merecía la pena sacrificar su condicional para evitar el riesgo de entregarles todo lo que sabía sobre el foro. Nick sacudió la cabeza—. Empiezo a pensar que el confidente de Joey estaba metido en algo. Si estaba en lo cierto acerca de ese foro, Theresa, Steven y el chaval tienen un vínculo con Yirov, y eso no me gusta.

—¿Crees que Feliks ha tenido algo que ver con lo que le ha pasado a Steven?

—No puedo descartarlo. Hasta entonces, quiero que tengas más cuidado. De verdad, no deberías dejar la puerta principal cerrada sin llave.

—¿Qué quieres decir? Si siempre… —Miré a las escaleras. Recordaba perfectamente haber echado la llave a la puerta principal ayer, después de que mi madre se fuera. Y esta mañana Vero habría salido por el garaje.

El roce de las yemas de los dedos de Nick me devolvió al presente de un sobresalto. Me cogió un mechón de pelo empapado y me lo colocó detrás del hombro para que no escurriera encima del sobre.

—Siento haberte asustado antes.

—Estoy bien —dije tiritando.

—¿Estás segura de que no quieres que te abra este paquete misterioso antes de irme? Solo para asegurarme de que no hay nada por lo que deba preocuparme. —Los ojos se le iluminaron con un peligroso nivel de interés.

Me puse el sobre a la espalda, sintiendo la cara caliente.

—Son nada más que las pruebas. De verdad, puedes olvidarte de todo lo que ha pasado.

—Créeme si te digo que nada de esto va a ser fácil de olvidar. Te llamo luego —me prometió con una sonrisilla. Gritó un adiós a Vero desde el recibidor y le recordó que cerrara con llave después de que él se fuera.

Me metí en la habitación, cerré la puerta, arrojé el sobre a la cama y me sequé las manos en al toalla de Delia. Me parecía que estaba más limpia que el sobre que llevaba mi nombre escrito con la letra de Irina Borovkov.

Oí el ruido seco de los broches de la trona que llegó desde la cocina y luego el sonido de los Cheerios que se derramaban en la bandeja de

plástico. Después, pasos apresurados en las escaleras. Vero abrió mi puerta.

—¿Ya se han ido todos? —le pregunté.

Ella asintió.

—¿Qué hay en el paquete?

Caminamos hacia el borde de la cama contemplando el sobre marrón. Lo rasgué para abrirlo y volqué el contenido. Una peluca castaña se desparramó sobre el edredón con una tarjeta de visita enredada en las ondas oscuras y relucientes. Vero la cogió.

—¿Quién es Ekatarina Rybakov?

Las finas letras impresas que estaban debajo del nombre decían: «Abogada». Sacudí el sobre. Una nota manuscrita salió ondeando:

Horario de visitas de abogacía:
todos los días de 7:00 a 22:00 h
Práctica de la Liga de Bolos:
todos los martes de 20:00 a 22:00 h

—¿Qué crees que significa? —me preguntó Vero.

Recogí la peluca. Los mechones se colocaron en su sitio y adoptaron en mi mano una forma que me resultaba familiar. Los elementos inconexos del paquete de Irina encajaron con una claridad alarmante.

—Ay, no —susurré. La mujer con la Nick discutió en el Kvass el sábado por la noche… se llamaba Kat—. Creo que Ekatarina Rybakov es la abogada de Feliks Yirov.

La mano del miedo me bajó por la espalda. Irina no tenía intención de darle el mensaje a Feliks. Iba a obligarme a hacerlo yo.

Capítulo 29

El martes por la noche, Vero estaba en mi baño delante de mí toqueteándome el pelo, moviendo los ojos de un lado a otro entre los mechones de la peluca morena y la foto de su móvil, donde se veía a Ekatarina Rybakov.

—No estoy segura de si esto es lo más estúpido o lo más malote que has hecho nunca.

—Sin duda, lo más estúpido. —Intenté mantener la boca quieta mientras me untaba los labios con un pintalabios rojo intenso.

—¿Qué vas a hacer si te pillan?

Sinceramente, me preocupaba tanto que me metieran en la cárcel que no había pensado siquiera en qué haría una vez estuviera dentro. Pero el fracaso no era una opción. Con Cam y Theresa desaparecidos, Nick despedazaría todo Internet tratando de encontrar una conexión entre Feliks y el foro, y solo había una persona con el poder de cerrarlo antes de que lo lograra.

—No me van a pillar.

—Si no dejas de moverte, se te va a descolocar la peluca y así sí que te van a pillar. Estate quieta —dijo, empujándome hacia atrás para volver a sentarme en la tapa del váter mientras rebuscaba en su neceser de maquillaje—. Tengo unas horquillas por aquí.

—Horquillas no. —Ya había estado en la cárcel una vez, con mi hermana. Me acompañó una noche en que a Steven lo llevaron allí, agresivo y borracho sin motivo alguno después de que hubiera buscado pelea en un bar. Georgia me firmó la entrada y me escoltó a través de los controles habituales para que pudiera esperar con Steven hasta que lo liberaran. Recuerdo con nitidez que me cachearon concienzudamente—. Las horquillas pueden hacer que salte el detector de metales.

—Deja de tocártela. —Vero me apartó las manos de un guantazo mientras yo intentaba introducir un dedo por debajo de la peluca para rascarme el cuero cabelludo—. Estás estupenda. ¿Qué tal ese acento?

—Mierda. No lo había pensado. —Me aclaré la voz e hice que sonara grave, expulsando más aire del habitual—: Hola —dije

imitando a Irina lo mejor que pude—. Me llamo Ekatarina Rybakov.

Vero hizo una mueca de rechazo.

—Tu voz suena como si Angelina Jolie y Vladímir Putin hubieran tenido un hijo. Finge que tienes laringitis y ya está. Firmas, pasas el control y no hablas por hablar.

—Vale.

—Toma la tarjeta de visita.

—¿Y el carné de identidad? ¿Y si me piden la documentación o algo?

—Tú entra como si la cárcel fuera tuya. Nadie quiere discutir con una mujer con poderío que podría quitarte los pantalones a golpe de demanda. No te quites las gafas e intenta no tener contacto visual con nadie.

Ekatarina «Kat» Rybakov y yo éramos, al parecer, más o menos de la misma edad, pero hasta ahí llegaban nuestras similitudes. Según la foto que habíamos encontrado en Internet, ella tenía unos llamativos ojos oscuros que hacían juego con sus bucles morenos y colgantes. Y, aunque la peluca era idéntica al pelo de Kat, mis ojos eran demasiado claros para dar el pego si se me examinaba de cerca.

—¿Qué tal estoy? —La elegante falda de tubo gris de Vero era peligrosamente ajustada y los tacones de aguja que le había cogido del armario deberían haber traído consigo una póliza de seguros. Era probable que me rompiera un tobillo. Pero Kat medía casi un metro setenta y siete y Vero había insistido en que necesitaba el extra de estatura.

Me abrió otro botón de la blusa. El escote se ensanchó y reveló un indicio de las copas de encaje negro de mi sujetador.

—¿Qué haces?

—Darles a los guardias una distracción para que no se fijen en tu cara. —Me empujó a un lado la mano y estiró la sarta de perlas sobre mi clavícula—. Deja de intentar tapártelas. Así estás sexy.

—No quiero ir sexy. Quiero parecerme a Kat.

—Kat es sexy. Es obvio que Feliks tiene un tipo muy determinado. Le gustan las mujeres inteligentes, hermosas y seguras de ellas mismas. Finge que eres Theresa y ya está.

—Por hacer eso estoy en este lío. Y a Theresa la pillaron.

—¡Deja de tocarte el pelo! Toma, póntelas. —Vero me puso en la nariz unas gafas de lectura de un todo a un dólar. Eran muy parecidas a las que llevaba Kat en las fotos.

Me giré despacio delante del espejo, comprobando que la peluca no estuviera torcida y que no tuviera carreras en las medias.

—Como no dé el pego…

—Calma. Feliks no te va a matar en la cárcel. Hay demasiadas cámaras.

—¿Y si me arrestan por hacerme pasar por una abogada?

Vero me dio una palmadita tranquilizadora.

—Yo estaré con los niños. Y tu hermana te sacará. Toma, te he comprado un móvil nuevo y te he guardado todos los números de emergencia. Escríbeme cuando llegues allí. —Soltó el teléfono dentro de un bolso *satchel* falso que ella usaba para clase y me lo colgó del hombro—. Recuerda: eres la puta ama. A ti no te tose encima ni dios. Ni siquiera Feliks Yirov.

—Vale.

Los tacones parecían enraizarse en la moqueta, clavándose enteros en la alfombra. Vero me puso una mano en medio de la espalda y me llevó hasta la puerta.

Eran casi las nueve cuando entré en el aparcamiento de la prisión del condado. Lo suficientemente pronto como para que todavía permitieran la visita de una abogada, pero lo bastante tarde como para que la Ekatarina Rybakov verdadera ya llevara un buen rato en su partida de la liga de bolos.

Cuando me estaba retocando el pintalabios en el espejo del parasol, un pensamiento espantoso se apoderó de mí. La abogada estrella de Feliks se sabría el protocolo de pe a pa. Sabría dónde ir una vez entrara, cómo rellenar los formularios y cómo responder cualquier pregunta. Cuando extraje mi móvil nuevo del bolso *satchel* de Vero y marqué de memoria el número de Julian, no estaba segura de si lo hacía para pedirle esa información o solo por el consuelo de oír su voz.

—¿Hola? —Sus canciones favoritas sonaban tenuemente de fondo y su voz era profunda y relajada. Me lo imaginé sentado en la cama, con la espalda contra el cabecero, estudiando bajo el brillo blanco de las luces de Navidad que había clavado por las esquinas de su cuarto.

—Hola. Soy yo. —Cerré el espejo del parasol; me parecía todo demasiado falso—. Por fin tengo un móvil nuevo.

—Estaba esperando a que llamaras. —Sonó un golpetazo, como un libro de texto que se cierra de pronto—. Me dio rabia no poder

contactar contigo ayer. Quería disculparme por lo que pasó cuando viniste el domingo. Mis amigos… no es que quisieran ser unos gilipollas. Solo me estaban fastidiando. Sigo queriendo verte este fin de semana, de verdad. ¿Crees que podrás?

No me podía obligar a mí misma a responder a eso. Habían pasado tantas cosas en los últimos días que no podía ni imaginarme cómo se acabarían resolviendo antes del viernes.

—En realidad te llamaba por otro motivo. Quería saber si puedo hacerte una pregunta sobre un tema jurídico. Para mi libro.

—Claro. —La música de fondo se redujo y el silencio fue creciendo hasta que pareció que estábamos en la misma habitación—. ¿Cómo te puedo ayudar?

La boca se me secó. Detestaba que me lo pusiera todo tan fácil. Nunca le había mentido hasta ese momento, no desde la noche en que se lo conté todo. Julian era la única persona aparte de Vero que sabía mis secretos más terribles. Pero, si le preocupaba que unas fotos de Instagram pudieran poner en riesgo su futuro, ¿qué pensaría si supiera lo que estaba a punto de hacer?

—Tengo un problema con una escena. Mi personaje es una abogada que va a visitar a su cliente a la cárcel. Necesito saber cómo es el proceso, qué sucede desde que entra al edificio hasta que se marcha, para describirlo con exactitud.

—Pues… —dijo mientras crujía su somier. Me lo imaginé tumbado bocarriba en el colchón, con una mano en la nuca—. Suele haber una ventanilla de visitas donde le pedirían que firmara. Debería entregar todos los objetos personales que no se permiten dentro: llaves, teléfonos, objetos punzantes, libros de tapa dura…, cualquier cosa que pueda ser una herramienta o un arma. Se le pediría el permiso de conducir o algún tipo de identificación.

—¿Bastaría con una tarjeta de visita?

—No, tendría que ser un documento expedido por el Gobierno. Un carné de identidad con foto.

Agité las manos resistiendo el impulso de arrancar el monovolumen y volver a casa. Eso era justo lo que temía.

—¿Y luego?

—De ahí pasaría al control de seguridad, unos detectores de metales y quizá un cacheo. Luego un funcionario la acompañaría hasta la sala de visitas y allí se le daría una cantidad de tiempo determinada para hablar en privado con su cliente.

—¿No habría un guardia en la sala?

—No, pero puede haber uno fuera.

Una imagen aterradora me revoloteó en la cabeza.

—¿El cliente estaría atado?

—Es posible, si se sabe que es peligroso o si la abogada lo solicita porque se siente insegura. —Feliks no supondría un peligro para su abogada. Y de ninguna manera querría que alguien escuchara la conversación. Lo que significaba que estaría a solas con él. Sin grilletes. Sin esposas—. Finn, ¿estás bien? Te noto tensa.

Levanté la mirada y me vi reflejada en el espejo retrovisor.

—¡Estoy bien! Es solo que…, ya sabes, este dichoso libro. Tengo a Sylvia encima. Las fechas de entrega y todo eso… Probablemente debería seguir trabajando.

—Vale —dijo con todavía algo de preocupación—. Llámame más tarde si necesitas hablar de algo.

—Lo haré. Y, Julian…, gracias. Por todo —añadí antes de que me colgara. Por si acaso no volvía a tener la oportunidad de decírselo.

Capítulo 30

Mis tacones resonaron con determinación sobre la entrada de baldosas de la prisión. Conteniendo el impulso de ocultar la cara, alcé la barbilla y me aparté un largo mechón oscuro al metérseme en los ojos. Podía hacerlo. Me llamaba Ekatarina Rybakov. Era la abogada personal de Feliks Yirov y había ido a repasar unos documentos judiciales con mi cliente. Me aferré al bolso *satchel.* Los papeles de dentro eran copias del último examen de contabilidad de Vero. Delia había garabateado unas caritas sonrientes con rotuladores acuarelables y estaba bastante segura de que la mancha verde era un moco de Zach. Con suerte, el guardia estaría demasiado ocupado intentando mirar a través de mi blusa como para darse cuenta.

La auxiliar del mostrador era una mujer mayor de pelo canoso que le empezaba a escasear y gafas de montura roja. Me entregó una cesta sin levantar la vista. La chapa de su nombre decía: LOIS PYLE. FUNCIONARIA.

—Llaves, móvil y todo lo que tenga en los bolsillos —dijo con monotonía y deslizando una carpeta sujetapapeles por el mostrador. Entregué todos mis objetos personales y firmé el formulario con el nombre de Kat—. ¿Documentación?

Chasqueé el borde de la tarjeta de visita de Kat al ponerla delante de la funcionaria. La auxiliar dirigió la mirada hasta ella y luego volvió a la pantalla.

—Necesito ver algún tipo de documentación.

El hecho de que no parecía conocer a Kat personalmente me sentó como una pequeña victoria. Me examiné las uñas canalizando toda la zorrería interna imperturbable de Theresa. Vero me había pegado unas falsas y las había pintado de un rojo sangre intenso, el mismo color que le había visto a Kat en el restaurante.

—Me he dejado el permiso de conducir en el bolsillo de mi otro traje. Ahora mismo estará secándose en la tintorería, disfrutando de un revolcón calentito. Que ya es más de lo que tengo yo. Y aun así el deber me llama y por eso estoy aquí. Si podemos pasarlo por alto…

—No puedo dejarla entrar sin la documentación.

—Créame que nada me gustaría más que dársela. En realidad, mañana voy a pasar todo el día en la oficina de tráfico para que me lo renueven. —Empujé la tarjeta de visita hacia ella y golpeteé con un dedo el nombre de Kat—. Vengo aquí casi todos los puñeteros días a ver a ese hombre. Puede buscarlo. Justo ayer estuve aquí. —Eso era jugársela, pero habría estado dispuesta a apostarme algo a que un imperio tan grande como el de Feliks requeriría como mínimo sesiones diarias.

La auxiliar fulminó mi tarjeta con la mirada. Con un resoplido, escribió algo en el ordenador. El corazón se me paró cuando detuvo los dedos sobre las llaves. Levantó una ceja.

—Pase —refunfuñó—. Pero la próxima vez tráigase la documentación.

Casi me derrumbo del alivio que sentí. Con un asentimiento brusco, me deshice del bolso *satchel,* me giré sobre los talones y caminé fastuosamente hacia el detector de metales, con la carpeta en la mano y los tacones chascando sobre el suelo.

Cambié el peso de un pie a otro, incómoda, mientras el funcionario me inspeccionaba la carpeta, pero estaba más preocupado por quitar la grapa diminuta de los papeles que por lo que estaba escrito. Me indicó que esperara a un escolta. Las puertas zumbaron y se me tensaron los nervios ya irritados antes de que se abrieran con un ruido metálico y me condujeran adentro de la cárcel. Los funcionarios chismorreaban a voces y aparté la vista rezando por que no conociera a ninguno. Su parloteo se apagó cuando pasé por delante de ellos. Con suerte, Vero tenía razón y estaban demasiado ocupados en mirarme el culo como para fijarse en cualquier otro detalle de mí.

Ya tenía ampollas en los dedos de los pies y los talones y me dolían las almohadillas de lo duro que era el cuero de los zapatos, pero estaba demasiado nerviosa como para sentarme cuando mi escolta me dejó en una sala de visitas vacía. Caminé nerviosamente por toda su longitud y me paralicé cuando la puerta se abrió.

—Un poco tarde para visitas, Katya.

Feliks Yirov se paró nada más entrar en la sala. Sus ojos negro carbón me vigilaban a través de un flequillo de mechones despeinados; los labios tirantes estaban enmarcados por una densa sombra de barba oscura. Era más alto y flaco de lo que recordaba, con sus rasgos fríos y apuestos muy marcados. Con el mono naranja y ancho que llevaba, sin su afeitado perfecto y su pelo engominado ni

sus gemelos tan chics ni el traje hecho a medida, Feliks parecía por algún motivo mucho más peligroso…, menos como el hombre que encargaba el trabajo sucio a otros y más como el que mataba a gente con sus propias manos.

—Las visitas profesionales son hasta las diez —dijo el funcionario sin darse cuenta de la tensión que había brotado en la sala—. Llame a la puerta cuando haya terminado y alguien la escoltará hasta la salida.

Feliks nos asintió a los dos. Me quedé sin aliento cuando el funcionario salió y cerró la puerta. Solo unos grilletes le ataban las muñecas, conectadas por una cadena holgada que le rodeaba el mono. Se paseó en dirección a la mesa junto a la que estaba yo, con unos movimientos casi depredadores y sin perder detalle con sus ojos oscuros, antes de tomar asiento.

—¿A qué debo el honor de su compañía, señora Donovan? —Su voz era sedosa y peligrosa. Levanté la mirada a la cámara del techo y Feliks la siguió con la suya. Una leve sonrisa se le hundió en la mejilla —. No graban nuestras conversaciones. Solo los comportamientos. —Tragué saliva cuando posó sus ojos penetrantes en mi garganta.

—Tenemos un problema en común.

Me senté enfrente de él, profundamente consciente de que no podía verle las manos debajo de la mesa. No importaba que hubiera una cámara registrando cada movimiento que hacía. No me cabía la menor duda de que Feliks atravesaría el espacio que nos separaba y me estrangularía si le daba una razón para intentarlo.

—Con «problema en común» debe usted de referirse al inspector Anthony. —El labio se le crispó al notar mi sorpresa—. Dígame: ¿les gustó la cena? Vodka, *pirozki, strogonoff*… Todo excelente, seguro. Me consta que el inspector pensaba pagar los postres. Debe de tenerle mucho cariño. Y aun así he de reconocer que, la última vez que le pregunté a usted acerca de su relación con él, dudé de su respuesta.

—Me preguntó por qué estaba con él aquel día. Y se lo dije. No era mentira. —No del todo.

—¿Sabe este buen inspector de la existencia del joven estudiante de derecho que le ha estado calentando la cama?

Me quitó el aliento como de una paliza. Nick dijo que los tentáculos de Feliks llegaban lejos, pero la única forma de haberse enterado de mi relación con Julian era haber mandado a uno de sus gorilas a seguir mi coche. Un escalofrío me atravesó cuando recordé lo que había mencionado Nick en cuanto a dejar la puerta sin la llave echada.

La mirada lasciva de Feliks cayó sobre mí como un aliento caliente pegado a mi oreja.

—Debo admitir cierta… curiosidad por usted. Dígame: ¿cuál es ese problema común que merece una visita tan atrevida?

—La policía sabe lo de su página web.

Feliks se encogió de hombros despreocupadamente.

—Tengo muchas.

—Saben lo del foro de mujeres. —Los iris se le volvieron de un tono negro violento. No sabía si sentirme aterrada o victoriosa por haber conseguido sorprenderlo.

—¿De dónde han sacado esa información?

—De uno de sus confidentes.

—¿Su nombre?

—No lo sé. —Cam podía ser un delincuente, pero solo era un crío. No iba a poner a un menor en las garras de un monstruo así—. Lo único que sé es que ese sitio lo llevó a una de sus empresas pantalla. La unidad de ciberdelincuencia ya la está investigando.

—Si usted y el inspector Anthony son tan íntimos, ¿por qué me cuenta esto?

—Digamos que usted y yo tenemos buenos motivos para querer que la policía no encuentre ese foro.

Feliks arqueó una ceja.

—Cuéntemelos, señora Donovan.

—Preferiría que no.

Su leve sonrisa era de chulería.

—Tal vez deje que el inspector Anthony descubra el foro solo para satisfacer mi curiosidad por usted.

—No lo hará.

—Lo dice muy convencida. ¿Por qué está tan segura?

—Porque sé cómo murió Carl Westover. Y sé quién tiene su cadáver.

Su calma absoluta me provocó un escalofrío. La sonrisa se le endureció. Los grilletes hicieron un ruido metálico al poner las manos en la mesa, moviéndolas lo suficientemente despacio como para no alterar los nervios de los guardias. Con los dedos entrelazados, se inclinó hacia mí y me susurró:

—Está jugando a un juego muy peligroso, señora Donovan.

—Encontré a Carl Westover en Virginia Occidental dentro de un congelador —le expliqué en voz baja—. Theresa me lo contó todo

antes de que desapareciera con Carl… o al menos con la mayor parte de él. Tengo un pedazo suyo bastante reconocible. Lo he escondido en un lugar donde nadie lo va a encontrar. Pero, en caso de que nos suceda algo a mí o a mi familia, he dejado preparada una carta en la que se lo explico todo a la policía. Le propongo un trato. Usted elimina el foro, entero, y yo no meteré el torso de Carl en el BMW de Theresa antes de aparcar delante de su restaurante y llamar a los *paparazzi.*

Dejé que el sentido implícito de lo que había dicho rellenara el silencio. El descubrimiento del cadáver de Carl Westover sería el golpe de gracia en su juicio. Si la policía demostraba que lo había asesinado por negarse a dejar que la mafia utilizara el vivero, la defensa ya débil de Kat se desmoronaría. La única jugada a la que optaba Feliks era cerrar todo el foro.

Los hombros se le menearon con una risa silenciosa. Se rascó la barba de la mandíbula.

—¿Algo más?

—Que usted y sus hombres no se acerquen a mi casa ni a mi familia.

—No veo la necesidad de visitar su domicilio ni a su familia; no me ha dado ninguna razón para hacerlo. —La palabra «todavía» sobrevoló el final de la frase. Curiosamente, lo creí. Era demasiado arrogante para mentir y las verdades de Feliks eran un arma mucho más eficaz. Ladeó la cabeza—. ¿Es todo?

Abrí la carpeta y deslicé por la mesa el examen de contabilidad de Vero señalando las letras pequeñas que había escrito junto a una mancha de cera roja.

—Este es el alias de una de las usuarias de su foro. Necesito saber el nombre real de esta persona y cómo encontrarla.

Feliks bajó los ojos al papel. Si reconoció el nombre de LimpioFácil, su cara no lo expresó.

—Señora Donovan, sus peticiones se excluyen mutuamente. Una búsqueda de ese tipo llevaría tiempo. Una vez se cierre el sitio, toda la información de usuario desaparecerá con él. Parece que tiene usted dos opciones: puedo cerrar el sitio o puedo encontrarle a la tal LimpioFácil. ¿Cuál elige? —Acentuó la frase con un tonillo de curiosidad, como si supiera que me estaba acorralando en una esquina y estuviera impaciente por verme sufrir.

Cuanto más me detenía a pensar la respuesta, más se intensificaba

su curiosidad. No me gustaba que esta traspasara mi fachada como un bisturí.

—Cierre el sitio web —dije retirando el papel de la mesa—. Encontraré a LimpioFácil yo sola.

Feliks sonrió como si mi respuesta lo sorprendiera.

—No tengo duda de que lo hará. Y estoy seguro de que cumplirá la condición de nuestro trato. —Se levantó y las cadenas tintinearon contra la parte delantera de su mono—. Es usted una mujer fascinante, señora Donovan. Tengo curiosidad por ver cómo acaba este jueguecito suyo.

Me dedicó una última mirada persistente antes de dar unos golpecitos en la puerta.

Capítulo 31

Un funcionario condujo a Feliks de vuelta a su celda. Otro me esperaba en la puerta. Seguí a mi escolta por el edificio; las conversaciones se extinguían al paso seco de mis tacones. Una obscenidad murmurada se ganó unas cuantas risas a mi espalda. Kat era una enemiga en este lugar… La mujer estaba comprometida, por deber o por afinidad, a defender los actos indefendibles de un hombre que se había colado demasiadas veces por las grietas del sistema. La peluca me picaba y me sentía más que dispuesta a quitármela.

Una piña de funcionarios uniformados se giraron para quedárseme mirando cuando entré al vestíbulo. Me subí las gafas para impedir que me vieran la cara y guardé una distancia prudente con ellos dando zancadas hacia el mostrador para firmar la salida.

Una lluvia fría me recibió al empujar las puertas que daban al aparcamiento. Las luces de seguridad brillaban y provocaban destellos sobre el asfalto mojado. Con la cabeza agachada para protegerme de la llovizna, me apresuré a dirigirme hacia mi monovolumen. Lo había escondido en el extremo más lejano de la explanada, tan apartado como pude de las zonas iluminadas, detrás de un camión de mantenimiento. La puerta de un coche se cerró de golpe en algún punto por delante de mí. Unas luces traseras se iluminaron y un cierre pio al tiempo que una sombra alta salía de entre dos vehículos aparcados, encorvada para protegerse de la lluvia. Mantuve la cabeza gacha al cruzarnos.

—¿Qué pasa, Rybakov? —Di un traspié al oír la voz de Nick—. ¿Qué? ¿Hoy no me insulta? No sé si debo preocuparme o decepcionarme.

Me puse tensa, profundamente consciente de lo cerca que estábamos. Orienté la cara hacia otro lado y seguí caminando, acelerando el paso, desesperada por alejarme de él, mientras sus pasos chapoteaban por los charcos en dirección a la prisión.

De pronto, se detuvo. Sus suelas chirriaron sobre el asfalto, como si se diera la vuelta.

—Es un poco tarde para pasarse a saludar, ¿no, letrada? —Me

patinaron los pies al parar. Noté los golpes sordos de mi pulso en las orejas cuando lo oí acercarse unos pasos más—. Si no estuviera seguro de que mi investigación no tiene fisuras, podría pensar que usted y Yirov traman algo.

La mente me iba a mil por hora. ¿Qué haría Kat?

Sin dejar de darle la espalda, lancé la mano derecha al aire haciéndole un saludo con el dedo corazón levantado. Nick escupió una risa mientras yo reanudaba el camino apresuradamente hacia el camión de mantenimiento.

—Siempre ha tenido un don para las palabras, Rybakov —me gritó Nick—. Nos vemos en los juzgados, letrada.

Cuando la puerta de la prisión se cerró con un chasquido, me agaché detrás del monovolumen y miré a través de las ventanillas para asegurarme de que Nick ya no estaba. Las manos me temblaron al rescatar las llaves de mi bolso. Tiritando, quité el seguro de la puerta y me fundí con el asiento del conductor.

Había estado cerca. Demasiado cerca.

Suspiré de alivio cuando el motor arrancó. Un chorro de aire frío salió por las rejillas de ventilación; encendí la calefacción y ahuequé las manos delante. Una luz tenue brotó de mi bolso abierto y metí la mano para sacar el móvil.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Vero en voz baja. Los niños llevaban tiempo dormidos. Oí de fondo el chirrido de la puerta de la despensa y el crujido delator de una bolsa.

—Ha sido terrorífico.

—¿Has conseguido ver a Feliks?

—Sí, pero me he encontrado con Nick al salir.

Vero ahogó un grito.

—¿Te ha reconocido?

—No, menos mal.

—¿Qué ha dicho Feliks?

—Al parecer, hemos hecho un trato. ¿Has sacado algo de información sobre Carl?

—Nada útil. Por lo que sé, en los cuatro meses que lleva muerto, ni una sola persona ha denunciado su desaparición. ¿No te parece raro?

—Theresa mencionó que él y su mujer habían roto. Quizá no se ha enterado de que le ha pasado algo.

—Pero ¿por qué no lo ha estado buscando Steven?

—Theresa dijo que Carl y él no tenían mucha relación. ¿Has sido

capaz de averiguar quién es el otro socio oculto?

—No estoy segura, pero tengo un candidato bastante bueno. Theresa dijo que el otro socio se llamaba Ted, que es un apodo habitual de Edward. Al buscar a Carl en Google, me apareció otro nombre. Resulta que era propietario de algunas granjas con su primo, Edward Fuller.

—Fuller. ¿Como Bree Fuller? —No me podía creer que no los hubiera relacionado antes. Ella estaba en la foto, en el medio del sándwich de cuatro. Y dijo que su padre había sido quien le había conseguido el trabajo del vivero. Pero, si Ted Fuller y Carl Westover eran primos, ¿por qué tampoco había denunciado él la desaparición de Carl?

El teléfono me vibró. Me separé el móvil de la oreja y solté un palabrota al ver el nombre de Steven en la pantalla.

—Tengo que coger esta llamada —le dije a Vero.

—Pilla unas patatas fritas y helado al volver. Yo voy a seguir buscando, a ver qué puedo conseguir sobre la mujer de Carl.

Cambié de llamada.

—¿Qué narices estás intentando liar? —me gritó Steven.

Apreté los párpados esforzándome por no perder los estribos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Todo este drama de que me están intentando volar la casa… es parte del gran plan que te has montado en tu cabeza. Y ahora tengo polis por todas mis propiedades convencidos de que alguien está intentando matarme.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá alguien sí que está intentado matarte?

—¡Eso es una gilipollez como una casa! He oído la grabación de seguridad. Tú y yo sabemos quién inició el fuego.

Me así al volante.

—Mira, reconozco que estuve en el vivero aquella noche, pero te juro, Steven, que yo no provoqué el incendio. Tienes que creerme.

—¡No tengo que creerme nada, ni una palabra de lo que acabas de decir ni lo de la voz de la grabación de las narices! Pero te juro que, como vuelvas a tenderme una trampa como esta última, ¡voy a decirle a los polis que fuiste tú quien estaba en la caseta!

La lluvia salpicaba el parabrisas.

—Espera… ¿No lo saben?

—¡Claro que no lo saben! ¿Crees que yo quiero que mis hijos vean

a su madre yendo a la cárcel por provocar un incendio? Les he dicho que no reconozco la voz de mujer de la grabación, pero, como sigas difundiendo por ahí todas estas teorías conspiranoicas locas y convenciendo a la policía de que hay un psicópata que va a matarme solo para conseguir una excusa para quitarme a los niños, voy a meter a Guy en esto y luego voy a llamar a tu hermana.

—No serías capaz.

—Anda que no. —El silencio cayó como un martillo. Los limpiaparabrisas se deslizaban con enfado de un lado a otro—. Lo digo en serio, Finlay. Déjame en paz y ni se te ocurra acercarte a menos de un metro de mis propiedades. En cuanto todo este lío haya pasado, quiero volver a tener mis fines de semana con Zach y Delia.

—Pero, Steven, no es…

Clac.

Tiré el teléfono al sujetavasos. En el monovolumen hacía un calor molesto y me retiré la peluca de la cabeza. Los zapatos mojados estaban pegados a las ampollas de los pies. Tenía la ropa empapada y lo único que quería era irme a casa.

El coche chasqueó a modo de protesta cuando le metí la marcha atrás y empecé a salir de mi escondite de detrás del camión de mantenimiento. Los faros segaron la densa llovizna mientras me dirigía hacia la única puerta abierta a la calle. Al rodear el edificio, pisé hasta el fondo el freno. Unas luces azules destellearon entre los manotazos de los limpiaparabrisas. Dos coches patrulla bloqueaban la salida que había delante de mí, con las puertas abiertas y los agentes arrodillados tras ellas y apuntándome con las armas.

Nick estaba de pie detrás de ellos, entrecerrando los ojos para ver a través del parabrisas, con una radio pegada a los labios y las arrugas marcadas de su cara capturadas por el resplandor de mis faros.

—Apague el motor y salga del vehículo con las manos arriba.

Capítulo 32

El propio Nick me escoltó hasta la comisaría. Asiéndome firmemente el brazo, me llevó a través de una puerta lateral y me hizo entrar en una sala de interrogatorios.

—¿Quieres que llame a Georgia? —me preguntó desabrochándome las esposas.

—No, por favor —añadí, frotándome las muñecas mientras él se guardaba las esposas en el bolsillo de su chaqueta. Desarrimó una silla de la mesa y me mandó sentarme; me exploró con la mirada el abrigo mojado y los tacones. Mi reflejo vibraba en el espejo oscuro de la pared, el pelo mojado se me había pegado a la frente y unas manchas alargadas de rímel se me extendían desde los ojos—. A Georgia no.

—¿Tienes alguien a quien llamar? —Se le tensó un músculo en la mandíbula—. ¿Un abogado?

—¿Me hace falta uno?

Los labios de Nick se estrecharon al darme su móvil y se apartó de mí. Cruzó los brazos y se apoyó sobre la luna de efecto espejo. El pulso se me alteró cuando pensé en que mis niños se despertarían sin mí por la mañana.

Marqué el número de Julian. Parte de mí esperaba que no respondiera. Otra parte casi gritó de alivio cuando lo hizo. Los vasos tintineaban por encima del fuerte rumor de conversaciones que se oía de fondo.

—¿Hola? —contestó Julian con cautela, como si hubiera reconocido el número. Él y Nick ya habían hablado antes, cuando Nick interrogó a los testigos de la investigación de los Mickler en The Lush.

—Hola, soy Finlay —dije intentando que no se me quebrara la voz. Siguió una pausa larga. El ruido de fondo del bar se fue reduciendo a un murmullo suave antes de disminuir del todo, como si se hubiera salido.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Dónde estás?

Levanté la vista a Nick. Él se separó de la pared, salió de la sala con

movimientos rígidos y la puerta se cerró.

—Necesito que me hagas un favor —dije con la garganta espesa—. Estoy en la comisaría. Necesito un abogado. No sabía a quién llamar. —No podía hacer frente a mi hermana. Todavía no.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Julian sonaba tensa.

—No puedo contártelo ahora mismo.

—Finlay, ni siquiera he terminado el grado. No puedo defenderte.

—Lo sé. Y nunca te pediría que lo hicieras. Pero pensé que quizá conocieras a algún abogado de oficio. Alguien que me pueda ayudar esta noche.

Julian maldijo por lo bajo.

—Déjame que haga algunas llamadas. ¿Vas a estar bien? ¿Necesitas que pase a recogerte? —Otra pregunta permaneció en el aire: ¿iban a soltarme o me retendrían aquí?

—Estoy bien. Ya encontraré a alguien que me lleve a casa. —Levanté la cabeza cuando la puerta se entreabrió y Nick pasó—. Gracias —susurré antes de colgar y tener la precaución de borrar el registro de la llamada del teléfono antes de deslizarlo por encima de la mesa hacia él. No despegué los labios hasta que el silencio resultó demasiado pesado—. ¿Cómo has sabido que era yo? —le pregunté.

Agarró la mesa con las manos. La luz fluorescente era agresiva y le revelaba la barba corta, tupida y oscura de la mandíbula y las sombras de debajo de los ojos.

—Me hiciste el corte de mangas con la mano derecha. Kat es zurda. Y nunca la habrían pillado sin su anillo de sello; es la marca de Feliks. —Se mordisqueó un labio—. Si hubiera sabido que eras tú, no habría pedido refuerzos. Finn, ¿en qué estabas pensando?

No había respuesta para eso. En su lugar, pregunté:

—¿Mi hermana lo sabe?

Nick negó con la cabeza, con los hombros caídos.

—Ni lo va a saber.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie se lo va a contar.

—¿Cómo lo sabes? —Había cuatro polis con él cuando me pillaron saliendo del aparcamiento. El departamento cotilleaba en torno al dispensador de agua como una pandilla de políticos. Alguien se lo acabaría contando. Y, cuando lo hiciera, Georgia iba a tirar la puerta

abajo y a estrangularme ella misma. Y luego se lo contaría a nuestra madre, lo cual incluso podría ser peor.

—Nadie va a hablar de esto —dijo Nick—. Ni tú ni yo. Ni ninguno de los otros agentes que estaban conmigo.

—¿Por qué?

—Porque lo hemos acordado así. —Se irguió—. Lois Pyle lleva treinta años en nuestro departamento. Celebra su jubilación el mes que viene. Si alguien se entera de que te dejó entrar sin comprobar tu documentación, perdería su puesto. Ninguno de nosotros quiere que pase eso. Si alguien pregunta, tú estabas llevando a cabo una investigación para tu libro. Yo te di una autorización hace tiempo. Era solo una simulación para tener una experiencia completa. Ya está.

—¿Por qué lo haces? Te puedes meter en un buen lío.

—Sí, bueno, quizá me lo merezca. —Se pasó una mano por la cara —. Todo esto es culpa mía. Si ayer no te hubiera contado mis sospechas sobre la implicación de Feliks, no habrías cometido esta estupidez. Finn, te juro que lo tengo controlado. Ya hemos descartado a una sospechosa…

—¿Quién?

Encajó la mandíbula, como si estuviera dudando de cuánto contarme.

—El departamento de Fauquier ha traído a Bree Fuller para interrogarla. La empresa de seguridad dijo que una mujer hizo saltar el sistema de alarma de la caseta justo antes del incendio. Cuando la empresa llamó, la mujer se identificó como Bree. Los investigadores creyeron que estaban ante un caso claro, pero al parecer la verdadera Bree tiene coartada. Sus padres confirmaron que estaba en casa con ellos, viendo la televisión. Lo corroboró con una foto. Su madre se la hizo a ella y su padre esa noche en el salón y Bree la publicó en las redes sociales. Los metadatos de la foto original dicen que se tomó más o menos a la misma hora en que la empresa de seguridad alertó a la policía del incendio.

—¿Entonces siguen sin saber quién lo provocó?

—Por eso he ido esta noche. Lois Pyle conoce a algunas personas que trabajan en la comisaría del condado de Fauquier. Le pedí que llamara a unas pocas. Me dijo que habían liberado a Bree hacía como una hora. Te prometí que le echaría un ojo al asunto y eso es lo que estoy haciendo. Ahora sabemos que nuestro sospechoso es una mujer. Y que conoce de cerca los negocios y la vida personal de Steven. Dado

que Theresa se deshizo del dispositivo de rastreo y que su mejor amiga está desaparecida según la denuncia que ha presentado su marido, mi apuesta va para Theresa Hall y Aimee Reynolds.

—¿Aimee Reynolds?

—No ha vuelto a casa desde el sábado y su marido dice que ha dejado pelada la cuenta de ahorros que comparten. Imagino que ella y Theresa están compinchadas en esto.

Aimee Reynolds.

La Aimee que haría cualquier cosa por Theresa, incluso deshacerse de un cadáver. La Aimee que sabía cómo moverse con sigilo por Internet. Cómo solucionar un problema. Que se había peleado con Steven por estar con los niños. Que acababa de dejar peladas sus cuentas bancarias. Probablemente para pagarle a LimpioFácil y que termine su cometido.

Nick me tomó por el hombro cuando me levanté disparada de la silla.

—Sé lo que estás pensando, pero no hay motivos para entrar en pánico. Tengo un coche camuflado vigilando la casa de Steven y siguiéndolo a todas partes. Joey va a estar allí hasta que encuentre un equipo para cubrir los turnos las veinticuatro horas del día. Vamos a hacer todo lo que podamos para garantizar su seguridad hasta que encontremos a Theresa y a Aimee y averigüemos quién causó el incendio. —Me sentó delicadamente otra vez en la silla y soltó un suspiro de frustración—. Hoy podrías haber acabado muerta. Sé que estabas asustada. Que solo lo has hecho para proteger a tu familia. Pero no se negocia con terroristas, Finn, y justo eso es Feliks. Da igual lo que diga; no puedes confiar en sus promesas. —Nick cogió la silla que estaba enfrente de la mía y la giró para cambiarla de sitio y colocarla delante de mí. Dejándose caer en ella, puso los codos sobre las rodillas, con la cabeza gacha y cerca de la mía.

—¿Qué te ha dicho Yirov cuando le has preguntado por los intentos de matar a Steven?

La boca se me abrió y se me volvió a cerrar. Nick pensaba que había ido a la cárcel a negociar la vida de Steven.

—N-nada —tartamudeé.

—¿Te ha dicho algo sobre quién podría ser el responsable?

—No.

La tensión se le fue de los hombros.

—Bien.

—¿Bien? ¿Por qué iba a estar eso bien?

—Porque, si no confesó nada que pueda usarse en su contra en el juicio, Kat quizá no presente cargos contra ti. —Hubo un momento de silencio en el que Nick dejó que lo asimilara. Me rodeó la barbilla con la mano e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos—. Finn, voy a dejarte salir de aquí. Y ninguno de nosotros va a decir ni una palabra de esto. Con suerte, Kat y Feliks tampoco. Pero tienes que jurarme que, la próxima vez que estés asustada, recurrirás a mí. Sé que estás preocupada por Steven, pero prométeme que vas a dejar que los profesionales nos encarguemos del asunto.

Asentí con la cabeza sobre su palma y casi se me sale el corazón por la boca cuando alguien dio unos golpecitos en la puerta. Nick dejó caer la mano cuando uno de los agentes que me había sacado del monovolumen una hora antes asomó la cabeza por la puerta.

—Ya está aquí.

Sin decir una palabra, Nick se levantó de la silla y salió al pasillo. A través del hueco de la puerta vi que los hombros se le soltaban como si le hubieran quitado un peso de encima. Como si quizá hubiera esperado a otra persona. Su cuerpo me tapaba la vista de quienquiera que fuera el abogado defensor que Julian había conseguido improvisadamente para ayudarme. Lo único que distinguía a través del hueco entre las piernas de Nick eran unos pantalones negros arreglados y unas bailarinas negras sencillas.

—Gracias por venir —dijo mientras se estrechaban la mano—. Siento haberla hecho venir tan tarde para nada. Ha sido todo un malentendido.

—¿Cómo? —La voz de la mujer sonó escéptica.

—Verá, es que la señora Donovan es escritora. Vino aquí a documentarse. Yo lo autoricé hace tiempo, pero a algunos de mis uniformados no les llegó la información y deben de haber malinterpretado la situación.

—¿De verdad? Me han dicho que era usted quien la tenía detenida. —Un pelo castaño rojizo enmarcaba un par de ojos grandes y verdes que me resultaban familiares y que miraron por el hueco de la puerta por encima del hombro de Nick. El estómago me dio un vuelco.

Él se aclaró la garganta.

—La señora Donovan solicitó que su experiencia fuera lo más auténtica posible.

—¿Y para eso hacían falta esposas, retenerle el vehículo y llamar a

un abogado? —Parker rodeó a Nick, empujó la puerta y se detuvo en seco cuando nuestras miradas se encontraron. El reconocimiento mutuo se produjo despacio, como un fluorescente al encenderse.

—Imagino qué le debe de parecer esto —dijo siguiéndola adentro de la sala—, pero ha sido todo un gran malentendido. A la señora Donovan no se la acusa de ningún delito.

—Entonces, ¿por qué está en una sala de interrogatorios?

Nick levantó las manos.

—Tiene usted toda la razón. Ha sido un error por mi parte dejar que esto llegara tan lejos, pero, como he dicho, no está metida en ningún lío. —Nick se acercó a mí y me puso una mano en el hombro —. Es tarde. Seguro que quiere irse a casa.

Parker estrechó los ojos mientras su mirada iba de Nick a mí y viceversa.

—Si no le importa, me gustaría hablar con mi clienta.

Él me miró con recelo. Cuando asentí, nos dejó solas y cerró la puerta al salir.

Me envolví con los brazos para evitar un escalofrío.

—Gracias por venir —dije con voz queda.

La compañera de piso de Julian no se molestó en responder a mi sonrisa incómoda. Las dos sabíamos que no había venido por mí. Dejó su bolso *satchel* en la mesa. Ninguna de nosotras se sentó.

—¿Te importaría explicarme que está pasando exactamente?

—Ya lo ha explicado el inspector Anthony. Estaba documentándome para mi libro y la cosa se nos ha ido de las manos a todos. Ya está.

—¿Suplantar la identidad de una abogada? ¿Colarte en una cárcel? ¿Eso es írsete de las manos? Ya te digo que sí. Si ese inspector no te estuviera cubriendo, estarías pasando la noche entre rejas. —Inclinó la cabeza para examinarme—. ¿Hay algo entre vosotros dos que debería saber?

—Con todo el respeto, eso no es asunto tuyo.

—No estoy de acuerdo. Julian es mi amigo. Es una buena persona, aunque un poco confiado. No se merece que lo utilicen ni lo engañen.

—Estupendo, porque no estoy haciendo ninguna de las dos cosas.

Se rio bruscamente y sin alegría.

—Julian tenía razón. Eres un desastre con patas. Haznos un favor y, la próxima vez que te metas en un lío, no lo llames. Le espera un futuro muy brillante y le irá mucho mejor sin ti. —Cogió su bolso de

un tirón. No me molesté en discutirle nada mientras abría de golpe la puerta y se marchaba echando pestes.

Nick entró en la sala de interrogatorios con su abrigo en el brazo.

—Venga —dijo abriéndolo para mí—, te llevo a casa. —Me abrigó con la gruesa cazadora y me guio hasta una puerta lateral. Parker estaba en la acera, bajo la lluvia, con el móvil pegado a la oreja y peleándose con un paraguas. Nuestras miradas se cruzaron mientras Nick me rodeaba con un brazo y me acompañaba hasta su coche.

Capítulo 33

Nick estuvo dolorosamente callado durante el corto trayecto a mi casa. Era casi la una de la madrugada cuando entró en la rampa de mi cochera; ambos aturdidos, mirábamos el parabrisas con el motor del coche aún en marcha. La casa de la señora Haggerty estaba a oscuras, pero en el espejo retrovisor de mi lateral juraría que capté el destello de una cortina que se corría en la ventana del piso de arriba.

—Te traeré el monovolumen por la mañana —dijo después de un largo silencio—. Joey y yo vendremos en él. Es mejor que no vuelvas a la comisaría. No queremos que nadie haga preguntas.

No tenía de qué preocuparse. Yo no tenía interés alguno en volver allí jamás. Asentí y me desabroché el cinturón de seguridad.

—Gracias por traerme a casa.

—Sí, bueno, es que no he visto que nadie más fuera a por ti. —Hubo un matiz áspero y cansado en ese tono, pero tan solo era eso, un matiz.

—Sé que estás enfadado conmigo. No tenías que hacer lo que has hecho por mí hoy.

Nick se giró hacia mí con ojos escandalizados, grandes e iluminados por la luz de la ventana de mi cocina.

—Finn, no estaba solo enfadado contigo. ¡Estaba aterrorizado! Te has puesto en el radar de Feliks Yirov. De ninguna manera iba a dejar que pasaras la noche allí ni que volvieras sola a casa.

—Voy a estar bien.

—Sí, lo vas a estar. —Su atención cambió al espejo retrovisor mientras un coche de policía camuflado pasaba por delante de la entrada de mi cochera y se paraba. Nick suavizó la voz—. El agente Roddy va a estar echándole un ojo a tu casa hasta que me asegure de que Yirov no es un problema.

—No hace falta que lo hagas —le indiqué.

—No voy a largarme solo porque las cosas se pongan feas. Tu abogado desaparecido debería haber ido a por ti esta noche.

Me estremecí al sentir las palabras de despedida de Parker aún resonando en mi cabeza como disparos.

—Es complicado.

Se volvió en su asiento para mirarme a la cara.

—No, Finn, en realidad es bastante sencillo. Te mereces a alguien que vaya a quedarse a tu lado.

—¿Y tú quieres ser esa persona? —contraataqué.

Apretó los dientes y apartó la mirada. Me retiré su chaqueta y fui a abrir la puerta.

—Es tarde. Debería irme.

—Finn, espera…

—Gracias. Por todo. —Me bajé del coche antes de darle la oportunidad de responder. El viento frío me atravesó la ropa húmeda y las manos me temblaron al agarrar torpemente las llaves en la oscuridad. La puerta principal se abrió antes de que lograra introducirla en la cerradura.

Vero se lanzó hacia mí para abrazarme.

—¡No te han metido en la cárcel!

—Todavía —dije con la boca en su pelo, tratando de respirar con el cuello atenazado por sus brazos.

—Me preocupé mucho al ver que no venías. Luego Nick me llamó y me dijo que estabas retenida y me agobié y me comí una bolsa entera de Oreos. —Me apretó más fuerte y susurró—: Necesito saber si ha sido como en tu libro. ¿Habéis echado un polvo salvaje y apasionado en la cárcel antes de que te trincara?

Me aparté para mirarla, boquiabierta. El rímel se le había corrido por la cara en forma de largos filamentos y tenía las comisuras de la sonrisa espolvoreadas de migas de galleta.

—¿Has estado fisgoneando en mi ordenador?

—Eso no es fisgonear. Como contable, tengo un interés personal en el éxito de tu libro. Que me encanta, por cierto.

La luz de los faros delanteros de Nick nos pasó por encima mientras daba marcha atrás. Me giré para ver su coche parado junto al del agente Roddy, con las ventanillas bajadas.

—¿Por qué está el agente Roddy ahí fuera? —me preguntó.

—Mejor que no lo sepas. —Cerré la puerta tan suavemente como pude para no despertar a los niños.

Vero me ayudó a quitarme el abrigo, empapado de la lluvia.

—Estás helada. Ve a secarte y caliéntate. Y luego baja enseguida y cuéntame todo lo de las esposas.

Sacudí la cabeza mientras me retiraba a mi cuarto; me despegué la

ropa mojada y me puse un pijama calentito de franela. Me senté en el borde de la cama con la cabeza en las manos. El móvil parpadeó a mi lado. Recelosa, lo cogí y leí el mensaje de Julian:

«Ya estamos cerrando. Tiraré para casa pronto. Llámame cuando puedas. Estoy preocupado por ti.»

Me había llegado antes de que Parker se presentara en la comisaría.

Dejé el teléfono bocabajo. Lo volví a coger y me quedé mirándolo antes de marcar su número.

Me contestó al primer tono.

—¿Estás bien? —Parecía estar completamente despierto. Agotado.

—Sí. He podido irme a casa.

—Ya me lo han dicho.

Hubo un silencio demasiado largo.

—¿Qué más te han dicho?

—Lo suficiente como para saber que hay algo más. ¿Quieres venir a casa y me cuentas qué es lo que ha pasado de verdad?

Caminé hasta la ventana, levanté el borde de las persianas y estiré el cuello para ver la silueta oscura del sedán del agente Roddy en la manzana de enfrente. Me acomodé en la cama y me tumbé sobre las almohadas, con un brazo bajo la cabeza, contemplando el techo.

—No puedo.

—Pues voy yo para allá.

—No, por favor.

—¿Por qué no?

—Porque hay un coche de policía camuflado vigilando mi casa.

—¿Del inspector Anthony? —Hubo una pequeña aspereza en el tono que empleó, una fricción que nunca había notado en él.

—No. Uno de sus amigos está aparcado en mi calle.

—Finlay, ¿qué está pasando?

—No es nada.

—Que te pillen colándote en una cárcel sí es algo. Y que tengas vigilancia policial en tu casa también. ¿A quién has ido a ver esta noche? ¿A Yirov? —Apreté fuerte los labios. Nick y yo habíamos acordado no contárselo a nadie. Había demasiadas personas en riesgo de perder su trabajo, por no mencionar la futura carrera de Julian si alguien descubría que me había ayudado, consciente o inconscientemente—. Cuando me llamaste antes… Las preguntas que me hiciste… No ibas a la cárcel a investigar para tu libro. Fuiste a hablar con él. ¿Por qué?

—No te lo puedo decir.

—Creía que éramos sinceros el uno con el otro.

—Negación plausible. Cuanto menos sabes, menos tienes que ocultar.

—Ya te dije que no te oculto nada. Y no tienes que esconderte de mí. Joder, Finlay, es solo que no me mientas.

Esas palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago.

—No te miento. Es que no puedo contártelo todo. Y créeme que preferirías que no te lo contara.

—No me digas lo que prefiero o no.

Me resintí de la dureza de su tono.

—¡Julian, mi vida no es un perfil de Instagram bonito y bien organizado! ¡Tienes razón: soy un puñetero desastre con patas! Y eso significa tener barreras para niños y cerraduras de seguridad. Significa tener sillitas para el coche y cambiar pañales y un exmarido controlador; una madre entrometida, metomentodo y testaruda; y una hermana policía! Significa que hay cosas que he hecho que probablemente preferirías no saber. Y quizá es mejor que haya partes de mí que ahora mismo no puedas ver. Porque, si fueras sincero de verdad contigo mismo, reconocerías que todo esto te asusta y que no quieres que te etiqueten en una foto con nada de esto.

Se hizo el silencio en la línea.

—¿Qué es lo que piensas que quiero de ti?

—Eso es lo que yo sigo preguntándome. —Di un suspiro tembloroso y me cubrí la cara con un brazo—. Julian, soy una madre soltera de más de treinta años. Tengo dos hijos y un trabajo cuestionable. Tú eres un universitario joven, maravilloso, con una carrera prometedora y toda la vida por delante. Yo ni siquiera tengo seguro médico. —Apreté los párpados para mitigar la quemazón que estaba empezando a sentir debajo.

—¿Es eso? —Su voz queda sonó ronca de la emoción—. ¿Crees que no eres lo suficientemente buena para mí y por eso quieres dar lo nuestro por perdido? —El nudo de la garganta me impidió hablar—. Tienes razón. Tienes muchas cosas que resolver, Finlay, pero no las que te preocupan. Quizá yo no sea el único que no es sincero consigo mismo.

Tras una pausa larga, la línea se cortó. Mantuve el teléfono en la oreja, deseando retirar muchas cosas de las que había dicho.

Vero llamó suavemente a mi puerta al entreabrirla. Asomó la

cabeza y su coleta oscura se meneó por la abertura.

—¿Quieres compañía?

No esperó una respuesta para entrar en mi habitación con sus pantuflas de pelito y la bata de franela de estar en casa y ponerme un tazón de cacao caliente en las manos. Estaba rebosando de nubes. Vero se subió a mi cama y se echó hacia atrás para apoyarse en el cabecero, junto a mí. Di un sorbo a la bebida y tosí al sentir un rastro de licor calcinándome la garganta.

Vero se rio en silencio bebiendo de su tazón.

—Me imaginé que te vendría bien. ¿Quieres hablar del tema?

—Creo que acabamos de romper. Pero no estoy segura de quién de los dos lo ha hecho.

Le conté a Vero todo lo que había pasado desde que Nick me había pillado saliendo de la prisión hasta la parte en que Parker se presentó para defenderme.

—Bueno —dijo limpiándose la boca de restos de malvavisco—, eso explica por qué Julian estaba tan molesto.

—¿Porque lo he utilizado para conseguir información y hacer algo ilegal?

—No, porque está celoso.

—No está celoso. Está cabreado.

—Finn, está frustrado porque no ha podido ser quien te salvara y Nick sí. Mandó a Parker pensando que iba a ser tu héroe y ella probablemente se dio media vuelta para contarle que el otro ya lo tenía controlado. Y ahora no le has contado lo que ha pasado en realidad, así que se siente impotente por no poder hacer nada.

—Que pida ayuda no significa que quiera que me salven.

Vero se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Los hombres son débiles. Dale tiempo. Ya volverá. —Se sacó una botella de media pinta de burbon del bolsillo de la bata y vertió otro chorrito en mi chocolate caliente antes de ponerse más en el suyo—. ¿Crees que Feliks va a cumplir su parte del trato?

—Tampoco es que le haya dejado opción.

—Suponiendo que tira la web abajo, ¿qué hacemos después?

—Tenemos que encontrar a Theresa y Aimee antes que la policía.

—¿De verdad crees que Aimee es Hartita?

—Tiene que serlo. Tiene los medios para contratar a alguien como LimpioFácil, odia a Steven y la fecha del anuncio coincide: él acababa

de dejar a Theresa. La mejor amiga de Aimee estaba sola entre rejas y le era más fácil culpar a Steven del asesinato de Carl si no estaba vivo para defenderse.

Si tenía razón y Aimee era Hartita, entonces encontrarla era clave para resolver todos nuestros problemas. Recuperaríamos mi móvil perdido, nos desharíamos de nuestro pedazo de Carl y utilizaríamos lo que sabíamos de su implicación en el asesinato para persuadirla de que contactara con LimpioFácil para que retirara el encargo. El plan habría sido perfecto hubiera sabido por dónde empezar.

Capítulo 34

La mañana siguiente me desperté temprano y me encontré el monovolumen aparcado delante de la cochera y un mensaje de Nick en el móvil, en el que decía que había dejado las llaves debajo del felpudo. Salí arrastrando los pies, en pijama y pantuflas, para recogerlas y saludé con la mano al sustituto del turno de día del agente Roddy antes de meter el monovolumen en el garaje.

Cuando me estaba acomodando en la cocina con la primera taza de café del día, alguien llamó con fuerza a la puerta principal. Me asomé entre las cortinas y divisé el coche de mi hermana. Cerré los ojos y proferí un taco. El cotilleo había tardado menos de veinticuatro horas en llegarle. Con un suspiro, abrí la puerta.

—¡Hola, Finn! —Georgia me puso una mano en el hombro para entrar—. Prepara a los niños, que se van.

—Ya están listos. Vero va a llevar a Delia al cole.

—No va a ir al cole. Tengo los próximos dos días libres. Me los llevo a casa.

—¿A tu casa? —pregunté, sospechando de inmediato de su tono entusiasta—. ¿Por qué? O sea…, no es que me queje, pero ¿eres consciente de que eso implica cambiar pañales? —La seguí hasta la cocina, donde se sirvió una taza de café y un puñado de cereales de la despensa.

—Nick me ha llamado esta mañana. Me ha dicho que alguien se quiere cargar a tu exmarido. Y, aunque imagino que la lista de candidatos debe de ser bastante larga, tiene la teoría de que Feliks Yirov está vinculado a todo el asunto. Algo de una publicación que había encontrado en Internet.

El anuncio. Nick debió de haber encontrado el foro anoche. Georgia se encogió de hombros introduciéndose un puñado de Cheerios en la boca y habló mientras masticaba:

—Tiene buen instinto. Si le preocupa tanto como para ponerte un agente en casa, entonces probablemente sea inteligente que los niños se queden en otro sitio durante un tiempo. Nick tiene a su compañero cubriendo la casa de Steven y no dispone de personal suficiente como

para poner otro turno en casa de papá y mamá, así que me ha propuesto que me quede con Zach y Delia durante un par de días, hasta que consiga resolver todo el asunto.

—¿No mencionó nada más? —le pregunté, cauta.

—Eso y una diatriba de que una página web ha desaparecido de Internet esta mañana. Parecía bastante alterado por eso.

El foro. Feliks debía de haber ordenado a su gente que lo cerraran durante la noche.

Ya estaba. Lo habíamos hecho. Ahora solo teníamos que dar con Theresa y Aimee antes que él.

—¿Sabes dónde está Nick ahora? —Si se había marchado a casa a dormir, empezaríamos la búsqueda con una ventaja considerable.

—Está siguiendo una pista del confidente desaparecido al que anda buscando.

Posé el café en la mesa.

—¿Tiene una pista?

Georgia se encogió de hombros.

—Eso parece. Me colgó antes de que tuviera la oportunidad de preguntárselo. Ya sabes cómo se pone.

Lo sabía muy bien. Lo suficiente como para tener claro que Nick desde luego que no estaba en casa durmiendo.

—Voy a por los niños. —Salí de la cocina, corrí escaleras arriba y casi atropellé a Vero, que estaba escuchándonos a escondidas en el pasillo.

—¿Lo has oído? —le pregunté arrastrándola a mi dormitorio—. Cam probablemente guarde copias de todo lo que encontró en el foro de mujeres. Si Nick lo encuentra y se hace con esos archivos, todo lo que arriesgamos anoche habrá sido para nada.

—Tenemos que encontrar a Cam antes que él —susurró Vero.

—Pero Nick dijo que no estaba ni en casa ni en el instituto.

Vero sacudió la cabeza.

—Cuando alguien se mete en líos, no se esconde donde se lo espera. Ni en casa ni con familiares. Se refugia con un amigo. O quizá con un cómplice; alguien que tiene lo mismo que perder que él si los encuentran.

Como Aimee y Theresa. O Vero y yo. Ella se mudó a mi casa justo después de que enterráramos un cadáver.

—¿Con quién se escondería alguien como Cam?

—Prepara a los niños —dijo Vero cogiendo una sudadera del cajón

de mi cómoda y tirándomela a las manos—. Te espero en el Charger donde el parque infantil. Quítate a tu hermana de encima y sal por detrás. Tengo una idea bastante buena de dónde puede estar nuestro hacker desaparecido.

Una hora después, Vero aporreó con los nudillos el mostrador de la tienda de reparaciones informáticas. Derek estaba sentado tras la caja mirando fijamente el móvil.

—Buscamos a Cam —dijo Vero con brusquedad.

—No lo conozco —repuso él sin levantar la vista.

—La última vez que estuvimos aquí nos diste su tarjeta —le recordé—. Nos dijiste que podría ayudarnos a solucionar un problema de redes.

—Lo siento, pero no me suena.

Vero se acercó a su cara y elevó la voz.

—Déjame refrescarte la memoria, Derek. Es como de tu edad. Rubio. Delgaducho. Sabelotodo. Y, según tú, se le da muy bien borrar fotopollas muy feas.

Dos chicas que estaban en la sección de accesorios se pusieron de puntillas para mirarnos por encima del separador. Derek se hundió aún más en el taburete.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—No sé por qué te empeñas en encubrir a ese mindundi. Sobre todo después de que me ofreciera comprarle fotos tuyas en pelotas.

Derek subió la cabeza de golpe. Soltó el móvil en el mostrador y volcó el taburete al levantarse para empujar la puerta de empleados que había detrás de él. Vero y yo nos apresuramos a seguirlo cuando la abrió y pasamos a una zona de descanso con una cocina pequeña y un sofá andrajoso. Cam estaba ahí dentro, sentado a una mesa de plástico y sujetando un granizado grande contra un lado de su cara.

—¿Pero qué narices, tío? —gritó Derek.

Nuestro hacker se levantó de un bote de su silla. Un tajo profundo le rajaba el pómulo y el ojo izquierdo lo tenía hinchado y cerrado. El otro se le agrandó al verme. Mantuvo el granizado protectoramente cerca de sí cuando Derek se le acercó en tropel y lo acorraló en un rincón.

—Ha sido fácil —dijo Vero antes de marcharse de la sala.

—¡Te pagué para que te deshicieras de esas fotos! —Le tiró el granizado de golpe y la pared se salpicó de hielo naranja.

—¡Oye, que me lo estaba bebiendo!

Derek agarró a Cam del cuello de la sudadera y lo levantó hasta que sus pies solo tocaban el suelo con la punta de las zapatillas. Sonó un timbre en algún lugar de la tienda. Se quejó con un taco y lo soltó de un empujón.

—Tienes suerte de que haya un cliente, gilipollas. Pero tú y yo no hemos acabado.

Derek salió pesadamente de la sala de descanso. Vero se coló enseguida, cerró de golpe y echó el pestillo. Cam se puso tenso y pegó la espalda contra el rincón mientras Derek se daba cuenta de su error y empezaba a golpear la puerta.

—No es que tenga muchas luces —dijo Vero sacudiéndose las manos.

Me giré hacia el frigorífico y rebusqué en el congelador hasta conseguir sacar un paquete de comida congelada, que puse sobre el moratón que tenía Cam en la cara. Se estremeció y lo apartó de un manotazo.

—¿Quién te ha hecho eso?

Me quitó la comida precocinada y se presionó cuidadosamente con ella el pómulo.

—No te voy a contar una mierda. Suficientes problemas tengo ya por tu culpa.

—¿Ha sido Feliks? ¿Te lo han hecho sus hombres?

—Mira —dijo dejándose caer en la silla—, ese foro era muy turbio. Yo por mi parte me voy a olvidar de que lo encontré. Y por tu bien tú también deberías.

Me senté delante de él y me fijé con detalle en el corte de la mejilla, que ocultaba en parte la caja de pasta congelada. Había tenido cuidado de no revelar su nombre; solo dije que el chivatazo me había llegado gracias a un confidente. Si Feliks sabía que Cam era el informante de la policía, que tenía registros del foro, tenía suerte de seguir vivo.

—Necesito la información que le ibas a dar al inspector Anthony.

—Lo siento, pero tendrás que aguantarte con un no.

—Nos debes cincuenta dólares —le recordó Vero.

Cam hizo un gesto con la cara.

—¡Me los gané! —La apartó cuando le examiné los moratones.

—Encontraste algo sobre LimpioFácil, ¿verdad? —le pregunté y su mueca de decepción me confirmó las sospechas—. Si sabes quién es,

tienes que decírnoslo. Es una cuestión de vida o muerte, Cam. ¡Tenemos un trato!

—Yo no tengo que decirte nada. —Se sobresaltó cuando Derek gritó su nombre al otro lado de la puerta.

—¿No quieres hablar? Allá tú. Os dejaremos solos a ti y a tu coleguita para que os pongáis al día. —Vero se giró hacia la puerta, con la mano dispuesta a girar el pestillo.

—¡Vale, os lo digo! —Cam soltó la comida congelada y miró a la salida de emergencia del lado opuesto de la sala—. Pero no puedo hacerlo aquí. Iré con vosotras, pero quiero un sitio seguro donde quedarme. Un lugar donde nadie me encuentre. Si no, no os doy los archivos.

—Bien —dije—. Puedes quedarte con el primo de Vero.

Vero se volvió hacia mí.

—¡No!

—¿Y qué hago si no? —le discutí—. ¿Lo llevo a casa de mi hermana?

—Quiero una habitación de hotel —pidió Cam—. Uno bueno. Con desayuno gratis e Internet ilimitado. Y quiero otro granizado.

—Hecho. —Era mejor idea que dejarlo dormir en mi sofá—. Vámonos.

Lo seguimos por la salida de emergencia hacia el sol reluciente de la tarde que caía sobre el aparcamiento. Los gritos de Derek quedaron lejanos cuando la puerta se cerró. Vero tardó un instante en orientarse mientras pulsaba el mando de la llave del coche. Las luces de su Charger destellearon a unas filas de distancia de nosotros. Cam se encorvó dentro de su chaqueta y recorrió el aparcamiento con una mirada furtiva al montarse en el coche de Vero. Se hundió en el asiento trasero mientras ella arrancaba el motor. Me retorcí en mi asiento.

—Ahora habla. ¿Quién es la mujer?

Cam no abrió la boca; tenía los ojos entrecerrados y la vista puesta en el móvil de su regazo. Estaba claro que no tenía intención de cumplir lo prometido hasta que estuviera disfrutando del chollo de la habitación de hotel con su granizado; le mandé a Vero que parara en un 7-Eleven para comprarle su bebida extragrande naranja chillón. Cam dio un par de sorbos largos y luego se presionó el pómulo con el vaso helado.

—¿Ahora a dónde? —preguntó Vero.

—Me quedaré en la del Ritz-Carlton de quinientos dólares, en Alexandria —murmuró él desde el asiento trasero.

—Hay un Holiday Inn Express allí enfrente —sugerí.

—Al parecer, no te importa nada mi salud ni mi seguridad.

Vero sacudió la cabeza.

—Necesitamos un motel. Un sitio que nos acepte efectivo y donde nadie se acuerde de él fácilmente.

—¿Y este? No está lejos de aquí. —Le extendí mi móvil, que mostraba una foto de un edificio de una sola planta con una decena de habitaciones que daban a un aparcamiento. Tenía una tienda de bebidas alcohólicas a un lado y un sex shop al otro.

—Perfecto —dijo Vero—. Vamos allá.

Cam se enfrascó en los vídeos de su móvil, sorbiendo del granizado con la pajita y una fuerza muy molesta, mientras yo comprobaba la ruta para llegar al motel. Vero llevó el coche a la parte trasera, donde no se lo veía fácilmente desde la carretera.

—Voy a entrar a reservarle una habitación al niño prodigio.

Extendió una mano. Hurgué en el bolso *satchel* que le había cogido la noche anterior, apartando la peluca castaña y extrayendo la cartera. Le puse unos billetes de veinte en la palma de golpe y se bajó; dejó el coche con el motor encendido.

—Habíamos acordado que me traeríais a un sitio bueno —dijo Cam —. Esto es un cuchitril.

—¿Te has visto la cara? —le pregunté orientando el retrovisor hacia él—. ¿Y cuándo fue la última vez que te duchaste? Pareces un fugitivo. Si te llevamos a un sitio bueno, el empleado de la recepción llamará a la policía. Te están buscando, por cierto.

Eso le calló la boca. Se hundió aún más en el asiento y miró por la ventana con odio.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes.

—Sigues hablando de «ella», como si fuera una mujer. ¿Por qué estás tan segura de que LimpioFácil es una pava?

—Porque es un foro de mujeres. Ya sabes, para mu-je-res.

—También es Internet. Todo el mundo puede ser todo el mundo. ¿Quién crees que convenció a Derek de que mandara las fotopollas?

—Espera —dije retorciéndome en el asiento—. ¿Me estás diciendo que te hiciste pasar por una tía que le pidió fotos desnudo a tu amigo solo para cobrarle por borrarlas?

—Así es. —Parecía orgulloso de sí mismo de verdad—. Nunca des por sentado que conoces a la persona con la que estás tratando en Internet.

—No tengo que dar nada por sentado. Dentro de unos minutos vas a tener tu habitación de motel y me lo vas a contar todo.

—¿No lo vas a coger? —Cam señaló mi móvil con la cabeza , que estaba en mi regazo recibiendo una llamada. El nombre de Nick brillaba en la pantalla.

Apagué el motor y me guardé la llave en el bolso.

—Quédate aquí —le dije a Cam—. Vengo en un minuto. —Me fui con el teléfono al lateral del edificio antes de cogerlo—. Nick.

—Hola, ¿sabes algo de Steven? —Una sirena de policía ululó dos veces de fondo y él tocó el claxon.

Se me erizó el vello de los brazos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Está bien. Pero ha tenido un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—A su camioneta se le ha reventado un neumático. Ha conseguido dirigir el coche hacia la cuneta; se ha chocado con un árbol, pero no parece que haya habido muchos daños. Joey y yo acabamos de volver del lugar del siniestro. No puedo decirte mucho de por qué ha reventado el neumático, pero uno de los otros tres parecía que lo habían rajado.

«Hostia.»

—¿Dónde está Steven?

—Esperaba que estuviera contigo.

—Pensé que tenías a gente que lo estaba vigilando.

—Así era, pero se enfadó. Dijo que no quería polis en su propiedad. Joey estaba pasando la noche lo más cerca posible de la casa, pero debió de salir por detrás. Para cuando mis hombres encontraron la *pickup,* ya se había ido. El conductor de la grúa recuerda haberlo visto subirse a una furgoneta.

La garganta se me tensó.

—¿Qué clase de furgoneta?

—No lo sabemos. El conductor dice que estaba demasiado ocupado intentando sacar la *pickup* de la cuneta como para fijarse. Es lo único que dice recordar. Pensé que quizá Steven te hubiera llamado para recogerlo.

—No —dije andando de un lado a otro—. No sé nada de él.

Nick soltó un taco entre dientes.

—Quizá fuera algún tipo de servicio de transporte. Muchos taxis y Uber son furgonetas. ¿Los niños han llegado a casa de Georgia?

—Los ha venido a recoger esta mañana.

—Bien. —Su voz perdió algo de tensión—. Estoy vigilando tu casa por si acaso Steven tira para allá. Roddy contactará conmigo o con Joey en el momento en que alguien lo vea. Si sabes algo de él, quiero que me llames. Hasta que no averigüe qué está pasando, quiero que te quedes en casa con las puertas cerradas con llave. Joey está yendo a casa de Steven por si acaso aparece por allí. Yo estoy yendo a la comisaría a activar una alerta de desaparecidos. Iré a tu casa en cuanto sepa algo más. Finn…

—¿Sí?

—Voy a encontrarlo. Te lo prometo. —Nick colgó.

Me lo quería creer más que nada en el mundo.

Las manos me temblaron al marcar el número de Steven. Mi llamada fue directamente al buzón de voz.

—Steven, soy Finn. Llámame en cuanto escuches esto.

Bloqueé el móvil andando por el callejón que había detrás del motel. Si LimpioFácil lo había secuestrado, yo tenía una oportunidad mejor de encontrarlo. En cuanto Vero terminara de pagar la habitación, obligaría a Cam a que me dijera todo lo que supiera.

El motor retumbó al encenderse. Rodeé el edificio corriendo para juntarme con ella. El Charger frenó con un chirrido de neumáticos a unos centímetros de mis rodillas. Los ojos de Cam se agrandaron tras el volante. Saltaron al retrovisor de su lateral cuando Vero salió como un rayo del vestíbulo. Él giró con fuerza y pisó el acelerador; los neumáticos rechinaron cuando salió del aparcamiento quemando rueda.

—¡Me ha robado el coche! —gritó Vero—. ¿Lo has dejado solo con la llave?

—¡No! —repliqué meneándola delante de ella—. Me la he llevado. Lo único que tenía ahí era el granizado y su móvil.

—Y YouTube —dijo arrebatándomela—. Tiene YouTube en el móvil. ¡Ese mindundi debe de haber aprendido a hacer un puente en mi coche! Ya está. —Se sacó el teléfono del bolsillo—. Voy a llamar a la policía.

Se lo quité de golpe.

—¡No puedes llamar! ¿Qué les vas a decir? ¿Que le acabamos de

reservar una habitación a un chaval que está huyendo de ellos? Cam sabe demasiado de nosotras. No puedes denunciarlo. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Qué es más importante que mi coche?

—Nick me acaba de llamar. Steven ha desaparecido. Y estoy bastante segura de que LimpioFácil lo tiene secuestrado.

Capítulo 35

Vero y yo cogimos un Uber desde el motel para ir a casa. Necesitábamos un coche para buscar a Cam y el monovolumen era lo único que nos quedaba. El conductor nos dejó en el parque del final de nuestra calle; atajamos por los jardines traseros de los vecinos y nos acercamos a hurtadillas a la parte trasera de nuestra casa por la puerta lateral de la cochera, para evitar que nos vieran el agente Roddy y la señora Haggerty.

Vero metió la llave en la cerradura.

—Qué raro —susurró.

—¿El qué?

—No estaba la llave echada. —Abrió la puerta unos centímetros. De detrás de la sombra pesada de mi monovolumen salían una serie de sonidos metálicos—. Hay alguien ahí —me susurró—. ¿Qué hacemos?

—Yo voy por aquí —dije—. Tú entra desde la cocina. —Vero asintió y caminó de puntillas hasta la puerta corredera de la parte trasera de nuestra casa.

Me metí en la cochera y me agaché detrás del monovolumen para asomarme. Una figura me daba la espalda, de pie, delante de mi banco de trabajo; estaba examinando mis herramientas nuevas bajo el halo tenue de la luz de la bombilla pelada que colgaba por encima de su cabeza. Me acerqué hasta que lo vi de perfil. Steven comprobó mi llave inglesa y la tiró al banco con un suspiro enfurecido. Cogió mi navaja multiusos nueva y la dobló para inspeccionar la hoja. No sabía si sentirme aliviada o cabreada de que siguiera vivo.

Me levanté y grité:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Steven soltó un taco. La navaja cayó al banco con un golpetazo sonoro y se giró agarrándose el pecho. Señaló con un dedo las herramientas mientras se acercaba acechándome.

—Tú y yo vamos a tener que hablar de esto. Sé lo que estás intentando hacer, pero has ido demasiado lejos, Finlay. ¡Tienes a todo el cuerpo de policía convencido de que hay alguien que me va a matar!

—¡Es que hay alguien que te va a matar! ¡Es lo que he estado intentado decirte!

—Tiene que acabarse. Ya. Antes de que alguien termine herido.

—¿Qué haces? —retrocedí hasta el lateral del monovolumen cuando me agarró.

—Te voy a llevar a la comisaría.

—¡No puedes! —Le aparté la mano de golpe.

—Vamos a sentarnos con tu amiguito el inspector, que tan preocupado está, y le vas a decir que es *tu* voz la de la grabación de seguridad de la noche del incendio. Vas a contárselo todo. Que tú y esa niñera tuya me tirasteis al suelo en el vivero de abetos y que pretendíais atacarme para así presionarme y que presentara una dichosa denuncia.

—¿Qué? ¡No pretendíamos atacarte! —Me alejé de él mientras trazábamos un círculo al movernos por el garaje.

—Encontré esa aplicación espía que me pusiste en el móvil, por cierto. Qué detalle. Una auténtica mejora con respecto al vigilabebés que metiste en la mochila de Delia.

—¿Qué aplicación espía?

—Pero ¿trastocarme la instalación de gas y rajarme los neumáticos para que pareciera que alguien me quería quitar de en medio? ¿Para que pareciera que nuestros hijos no estaban seguros conmigo? Eso es pasarse de la raya. Vas a explicarle a Nick que ese estúpido anuncio que ha encontrado en Internet no era más que una patraña que te inventaste para no tener que compartir la custodia conmigo.

Me di de espaldas contra el capó de mi monovolumen. Lo rodeé palpándolo, acercándome a la puerta mientras Steven reducía la distancia entre nosotros.

—Reconozco absolutamente que yo soy la de la grabación, ¡pero no provoqué el incendio! Y tampoco he hecho ninguna de esas otras cosas. Te lo estoy diciendo, ¡que alguien te quiere matar! ¡Y aunque no te lo creas, por una vez no soy yo! ¡La publicación que Nick encontró es de verdad, Steven!

Me agarró del brazo y me sacó de detrás del guardabarros.

—Tan de verdad como tus historias. —Mis zapatillas rechinaron contra el hormigón al clavar los talones—. No te preocupes —dijo apretando los dientes mientras yo balanceaba el cuerpo en su contra—, que le voy a decir a tu amiguito el poli que no quiero presentar cargos. Le diré que lo vamos a solucionar entre los tres…, tú, yo y mi

abogado. Guy puede esperarnos en la comisaría ahora mismo. Una vez hayas dejado las cosas claras con la policía, vamos a resolverlo todo. —Me asía fuerte del brazo con una mano mientras yo lo empujaba. Con la otra se sacó el móvil del bolsillo.

—¡No tienes ni idea de lo que va a pasar si lo haces! —le dije abriéndole la mano mientras él bajaba por su lista de contactos.

—Sé perfectamente lo que va a pasar. El inspector amiguito tuyo no te va a detener. No soy idiota; he visto cómo te mira. Y Georgia va a correr a salvarte y defenderte, como hace siempre. —Empezó a marcar un número. La luz entró por una rendija de la puerta de la cocina a su espalda—. Vamos a terminar con esto de una vez por todas, Finn. Es hora de enfrentarse a lo que has…

Un golpe sordo hizo eco por la cochera cuando mi sartén antiadherente favorita rebotó en la nuca de Steven. El teléfono se le resbaló de la mano y él cayó de lado al suelo de hormigón.

Vero se apoyó en las rodillas respirando fuerte.

—No tienes ni idea del tiempo que llevaba queriendo hacerlo. —Le dio una patadita con la punta de su zapatilla. Noté el calor de su respiración floja en la mejilla cuando me incliné sobre él para tomarle el pulso—. ¿Está muerto? —me preguntó Vero.

—Está bien.

—¿Quieres que le dé otra vez?

La fulminé con la mirada mientras recogía el móvil de Steven y me aseguraba de que no le había dado tiempo de llamar a su abogado antes de dejarlo en el banco de trabajo. Todos los cajones estaban abiertos y mis herramientas nuevas, esparcidas por la superficie. Había un surtido de objetos contundentes y destornilladores clasificados meticulosamente, y el cúter estaba abierto y sin cuchilla.

—No me lo puedo creer. Estaba buscando pruebas de que yo lo había montado todo. —El merodeador que la señora Haggerty había visto no era uno de los hombres de Feliks, sino Steven. Nick se había encontrado mi puerta sin la llave echada justo después del escape de gas en su casa. Debía de haber venido a fisgonear por aquí y la policía lo había espantado—. Cree que fui yo quien escribió la publicación del foro. Mientras tanto, LimpioFácil sigue por ahí. Y la única pista que tengo para averiguar quién está intentando matarlo de verdad se ha fugado en tu coche.

Vero sostuvo en alto la sartén.

—No me malinterpretes, pero tengo una idea.

Me conocía ese tono. Era el mismo que cuando estábamos sentadas en ese suelo y se le ocurrió el plan de deshacernos de Harris Mickler. Tenía la misma dichosa sartén y el mismo brillo maquinador en los ojos que no trajo nada bueno.

—Bájala.

—Escúchame —dijo Vero dejándola a un lado—. LimpioFácil contrata asesinas a sueldo. Ella, o él —reconoció—, solo va a por Steven por el dinero. Y Hartita solo ofrece pagarle a una de vosotras, a la que lo elimine primero. Solo tenemos que hacerle creer que ya hemos completado el trabajo. Entonces le reclamamos la pasta. Una vez reclamada, LimpioFácil desaparece.

—¿Y qué pasará cuando Hartita se dé cuenta de que Steven sigue vivo?

—Demasiado tarde. Para entonces ya tendremos nuestros billetes. ¿Qué va a hacer Hartita? ¿Denunciarnos? No puede ir a la policía por eso. ¿Qué leches les diría? ¿«Le he ofrecido cien mil pavos a alguien para que mate a un tío, pero me ha timado. Por favor, ¿podrían recuperar mi dinero?»? ¡Ni de coña!

»Lo único que tenemos que hacer es tomar unas fotos que demuestren que está muerto y encontrar un sitio seguro donde esconder a tu ex durante unos días mientras contactamos con Hartita y quedamos con ella para recoger el dinero. Cuando se presente para pagarnos, sabremos perfectamente quién es y usaremos eso para asegurarnos de que nunca lo vuelva a intentar. Para cuando se dé cuenta de que la hemos engañado, el foro ya no existirá, no habrá rastro de LimpioFácil, Steven estará a salvo y yo tendré un coche nuevecito. Eso último no es negociable, por cierto —dijo extendiendo hacia mí un dedo con una uña con el esmalte desconchado.

A Steven se le abrió la boca; tenía la cara flácida, como dormida. Me mordí un labio. No era una idea espantosa.

—¿Y si nos pillan? Nick sabe lo de la publicación del foro. Y que alguien está intentando matar a Steven a cambio de dinero.

—Esa es la gracia. ¿No lo ves? Steven no está muerto —me recordó—. Sin cuerpo no hay asesinato. Sin asesinato no hay delito. Lo peor de lo que te podrían acusar es de manipular la situación para salvarle la vida a tu exmarido.

Tenía parte de razón. Y era mejor que dejar que LimpioFácil terminara la tarea.

—¿Cómo vamos a mantenerlo oculto? No habrá forma de que le

parezca bien esto.

Vero cogió un rollo de cinta adhesiva del banco de trabajo y me lo tiró.

—¿Te has vuelto loca? —farfullé—. ¡No podemos esconderlo aquí! Georgia y Nick irrumpen en casa cada vez que sospechan que pasa algo. ¡Hemos tenido suerte de que no hayan encontrado a Carl! ¿Y cómo les explico a Delia y Zach que su padre está amordazado en el garaje?

—¿Quién ha dicho que tengamos que retenerlo aquí? —Vero extrajo la llave del motel del bolsillo y la pendió delante de mí—. Ya está pagada. Cam no la va a usar. Sería una tontería no aprovecharla.

Capítulo 36

Estaba sentada en el suelo del garaje con la espalda encorvada sobre el móvil de Steven mientras Vero lo colocaba bocarriba y le desabrochaba el abrigo. Con el ceño fruncido, levantó uno de los brazos inertes por encima de su cabeza y dobló una de las piernas para formar un ángulo extraño.

—¿Qué haces?

—Montar la escena del crimen. —Abrió una botella de sirope de frambuesa y le lanzó un chorro en medio de la sudadera. Luego manchó el extremo de un destornillador grande, salpicó un poco de sirope en el suelo alrededor de Steven y dejó unas huellas pringosas en el mango. Soltó el arma homicida junto a él—. ¡Hala! —Se lamió el pulgar con una sonrisilla de satisfacción y se puso a sacar fotos de nuestra víctima—. Coge la cinta. Creo que está volviendo en sí.

Dejé el móvil de Steven en el banco de trabajo y corté una tira larga del rollo de cinta adhesiva. Vero y yo aceleramos el trabajo cuando empezó a removerse; le atamos las muñecas a la espalda y le fijamos unos metros del material en torno a los tobillos. El último trozo se lo pegué en la boca de un manotazo, lo que me hizo sentir mejor de lo que probablemente debería. Juntas, lo levantamos para meterlo en el monovolumen y cerramos la puerta.

Me apoyé en mi coche para descansar y me limpié el sudor de una ceja. El coche se sacudía con los golpetazos furiosos que daba Steven una vez se despertó del todo. Un grito amortiguado atravesó la puerta.

—Me va a matar cuando esto acabe.

—No lo creo. —Vero jadeaba a mi lado—. Estoy bastante segura de que Bree tenía razón. Está loco por ti.

—¿Por qué lo crees?

—Piénsalo, Finn. El menda se piensa que le golpeaste en la cabeza, le quemaste la oficina, le llenaste la casa de gas y le rajaste los neumáticos y aun así todavía no ha ido a la policía. Ha dejado que Bree pase un día entero detenida por un delito que él sabe que no ha cometido y todo porque no quería que la persona esposada fueras tú.

—Pero ya lo acabas de ver ahora. Estaba dispuesto a llevarme a

rastras a la comisaría.

—Primero: no iba a llevarte a ningún sitio porque de ninguna manera yo iba a dejarle que lo hiciera. Y segundo: la única razón por la que estaba intentando obligarte a ir a la comisaría es que no quería ser el malo que llamara a la poli y te entregara. Quería que lo hicieras tú solita. Y tenía planeado llevarte de cabeza a Nick y tu hermana porque sabía que no te arrestarían si él no presentaba cargos contra ti.

El monovolumen se había quedado en silencio y me pregunté si Steven nos estaría oyendo.

—Venga —dijo Vero empujando la puerta—, deberíamos enviarle estas fotos a Hartita y llevar al Bello Durmiente al motel antes de que venga alguien buscándolo. —Una serie de golpetazos agitaron el monovolumen—. ¿Ha habido suerte con la aplicación del móvil de Steven?

Fui laboriosamente hasta el banco de trabajo para buscarlo.

—No, es una de esas aplicaciones de rastreo que los padres usan para espiar a sus hijos adolescentes. Necesitas una contraseña para desactivarla. LimpioFácil debió de instalarla después de atacarlo para quitarle el teléfono.

—El móvil no puede enviar señal sin batería. Apágalo. Ya lo averiguaremos después.

La pantalla se iluminó con un mensaje cuando lo cogí.

—Qué extraño —dije. Vero se acercó por detrás para ver por encima de mi hombro mientras yo abría la notificación—. Es el recordatorio de una reunión. Pero no puede ser. El calendario de Steven dice que tiene programada una «reunión de pérdidas y ganancias del cuarto trimestre» dentro de dos horas.

—¿Con quién?

—Ted Fuller y Carl. —Nuestras miradas se cruzaron. Bajé la voz—. ¿Cómo puede tener programada una reunión con sus socios ocultos si uno de ellos está muerto?

—Debieron de programarla antes de que asesinaran a Carl.

—No. La invitación de la reunión se ha enviado esta mañana.

—Ted ha debido de programarla. Es la única explicación. Quizá Theresa dijera la verdad y Ted no sabía lo de Carl.

—No lo creo —dije sosteniendo el teléfono entre nosotras para que Vero pudiera ver lo mismo que yo—. Ted no está en la lista de los organizadores. Ni siquiera ha confirmado la asistencia todavía. La invitación la ha enviado el ayudante de Carl.

—¿El ayudante de Carl? —Vero me cogió el teléfono para verlo mejor—. Si tenía un empleado, ¿por qué no le ha dicho esta persona a nadie que su jefe está desaparecido? Sobre todo si dicho jefe lleva meses sin firmarle una nómina. —Entornó los ojos mirando la pantalla—. ¿Y por qué iba a programar la reunión en casa de Carl? ¿Estás pensando lo que estoy pensando?

—Quienquiera que haya enviado esta invitación ya sabe que está muerto. —Olía demasiado a montaje. Y, aparte de nosotras, solo había tres personas vivas que supieran lo que le había pasado a Carl: Theresa, Aimee y Feliks—. ¿Y si Aimee se ha abierto una cuenta de mentira para hacerse pasar por el ayudante de Carl? A lo mejor ella y LimpioFácil están colaborando; ella lo atrae con un señuelo y LimpioFácil se lo quita de en medio.

—O quizá se ha dado cuenta de que lo podría hacer más rápido y barato ella sola. Piénsalo: publicó el encargo en el foro mientras Theresa estaba en la cárcel y respondió a las dos ofertas mientras Theresa estaba encerrada en casa con una tobillera de rastreo. Pero ahora Aimee vuelve a tener a su compinche. ¿Para qué necesita a LimpioFácil? No parece que le dé precisamente asco la sangre. Y LimpioFácil ya ha hecho tres intentos chapuceros. —Vero negó con la cabeza—. Creo que Aimee se asustó cuando nos presentamos con Carl y quiere terminar rápido con Steven. Y, si Theresa y ella se lo quitan de en medio, no tiene que pagar a nadie.

—Entonces, ¿por qué incluir a Ted en la reunión? Si tiene intención de asesinar a Steven, ¿para qué invitar a un testigo?

—Ted no ha confirmado que vaya a estar. ¿Y si en realidad no le ha enviado la invitación? Tal vez todo esto solo sea un paripé. Sí, o sea, parte de su treta. Quizá Aimee creara esta invitación electrónica para que pareciera una reunión entre los socios y así Steven no sospechara nada. —Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía todo—. Voy a enviarle esas fotos a Hartita antes de que se escaquee de pagarnos.

—Espera —dije mientras Vero cogía su móvil—. La reunión es dentro de menos de dos horas. Steven no va a ir, pero quien lo ha invitado no lo sabe. —Apagué el teléfono y me golpeteé la barbilla con él—. No mandes las fotos todavía. Se me ha ocurrido algo mejor.

Estaba casi atardeciendo cuando Vero y yo llegamos al motel con Steven amordazado en la parte de atrás y Carl dentro de su bolsa en el suelo del coche. Me había agachado en el asiento trasero mientras

Vero sacaba el monovolumen de la cochera. Había saludado al agente Roddy al marcharnos y le había hecho suponer que yo seguía a salvo dentro de casa.

Vero comprobó el número mirando la llave y dio marcha atrás hasta dejar el coche lo más cerca posible de la puerta de la habitación del motel. Inspeccionamos de un vistazo el aparcamiento y las cortinas cerradas de las ventanas vecinas para asegurarnos de que no había testigos, sacamos a Steven en volandas de la parte trasera del monovolumen y lo metimos en la habitación. Él se tambaleó de pie con los tobillos aún atados antes de caer al suelo con un golpe sordo.

—¿Tenemos que llevarlo a la cama? —jadeó Vero, doblada y con las manos en las rodillas.

Steven se retorció en sus ataduras y me fulminó con la mirada cuando puse el cartel de NO MOLESTAR en la puerta y corrí las pesadas cortinas. La habitación era un cuchitril. El papel se estaba despegando de las paredes y había manchas amarillas en el techo de gotelé. No me quería imaginar qué clase de horrores escondían los estampados setenteros de la fétida moqueta, pero tampoco creo que pudiéramos reunir fuerzas para levantarlo hasta la cama.

—Deberíamos al menos apartarlo de la puerta —Dije antes de que lo arrastráramos por las axilas hasta el hueco entre las dos camas. Le coloqué una almohada debajo de la cabeza, le encendí la televisión, subí el volumen y cambié el canal a uno de deportes—. ¿Lista? —le pregunté a Vero limpiándome las manos y cogiendo mis llaves. Steven abrió mucho los ojos. La respiración se le aceleró de pánico y se le volvió irregular cuando nos dirigimos hacia la puerta—. Lo siento, Steven. Créeme que esto es mucho mejor que la alternativa. Volveré en unas horas a ver cómo estás.

La televisión ahogó sus golpes cuando Vero y yo salimos y cerramos la puerta. Me subí al asiento del conductor y me detuve antes de meter la llave en el contacto.

—Te sientes culpable —dijo Vero abrochándose el cinturón—. No te sientas así. Te estaba tratando muy mal en tu propio garaje. Mientras, tú estás aquí intentándole salvar la vida lamentable y miserable que lleva. No hay nada de lo que te tengas que sentir culpable. Ahora, venga, que tenemos que deshacernos de un cadáver.

Con un suspiro de resignación, giré la llave. Unos clacs que me resultaban familiares se burlaron de mí desde el motor del coche.

—¡No! ¡No, no, no! —se quejó Vero en voz baja.

Volví a intentarlo. No pasó nada.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—¡No lo sé!

—Pues no podemos llamar precisamente al seguro. ¡Tenemos a Carl!

—Vamos a dejar el monovolumen aquí y alquilamos un coche. Debe de haber una oficina cerca de aquí. —Busqué a tientas el bolso *satchel* que me había llevado a la cárcel la noche anterior. Rebusqué dentro, lo volqué y cayeron la carpeta y la peluca—. ¡La cartera! Debo de habérmela dejado en el abrigo.

—Tranquila. Voy a escribir a Ramón para que nos traiga un coche de sustitución. —Vero y su primo intercambiaron unos mensajes rápidos. Soltó el móvil en el sujetavasos con una palabrota—. Está a medio camino atascado en un accidente en Leesburg. Tardará por lo menos dos horas en llegar aquí.

—¡La reunión en casa de Carl es solo dentro de una hora! ¡No podemos esperar tanto!

—¡Finn, esto no es *Este muerto está muy vivo*! ¡No podemos sujetarlo entre nosotras en los asientos traseros de un Uber! —Cruzó los brazos y se dejó caer hacia atrás con un resoplido—. Cuando encuentre a Cam, voy a matarlo con mis propias manos. Necesitamos un coche. Preferiblemente uno rápido. —Arrugó la nariz—. Creo que nuestra momia está empezando a descongelarse.

Volví a meter el contenido del bolso en él y me detuve en la peluca. Era larga y oscura, idéntica al corte y el estilo de Kat. Pero también lo bastante parecida al color y la longitud de la melena de Irina para dar el pego en la oscuridad. El cielo gris de diciembre ya estaba empezando a oscurecerse por donde se estaba poniendo el sol.

—Llama a un Uber —dije mientras una idea germinaba—. Dale la dirección del motel a Ramón. Dile que le dejamos las llaves en el monovolumen. Pídele que nos lo remolque a su taller.

—¿Y Carl?

—Volveremos con tiempo de sobra para recogerlo antes de que llegue tu primo. Si hay suerte, todavía podremos llegar a la reunión antes de que empiece.

—¿A dónde leches vamos a ir?

Le di la peluca a Vero.

—Vamos a por un coche muy rápido.

Capítulo 37

El conductor del Uber nos dejó en la manzana de enfrente del concesionario justo antes de que se hiciera de noche. Las farolas altísimas arrojaban halos sobre los vehículos y las luces brillantes del salón reflejaban los capós de líneas puras. Vero separó los labios formando un leve «Oh».

Me puse delante de ella y rompí el encanto cuando le planté la peluca en la cabeza e igualé los bordes.

—Céntrate en los coches más alejados del salón. Escoge uno rápido pero práctico. Un SUV o algo así. Escríbeme el color y el modelo. Pase lo que pase, no dejes que los empleados se te acerquen y no hables con nadie. Finge que estás con una llamada telefónica muy importante. Yo me encargo del resto.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a por las llaves. —Me encaminé hacia el concesionario. Vero trotó para alcanzarme.

—¿Y crees que te van a dar a ti las llaves de uno de estos coches sin pedirte el carné de identidad?

—No, se las van a dar a Irina Borovkov. Venga. —Le di un empujoncito hacia los coches aparcados y me dirigí hacia el salón del concesionario.

Al llegar a la puerta de cristal, alguien me la abrió. Alan estaba de pie a un lado con una sonrisa de duda.

—Buenas noches, señora… —La cara se le puso roja de vergüenza —. Lo siento, pero no recuerdo su nombre.

—Probablemente porque no soy importante. —Lo miré con la nariz hacia arriba mientras el móvil me vibraba en el bolsillo—. He venido con Irina Borovkov. Le gustaría coger el… —miré de reojo el teléfono — Superleggera Volante Minimalista Moderno… —Volví a comprobarlo. ¿En serio eso era el nombre de un color?—. Para una prueba de conducción.

—¿El Superleggera? —Una ola de pánico me invadió cuando Alan levantó las cejas de golpe. No estaba segura de qué era un Superleggera, pero cualquier cosa que se llame «minimalista» no

puede ser tan mala, ¿no?—. ¿Está usted segura? —me preguntó.

Extendí la mano para recibir las llaves.

—Claro. Yo se lo acercaré. —Su sonrisa era frágil cuando se giró hacia el teléfono de la recepción.

—¡No! —Me apresuré a detenerlo antes de que levantara el auricular—. Quiero decir que… la señora Borovkov ya está esperando el coche. Me ha pedido que venga a por la llave. Está con una llamada telefónica muy importante y no se la puede molestar.

Alan echó un vistazo por las enormes ventanas delanteras, se supone que hacia el coche en cuestión. La postura de Vero era casi regia. Estaba de pie dando la espalda al salón, con la silueta recortada, la peluca oscura agitada por la brisa y el teléfono pegado a la oreja.

—¿Le he dicho que tiene prisa?

Alan se aclaró la garganta y se ajustó la corbata.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Espere aquí, por favor. —Desapareció dentro de una oficina. Un instante después, volvió y me puso discretamente la llave en la mano al estrechármela—. Por favor, dígale a la señora Borovkov que disfrute de la prueba.

Salí deprisa del salón del concesionario murmurando «Gracias» y pulsé frenética los botones del mando hasta que destellearon unas luces y rugió un motor. Los faros traseros de un deportivo negro mate de líneas puras se encendieron con un rojo candente e intenso. Vero profirió un sonido que rozaba lo erótico al sentarse en el sillón del conductor. El corazón se me aceleró al montarme por el lado del copiloto y cerrar la puerta. Contemplé el salpicadero sin poder articular palabra. El exterior del coche era como un falo gigante y el interior parecía el cuarto de baño de Darth Vader.

—¡Te dije que escogieras uno práctico!

—También me dijiste que uno rápido. Este chavalín tiene más de setecientos caballos de potencia.

—¡No nos hacen falta setecientos caballos! ¡Necesitamos que quepa Carl!

A Vero se le cerraron los ojos al revolucionar el motor.

—¡Shhh! Creo que estoy teniendo una experiencia religiosa.

—Puedes rezarle al coche después. Tenemos que salir de aquí antes de que llamemos más la atención. —Me retorcí en mi asiento para ver a Alan observándonos desde la acera.

—No te preocupes. He escogido un color muy suave. ¿Ves? Minimalista. —Vero me pasó la hoja de especificaciones que había en

la guantera—. Seremos mucho menos visibles en la oscuridad.

Sentí que me quedaba sin aliento cuando vi el precio al final de la página.

—¡Vero! ¡Este coche vale la friolera de trescientos mil dólares!

Metió la marcha atrás.

—Me dijiste que canalizara mi Irina interior. Y a Irina Borovkov eso se la suda.

Pisó el acelerador y giró el Aston Martin para sacarlo de su plaza de aparcamiento. Alan elevó un brazo para protegerse del resplandor de nuestros faros antes de que Vero le diera mecha y nuestros neumáticos lo dejaran envuelto en una nube de humo al salir quemando rueda del aparcamiento.

Capítulo 38

Vero y yo volvimos a toda prisa al motel y transferimos la bolsa que contenía a Carl al maletero del Aston Martin. Dejé las llaves del monovolumen debajo del asiento junto con el móvil de Steven y me guardé en el bolsillo la llave del motel, resistiéndome a abrir la habitación y ver cómo estaba. Nos quedaba una noche larga por delante y no estaba segura de cuánto tiempo podríamos seguir usando el coche antes de que Alan se pusiera nervioso y llamara a Irina.

Como me temía, llamamos mucho la atención hasta que estuvimos a varios kilómetros al oeste de la ciudad, donde los doce carriles de la interestatal se reducían a seis y la oscuridad se volvía más densa y nos cubría. Vero seguía la ruta en dirección a la casa de Carl mientras yo examinaba en mi móvil la imagen de satélite de Google de su parcela de dos hectáreas. El terreno parecía estar muy poblado de árboles. El ala oeste de la propiedad limitaba con una carretera local y una tienda.

—Podemos aparcar detrás de este pequeño supermercado. Hay un claro entre los árboles como media hectárea hacia dentro. Deberíamos tener un campo visual despejado de la parte trasera de la casa.

Tomamos la carretera local que bordeaba la propiedad de Carl y redujimos la intensidad de los faros al parar detrás de la tienda. Lo dejamos en el maletero y echamos el seguro a las puertas; luego encendimos la linterna del móvil para ver el camino que emprendimos hacia el bosque. Las hojas muertas y la tierra helada crujieron bajo los pies.

—Creo que estamos cerca —dije después de que camináramos una distancia considerable, deteniéndome a consultar el GPS de mi móvil antes de desactivarlo. Nos abrimos paso entre los árboles y la oscuridad. El claro que había delante era pequeño y la tierra irregular y con montículos. Los árboles escaseaban en el extremo más lejano a nosotras y a través de ellos distinguimos las ventanas iluminadas de una casa—. Ahí está —dije, señalando un rancho que se extendía al final de una leve colina.

—¡Au! —Vero se paró con una sacudida y saltó a la pata coja

agarrándose un pie—. ¿Qué leches era eso?

Miré alrededor de ella, pero apenas se filtraba un atisbo de luz de luna a través de las densas bolsas de nubes. Ya me costaba distinguir los rasgos de Vero, que estaba a mi lado, así que aún más el suelo.

Encendí la linterna del móvil, con cuidado de mantener el haz hacia abajo. Rebotó sobre una superficie brillante y el reflejo casi me cegó. Parpadeé mirando hacia abajo a una plancha de mármol lustroso.

—Esto no es un claro. Es un cementerio privado. —Apunté con la linterna a mi izquierda y luego a mi derecha y conté cuatro lápidas—. Deben de pertenecer a la familia de Carl. —El suelo helado crujió cuando Vero y yo anduvimos entre las losas y los haces de nuestras linternas brillaron sobre los nombres.

—Debe de ser de coña. ¡Es perfecto! —dijo Vero.

—¿A qué te refieres?

—¿Te acuerdas de que en uno de tus libros decías que la heroína escondía un cadáver en una tumba en la que ya había alguien? Podemos enterrar a Carl justo aquí con su familia. Es el único sitio donde a nadie se le ocurriría buscarlo.

Me tropecé al hundírseme el pie en un pedazo de terreno blando. Aparté de una patada un banco de hojas secas y pasé la mano por la tierra suelta.

—Esta tumba es reciente —dije. Pero, si Carl y su mujer se habían separado y él vivía aquí solo, ¿quién habría venido hacía tan poco tiempo a enterrar a alguien? Me arrodillé y raspé un montón de hojas secas de la lápida:

CARL R. WESTOVER
MARIDO Y PADRASTRO AMADO,
LUCHÓ CONTRA EL CÁNCER
CON GRACIA Y CORAJE

—Eh…, Finlay, ¿por qué Carl ya tiene la lápida lista?

¿Y por qué la fecha de la muerte que se leía debajo de la inscripción era de hacía cuatro meses, aproximada a la fecha en que lo asesinaron en realidad?

—No lo sé.

—¿Crees que en realidad está enterrado aquí?

—Debe de estarlo. —Cuanto más lo pensaba, más cobraba un sentido retorcido. Theresa y Aimee debían de haber escondido el

cuerpo de Carl a simple vista, en su terreno familiar, con un epitafio que acallaría cualquier pregunta acerca de la causa de su muerte—. Theresa y Aimee debieron de planearlo hace meses —dije—, justo después de que lo asesinaran.

—¿Qué quieres decir?

—Las lápidas grabadas tardan semanas, a veces meses, en hacerse. Esta se compró mucho antes de que lo encontráramos en el trastero, que probablemente solo era una solución temporal. Debieron de planear que recuperarían el cadáver y lo traerían aquí cuando la lápida estuviera lista, pero Theresa quedó bajo arresto domiciliario y se vieron obligadas a esperar. Debieron de entrar en pánico cuando se lo dejamos en su cocina y vinieron directas aquí. La casa vacía de Carl habrá sido el lugar perfecto para esconderse de la policía.

—Y la tumba ya estaba preparada para enterrar el cuerpo.

—Lo que significa que Theresa y Aimee están aquí. Deben de ser las que han invitado a Steven a la reunión. —Consulté el móvil—. Ya casi es la hora. Vamos a mirar más de cerca.

Apagamos las luces y llegamos al borde del bosque que había detrás del rancho de Carl. Nos tumbamos en la hierba sobre la tripa. Había un puñado de luces encendidas dentro de la casa. Alguien se había preocupado de pagar las facturas de la luz. Una sombra se movió tras una gran ventana salediza. Vero se sacó un par de prismáticos del bolsillo del abrigo y me los tendió.

—¿De dónde los has cogido?

—De la cochera, antes de irnos. Pensé que nos serían útiles.

Me los pegué a los ojos y apoyé los codos en la tierra helada mientras ajustaba el enfoque. Las ruedas seguían pegajosas del azúcar de los dónuts que nos comimos la noche que estuvimos en el vivero de árboles de Navidad.

—¿Qué ves? —susurró Vero.

—A alguien en la cocina. Una mujer. Está delante del fuego. Creo que está cocinando.

Había dos vehículos aparcados en el lateral de la casa: un sedán pequeño y un SUV que debía de ser el de Aimee.

Reorienté los prismáticos hacia la ventana salediza. La mujer que estaba ante el fogón se giró cuando otra entró en la cocina.

—Sin duda, es Aimee. Y Theresa está con ella. Están sacando platos de un armario…, copas de vino…, utensilios de un cajón. Aimee está llevando comida a la mesa. Theresa está sirviendo dos…, no, tres

copas de vino. La mesa está puesta para tres. —Se habían complicado mucho para montar su pequeño paripé.

—Se supone que Steven va a llegar de un momento a otro. ¿Qué hacemos? —me preguntó Vero.

—Mándale las fotos a Hartita.

—¿Ahora? Pero entonces van a saber que no va a presentarse.

—Y veremos justo el instante en que Aimee recibe el mensaje. Tendremos la certeza de que es Hartita. —Y luego llamaríamos a la puerta para hacerle frente.

Vero se sacó el móvil del bolsillo. La pantalla le alumbró la cara mientras escribía un mensaje.

—Pues la verdad es que las fotos resultan bastante convincentes. Lo del sirope de frambuesa ha sido un buen detalle. —Se oyó una especie de silbido al enviar el correo electrónico.

Y luego el sonido escalofriante de una escopeta amartillándose detrás de nosotras.

Vero se quedó paralizada. Yo no me atreví ni a inmutarme.

Mantuve la mirada al frente a través de los prismáticos, que seguían dirigidos a la escena de la cocina, aunque de pronto perdí todo el interés por lo que estaban haciendo Aimee y Theresa.

—Esto es una propiedad privada. La están invadiendo. —No reconocí la voz de la mujer, pero habló con la autoridad de alguien que sabe perfectamente dónde estaban los límites y por dónde los habíamos cruzado. Como si fuera la dueña del lugar.

—¿Señora Westover? —pregunté con cautela, esperando no equivocarme—. Puedo explicárselo.

—Y lo vais a hacer. Levantaos. Despacio. Y las manos donde pueda verlas.

Eché un último vistazo a la ventana de la cocina antes de bajar los prismáticos. El teléfono de Aimee reposaba junto a ella sobre la mesa y la pantalla seguía negra. Ni siquiera lo miró cuando ella y Theresa se sirvieron la comida en los platos y empezaron a comer.

Vero se levantó apoyándose en las manos y las rodillas.

—Vamos —dijo la mujer clavándome el cañón del arma entre los omóplatos.

Vero me miró con recelo cuando nos pusimos de pie y la mujer nos fue dando empujoncitos hacia la casa. Para entonces ya sabíamos para quién era la tercera copa de vino. Carl y su esposa se habrían separado, pero no era una intrusa en ese hogar vacío.

Desfilamos por la hierba helada en silencio. La señora Westover llamó a Theresa y Aimee cuando nos acercamos a la casa. Levantaron la cabeza y lanzaron la mirada hacia la ventana. Theresa se levantó de golpe y nos recibió en la puerta.

—¿Qué narices estáis haciendo aquí? —Tenía la cara pálida, como si hubiera visto un fantasma. A Aimee se le cayó el tenedor al plato con estrépito.

—Vi una luz encima de la colina. Junto al cementerio. —La mujer nos empujó hacia la cocina chocando la escopeta con nuestra espalda —. Sentaos —escupió guiándonos hasta la mesa.

Aimee nos miró a Vero y a mí con la boca abierta cuando nos sentamos enfrente de ella. Su móvil seguía con la pantalla negra a su lado, sobre la mesa. Tenía los ojos inundados, como si fuera a llorar.

—Finlay, ¿qué haces aquí? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Sabes perfectamente por qué estamos aquí —me espetó Theresa y Aimee dio un respingo en su silla—. Necesitábamos un lugar donde escondernos y nadie iba a buscarnos aquí. Menos tú, por su puesto. ¡Porque por alguna puñetera razón sigues amargándome la vida!

—¿Es esta? ¿Esta es la exmujer de Steven? —preguntó la señora Westover.

Theresa subió las manos para buscar un efecto dramático.

—¡Mamá, por favor! Ahora no puedo tener esa conversación.

«¿Mamá?»

—Espera un momento —dijo Vero mirando a Theresa y a la señora Westover—. Si la mujer de Carl es tu madre, entonces él… Dios santo, Theresa, ¿hiciste picadillo a tu *padre*?

—¡Padrastro! —corrigió ella—. Era mi padrastro. Y, para vuestra información, ni siquiera llegué a convivir con ese hombre. Mi madre se casó con él después de que me marchara a la universidad. Dios sabrá por qué —añadió mirando hacia arriba con fastidio—. Obviamente, Carl y yo nunca tuvimos mucha relación. Y, antes de que me lo preguntes: no, Feliks no tenía ni idea de que Carl era familiar mío cuando lo mató y no le iba a regalar esa información después de lo que había hecho. A Feliks no le gusta dejar cabos sueltos y lo último que yo quería era que viniera a por mi madre.

—No importa —dijo con firmeza la señora Westover, desarrimando la silla que presidía la mesa y dejándose caer en ella—. Te dije que

podía arreglármelas con ese tal Feliks. Y también con la policía. Está todo controlado, Theresa. No vas a ir a la cárcel por ese hombre. Se acabó. Carl ya está enterrado. —La señora Westover clavó el dedo en la mesa—. Para todo el mundo que no esté en esta casa, el padrastro de Theresa murió de cáncer en agosto. Tengo un certificado de defunción que lo demuestra.

Vero se rio con malicia.

—Al médico que lo firmó se le estaba escapando una parte importante de la información. Seguro que está en el maletero de nuestro… ¡Au! —Soltó un gritito cuando le di una patada por debajo de la mesa.

—¿Cómo conseguiste el certificado de defunción? —le pregunté.

Si Theresa y su madre podían quedar impunes tras enterrar el cuerpo sin que la policía sospechara que pasaba algo raro con Carl, entonces tendríamos resuelto uno de nuestros problemas más acuciantes.

—Se trata de conocer a las personas adecuadas —dijo Theresa con chulería.

—¿De conocerlas o de acostarte con ellas? —murmuró Vero. El vino se derramó por la mesa cuando Theresa se lanzó a por ella.

—¡Ya basta! —gritó la señora Westover. Las demás nos quedamos calladas, anonadadas por la repentina aparición de su voz de madre. Nadie recogió la botella volcada, cuyo contenido iba goteando despacio sobre la mesa—. ¡Siéntate! —le dijo a su hija con un tono que no admitía discusión. Theresa se sentó con un resoplido en la silla vacía que había junto a Aimee.

La señora Westover se levantó y sacó una botella nueva de vino tinto de un armario. Luego otras dos copas. La descorchó y sirvió un poco en cada una antes de colmar la suya.

—Carl se estaba muriendo de cáncer —explicó—. Su médico solo le había dado unos meses de vida. Por eso Theresa trajo a Feliks a ver a su padrastro. Los tratamientos eran caros y su seguro no le cubría gran cosa. Ella pensó que le vendría bien el dinero. No podía saber que Carl se negaría. Ni que Feliks le haría daño. Theresa no tiene la culpa. Le cayó encima todo esto. No le echo la culpa por lo que le pasó a mi marido y no pienso verla entrar a la cárcel por lo que ese hombre terrible le hizo a Carl.

»El médico es amigo desde hace muchos años —prosiguió—. Le dije que había fallecido sin sufrir, aquí en casa conmigo, y le pedí un

favor. Me dio el certificado de defunción y encargué la lápida. —Dejó la escopeta en el regazo—. Carl está donde tenía que estar y eso es lo único que importa ahora mismo. Cuando la gente pregunte por él, diremos que falleció tranquilo con su familia y que no quería que lo molestaran. No hay motivo para que nadie venga a buscarlo.

—A lo mejor no, pero van a venir buscando a su hija —argumenté—. Theresa ha infringido el arresto domiciliario. La policía está buscándola activamente y saben que Aimee está con ella. No pueden quedarse aquí escondidas para siempre.

—No, no pueden —coincidió—. Ya lo hemos hablado. Theresa se entregará a las autoridades mañana. Cuando le pregunten por qué se escapó, dirá sin más que Feliks la amenazó y que temía por su vida. Si se entrega y sigue adelante con el acuerdo de conformidad que tenía planeado, es probable que el fiscal de distrito no presente más cargos contra ella. Su testimonio es demasiado importante para la acusación.

Theresa estaba pálida. La señora Westover le cubrió una mano a su hija con la suya. Aimee parecía que estuviera mareada.

—No quiero volver —le susurró Theresa a su madre; el labio inferior le temblaba—. ¿Y si Aimee y yo nos vamos de la ciudad? Tiene todo el dinero que ha sacado de sus cuentas. Nos dará para vivir durante un tiempo.

—Cien mil dólares os darían para mucho —coincidió Vero—. Sobre todo si no tienes que dárselo a nadie más.

Theresa puso cara de extrañamiento.

—¿De qué estás hablando?

Aimee apartó la cara.

—Theresa no lo sabe, ¿verdad? —le pregunté.

Aimee abrió mucho los ojos los ojos mirándonos a mí y a Vero. La voz le tembló.

—¿A qué os referís?

—Sabemos que eres Hartita —dijo Vero—. Y que has intentado contratar a alguien para asesinar a Steven.

Aimee se quedó boquiabierta. A Theresa se le afiló una ceja al volverse hacia su amiga.

—Aimee, ¿de qué está hablando?

—N-no lo sé —tartamudeó Aimee—. O sea, estoy harta de Steven. Es un auténtico gilipollas y no me dejaba ver a Delia y Zach, ¡pero nunca le he pedido a nadie que le hiciera daño!

—Mira su móvil —insistió Vero—. Ya verás. Encontrarás un correo

electrónico de Anónimo2 con fotos de la escena del crimen. Ah, por cierto —dijo Vero dirigiéndose a Aimee—, por si acaso no te has dado cuenta, Steven no va a venir a la emboscada que le habéis tendido, así que puedes mandarle un mensaje a LimpioFácil para decirle que retiras la oferta.

Theresa estaba boquiabierta. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Steven está muerto? ¿Quién es LimpioFácil? Aimee, ¿de qué están hablando?

—¡No tengo ni idea! —gritó ella.

Theresa se abalanzó a por el teléfono. Navegó por el móvil; los ojos le brillaban al toquetear la pantalla.

—No encuentro nada. No hay nada salvo unos mensajes con su marido. —Theresa se giró hacia Aimee con expresión de enfado—. ¿Te has estado escribiendo con tu marido? ¡Me dijiste que nadie sabía que estábamos aquí!

—¡Lo siento! —dijo ella—. ¡No dejaba de escribirme! ¡Me dijo que me echaba de menos y que estaba preocupado!

—¡Aimee, tu marido es el más gilipollas de todos los gilipollas! ¡Te aseguro que lo único que le preocupaba era el dinero que le has quitado de las cuentas compartidas para ayudarme! ¿No estarás planteándote de verdad devolvérselo?

Aimee hizo una mueca de dolor.

Vero le cogió el móvil a Theresa.

—Tiene que haber un mensaje por aquí. Lo he mandado yo misma. Con las fotos y todo. —Las otras dos se quedaron mirándola, anonadadas, mientras navegaba por el teléfono. Volvió a poner el móvil en la mesa—. No lo entiendo. Si tú no eres Hartita, ¿entonces quién ha encargado el asesinato de Steven?

—¿Y quién ha convocado la reunión?

—¿Qué reunión? —preguntaron al unísono Theresa, Aimee y la señora Westover.

Todas nos giramos hacia la ventana de la parte delantera de la casa cuando la luz de unos faros atravesaron los árboles. Una *pickup* recorrió el largo camino de grava por el que se llegaba hasta la residencia y activó los sensores de movimiento de las luces del porche delantero cuando aminoró la marcha hasta pararse. El brillo tenue y azulado de la pantalla de un móvil iluminó al conductor mientras escribía un mensaje rápidamente. Levantó los ojos entornados a la casa y su pantalla se apagó.

El teléfono de Vero vibró. La pantalla se encendió con un correo de Hartita. Me lo sostuvo para que lo leyera:

> Anónimo2, ¿por qué me has mandado esa foto tan espantosa? ¿Te parece que tiene gracia? No tengo dinero, y si vuelves a contactar conmigo otra vez te denunciaré a la policía.

—Creo que nos han estafado —dijo Vero. Elevó la mirada hacia la ventana y el hombre que se bajaba de la camioneta.

La señora Westover se levantó de la silla y se asomó por las cortinas mientras el visitante daba zancadas lentas hacia la casa. La madre de Theresa estaba pálida cuando se volvió hacia su hija.

—¿Qué demonios hace aquí Ted Fuller?

Capítulo 39

—¿Qué crees que quiere? —le preguntó Theresa a su madre mientras el padre de Bree subía los escalones delanteros del porche.

—No lo sé —dijo la señora Westover en voz baja—. Llevo sin hablar con él desde nuestra última reunión, en junio. Carl y él se pelearon por el vivero.

—¿Por qué discutieron? —me apresuré a preguntarle.

—A Ted no le gustaba la forma en que se repartían los beneficios. Quería que le correspondiera más porque había desempeñado un papel más activo en el funcionamiento del vivero; Steven y él habían trabajado codo con codo. Pero Carl y yo le dijimos que no íbamos a modificar el acuerdo. Un contrato es un contrato y mi marido no podía cambiar el hecho de que estaba enfermo. No estaba en absoluto en situación de renunciar a su parte, pero Ted no opinaba lo mismo. Creo que nunca se reconciliaron. Él y Steven llevaban el negocio y los depósitos directos aparecían en la cuenta de Carl cada mes, como estipulaba el contrato original.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —preguntó Theresa.

Los pasos se dirigieron con un ruido sordo hacia la puerta. Una sensación de pavor atenazadora se me asentó en la boca del estómago. Tenía una idea bastante clara de por qué había venido. Y estaba bastante segura de que no era porque lo hubieran invitado a una reunión misteriosa.

—Alguien que se hace pasar por el ayudante de Carl ha enviado una invitación electrónica a Steven y Ted que los convocaba a los dos a una reunión aquí. —Todas las cabezas se giraron hacia mí—. Por eso hemos venido Vero y yo. Creíamos que había sido Aimee, que intentaba atraer a Steven para matarlo. —Aimee nos miró con enfado —. Es largo de contar —le dije en tono de disculpa—. No te lo tomes a mal.

—No, no. —Parecía un poco revuelta.

—Pero, si Aimee no convocó la reunión con Steven y Ted, ¿entonces quién? —preguntó la señora Westover.

Sonó el timbre. Nadie se movió para abrir.

La mujer de Carl agarró la escopeta.

—Nosotras somos cinco y él solo uno. Vamos a hacerlo pasar y a llegar al fondo de este asunto. —Quitó el cerrojo y entreabrió la puerta, manteniendo la escopeta oculta tras ella. Todas nos acercamos a escuchar.

—¡Barbara! —Ted parecía haberse quedado sin aliento, como si verla le hubiera quitado todo el aire de golpe—. No esperaba verte aquí.

—Lo mismo puedo decir yo de ti. Hace bastante que no nos vemos. Es tardísimo para una visita, ¿no? —preguntó con rencor.

—Discúlpame. Sé que debería haber llamado. Steven va a llegar tarde también. Me acaba de mandar un mensaje. Dice que estaba liado con un problema en el coche, pero ya está de camino.

Vero me agarró el brazo.

—¿Liado? ¿Un problema en el coche? —susurró.

No podía ser una coincidencia. Habíamos dejado su móvil en el monovolumen y las llaves para Ramón. Solo Steven sabía perfectamente cómo arreglar el monovolumen.

—Steven debe de haberse escapado de la habitación del motel —dije.

La voz de Ted sonó con un tono de sospecha cuando preguntó:

—¿Hay alguien más contigo?

La señora Westover cogió la escopeta y abrió la puerta dándole un golpecito con el pie.

Ted alzó las manos despacio, dando un paso de precaución hacia atrás y con expresión confusa.

—Barbara, sé que Carl estaba verdaderamente enfadado en nuestra última reunión, pero estoy seguro de que encontraremos una solución en cuanto llegue Steven.

—Carl murió este verano, Ted. Pero supongo que ya lo habrás averiguado. —Barbara salió al porche con el arma colocada en perpendicular al pecho—. ¿Para eso es esta reunión misteriosa? ¿Estás pensando en deshacerte de tu último socio empresarial y quedarte el vivero para ti solo? Quizá quieras hablar primero con la exmujer de Steven sobre esa idea. —Sacudió la cabeza en mi dirección. Él abrió mucho los ojos cuando me divisó detrás de ella—. Ven adentro, Ted. Parece que tenemos que aclarar unas cuantas cosas.

Barbara se hizo a un lado para dejarlo entrar primero. Siguió apuntándolo con la escopeta a la espalda y le mandó sentarse a la

mesa de la cocina. Las demás hicimos un círculo a su alrededor, como si fuéramos un jurado que espera una confesión.

—Barbara, lo siento —comenzó, con la garganta tensa de emoción—. No tenía ni idea de que Carl había fallecido. Debería haberte llamado o haber venido antes. No debería haber dejado las cosas como las dejé. No me di cuenta de que su enfermedad estaba tan avanzada.

—Carl no quería que nadie sufriera por él. Era un buen hombre. No puedo decir lo mismo de ti.

—No sé qué podría decir yo de mí —admitió con voz queda.

—¿Por qué no empiezas contándonos quién es Hartita? —le sugerí. Quería oírlo confesar que había publicado el anuncio en el foro. Que era el responsable de todos los intentos de asesinato contra Steven. Que había programado esa reunión para atraerlo y que LimpioFácil completara su trabajo—. Empieza con el incendio y sigue de ahí hacia delante.

Ted levantó la cabeza.

—¿Sabes eso?

Vero cruzó los brazos sobre el pecho y los tamborileó con las uñas.

—Sabemos un montón de cosas.

Tragó saliva con dificultad.

—Por favor, comprended que mi mujer nunca tuvo intención de hacerle daño a nadie al provocar el incendio. Melissa solo estaba enfadada conmigo. Me había estado dando la lata durante mucho tiempo para que cortara la relación con Steven, pero teníamos un trato y yo soy un hombre de palabra.

Sacudí la cabeza, confundida.

—¿Tu mujer quemó la caseta de Steven? ¿Por qué?

A Ted se le pusieron las mejillas coloradas y bajó la vista a la mesa.

—En primavera le pedí que contratara a mi hija en la oficina algunos días a la semana, como parte de nuestro acuerdo. Solo que Bree perdió un poco la cabeza por Steven y él… Bueno, ya lo conoces. —Ted levantó la mirada en señal de disculpa hacia mí.

—¡Hola! Estoy aquí. —Theresa nos hizo un gesto con la mano a ambos—. ¿Es que a nadie le importa que al mismo tiempo estaba prometido conmigo?

Vero cogió la botella de vino abierta y se la encajó en la mano.

—No. Pero toma tu premio de consolación. Tú —le dijo a Ted—, sigue hablando.

Él expulsó el aire y continuó:

—Melissa se puso furibunda cuando se enteró de que Steven y Bree tenían una relación amorosa. Insistía en que le dijéramos a nuestra hija que ya no podía trabajar para él, pero ella ya es mayorcita y no creo que fuera adecuado por nuestra parte controlar sus relaciones sentimentales.

Vero profirió un sonido de asco.

—Más bien es que el vivero estaba dando dinero, así que decidiste hacer la vista gorda con el donjuán pervertido que se estaba aprovechando de vuestra hija.

Ted reconoció su culpa con un tenso asentimiento.

—Melissa lo llamaba sin cesar. Lo acosó todo el verano exigiéndole que rompiera el contrato de Bree. Quería acabar con cualquier tipo de relación que tuviera. Al final se salió con la suya después de todo el alboroto que hubo en octubre, cuando Steven encontró una excusa para despedirla.

»Bree estaba con el ánimo por los suelos. Se pasó días llorando en la cama y el vivero estaba perdiendo dinero a espuertas, pero Melissa por fin estaba contenta. Aquello duró como un mes, hasta que Steven se tomó unas copas una noche, en Acción de Gracias, creo que fue, y llamó a casa a una hora intempestiva preguntando por Bree. —Esa debió de ser la llamada con la que intentó quedar para echar un polvo y que vi en su registro cuando le estuve cotilleando el teléfono. Llamó al número de la casa, no a su móvil.

—Bree ya se había acostado —prosiguió Ted—. Melissa vio su número en la pantalla y ni se molestó en cogerlo, así que Steven dejó un mensaje en el buzón de voz en el que le decía a Bree que la echaba de menos y que se había equivocado. Le dijo que tenía una casa nueva de su propiedad y que quería verla. —Vero me miró con una ceja levantada. Esa fue la noche que Steven se presentó en mi casa y me pilló liándome con Julian en el coche. Cuando me dijo que su casa nueva no era un hogar porque los niños y yo no estábamos en ella.

—Sigue —le dije a Ted.

—Melissa se puso furiosa. Me exigió que rompiéramos la sociedad. Dijo que de todas formas el vivero estaba perdiendo dinero después del escándalo y, como Bree ya no trabajaba allí, que no había motivos para mantener la relación con Steven, ya fuera empresarial o de otro tipo. Cuando me negué, se enfadó conmigo. Le prendió fuego a la caseta para demostrar que arrasaría con el vivero, y nuestra empresa, antes que dejar que ese hombre le destrozara la vida a nuestra hija. La

familia antes que el beneficio económico. Solo era una caseta, me dijo. El futuro de nuestra hija era mucho más importante que una inversión perdida.

—Podría haber matado a alguien —dije recordando la voracidad con la que el fuego devoró el sofá.

—No —negó Ted con un movimiento vigoroso de cabeza—. Ella sabía que estaba vacía. Ni siquiera la *pickup* de Steven estaba allí. Melissa sabía que vivía en otro sitio. Nunca le habría prendido fuego si creyera que podría hacerle daño a alguien. Fue solo su manera de plantarse y recordarme cuáles eran mis prioridades.

—Así que contrató a alguien para que le hiciera el trabajo sucio —dijo Vero, escéptica.

Ted la miró perplejo.

—No lo entiendo —repuso dirigiéndose hacia mí en busca de una respuesta.

—Creemos que tu mujer contrató a una sicaria para asesinar a mi exmarido. —Observé su expresión de confusión metamorfosearse en una de incredulidad.

—¿Melissa? —Se rio con un pequeño sonido de asombro que creció hasta convertirse en casi un estallido de histeria—. ¡Nunca! No conoces a mi mujer. Jamás sería capaz de hacer algo así.

—Detesto tener que decirlo —dijo la señora Westover bajando la escopeta hacia un lado—, pero tiene razón. Conozco a Melissa Fuller desde hace años. Me la imagino destruyendo la propiedad ajena para darle una lección a un hombre sin escrúpulos y proteger a su hija, pero no la veo quitándole la vida a alguien. No me encaja.

—Hizo una estupidez en un momento de debilidad —insistió Ted—, pero se dio cuenta del error que había cometido cuando la policía vino a casa con una orden de detención para Bree. Melissa nunca se lo perdonará. Le habría aterrado la idea de intentar hacerle daño otra vez a Steven o a su propiedad, por miedo a que pesaran más sospechas sobre nuestra hija.

—Así que, en vez de entregar a tu mujer, retocaste la coartada de Bree para asegurarte de que también cubriera a Melissa. —La mañana siguiente al incendio, ella me contó que por la noche había estado en casa viendo la tele con su padre. Pero, según Nick, sus padres le dijeron a la policía que los tres estuvieron en casa viendo la tele juntos. Lo visualicé todo en mi cabeza—. Melissa no hizo la foto de vosotros dos en el salón de vuestra casa aquella noche. Mientras tú y

Bree estabais viendo la tele, tu mujer estaba provocando el incendio.

Ted sacudió la cabeza.

—No había nadie más en casa: solo mi hija y yo. Ella quería una foto de los dos, así que puso el móvil en la estantería con el temporizador.

—Y le dijiste a la policía que Melissa la hizo para darle una coartada —dijo Vero. Ted asintió—. Pero, si tú y tu mujer no contratasteis a Steven, ¿por qué has programado la reunión y lo has invitado a venir aquí?

Ted parecía confuso.

—Yo no he programado la reunión.

Me dirigí a Vero.

—Si no ha sido nadie de aquí, ¿entonces quién?

—A mí no me miréis —dijo Theresa levantando la botella de vino y llevándosela a la boca.

Una colisión sacudió la ventana delantera y los cristales despedazaron el aire.

Todos nos tiramos al suelo cubriéndonos los oídos y nos refugiamos debajo de la mesa cuando empezaron a llover balas dentro de la casa.

Capítulo 40

El silencio fue ensordecedor una vez que el tiroteo al fin paró.

—¿Estáis todas bien? —gritó Ted. Barbara amartilló la escopeta.

—¿Quién nos está disparando? —Aimee estaba acurrucada junto a Theresa. Miré las caras de mi alrededor, debajo de la mesa. Todos y cada uno de nosotros teníamos un vínculo con Feliks Yirov.

—Tiene que ser Feliks —dije—. Tú misma lo dijiste, que no le gusta dejar cabos sueltos. —Todos lo éramos. Sus hombres podrían eliminarnos a todos de una sola vez.

Otra ronda de disparos asoló la casa.

—¡Eso ya lo veremos! —La señora Westover rotó sobre las rodillas y apoyó el cañón de la escopeta en una ventana rota. Efectuó unos cuantos disparos hacia la oscuridad, lo que interrumpió el ataque. Cuando se agachó a recargar, los hombres de Feliks reanudaron el fuego y la obligaron a retirarse bajo la mesa con nosotros.

Theresa acunaba la botella de vino en un brazo y agarraba a Aimee con el otro.

—¡Siento haberle dicho a mi marido que estábamos aquí! —gritó Aimee.

—¡Y yo siento que tu marido sea un capullo! —dijo Theresa sollozando.

Las balas perforaron los armarios de la cocina y rebotaron en la puerta del frigorífico.

—¡Finlay! —dijo Vero aferrada a mi mano—. Necesito contarte una cosa antes de que muramos.

—¡Lo sé! —dije apretándole la suya como respuesta—. ¡Yo también te quiero! ¡Pero ahora no es el momento!

—No, Finn. Es sobre el dinero. Necesito…

Unos neumáticos derraparon sobre la grava. Una luz azul inundó la ventana, seguida de un grito.

—¡Policía! ¡Suelten las armas y pongan las manos en alto!

—¡Parece Nick! —Vero se agachó y se tapó los oídos cuando otra tormenta de disparos estalló afuera.

Las dos reptamos hasta la ventana y nos asomamos. Una luz azul

giraba sobre el salpicadero de Nick. La puerta del conductor estaba abierta, pero no se lo veía por ningún lado. Dos hombres vestidos enteros de negro estaban escondidos tras los árboles del jardín delantero y sus semiautomáticas despidieron destellos cuando las dispararon hacia el lado del copiloto del coche de Nick.

—¿Dónde está? —preguntó Vero a través del ruido de los disparos.

—No lo sé. Debe de estar atrapado detrás del coche. Tenemos que hacer algo. —Los pistoleros no desistían; uno disparaba mientras el otro recargaba; y las ventanillas se hicieron añicos cuando tiraron a las luces azules que giraban. Me agaché debajo de la ventana arrastrando a Vero conmigo—. Tenemos que distraerlos. Algo lo suficientemente grande como para desviar su atención de Nick.

Haría falta algo más luminoso y sonoro para que dejaran de apuntar al coche. Lancé miradas por la cocina buscando algo que pudiéramos utilizar. La luz azul relució en la botella de vino volcada sobre la mesa.

—Tengo una idea. ¡Vamos!

Hice caso omiso del pinchazo de un cristal roto y gateé hacia la mesa mientras Vero temblequeaba detrás de mí. Tanteé la superficie a ciegas desde abajo, agarré la botella y se la pasé a ella. Theresa soltó un gritito cuando le arranqué la otra botella de la mano y vertí el contenido en el suelo.

—¡Me la estaba bebiendo!

Vero me siguió pegada a los talones cuando gateé con el recipiente hasta el fregadero.

—¡Finlay, es muy mala idea!

—¡Tenemos que hacer algo! ¡Están dejando el coche de Nick como un queso gruyer!

Rebusqué por el armario apartando rollos de papel y bolsas de basura hasta que encontré un bidón de limpiacristales. Desenrosqué el tapón y lo olí. Los vapores me picaron en la garganta y los ojos me escocieron.

—Tráeme un trapo.

Vero me rodeó, agarró con un sonido seco el trapo de cocina que colgaba de la barra del frigorífico y lo dividió en dos tiras largas mientras yo vertía el limpiacristales por el cuello de las dos botellas. Le di una a ella. Embutimos dentro los extremos de cada tira de trapo y las llevamos a toda prisa hasta los fogones. Vero alargó una mano y encendió uno. Acercamos las botellas y dejamos que el trapo colgara

sobre la llama. Cuando se prendieron, con ese sonido tan característico, gateamos deprisa hasta la ventana rota y bajamos el cuerpo cuando otra ronda de disparos se desató afuera.

—¡A la de tres! —le grité por encima del estruendo.

—Espera —dijo Vero—, ¿a la de tres o después del tres?

—¡Tiradlas ya! —gritó Theresa.

Juntas, Vero y yo las arrojamos hacia los destellos que despedía la boca de las armas de los hombres. El cristal se hizo pedazos. Las botellas explotaron con un rugido de llamas. Los hombres de Feliks gritaron y salieron de detrás de los árboles que habían estado usando de escudo.

Vero señaló un atisbo de movimiento detrás del coche de Nick. Divisé la espalda de su chaqueta cuando se escondió rápidamente tras un árbol para cubrirse. Se giró, arma en mano. Apuntó hacia los hombres de Feliks y disparó. Uno de ellos lanzó un grito y cayó al suelo. Él efectuó otra serie de disparos y abatió al segundo pistolero.

El tiroteó cesó. El silencio se apoderó de la noche salvo por el leve rumor del coche de Nick y el chasquido y el siseo de la hierba que se quemaba. No veía nada más allá de las cortinas de humo y las persistentes luces azules giratorias.

Unos cristales crujieron en la cocina detrás de nosotras. Ted, Barbara, Aimee y Theresa salieron de debajo de la mesa y llegaron hasta donde estábamos Vero y yo para asomarse por el marco de la ventana.

Se oyó un quejido en algún lugar del bosque.

—¡Nick! —Fui dificultosamente hasta la puerta; las deportivas me resbalaban con los cristales rotos. Oía a Vero arrastrar los pies detrás de mí cuando salí con premura al porche—. ¡Nick! ¿Dónde estás?

—¿Finn? —La voz se le quebró al gritar—. ¡Agáchate! ¡Es peligroso!

La señora Westover fue deprisa hasta el jardín y se acercó a uno de los hombres de Feliks con la escopeta. Le dio una patadita con el pie. Ted se había acercado al otro y le había comprobado el pulso. Negó con la cabeza.

—¡No pasa nada! —dije gritando—. ¡Se ha acabado!

Nick gimió. Seguí el sonido y lo encontré sentado contra el tronco de un árbol. Se agarraba un brazo, que sujetaba cerca del cuerpo. El aire estaba cargado de olor a sangre. Me arrodillé, sintiendo aún los golpes del corazón acelerado, y le busqué las heridas. El árbol obstruía

la luz que procedía de la casa y no veía nada más que la silueta oscura de su cuerpo. La pantalla del móvil de Vero se iluminó cuando marcó el número de emergencias.

—Estoy bien. Solo es un rasguño. —Empezó a levantarse, pero enseguida cambió de opinión. Siseó agarrándose el muslo izquierdo—. Aimee y Theresa… ¿Dónde están?

Volví la cabeza. Theresa estaba en mitad del jardín rociando un extintor sobre las llamas. Aimee pisaba las pavesas que el viento había diseminado.

—Apagando el fuego.

—¿Están todos bien?

—Todos menos tú. —Encendí la linterna del móvil para tratar de verle mejor las heridas.

—Las he tenido peores. —Su sonrisa no era muy convincente y su voz sonaba tirante.

—Hola, ¿emergencias? —dijo Vero—. Soy…

—No lo digas —murmuré cerrando fuerte los ojos.

—Soy la agente Ruiz. ¡Necesitamos un médico! Tengo a un agente herido. Repito, tengo a un agente…

Nick estiró el brazo y le arrebató el móvil de la mano.

—Inspector Nicholas Anthony, del departamento de policía de Fairfax… —Le dio la dirección a la operadora y solicitó una ambulancia. Colgó, le devolvió el teléfono a Vero y reposó la cabeza contra el árbol mientras se sujetaba el brazo—. ¿Te importaría llamar a Joey? —le pidió. Ella marcó el número mientras él se lo decía de un tirón. Vero se metió un dedo en la oreja y se alejó unos pasos de nosotros.

Le enrollé la manga a Nick para verle mejor el brazo.

—¿Cómo has averiguado que Aimee y Theresa estaban aquí?

—Aimee ha estado escribiéndose con su marido. Rastreamos los mensajes hasta una torreta de aquí cerca y encontramos una dirección antigua de la madre de Theresa que correspondía a los alrededores. Parecía demasiada casualidad. Supuse que merecía la pena venir a comprobarlo. ¿Debería preguntarte que hacéis Vero y tú aquí?

—Lo mismo que tú. Resolver misterios. Detener a los malos —dije abusando del refrán que dice que menos es más—. Solo que creo que fuimos más rápidas.

—Recuérdame que no vuelva a cuestionar jamás la eficacia de tus habilidades de investigación. —Las sirenas ulularon a lo lejos y sus

silbidos se fueron aproximando.

—Al menos yo me he traído a mi compañera. Nick, ¿qué leches estabas haciendo aquí solo? Te podrían haber matado. ¿Dónde está Joey?

—Se ha pasado todo el día buscando a tu ex desde que nos dio esquinazo esta mañana. No quería retirarlo de la vigilancia. Solo había pensado en pasarme a ver si Aimee estaba aquí, pero oí los disparos y pedí refuerzos.

Vero volvió mirando el móvil con el ceño fruncido.

—He intentado llamar tres veces al número de Joey. No lo coge. Le he dejado un mensaje y le he dicho que te espere en el hospital.

El pelo de la nuca se me erizó. Cuanto más lo pensaba, menos me encajaba todo. Nick dijo que la razón por la que Feliks podía quedar tantas veces impune era que tenía comprados a unos cuantos polis corruptos. Joey empezó a ser su compañero justo después de que lo arrestaran. Justo después de que Feliks desarrollara una fijación por Nick. Y Joey sabía que él y yo íbamos a cenar el sábado por la noche en el Kvass, lo que explicaría por qué Kat sabía que estábamos allí. Luego estaba Cam… Era el confidente de Joey, pero había preferido contactar con Nick cuando supo que él no estaba en la ciudad. ¿Por qué? ¿Y por qué cerrar el pico y huir en cuanto Joey volvió?

«Te doy todo lo que tengo y entonces Joey y yo habremos acabado.»

Cam dijo que dar con la identidad de LimpioFácil había tenido su precio. Sabía algo de esa persona, lo suficiente como para darnos una pista: no tenía por qué ser una mujer. Era como si hubiera querido que averiguáramos quién era LimpioFácil, pero le daba demasiado miedo ser quien nos lo dijera.

«Nunca des por sentado que conoces a la persona con la que estás tratando en Internet.»

¿Y si no eran los hombres de Feliks los que le habían dado la paliza a Cam, sino un poli? Uno que no quería que nadie descubriera el foro porque él mismo lo había estado usando. Que trabajaba por las noches porque necesitaba dinero. Que estaba haciendo muchas horas extra vigilando a mi ex con el ánimo de ayudar a su nuevo compañero. ¿Y si Joey afirmó que Steven le había dado esquinazo solo para desviar las sospechas y despejar el camino para perpetrar un intento de asesinarlo mejor programado? ¿Y si sabía dónde estaba desde el principio porque fue él quien instaló la aplicación en el móvil?

«¡Mierda! ¡Su móvil!» El teléfono de Steven estaba en el monovolumen. Lo había usado para decirle a Ted que estaba de camino aquí. Y no nos había dado tiempo de eliminar la aplicación de rastreo.

Lo que significaba que Joey podría estar siguiéndolo.

Las sirenas resonaron. Unas luces rojas y azules destellearon cuando las ambulancias entraron por el camino de acceso de los Westover. Los paramédicos corrieron hasta donde estaba Nick y dos se inclinaron sobre él. Tomé a Vero de la mano y me la llevé a un lateral de la casa.

—Tenemos que encontrar a Steven.

Su resoplido formó una nube entre nosotras.

—¿Por qué? Está de camino hacia aquí. ¿Por qué no lo esperamos?

—Porque temo que no llegue. Creo que Joey puede ser LimpioFácil.

—¿Joey? —La sentí rebobinar mentalmente con repentina quietud, como si estuviera viendo de forma diferente los sucesos de los últimos días, tal y como había hecho yo—. Finn, eso es grave. Tenemos que decírselo a Nick.

—¡No, Vero! No podemos decirle ni una palabra de esto. No tenemos ninguna prueba. Creíamos con seguridad que Aimee era Hartita y nos hemos equivocado en todo.

—Pero ¿y si esta vez tienes razón? —Me dio las llaves del Aston—. Vete y encuentra a Steven. Ya debe de estar cerca. Yo me quedo aquí por si acaso llega.

Nick gritó mi nombre cuando salí disparada hacia el bosque.

Capítulo 41

Marqué el número del móvil de Steven mientras corría por el oscuro bosque de detrás de la casa de Carl. El Aston Martin brillaba con una luz trémula en el aparcamiento delante de mí. Los pulmones me escocían cuando alcancé la puerta.

Me respondió sin molestarse en saludarme. Su voz sonaba tan fría como el aire de la noche.

—Me tienes que explicar muchísimas cosas.

—Lo sé —jadeé—. Y lo haré. Te lo juro. Pero necesito que me escuches. —Pulsé aleatoriamente los botones de la llave hasta que el interior del coche se iluminó y el seguro de las puertas se desactivó. Me incliné hacia delante, examiné los mandos y pulsé un botón para arrancar el motor.

—Se acabó el escucharte. He sido muy pero que muy paciente contigo, Finlay, pero se me ha agotado la paciencia. En cuanto llegue a casa, voy a concertar una cita con Guy. Este follón se va a terminar. ¿Me oyes? ¡Se va a terminar!

—Steven, escúchame —dije metiendo la marcha atrás y practicando un giro cerrado tras la tienda. El aparcamiento estaba oscuro como boca de lobo, así que encendí las luces largas del Aston Martin—. Tienes que salir de la carretera. Vete a un sitio público. Con gente. Y con luces. Una tienda o una gasolinera. —Si estaba tan cerca como creía, sus opciones ya eran limitadas. Las carreteras de esta zona eran locales y estaban a oscuras. Había varios kilómetros entre los pequeños supermercados familiares; era probable que nada estuviera abierto tan tarde.

Su risa sombría retumbó.

—Verás, es que eso es lo gracioso. Ya tengo el coche parado a un lado de la carretera. ¡Porque tu dichoso monovolumen ha pasado a mejor vida y ahora estoy tirado en el culo del mundo, esperando a la grúa de las narices!

«No. ¡No, no, no!» Pisé a fondo el acelerador. Sentí como si hubiera dado rienda suelta a setecientos caballos. Los árboles pasaban a toda velocidad a ambos lados. La inercia me empujó contra el respaldo del

asiento mientras el Aston Martin obedecía a los giros que exigían esas carreteras tortuosas.

—Steven, ¿dónde estás? Dame nada más que el nombre de una calle o un punto de referencia. Estoy de camino. Quédate dentro del monovolumen y echa el seguro de las puertas. ¡Llego enseguida! —Probablemente habría seguido la misma ruta que Vero y yo tomamos para llegar allí. Si deshacía el camino, lo encontraría. No podía estar lejos.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Tu niñera me ha atizado con algo en la cabeza, Finlay! ¡Es probable que tenga una conmoción cerebral! Me habéis secuestrado, amordazado y abandonado en un motel asqueroso. ¿Lo pillas? ¡Eres la última persona del mundo a la que quiero ver ahora mismo!

—Espera. Creo que te veo.

Unas luces de emergencia amarillas destellearon delante de mí en el arcén. Solté el aire contenido cuando reconocí la parrilla de mi monovolumen. Steven caminaba adelante y atrás dándome la espalda. Levanté el pie del acelerador y el pulso se me ralentizó al tiempo que lo hacía el coche.

—Gracias a dios —dijo Steven entre dientes—. La grúa ya está aquí. Me tengo que ir.

Lo observé irse hasta la carretera haciéndole un gesto con la mano a unos faros que se aproximaban por el sentido contrario. Me asaltó un terror frío cuando el otro vehículo empezó a aminorar la marcha.

—Steven, eso no es una grúa. ¡Vuelve al monovolumen!

—Ya terminaremos esta conversación mañana con Guy.

Le grité por el teléfono mientras colgaba y se lo metía en el bolsillo. Protegiéndose del resplandor de los faros del coche, le hizo señales al otro conductor para que se parara. El vehículo lo sobrepasó con el intermitente encendido y se detuvo a unos cuarenta y cinco metros más allá del monovolumen. Aceleré y entrecerré los ojos para protegerme de las luces largas del otro coche cuando pasé rauda junto a él. Busqué a ciegas el botón correcto que bajara mi ventanilla. Steven retrocedió tropezándose cuando el Aston Martin rechinó los neumáticos al pararse en seco a su lado.

—¡Sube! —le grité.

Él abrió mucho los ojos.

—¿De dónde narices has sacado ese coche?

—¡Eso no importa! ¡Sube!

Me dio la espalda levantando las manos.

—Márchate, Finlay.

—¡Steven! —Metí la marcha atrás para seguirle el ritmo mientras caminaba hacia el otro vehículo—. ¡La persona de ese coche va a intentar matarte! ¡Tienes que venir conmigo! ¡Ya!

—Eres todo un personaje, Finlay. ¿Te has dado cuenta? —Continuó caminando mientras yo lo seguía marcha atrás lentamente.

—¡Steven, por favor! —le supliqué agarrándole el brazo a través de la ventanilla.

Se quitó la mano de encima.

—Sabía que estabas como una cabra al dejarme en la habitación del motel, pero esto… esto es… —Paró. Frené mientras él me agarraba la manga—. ¿Qué narices es eso de la mano? ¿Es sangre?

—No hay tiempo para explicártelo. —Una figura se bajó del otro coche. Steven siguió la dirección de mi mirada y le hizo una señal al conductor, el dedo índice levantado, para pedirle que esperara. El hombre también alzó una mano. La apuntó hacia nosotros.

—¡Agáchate! —Abrí bruscamente la puerta del coche y chocó con su ingle justo cuando el conductor disparó el arma. Steven metió medio cuerpo por la ventanilla abierta y la bala le pasó silbando cerca de la cabeza.

Los ojos se le abrieron desmesuradamente cuando otra bala alcanzó el asfalto, junto a sus pies.

—¡Sube al puñetero coche! —chillé. Metí la marcha atrás mientras Steven rodeaba corriendo el capó y se montaba dificultosamente en el asiento del pasajero, con expresión de incredulidad.

—¿Has visto eso? ¡Ese tío acaba de dispararme!

—¿Qué crees que estaba intentando decirte?

—¡No pensé que lo dijeras en serio!

—¡El cinturón! —le grité con mi voz de madre justo antes de que una bala colisionara contra la ventanilla trasera. Pisé fuerte el acelerador y dejamos una marca de goma en el asfalto. Unas las luces traseras lanzaron unos destellos cuando el otro conductor se subió a su coche e hizo un cambio de sentido en la carretera.

Steven se abrochó el cinturón.

—¡Me cago en la leche, Finn! ¡Que es un puto Aston Martin!

—Ya lo sé.

—Dime la verdad. ¿Dónde has conseguido este coche?

—No es importante. Dame tu móvil.

—¿Por qué?

—¡Tú dámelo!

Me lo pasó. Lo apagué y lo tiré por la ventanilla. Steven abrió la boca para quejarse, pero la cerró de golpe cuando le hice un gesto severo con el índice. Cuando el velocímetro sobrepasó los ciento sesenta, se pegó contra el respaldo.

—Vas un poquito rápido. A lo mejor deberías reducir un pelín la velocidad.

—¡Este no es el momento de criticar cómo conduzco!

—Vale. Perdona. —Se torció para mirar detrás de nosotros—. Sigo viendo esas luces largas. Creo que nos está siguiendo.

—¿Has podido verlo cuando ha pasado delante de ti?

—No, llevaba las largas puestas. Parecía un sedán. Quizá un Chevrolet.

Joey tenía un sedán. Pero también mucha otra gente.

—¿De qué color?

—No sé. Era oscuro. Y no quiero que lo dejemos acercarse lo suficiente para saberlo. —Steven volvió a mirar hacia delante y agachó la cabeza para echar un vistazo alrededor—. Vas a encontrarte un cruce de visibilidad reducida a tu izquierda, como dentro de un kilómetro y medio. Si puedes hacer el giro antes de que doble la curva, apaga las luces. A lo mejor podemos quitárnoslo de encima.

Pisé el pedal más fuerte. Sentía a Steven observándome. Sentía todas las preguntas que surgían en el tenso espacio que nos separaba. Unas señales de advertencia aparecieron delante de nosotros. Frené al entrar en la pronunciada curva de la carretera, divisé el cruce, apagué las luces y giré el volante de un tirón hacia la izquierda. Levanté el pie del freno rezando por que no hubiera chocado con nada en la oscuridad. Los dos contuvimos la respiración. Un instante después, vimos pasar los faros de LimpioFácil por la luna trasera.

—Lo hemos despistado —dijo Steven mirando hacia atrás—. Vámonos antes de que cambie de sentido.

Encendí las luces y dejé que Steven me guiara por el laberinto de carreteras rurales hasta que finalmente llegamos a un cruce que reconocí.

—Tira por ahí. —Me señaló el aparcamiento vacío de un centro comercial. Giramos por un callejón que había detrás de una tienda de alimentos y aparcamos el Aston Martin detrás de un contenedor. Apagué el motor y se hizo un silencio pesado y repentino en el coche.

Apoyé la frente sobre el volante.

Steven se echó sobre la puerta de su lado para mirarme.

—¿Quieres empezar por el principio?

—La verdad es que no. —Estaba demasiado agotada como para explicárselo. Lo único que quería era llegar a casa y abrazar a mis hijos—. Alguien quiere matarte, Steven. No sé quién es. Pero estaba tan enfadado como para publicar un anuncio en Internet en el que ofrecía cien mil dólares al sicario que se deshiciera de ti, preferiblemente antes de Navidad. ¿Alguna idea de quién puede ser?

La cara le palideció bajo la luz tenue.

—Cuando reconocí tu voz en la grabación de seguridad de la noche del incendio, supuse que era todo un plan.

Me froté los ojos intentando no perder los estribos.

—Estaba allí buscando pruebas, intentando averiguar quién quería cargarse al padre de mis hijos.

—Por eso me espiaste en el vivero de árboles de Navidad —dijo, por fin cayendo en la cuenta—. Porque tenías miedo de que viniera a por mí mientras estaba con los niños.

Asentí. Las manos aún me temblaban cuando me aparté el pelo de la cara y lo eché hacia atrás.

—Creo que el sicario te quitó el móvil esa noche para rastrear mejor tus movimientos.

—El escape de gas…, lo de los neumáticos de la camioneta… ¿Todo eso lo hizo él?

—Todo menos el incendio. Eso —dije con una risa sombría— fue la madre de Bree, pero al parecer no tiene nada que ver con el anuncio ni con los intentos de quitarte la vida.

Steven se quedó callado mientras lo asimilaba.

—Entonces, por eso me habéis secuestrado y me habéis llevado al motel. Porque sabíais que este tipo me estaba persiguiendo y creíais que allí estaría a salvo. —Sacudió la cabeza—. Dios santo, Finn. ¿Por qué no me lo dijiste y ya está? —Me quedé boquiabierta. Steven levantó una mano cerrando los ojos, como si se hubiera dado cuenta del error al instante de pronunciar las palabras—. Ya lo sé. Lo intentaste. Y no te hice caso. Lo siento —dijo suavizando la voz—. ¿Y ahora qué?

Apoyé la cabeza contra el cristal.

—Ojalá lo supiera.

Steven echó un vistazo al callejón.

—¿Crees que van a intentar dispararme si salgo a echar una meada?

Me reí con cansancio.

—Creo que probablemente no te va a pasar nada.

Se bajó del coche y desapareció detrás del contenedor.

Miré el móvil y encontré una llamada perdida de Vero. Toqué su nombre y contuve la respiración mientras sonaban los tonos.

—Gracias a dios que estás bien. ¿Has encontrado a Steven? —me preguntó.

—Lo tengo. El monovolumen lo dejó tirado a unos kilómetros de la casa de los Westover. Lo encontré justo antes de que apareciera LimpioFácil. ¿Alguna novedad de Joey?

—No. La ambulancia se ha llevado a Nick hace unos minutos y Joey todavía no ha llamado.

—No me sorprende. —No hacía más que confirmar mis sospechas —. Es difícil hacer una llamada telefónica cuando le estás disparando a alguien.

—¡¿Disparando?!

—No te preocupes. Estamos los dos bien y nos hemos deshecho de su móvil.

—Hablando de móviles, le he reenviado a LimpioFácil el correo de Hartita. A estas alturas probablemente ya sabrá que ninguna de las dos va a cobrar. Dudo que esté desperdiciando más el tiempo persiguiendo a Steven.

—Eso sigue sin responder a la pregunta de quién lo contrató.

—Un misterio que dejaremos para otro día. ¿Cómo está mi coche, por cierto?

Eché una mirada a través del retrovisor de mi lateral al agujero filoso del cristal.

—Te lo explico todo cuando te recoja.

—Descuida. Ramón me ha llamado. Estaba enfadado por haber conducido todo el trecho hasta el motel y ver que el monovolumen no estaba allí. Va a venir a recogerme. Si no me mata cuando llegue lo buscaremos al volver y le pediré que lo remolque. Espérame en el garaje. —Colgó.

Desplegué las notificaciones que no había visto debido al caos de las últimas horas.

Una llamada perdida de Sylvia, dos de Julian, una de mi hermana y tres de mi madre. Era raro que mi madre me llamara tan tarde y una

ola de preocupación me invadió al pulsar su número.

Me contestó al primer tono.

—¿Finlay? He hablado con Georgia. —Su voz sonaba entrecortada y con un tono de pánico; las palabras le salieron rápidamente por la boca—. ¿Está bien Steven? Me ha dicho tu hermana que alguien lo está intentando matar. ¿Qué está pasando? ¿Y por qué los niños están con ella?

—Steven está bien, Ma.

—¿Seguro?

—Está conmigo ahora mismo. Georgia solo me está haciendo de canguro.

—Ay, gracias a dios. Estaba preocupadísima. Espera… —dijo con un tono que se volvió de sospecha—, ¿qué haces por ahí con Steven?

—Ha tenido un problemilla con el coche y he venido a recogerlo.

—No es una cita, ¿verdad?

Me reí.

—No.

—Vale. Ah, y llama a tu hermana. Te está buscando. —Mi madre colgó.

Iba a dejar el móvil cuando una notificación emergió en la pantalla. Un correo electrónico de LimpioFácil, que respondía al mensaje que Vero le había reenviado:

> Anónimo2, buen intento con las fotos. Parece que nos han engañado tanto a ti como a mí. Un consejo de profesional: exige siempre la mitad por adelantado. Y la próxima vez apártate de mi puto camino.

Steven abrió la puerta y se sentó en el asiento del pasajero. Cerré el mensaje y me tiré el móvil al regazo.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Sí —dije—. Parece que la jugosa recompensa que ofrecían por asesinarte era una promesa falsa. Vero y yo le enviamos unas fotos muy convincentes de tu cadáver, pero parece que la persona que quería que murieras no tiene intención de pagar.

Steven se bajó la cremallera del abrigo y se tocó la mancha de color frambuesa de su sudadera. Se chupó la punta del dedo y se rio.

—Alguien no se va a poner contento cuando se dé cuenta de que sigo vivo.

—Probablemente, pero dudo que el tipo de la pistola vuelva a por ti. —Di un suspiro de alivio—. Nick es buen poli. Tirará de las pruebas

del escape de gas y de los neumáticos rajados. En algún momento llegará al fondo del asunto. Pero, mientras tanto, ¿podrías intentar no enfadar a nadie?

—Lo intento. —Fijó la vista en el parabrisas recorriendo el marco de la ventanilla con un dedo—. Entonces, Nick y tú… No digo que me alegre, pero supongo que no me parece mal.

—No recuerdo haberte pedido tu opinión ni tu permiso.

—Al menos tiene edad para afeitarse.

—Has dicho que lo estabas intentando —le recordé.

—Tienes razón. Lo siento. —Olfateó el aire y arrugó la nariz—. Si estás segura de que ese tío no va a volver, a lo mejor podemos irnos de aquí. El contenedor apesta.

Yo también olfateé el aire. El olor dulce y hediondo de la descomposición se filtraba desde algún lugar de detrás de nuestros asientos, pero estaba segura de que no se estaba colando por la ventanilla rota. Con todo el alboroto, me había olvidado por completo de Carl.

—Con respecto a eso —dije arrancando el motor—, necesito que me ayudes con una cosa. Y tienes que confiar en mí. Completamente.

Steven parecía dubitativo, incluso cuando asintió.

—Lo que sea.

Las manos me dolieron por unas ampollas imaginarias cuando agarré el volante y emprendí el camino hacia el vivero.

—Necesito que me prestes una excavadora.

Capítulo 42

De camino al vivero de Steven, le conté todo lo que le había pasado a Carl. Él ya sabía que estaba enfermo, pero la noticia le afectó mucho. Un atisbo de remordimiento le apareció en los rabillos de los ojos. Le expliqué que Theresa había usado la cuenta de empresa del vivero para pagar el trastero en el que esconder el cuerpo de Carl y que Vero y yo encontramos los documentos en la caseta cuando nos colamos la noche del incendio. Se rio a su pesar cuando le conté que entregamos el contenido del arcón congelador en casa de Theresa y que estábamos tan aterrorizadas por lo que podría pasarles a los niños cuando nos fuimos de allí que nos olvidamos un pedazo de Carl en el maletero del Charger de Vero. La sonrisa se le desvaneció y una expresión de terror le cruzó la cara cuando se dio cuenta de qué era lo que causaba el olor en la parte trasera del Aston Martin.

—Quieres que te ayude a enterrarlo. En mi vivero. —Pensé que quizá la voz sonó más plana por la conmoción. Al fin y al cabo, había sido una noche extraña. Me imaginé que haría falta mucha intensidad para sorprenderlo más aún. Y quizá era mejor así.

—No puedo llevar a Carl a su casa —razoné—. Está repleta de polis. Y desde luego no puedo llevármelo a la mía. El vivero es el lugar más seguro. De momento.

Quizá un día, cuando las aguas se hubieran calmado, Steven se podría poner de acuerdo con Barbara para devolver el último pedazo de Carl a su lugar de descanso final, detrás de la casa de los Westover.

Asintió despacio, asumiendo que esa era nuestra única opción.

Accedimos al vivero por la entrada trasera; el Aston Martin pasó por encima de las rodadas profundas que había en la carretera de grava. Los recuerdos me abordaron con intensidad cuando pasamos por el campo en barbecho donde Vero y yo enterramos a Harris y reprimí el impulso de girar la cabeza y mirar. Steven no dijo nada cuando pasamos al lado.

—Está allí. —Señaló un punto detrás de uno de los cobertizos, donde el cuello largo de una excavadora se recortaba contra el cielo nocturno. Me indicó que cruzara por una franja estrecha de césped

que había entre los campos.

—Espera aquí —dijo saliendo del coche.

Bajé la ventanilla del copiloto y lo llamé.

—Ya sabes que puedo ayudarte.

Steven se giró y sonrió mirándose las líneas de cinta adhesiva de la muñeca. Con las manos apoyadas sobre el lateral del coche, se inclinó dentro de la ventanilla abierta, con algo similar al orgullo en el brillo de sus ojos.

—Sé que puedes ayudarme. Pero es mejor que te quedes en el coche. —Me señaló los zapatos y las manos desnudas—. En lo que respecta a la policía, tú nunca has estado aquí.

Se me escapó una risa.

—Si no supiera la verdad, podría pensar que ya lo has hecho más veces.

Se encogió de hombros con cierta humildad.

—No he dormido mucho las últimas semanas. Puede que me haya leído algunos libros tuyos. Ya sabes, para pasar el rato. —Dejó caer la cabeza y dio unos toquecitos en la tierra con la punta de la bota cuando la mandíbula se me cayó de la sorpresa. El libro sin devolver de la biblioteca que encontré en el escritorio de la recepción de la caseta, donde había dormido Steven, no era de Bree ni por asomo. Levantó la mirada hacia la mía—. Finn, déjame que haga yo esto. Te lo debo. —Cuando asentí, dio unas palmaditas sobre el techo del coche y dijo—: Abre el maletero. Vamos a acabar con esto de una vez.

A la luz de los faros del Aston Martin, Steven trepó hasta la cabina de la excavadora, la puso en funcionamiento y abrió un hoyo limpio y profundo. Con los hombros tensos, puso los restos de Carl en la tierra. Luego volvió a subirse a la máquina, rellenó la tumba y aparcó la excavadora encima del montículo.

Se quitó los guantes de trabajo mientras caminaba de vuelta al coche, hasta el lado del conductor. Bajé la ventanilla.

—¿Tienes donde pasar la noche? —Los restos carbonizados de la caseta eran una sombra lejana y, de momento, su casa probablemente no era un lugar seguro.

Se encogió de hombros.

—Llamaré a Guy. Seguro que no le importa que duerma en el sofá.

—Monta. Te llevo.

Steven negó con la cabeza.

—Puedo coger la *pickup* de aquí. No está lejos. —Quitó un poco de

tierra del lateral del Aston Martin—. Además, alguien probablemente esté echando de menos esta cosa. ¿Debería saber siquiera dónde lo conseguiste?

—Creo que es mejor que no lo sepas. —El concesionario llevaba rato cerrado. Me imaginaba a Alan sentado en el salón a oscuras, esperando a que Irina devolviera el coche. No tenía ni idea de si ella estaría dispuesta a encubrirme ni, en ese caso, durante cuánto tiempo —. Debería irme. Vero me está esperando. —Teníamos que pensar qué hacíamos con el Aston Martin y luego pedirle a Ramón un coche de sustitución hasta que me reparara el monovolumen. Y a saber qué había sido del querido Charger de Vero—. Oye, los niños y yo vamos a cenar con mis padres en su casa el sábado por la noche. ¿Quieres venir? Delia y Zach te han echado mucho de menos.

Steven se rio negando con la cabeza.

—¿Para que tu madre me recuerde lo gilipollas que soy mientras me agasaja con las historias de tus novios durante el plato principal? No, gracias. En realidad estaba pensando en tomarme quizá una temporada de descanso. Sin oficina y con el negocio tan parado, supongo que ahora puede ser un buen momento para visitar a mi hermana. Ya me entiendes: salir de la ciudad y estar fuera de combate durante un tiempo. Pero quizá pueda pasarme por tu casa y ver a los niños antes de irme.

—Claro. Les gustará.

—Finn —dijo deteniéndome cuando empecé a subir la ventanilla. Su cara se volvió más seria mientras jugueteaba con los guantes—. Hay algo que he querido decirte desde que pasó lo del incendio. Sobre la palabra clave del sistema de vigilancia. No es que conserve la esperanza de que arreglemos las cosas. Es que… tú y los niños… siempre habéis sido la constante de mi vida.

—¿Incluso cuando compraste el vivero? —Se hizo un silencio denso. Bajó la cabeza. Si firmó el contrato con Ted y Carl cuando seguíamos casados, entonces por ley probablemente una porción me correspondía a mí—. ¿Guy lo sabe?

Steven negó con un gesto evasivo.

—Es mi amigo. Siempre se le ha dado bien mirar para otro lado. —Levantó la mirada hacia mí, sin ocultar la vergüenza. Era probable que Guy se hubiera enterado de muchas cosas—. Finn, lo voy a hacer bien. Los bienes, la custodia…, todo. —Había una súplica bajo esa promesa. Una pregunta que no se atrevía a hacer.

De alguna manera, Steven también había sido una constante en mi vida, pero no era una red de seguridad para mí. Ya no me iba caer hacia atrás. A partir de ese momento, solo me iba a caer hacia delante. Y, si tenía que escoger un nombre de seguridad propio —alguien con quien pudiera contar, que se quedara a mi lado por muy desastrosa que fuera mi vida—, sería Vero.

—Sé que lo vas a hacer —dije.

Steven dio unas palmaditas al lateral del coche con una sonrisa triste y se despidió con la mano observándome marchar.

Solo una luz estaba encendida en la ventana del despacho del garaje de Ramón. Vero me mantuvo abierta la puerta de la valla de tela metálica y me indicó que pasara. La de la parte trasera del edificio estaba abierta y su primo me saludó desde dentro.

Me bajé del Aston Martin mientras ellos rodeaban el coche. Ramón se lamió un diente mientras tocaba el agujero de bala de la aleta trasera. Levantó la mirada a su prima, con demasiadas preguntas que le brillaban en los ojos; preguntas que ninguna de las dos iba a contestar nunca. Sacudió la cabeza a través del cristal roto de la ventanilla.

—¿En qué narices te has metido esta vez, Veronica?

—¿Puedes arreglarlo? —le preguntó.

Ramón abrió la puerta del copiloto y se inclinó dentro del coche. Hincó un dedo en la parte trasera del reposacabezas y extrajo una bala. Me la tiró con la mandíbula rígida.

—Voy a tardar varios días solo en arreglar la ventanilla, y eso sin la pintura. Y el reposacabezas va a costar un dineral sustituirlo, si es que lo encuentro.

—A lo mejor Javi conoce a alguien —sugirió Vero, que iba siguiendo a su primo.

Ramón se giró bruscamente y le extendió el índice.

—No voy a decirle ni una palabra de esto a Javi y tú tampoco. Lo mejor es que os deshagáis de él.

—No podemos —dije—. Nos lo prestaron en un concesionario. Tenemos que devolverlo. —Puede que Alan se saltara las reglas por Irina dejándome las llaves, pero este coche valía demasiado como para que el concesionario tardara en darse cuenta de su falta y el interés de Irina en protegerme no era ilimitado—. ¿Cuánto te llevaría arreglarlo?

Ramón se plantó las manos en las caderas y giró la cara hacia mí.

—Lo del reposacabezas es un problema. Conozco a un tipo que podría estar dispuesto a ponerse con ello, pero no es barato.

—Tenemos dinero en efectivo —le aseguré.

—No —dijo Vero en bajo—, no lo tenemos. —La mirada se le nubló. Igual que cuando el brillo de sus ojos se debilitó al decirle yo a mi madre que ella gestionaba mi dinero y que nunca me dejaría llegar a vieja sin blanca. Negó ligeramente con la cabeza, rogándome en silencio que no le preguntara sobre el tema delante de Ramón.

Conseguí tragar saliva. Después de todo lo que habíamos logrado para sobrevivir durante las últimas semanas, de ninguna manera iba a dejar que nos metieran en la cárcel por un coche.

Aturdida, me oí decir:

—Encontraremos la forma de pagarlo.

La vista de Ramón descendió a las manchas de sangre de mi abrigo.

—Puedo desactivar el rastreo del coche esta misma noche. Por la mañana empezaré con la carrocería. Harán falta al menos setenta y dos horas. Pero como alguien se entere de esto, Vero…

Esta se lanzó a abrazarlo conteniendo las lágrimas.

—Nadie se va a enterar.

—Paso demasiado tiempo arreglando los estropicios que dejas —murmuró Ramón entre dientes con la boca en su pelo. Cuando su prima se apartó, se sacó un trapo limpio del bolsillo trasero y me lo tiró con una inclinación de la cabeza hacia las manos—. Vero y yo hemos encontrado tu monovolumen. Tardaré unos días en echarle un vistazo, pero probablemente no pueda ser un arreglo rápido. Entre las piezas y la mano de obra, quizá lo mejor sea que compres otro. ¿Quieres que le pegue un cartel de SE VENDE en la ventanilla y lo saque ahí delante? —me ofreció—. A ver si te puedo conseguir algo de pasta.

El monovolumen había pasado por muchas cosas. Era probable que Ramón tuviera razón. Hacía mucho tiempo que deberíamos haber puesto fin a su desgracia y haber buscado uno nuevo. Había probado el coche deportivo sexy y ostentoso, que se manejaba como si se volara por el cielo, pero que se parecía demasiado a una crisis de los cuarenta. Y había cogido el Charger de Vero, con su motor reverberante y sus líneas claras, que a veces se parecía demasiado a un coche de policía. A pesar de los Cheerios hechos migas en la alfombrilla y los asientos de seguridad de la parte trasera, mi monovolumen tenía algo simple y reconfortante, por lo que no estaba todavía del todo segura de si estaba lista para renunciar a él.

—¿Me podrías dar un presupuesto? —le pregunté a Ramón limpiándome lo que me quedaba de sangre seca de los dedos.

Él asintió.

—Claro.

—Necesitamos uno de sustitución —dijo Vero—. ¿Nos dejas unas llaves?

—Esperadme aquí. —Ramón se marchó a su despacho por el pasillo.

Un silencio incómodamente largo se asentó entre Vero y yo hasta que ella al fin habló.

—No invertí el dinero —me confesó con voz queda—. Lo perdí. Todo.

—El fin de semana de Acción de Gracias, cuando te marchaste de casa de mis padres, ¿a dónde fuiste? —Ya lo sabía. Solo necesitaba oírselo decir.

—A un casino. En Atlantic City. Es que… le debo dinero a unas personas. Teníamos todos los billetes de Irina, pero no era suficiente para pagar la deuda. Estaba segura de que podía doblarlo y que todo saldría bien. Y así habría sido. —Juntó las manos, suplicando que la creyera—. Estaba en racha aquella primera noche, Finn. Ya iba con unos cuantos miles arriba y un tipo de mi mesa se dio cuenta. Cuando volvía a mi habitación, me habló de una fiesta privada, una con cuota de entrada y apuestas altas. Me dijo que conocía a alguien que podía conseguirme una letra si quería ir.

—¿Una letra?

—Como el anticipo de tus libros, un préstamo.

Un préstamo que luego tendría que devolver jugando. La letra de la que le había oído hablar Delia a Vero.

«Si no consigue doscientos dólares —había dicho mi hija—, va a tener un problema gordo.»

—¿Por cuánto era la letra?

Las lágrimas se le desbordaron de los ojos.

—Doscientos mil.

Dio un respingo cuando Ramón volvió al garaje. Le tiró un juego de llaves. A Vero le temblaron las manos cuando las atrapó en el pecho. Él le tendió un sobre doblado.

—Esto estaba en el buzón de mi apartamento esta mañana. Viene a tu nombre.

Ella lo cogió y echó un vistazo al nombre impreso en negrita: **Vero**

Ramirez. Se puso pálida y ambos cruzaron una mirada prolongada.

—Gracias —dijo metiéndoselo en el bolsillo del abrigo—. Voy a traer el coche.

Ramón me agarró de la manga cuando me giré para seguirla. La miró marcharse con el ceño fruncido.

—Vigila a mi prima. La quiero mucho, pero es temeraria. No se puede meter en más problemas.

Pensé en el álbum de fotos que había encontrado en el armario de su habitación. En la carta de la beca que iba dirigida a una Veronica cuyo apellido no conocía. En el hombre que había ido a casa de su madre preguntando por ella y en que el mejor lugar para esconder un secreto oscuro es otro estado.

Cierto: Vero era impulsiva. Corría riesgos, pero eran calculados; siempre tenía cuidado de sopesar las probabilidades de éxito en lo que se respectaba al dinero. Si había puesto en peligro nuestros ahorros sin decírmelo, lo había hecho por un motivo.

—¿En qué clase de problemas anda metida?

Ramón se limpió una mancha de grasa del pulgar.

—Eso no te lo tengo que contar yo.

Lo observé retirarse a su despacho. Yo sabía, tal vez mejor que nadie, que algunas historias lograban quedarse en la cabeza. Habitualmente, porque nos da miedo lo que puedan revelar de nosotros: nuestros miedos, carencias, errores y fracasos. A veces, esas historias necesitaban un empujoncito para salir. Me metí el trapo sangriento en el bolsillo, junto con la bala. Fuera lo que fuese en lo que estaba metida Vero, lo arreglaríamos juntas.

Capítulo 43

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Vero y yo llegamos al hospital. Georgia me había llamado al móvil por lo menos doce veces desde que se había enterado del tiroteo en casa de Carl y cuando por fin respondí soltó una retahíla de palabrotas que habría escandalizado a mi madre. Después de explicarle por enésima vez que ambas estábamos bien, me dijo que a Nick lo habían ingresado: al parecer, sus heridas no eran tan leves como él había dicho. Vero, al percibir la preocupación en mi voz, pasó de largo por South Riding y nos encaminamos directamente hacia el hospital.

—Lo siento —dijo la auxiliar del mostrador de información cuando le pedimos ver a Nick—, pero las horas de visita no son hasta dentro de seis horas. Tendrán que volver entonces.

Vero le dio las gracias a la mujer echando una mirada furtiva a la pantalla de su ordenador al tiempo que separaba las manos del mostrador deslizándolas. Me llevó aparte y me enseñó con una sonrisilla de satisfacción el pase de visitante que había escamoteado.

—La habitación de Nick es la 402 —susurró poniéndomela en la mano—. Venga. Yo me encargo de esto.

Vero se apartó de mí y empezó a abanicarse y a quejarse del calor que tenía. Se agarró el pecho con un quejido teatral y luego se derrumbó delante del mostrador de recepción. Hubo un frenesí de actividad y alguien llamó a una enfermera. Me prendí el pase de visitante a la blusa, me metí en el ascensor y las puertas se cerraron.

La cuarta planta estaba en silencio y poco iluminada; el único sonido eran los pitidos ocasionales de un monitor y el tenue cotorreo que provenía de la sala de las enfermeras. Me asomé a la puerta de Nick. Los apliques de detrás de su cama estaban encendidos, pero tenía los ojos cerrados y los monitores de la esquina pitaban constante y lentamente al ritmo de su corazón.

Avancé unos pasos más hacia el interior de la habitación y me quedé paralizada.

Joey estaba sentado en una mesa junto a la cama. Se giró hacia mí cuando la franja de luz del pasillo se extendió hacia la estancia. Me

sonrió con cansancio al levantarse y ofrecerme su silla.

Me moví con cautela hasta el extremo más lejano de la cama, obligándome a sonreír y a recordarme que podía seguir equivocada con el compañero de Nick. No tenía pruebas. Podría haber sido cualquiera el que conducía ese coche.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Bien. Descansando. Se hizo un rasguño bastante profundo en el brazo y otro en el muslo. Va a pasar una temporada con trabajo de oficina, pero con un poco de fisioterapia seguro que vuelve a estar como nuevo.

El rostro de Nick estaba plácido, enmarcado por la sombra de su barba corta y oscura, que contrastaba con las sábanas blancas.

Joey se apoyó contra la pared con las manos en los bolsillos.

—Estaba preocupadísimo por ti. Me ha dicho que saliste corriendo cuando apareció la ambulancia. Entró en pánico cuando lo subieron en la camilla y nadie encontraba tu monovolumen.

—Se lo había prestado a Steven. Vero me llevó hasta la casa de los Westover. Aparcamos al final de la calle.

—Ah, ¿sí? ¿A dónde te fuiste? —Joey tenía ese brillo de poli avispado en los ojos que tanto conocía, una intensidad que parecía traspasar cualquier disimulo. En los de mi hermana era molesta. En los de Nick, encantadora. En los de Joey hacía que me escociera la piel.

—Estaba preocupada por Steven. No sabía nada de él desde hacía horas. Nick me dijo que nadie sabía dónde estaba.

Con aquella luz tenue, creo que vi a Joey un poco ruborizado.

—No ha habido movimiento en casa de Steven en toda la mañana. Imagino que en algún momento debí de quedarme dormido y tu ex me dio esquinazo. Si te sirve de consuelo, Nick me ha leído la cartilla.

—No pasa nada. He hablado con Steven hace un ratito.

—Ah, ¿sí? —Me prestó más atención—. ¿Cómo está?

—Bien.

—¿Dónde estaba?

—Al parecer, había tenido un problema con el motor del monovolumen. Estuvo tirado en el arcén un rato, pero consiguió volver a casa sin problema. —Observé la cara de Joey, esperando una reacción. Noté que él me estaba mirando con la misma cautela.

—Qué bien. A lo mejor ahora que el aspirante a asesino de Steven está entre rejas todos descansamos mejor.

La habitación pareció reducirse hasta que solo existimos él y yo.

—¿Qué quieres decir?

—Recibí una llamada de un amigo de la comisaría hace como una hora. Al parecer, justo después del tiroteo se llevaron detenidos a Ted Fuller y su mujer. Melissa Fuller ha confesado que provocó el incendio del vivero de Steven.

—¿Y crees que fue ella la que publicó el anuncio en el foro?

—No ha confesado nada más que haberlo acosado y haber iniciado el fuego, pero el panorama pinta bastante incriminatorio. —Se encogió de hombros y se metió un palillo en la boca—. Sin el sitio web ni ninguna prueba concreta que la relacione con el escape de gas ni con los neumáticos rajados de la camioneta de Steven, el fiscal de distrito lo va a tener difícil para sumar cargos, pero la señora Fuller cumplirá condena por incendio premeditado. Eso la tendrá ocupada una temporada.

—¿Y qué pasa con Steven? ¿Cómo podemos saber que no está en peligro?

Joey se encogió de hombros e hizo rodar el palillo entre los dientes.

—El arresto de Melissa Fuller seguramente saldrá mañana en la prensa local. Con un poco de suerte, alguien filtrará que también es sospechosa de asesinato a sueldo. A los periodistas les encantan esas cosas. Se harán eco de la historia. El asesino lo verá y sumará dos más dos. Si ve que están a punto de mandar a su sustento a la cárcel, se dará cuenta de que han retirado la oferta.

—Pareces convencidísimo.

Si Joey era LimpioFácil, esa sería una resolución muy conveniente. Filtraría la historia él mismo, lo que haría crecer las sospechas sobre Melissa, destruiría todas las pruebas que Cam había encontrado, convencería a Nick y a todos los demás de que los asesinos llevaban tiempo huidos y LimpioFácil cabalgaría hacia el horizonte.

—Esos tíos solo se meten en esto por el dinero. Con tanta atención de la policía en el caso y sin una forma fácil de que les paguen, créeme que renunciarán al encargo.

—Entonces, ¿crees que el asesino es un hombre?

—La mayoría de los sicarios lo son.

—¿Los dos? —le pregunté. Joey inclinó la cabeza con curiosidad—. Tenía entendido que eran dos las personas que habían aceptado el encargo, pero parece que solo te preocupa uno.

El único sonido de la habitación era el pitido suave del monitor. Joey frunció el ceño y sus ojos me vigilaron al contemplarme.

—Nick te lo ha contado, ¿verdad? No debería filtrar esa clase de detalles.

—No se lo voy a decir a nadie.

—¿Igual que lo de cuando Steven apareció para que le prestaras el monovolumen? —Removió el palillo entre los dientes pensativamente —. Se suponía que me llamarías a mí, a Nick o a Roddy si lo veías. Me he pasado toda la tarde sondeando tres condados, buscándolo. Me podrías haber avisado.

—¿Me habrías respondido?

—¿Todo esto viene por eso? —me preguntó gesticulando con la mano hacia mí—. ¿Estás enfadada conmigo porque no se lo cogí a Vero cuando me llamó? ¿Crees que no me importa no haber estado allí cuando dispararon a mi compañero?

—¿Dónde estabas?

—En tu casa, relevando a Roddy para que fuera a mear y a coger algo de cena. En realidad estaba charlando con tu vecina, la señora Haggerty, cuando recibimos la llamada sobre el disparo por la radio. Cuando Vero llamó, ya estaba al teléfono hablando con centralita intentando que me dieran una actualización del estado de Nick. El hospital estaba más cerca de tu casa, así que vine aquí directamente.

—Ah —dije sintiendo que la tensión y la resolución me liberaban los hombros. La señora Haggerty, la presidenta indomable de la vigilancia vecinal, tendría registradas la llegada y la partida de Joey y habría tomado nota de su conversación en su cuaderno de espiral, que siempre dejaba en la mesa del recibidor. Lo que significaba que él no podía ser LimpioFácil y yo no tenía ni idea de quién era.

—Te juro —dijo Joey— que nadie está más enfadado con lo que le ha pasado a Nick que yo.

Di un largo suspiro de frustración, sintiéndome estúpida.

—Lo siento. No quería insinuar lo contrario. Solo es que ha sido un día muy largo. ¿Qué ha sido de Aimee, Theresa y su madre? —le pregunté, desviando la conversación a un terreno más neutral.

Joey relajó la postura un poco. Se metió las manos en los bolsillos.

—Theresa está en detención preventiva. Parece que su madre y Aimee se van a enfrentar a los cargos de instigación y cooperación. Pero el fiscal de distrito probablemente se alegre tanto de tener a Theresa a tiempo para el juicio que se portará bien con ellas.

—¿La policía ha identificado a los gorilas armados?

—Trabajan para una empresa de seguridad privada propiedad de

Feliks Yirov. Parece que los envió a eliminar a unos cuantos testigos antes del juicio. Hablando de eso —añadió sacándose el palillo de la boca y apuntándome con él—: A todo el que estuviera en la casa durante el tiroteo se le ha pedido prestar declaración. Probablemente alguien se pasará por tu casa por la mañana para recoger la tuya y la de Vero.

Asentí. Aquello lo tenía muy asumido.

—Aun así, tengo curiosidad —prosiguió Joey con un pie apoyado en la pared de detrás de él—: ¿Qué estabais haciendo allí vosotras?

—Teníamos una corazonada.

—¿Y ya está?

Le mantuve la mirada dubitativa desde el otro lado de la cama.

—Ya basta con el interrogatorio, Joe.

Los dos nos giramos hacia la voz de Nick. Sonó profunda y atontada. Sus párpados pesados pestañearon y se abrieron y una sonrisa le tiró de los labios cuando me vio. Me acerqué a su lado y extendió los dedos para encontrar los míos.

—Voy a la máquina de café y os dejo a los dos que os pongáis al día. No hagas muchos esfuerzos. —Joey le dio a Nick una palmada en el hombro, con cuidado de evitar las vendas. Me asintió brevemente antes de salir de la habitación.

—Pensaba que habías pasado de mí —me dijo Nick una vez Joey se hubo ido—. Antes de que te fueras corriendo, estaba emocionado por que me dieras un beso de compasión. ¿Qué tal estoy?

—No muy bien —dije apoyando una cadera en su cama—. Tu compañero te ha reventado la tapadera. Dice que no te estás muriendo y que en realidad te vas a poner bien. Parece que has perdido la oportunidad.

Nick ensanchó la sonrisa y un hoyuelo mortal le surgió en la mejilla. Entrelazó nuestros dedos.

—¿Y qué tal una cena de compasión en mi casa? —Levantó una ceja somnolienta—. Te prometo que esta vez no rebuscaremos en la basura.

—Ya lo hablaremos cuando estés recuperado. Mientras tanto, deberías descansar. Parece que vas a tener que hacer mucho papeleo cuando salgas de aquí.

Nick gimió volviendo a cerrar los ojos.

—No me lo recuerdes.

Le estaba apretando la mano cuando los analgésicos le hicieron

efecto.

—Tengo que rescatar a Vero de urgencias y mi hermana me está quemando el teléfono. Llámame cuando estés en condiciones de hacerlo. —Nick asintió, ya medio dormido. A pesar de mi queja inicial, me incliné y le besé la mejilla. Su débil sonrisa consiguió parecer triunfal—. Cuídate —susurré.

Vero me escribió desde el coche para decirme que había conseguido salir de urgencias de una pieza. Le reproduje la conversación con Joey durante el trayecto hasta el aparcamiento mientras jugueteaba con la bala del bolsillo. Me había equivocado muchísimo con Aimee. Con Joey. Hartita y LimpioFácil seguían por ahí, sin nombre ni cara, y, aunque Steven probablemente estuviera a salvo en casa de Guy esta noche, nada de lo sucedido sabía a victoria. Abrí la puerta del copiloto del coche de sustitución y dudé antes de montar. Cuando me giré para mirar a la ventana de la habitación de Nick, juraría que vi una sombra contemplándome desde arriba.

Capítulo 44

La policía se presentó en casa para tomarnos declaración a primera hora de la mañana. Nuestras versiones fueron sencillas y coherentes. Para los investigadores, sabíamos que Theresa tenía familia en esa zona porque Steven lo había mencionado alguna vez. Habíamos ido a la casa de los Westover para tratar de convencerla de que se entregara y poco después de que llegáramos comenzó el tiroteo.

Les di las gracias a los investigadores, los acompañé hasta la puerta, eché un vistazo a la calle y vi que el agente Roddy ya no estaba apostado junto al bordillo. Si el fiscal de distrito y la policía estaban convencidos de que Melissa Fuller era Hartita, como había insinuado Joey anoche, probablemente darían por hecho que Steven ya no estaba amenazado y que no había motivos para continuar la vigilancia. Yo solo deseaba que fuera verdad.

En unas horas, mi ex estaría en un avión de camino a casa de su hermana, en Filadelfia. Con un poco de suerte, averiguaríamos quién era Hartita antes de que acabara el año, cuando regresara.

Cuando la policía se marchó, me quedé mirando el móvil. ¿Cuántas horas me quedaban antes de que Alan llamara a Irina buscando el Superleggera desaparecido o, aún peor, antes de que ella descubriera lo que había hecho y mandara a los gorilas de Feliks a por mí?

Vero me animó con un asentimiento. Marqué el número del concesionario y pregunté por Alan. Oí una música *jazz* navideña durante una espera terriblemente larga hasta que por fin se puso.

—Alan al habla. —Lo noté inquieto, agobiado. Lo visualicé tirándose del nudo de la corbata.

—Hola. —Me aclaré la garganta—. Es probable que me recuerde. Hablamos anoche cuando fui a recoger un vehículo con Irina Borovkov. Solo quería avisarlo de que nos ha surgido una emergencia y que vamos a retrasarnos un poquito en la devolución. Lo siento de veras. Teníamos toda la intención de…

—No hace falta que se disculpe —me dijo rápidamente.

—¿No?

—Tenemos todo lo que necesitamos. Hemos emitido un recibo del

pago y hace treinta minutos el mensajero ha recogido el título y el registro. A menos que requiera algo más de nosotros, no hay necesidad de que nos devuelva el coche. —Me quedé pegada al teléfono, pasmada—. Ahora, si no hay más cuestiones acerca de la compra, debo irme.

La llamada se cortó. Me quedé mirando el móvil.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Vero dejando una taza de café delante de mí.

—No lo sé. Creo que Irina ha pagado el coche. —Era la única explicación.

Vero perdió la fuerza del cuerpo. Se dejó caer en una silla junto a mí.

—Entonces, ¿no tenemos que devolverlo?

Negué con la cabeza.

—Al menos, no al concesionario. —Probablemente en algún momento Irina se presentaría para pedirnos el Superleggera. Pero, con suerte, para entonces ya estaría arreglado y toda esa pesadilla se acabaría.

Vero dio un suspiro de alivio. Abrió la puerta de la despensa y se puso de puntillas para coger su alijo secreto de galletas. Sonó el timbre de la puerta. Se quedó paralizada con la bolsa en la mano y cruzamos una mirada.

—¿Quién crees que puede ser? —me preguntó.

En teoría mi hermana no venía a dejar a los niños hasta dentro de una hora.

—No lo sé.

Vero me siguió hasta la puerta. Me asomé tras la cortina. Cam estaba en el pórtico, con la capucha calada para taparse la cara y un sobre sellado bajo el brazo. Giré la cerradura y abrí la puerta.

—¡Tú! —Vero se abalanzó a por él, pero yo extendí un brazo para contenerla—. ¡Me robaste el coche!

—Yo no he robado nada. —Alzó una llave—. Dejasteis la copia del concesionario dentro del manual de usuario, en la guantera. Era prácticamente una invitación.

Vero se la arrebató de la mano con un gruñido de enfado.

—Como tenga el más mínimo rayón, voy a acabar contigo. —Le chocó el hombro al salir por la puerta. Cam sacudió la cabeza al observarla salir echando pestes hasta la puerta de la cochera para inspeccionar el Charger.

—¿Qué haces aquí?

Tiré de él hasta el recibidor y comprobé las ventanas de la señora Haggerty antes de cerrar la puerta. Cam se bajó la capucha. Se había teñido y rapado su pelo rubio grasiento y decolorado. Había cambiado su vieja chaqueta militar por una de cuero que olía a caro y nuevo. Si no hubiera sido por los moratones púrpuras y verdes de la mejilla, no estaba segura de si lo habría reconocido.

Me entregó el sobre.

—¿Qué es? —Un sello de lacre rojo sangre lo mantenía cerrado. La Y impresa con florituras coincidía con la del anillo que llevaba Kat.

—A mí no me preguntes. Solo soy el recadero.

—¿Estás trabajando para Feliks?

—El señor Yirov me ofreció un curro. Me dijo que sus hombres me habían estado vigilando. Le habían impresionado mis habilidades, así que hicimos un trato. Yo le voy a hacer algunos trabajillos de vez en cuando. A cambio, él mantiene a ciertas personas alejadas de mí y me gano una paga generosa.

—¿Solo eso? —Tenía la sensación de que Cam no era solo recadero.

Se encogió de hombros.

—Me dijo que, si no saco los pies del tiesto y no atraigo atención innecesaria sobre nuestro acuerdo, me dejará ascender. Por eso le he devuelto el coche a tu amiga. Ya me entiendes; como acto de buena fe. —Levanté una ceja—. Y porque el señor Yirov me lo ha dicho —reconoció.

—Ya sabes que Feliks y tú no sois los únicos que tenéis un acuerdo. —Le acerqué una mano y le giré la barbilla para examinarle el pómulo. Se le había deshinchado, pero le habían brotado unos hematomas de colores asquerosos alrededor del ojo. No estaba segura de si parecía estar mejor o peor. Me apartó la mano, pero no lo hizo con malicia—. Nick dice que no estabas ni en casa ni el colegio. Tu madre debe de estar muy preocupada por ti. —Sentí un pinchazo en el corazón al ver el breve destello de dolor en su mirada.

—Tendría que estar presente para darse cuenta.

—¿Y tu abuela?

Cam se frotó el pelo incipiente de la cabeza.

—Está bien. Yo cuido de ella.

—¿Quién cuida de ti?

Era un niño. Un niño que había crecido demasiado rápido y que estaba entre la espada y la pared. Y, aunque puede que se sintiera

seguro bajo el ala de Feliks, esa seguridad era una ilusión; un acuerdo con él no te blindaba a prueba de balas—. Cam, debe de haber algo…, cualquier cosa que me puedas decir de LimpioFácil. ¿Quién es? ¿Quién te hizo eso?

Cam se estremeció. Se sacó un fajo de billetes enrollados del bolsillo delantero de sus vaqueros y extrajo uno de cincuenta. Me lo dobló en la mano antes de devolver el resto al bolsillo.

—Mira, ojalá pudiera ayudarte. Pero créeme cuando te digo que es mejor que no lo sepas. Además, aunque supiera el nombre real del tío, no te lo podría decir.

—¿Por qué no?

—El señor Y. me obligó a darle el USB que le iba a entregar a tu amigo el poli. Esa era la otra parte de nuestro acuerdo. Pero no te preocupes —dijo bajando la voz, como si las paredes oyeran—. Puede que lo haya limpiado de unas cuantas cosas.

Me costó tragar saliva. ¿Cuántas cosas había antes en ese USB?

Cam se frotó el moratón del pómulo. Dio un fuerte suspiro cargado de culpabilidad.

—Mira, lo único que sé con certeza de LimpioFácil es que es un poli muy corrupto. Lo que significa que tiene mucho más que perder si lo pillan y todas las herramientas que le hacen falta para borrar sus huellas.

—¿Cómo sabes que es un agente de policía?

Cam se metió las manos en los bolsillos.

—Llevo toda mi vida rodeado de polis. Mi padre lo era. Tienen su jerga, su lenguaje propio. Leí todas esas publicaciones y los correos enviados. LimpioFácil habla como un poli.

Mi mente volvió veloz a mi conversación con Joey. Todas las pistas encajaban. Él tenía medios, motivos e incontables oportunidades para intentar matar a Steven. Pero anoche también tenía una coartada… que aún yo tenía que corroborar.

—Oye —dijo Cam desviando mi atención de la ventana—, ¿quieres que te dé un consejo? Olvídate de LimpioFácil. No es nadie con quien debería meterse una mamá maja como tú. Tampoco el señor Y. —Extrajo de su bolsillo un móvil de tapadera de aspecto endeble. Estaba vibrando cuando me lo pasó—. Es para ti.

Antes de preguntarle quién era, se puso la capucha y salió por la puerta. Mientras cruzaba furtivamente el jardín, un Jaguar verde oscuro con cristales tintados se paró dando un bandazo junto al

bordillo, delante de él. Cam abrió la puerta trasera y se montó. Vero le hizo un corte de mangas desde el pórtico de la entrada mientras el coche se marchaba a toda prisa.

El teléfono de prepago seguía vibrando cuando entró y cerró la puerta. En la pantalla aparecía «Desconocido». Descolgué con el pulgar y activé el altavoz de la llamada para que las dos la oyéramos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Hola, señora Donovan. —La voz de Ekatarina Rybakov era toda profesionalidad—. El señor Yirov lamenta no haber podido entregarle el paquete personalmente, pero creo que el contenido se explica por sí solo.

Vero sujetó el teléfono mientras yo abría el sello de lacre y ojeaba las hojas que había dentro del sobre. Un título y un registro del concesionario, junto con una escritura de venta de un «Superleggera Volante» en «Minimalista Moderno (negro)». Se había efectuado el pago completo. En metálico. Por Feliks Yirov. Vero me cogió la hoja de venta con los ojos como platos.

—¿Por qué me han dado esto? —le pregunté con escaso aliento. Aunque al leer el nombre en el registro y el título del vehículo lo averigüé: «Propietario: FD Consultoría Independiente, LLC».

FD. Finlay Donovan.

Feliks había vinculado mi nombre a una sociedad falsa. A un coche que me había pagado.

Yo misma me había convertido en una de sus empresas pantalla. En cualquier momento, él podía dar el chivatazo a la policía, Nick seguiría las migas de pan y me descubriría. Feliks sabía perfectamente lo que habíamos estado haciendo después de nuestra cena en el Kvass.

Y esta era la respuesta: Feliks Yirov era mi dueño.

—Mi cliente la vigila desde hace un tiempo. —Casi oía la boca de Kat torciéndose de diversión—. Debe usted de haberlo impresionado bastante.

—¿Qué significa eso?

—Creo que significa que te quedas el coche —susurró Vero.

—No lo quiero —dije recuperando de un tirón los papeles.

Vero los persiguió con la mano.

—Sí que lo quieres.

—El coche es suyo, por supuesto —dijo Kat mientras yo le cogía el teléfono a Vero—. Pero, a menos que quiera que cierta información arriesgada salga a luz, le recomiendo encarecidamente que se

abstenga de conducirlo.

Kat tenía razón. Una sola infracción leve de tráfico y un poli retiraría el registro. Había demasiadas desventajas. Teníamos que desechar el coche. Destruir todas y cada una de las piezas. Quizá Ramón pudiera meterlo en una de esas trituradoras gigantes. Luego podíamos quemar todos los papeles y fingir que nunca había existido.

—¿Qué quiere Feliks de mí? —le pregunté. Lo sabía todo de mi persona, así que sabía que me era posible devolverle el importe de ese coche.

—De momento, solo su silencio —respondió Kat—. Buenos días, señora Donovan.

Me tendría que haber sentido aliviada cuando la llamada terminó. Lo del coche estaba arreglado. No hacía falta molestar a Irina contándole toda la historia escandalosa de cómo lo conseguimos. Ni inventarse una falsa para contársela a Alan ni devolver el dinero. Pero dos preguntas persistentes me cayeron encima con todo su peso mientras volvía a meter los papeles en el sobre con el sello roto: ¿cómo se había enterado Feliks de lo del coche y a qué se refería Kat con «de momento»?

Me puse la chaqueta y los zapatos y crucé la calle para ir a ver a la señora Haggerty. Una parte de mí esperaba que no me abriera cuando llamara, que no hubiera estado en casa para fijarse en Cam ni en el Jaguar verde oscuro que lo había recogido.

Se oyó el ruido metálico de la cadenilla de la puerta y un cerrojo abrirse. Abrió la puerta y me miró con los ojos entornados hasta que agarró las gafas que colgaban de su cadena fina de oro. Parecía seguir confusa incluso después de que se las colocara delante de los ojos.

—Hola, señora Haggerty —dije rápidamente con la esperanza de evitar cualquier conversación superflua e incómoda, que solía consistir en oír sus críticas sobre los momentos breves y humillantes de mi vida que divisaba desde las cortinas de su cocina—. Me preguntaba si recuerda usted haber visto a alguien en mi casa ayer por la tarde. ¿Algún agente de policía?

—¿Se refiere al que lleva aparcado varios días delante de su casa?

—No, otro.

—Ha habido mucho ajetreo en esta calle —dijo con un carraspeo ofendido—. Suerte tengo de poder llevar siquiera un registro.

—Esto habría sido justo sobre la hora de la cena. Es así de alto —

dije alzando la mano por encima de mi cabeza—. Pelo rubio, ojos azules, cuarenta y pocos. Dice que habló con usted.

La señora Haggerty lo pensó durante un instante rascándose el pelo cada vez más ralo de la sien.

—Salí a sacar la basura después de cenar. Había un caballero aparcado justo ahí —dijo señalando a donde normalmente estaba el coche de Roddy—. Se bajó para ayudarme a arrastrar el cubo hasta la calle. Me preguntó si los había visto en las últimas horas a usted o a Steven. Le conté todas las idas y venidas. Luego lo llamaron por teléfono y se fue sin que me diera tiempo a preguntarle el nombre para apuntarlo.

—¿Recuerda de qué color era el coche que conducía o qué aspecto tenía él?

—Era de noche y hacía frío —dijo un poco a la defensiva—. El hombre llevaba una gorra. No sé de qué color tenía el pelo. —Y no veía lo suficientemente bien como para fijarse en el color de los ojos, seguro. Pero Joey había dicho que había hablado con la señora Haggerty. Y también que había recibido la llamada sobre lo de Nick mientras estaba allí sustituyendo al agente Roddy. Toda su coartada encajaba, pero no me podía quitar la sensación de que me estaba ocultando algo.

—Gracias, señora Haggerty —dije y me ceñí el abrigo al cuerpo mientras me alejaba de su puerta. En el último segundo me giré y capté su atención antes de que la cerrara.

—¿Por casualidad recuerda si fumaba? —Por los encuentros breves que había tenido con él, sospechaba que Joey no podía ir muy lejos sin un cigarrillo.

—No lo recuerdo. Pero ahora que lo menciona sí que llevaba algo en la boca mientras hablábamos. Un joven tan educado debería saber que eso no está bien.

Los palillos de Joey. Los que siempre andaba masticando cuando no podía fumar. Las gracias que le di como despedida sonaron apagadas y volví a casa encontrándome en el mismo punto de mi búsqueda de Hartita y LimpioFácil que la noche anterior.

Capítulo 45

Me detuve en seco al pie de la rampa que llevaba a mi garaje. Un Jeep burdeos estaba aparcado delante de mi casa. Julian estaba en la entrada colgando algo del pomo cuando me aproximé a él.

—Hola —dije con voz queda.

Se giró al oír mi voz. La galleta de mar que había colgado con un lazo de cinta satinada golpeó suavemente la puerta. Empezó a andar hacia mí, pero se detuvo a un metro de distancia; metía y sacaba las manos de los bolsillos, como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas.

—No quería molestarte. No pasa nada si no estás lista para hablar. Es que… te compré una cosa cuando estuve en Florida. Por Navidad. Quería que lo tuvieras. —Se quitó el gorro y lo sostuvo delante de sí mientras se acercaba. Sus ojos se veían casi grises bajo el cielo frío y húmedo—. Lo siento. Por todo. Parker no tenía derecho a interponerse.

—Sí que lo tenía —dije con los brazos cruzados sobre el cuerpo. Un suspiro me salió por los labios en forma de nube blanca y fina—. Te pedí ayuda y fue a comisaría a ayudarme. Y es tu amiga; le importas. Tenía todo el derecho a decir lo que opinaba.

—No debería haber puesto en mi boca palabras que no eran mías. —Parecía dubitativo cuando dijo—: Y tú tampoco. No me avergonzaba de ti. Ni de lo nuestro. Reconozco que quizá me haya estado ocultando, pero ha sido solo porque te mereces a alguien que esté preparado para el compromiso. Y no es exactamente en el punto en que yo estoy ahora mismo. Me gusta lo que somos.

—¿Qué somos? —Lo vi lidiar con esa pregunta; sus labios se quedaron separados, esperando a que le llegara la respuesta correcta. Pero no la había—. Quizá los dos necesitemos tiempo para averiguarlo.

Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla, resistiendo el impulso de prolongarlo.

—Feliz Navidad, Julian.

Con una sonrisa de ternura y un pinchazo de remordimiento, recogí

la galleta de mar del pomo de la puerta y entré en casa.

Mi móvil estaba sonando en la encimera cuando entré en la cocina. Tenía los dedos entumecidos, la nariz ligeramente congelada y el corazón en algún lugar de la garganta.

—Es Sylvia. Te ha llamado como tres veces en los últimos cinco minutos. —Vero estaba apoyada sobre la encimera sirviéndose una copa de vino.

—Son las once de la mañana —dije haciendo un gesto a la botella que estaba abierta a su lado.

—No me critiques. Hoy no es mi día. —Sirvió otra copa y me la puso delante.

—No me hace falta beber —dije.

—Tu cara dice otra cosa. Y es mejor que contestes. Debe de ser importante.

Cogí el teléfono y respondí a la llamada antes de que se desviara al buzón de voz.

—Hola, Syl.

—Finlay, ¿dónde narices te habías metido? Te dejé un mensaje de voz anoche.

—Estaba ocupada con una emergencia familiar. ¿Qué pasa?

—He hablado con tu editora. Le ha encantado la muestra. La escena de la cárcel con el poli buenorro es la *crème de la crème*. Sigue pensando que deberías plantearte matar al abogado en el tercer acto.

Vero me miró con una sonrisilla mientras yo alcanzaba el vino.

—Lo voy a estudiar.

—Y quiere el resto del manuscrito para justo después de las vacaciones. —Vacié la mitad de la copa. Claro que sí—. Otra cosa: le envié la propuesta a un representante de cine. Le ha encantado. Tiene el nombre de un productor importante que podría estar interesado y quiere concertar una llamada contigo.

A Vero casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Pero, Sylvia, si todavía no llevo ni la mitad del manuscrito…

—Estamos hablando de actrices de primera categoría, de un estudio importante de Hollywood y mucha exposición en los medios, Finlay. Podría ser muy bueno para nosotras. No me falles.

Suspiré. Ya había visto desarrollarse esta historia y había sido lo suficientemente terrorífica la primera vez, pero no parecía que Sylvia me estuviera dejando muchas opciones.

—Vale.

Intercambiamos unos saludos navideños triviales y me colgó.

—Es una historia fantástica, Finn —dijo Vero rellenándome la copa—. No te subestimes.

—Tú ya has leído mi historia. ¿Cuándo me vas a contar tú la tuya?

Vero levantó la mirada a mis ojos con la botella vacía suspendida en el aire. Nuestra historia común había empezado *in media res*, en medio de una trama ya en veloz movimiento, lo que nos permitió descubrir muchísimas cosas de la otra a medida que sucedían los hechos. Pero todo gran misterio comienza en otro lugar, en las entrañas de una historia anterior. Y, si Vero y yo íbamos a resolver su problema, necesitaba saber quién era ella de verdad.

—¿Qué somos? —Era la misma pregunta que le había hecho a Julian unos minutos antes, solo que con Vero ya sabía la respuesta.

—Somos amigas —dijo.

—No, somos más que eso, Vero. Somos socias. Las amigas cometen errores. Las socias se enfrentan a ellos juntas. Que no haya más secretos. —Levanté mi copa.

Tocó la mía con la suya tímidamente.

—Que no haya más secretos. —Tras unos sorbos en silencio, dijo—: He estado pensando. El coche ahora es nuestro, pero no podemos usarlo. Podría pedirle a Ramón que lo desmontara. Javi podría vender las partes. Podrías quedarte el dinero. Todo. —Había una disculpa en esa oferta. La promesa de pagarme una entrada para devolverme lo que había perdido. Pero ese coche no era ni mío ni de Vero; era de Feliks. Y yo no tenía ningún interés en tocarlo.

Me levanté de la mesa, llevé el sobre hasta los fogones y prendí un fuego. Sostuve el borde del papel junto a la llama y observé quemarse la escritura de venta. Las volutas de humo flotaron por la cocina cuando llevé el papel en llamas al fregadero. El detector se activó a todo volumen y luego el triturador de basura, todo mientras hacía desaparecer por el desagüe, con ayuda del agua, los restos del favor de Feliks.

Capítulo 46

La casa de mi madre olía divinamente, a arce, cidro y pimienta de Jamaica. Vero hizo un ruidillo de placer que rozó lo indecente. Se oía el choque metálico de las cacerolas y las sartenes en la cocina y solté a los niños para que atacaran a su abuelo, que ganduleaba en el sofá delante de la tele, mientras yo colgaba los abrigos. Vero los siguió y saludó a mi padre con un abrazo caluroso.

Sonó el portazo de un armario de la cocina y seguí el olor que procedía de allí. Mi madre estaba delante del fuego con uno de sus jerséis de Navidad favoritos, concentrada en un jamón glaseado que humeaba. Le di un beso en la mejilla.

—Hola, Ma.

Tenía los labios inusualmente apretados y la mandíbula muy encajada mientras quitaba unos diminutos clavos de olor de la piel del jamón y los tiraba al fregadero.

—¿Dónde está Vero? Creo que te dije que la invitaras a cenar.

—Está con papá en el salón. ¿Necesitas ayuda? —le pregunté, con cuidado de mantener distancia cuando soltó un tenedor de servir de aspecto mortífero encima de la fuente y sacó del taco un cuchillo de trinchar.

—Puedes llevar esto a la mesa. Diles a tu padre y a tu hermana que apaguen la televisión y tráete a los niños, que vamos a cenar. —Metió unos cucharones en las patatas gratinadas y las coles de Bruselas asadas y un par de pinzas en la bandeja de los bollos de pan.

—Ma, ¿todo bien?

—Todo bien.

Puse la mano sobre la suya para obligarla a dejar sobre la encimera la ramita de adorno que estaba desmembrando. Dio un fuerte suspiro.

—Estoy bien —dijo suavemente mientras se recomponía—. Solo estoy molesta con tu padre. Ya está.

—¿Qué ha hecho?

—Pasarse todo el día sentado viendo el fútbol mientras que yo he envuelto regalos, he asado la guarnición en el horno, he limpiado y he cocinado. ¿Te parece poco? —Mi risa empática le provocó una sonrisa

recelosa.

—¿Papá y tú estáis bien?

Me pellizcó la mejilla. Los dedos le olían a bolitas de ron y a pan de jengibre.

—Siempre estamos bien. Puede que a veces sea difícil convivir, pero dios sabe que yo soy un trozo de pan. Llega un momento en la vida en que es más fácil renta más aprender a tragar, Finlay. Todo lo demás cuesta demasiado trabajo. No hay ningún hombre perfecto. Lo mejor que podemos hacer es conformarnos con uno bueno. Ahora ayúdame a sacar todo esto a la mesa antes de que las coles se enfríen.

Mientras mi madre terminaba de adornar la fuente del jamón con verdura, cogí los cuencos y los llevé al comedor. El mantel de Navidad de mi madre estaba cuidadosamente planchado y blanco como la nieve y, aunque sabía que era inevitable que mis hijos vertieran los vasos de zumo y lo pringaran todo con los dedos pegajosos antes de que acabara la cena, ella encontraría la forma de dejarlo impoluto antes de Año Nuevo.

Coloqué cuidadosamente los cuencos en el centro de la mesa y moví algunas copas de cristal relucientes y algunos cubiertos plateados resplandecientes para hacer hueco al resto del banquete que venía. En la estancia de al lado, el televisor se apagó y Georgia y Vero azuzaron a los niños. Sonó el timbre.

—¿A quién esperas? —le pregunté a mi madre.

—Tu hermana ha invitado a alguien a cenar.

—¿En serio? —No recordaba la última vez que Georgia invitó a alguien a casa de nuestros padres. Fui deprisa hasta la puerta, impaciente por llegar antes que mi hermana y saludar a su invitada misteriosa. Cuando abrí la puerta, me quedé sin habla.

Nick estaba en el umbral, con el brazo izquierdo en un cabestrillo que se veía debajo del abrigo abierto y el derecho apoyado en una muleta. Estaba deslumbrante con sus zapatos de vestir elegantes, unos pantalones arreglados y ajustados de color caqui y un jersey de cachemira que se le ceñía en las partes adecuadas del tronco. Tenía la cara recién afeitada y se había cortado el pelo hacía poco.

Una sonrisa le arrugó los rabillos de los ojos.

—Me alegro de verte, Finn. Estás fantástica.

—Tú también. —Sacudí la cabeza tratando de descifrar mis pensamientos—. O sea, tienes mejor aspecto que la última vez que te vi, en el hospital. ¿Qué haces aquí?

—Tu hermana me ha invitado. ¿Puedo pasar? —Un lado de la boca se le alzó y le salió un hoyuelo—. O si quieres podemos quedarnos aquí un ratito más. —Seguí la mirada que lanzaba hacia arriba y vi un racimo de muérdago que debía de haber colgado mi madre. Sentí calor en las mejillas cuando me aparté de la puerta.

—¡Qué bien te veo, inspector! —Vero salió de la nada y le plantó un beso en la mejilla.

—Feliz Navidad, Vero. ¿Te importa? —Le tendió una bolsa de regalos que se balanceaba precariamente en su muleta—. Todavía le estoy cogiendo el truco a esta cosa.

—¿Son regalos? ¿Para mí? ¡No tendrías que haberte molestado! —Ella se la cogió y echó una ojeada al interior sin vergüenza alguna.

—Son para Delia y Zach —la corrigió mientras Vero los llevaba hasta la mesa—. Y el vino es para tu madre —me dijo mientras yo lo ayudaba a pasar al recibidor.

—No tenías por qué hacer todo esto.

—Quería hacerlo. —La muleta se le enganchó en el marco de la puerta.

Alargué un brazo para estabilizarlo agarrándolo por el pecho.

—Cuidado, no te vayas a caer.

—Eso intento. —Su voz sonó como un tenue murmullo contra la lana suave y cálida de su jersey y un brillo travieso le iluminó la mirada—. Solo cenar —me recordó.

—Así es. —Hicimos un baile aparatoso al sostenerse sobre una pierna mientras yo lo rodeaba para ayudarlo a quitarse el abrigo. Profundamente consciente del traqueteo de la muleta a mi espalda, lo conduje a la mesa.

—¡Nick! —Delia saltó de su asiento. Mi hermana la interceptó y la recogió del suelo antes de que se estrellara contra la pierna de él.

—Quieta ahí, muchachita. Todavía tiene que curarse un poco y todos queremos ver a este hombre volver a su trabajo.

Nick le frotó la cabeza.

—Te he traído un regalo. —Señaló la bolsa con la barbilla—. Hay otro detallito para tu hermano también.

Mi madre se secó las manos mientras salía de la cocina. Se paró en seco y se quedó boquiabierta.

—¡Nicholas! ¿Qué te ha pasado? ¡Georgia no nos dijo que estabas lesionado!

—No es nada —le aseguró mientras ella se acercaba a verlo—. Han

sido un par de rasguños. En unas semanas volveré a estar en marcha. Hay algo en la bolsa para usted también, señora McDonnell.

—Por favor, llámame Susan —se empeñó. Di gracias por que no le hubiera pedido que la llamara «mamá».

Tomé a mi hermana del codo por la fuerza y la saqué de la sala. Las puertas de la cocina se cerraron detrás de nosotras. Dejé el vino con demasiada fuerza sobre la encimera y la acorralé.

—¿Qué pretendes?

—¿Qué? ¿Es que no puedo invitar a un amigo a cenar?

—Pensaba que era alguien con quien estabas saliendo.

—No se me ocurría nadie especial a quien quisiera traer. Y Nick iba a pasar las vacaciones solo. Su madre está en Colorado y su hermana en California. Entre la muleta y el cabestrillo, el hombre ni siquiera puede hacerse la cena. Era lo mínimo que podía hacer. —Rebuscó en un cajón, sacó un abridor y agarró la botella de vino.

—Qué mal mientes.

—Vale. Lo he invitado porque es un buen tío y quiero que seas feliz.

—¿Por qué está todo el mundo obsesionado con encontrarme marido? —susurré a gritos—. ¡No necesito que nadie irrumpa en mi vida y me salve!

—¡Ya lo sé! —dijo dejando el sacacorchos en la encimera con un golpe—. ¡Lo sé desde el día que Steven os abandonó a ti y a los niños! Te has encargado de manteneros a todos a flote desde entonces. Pero solo porque seas capaz de sobrevivir sola no significa que debas hacerlo. —Me tomó por los hombros y me sacudió delicadamente—. Te quiero, idiota. Nadie te está diciendo que tengas que encontrar marido. Pero a veces está bien tener a un compañero de viaje en condiciones. —Me acercó a ella agarrándome por el cuello y me besó en la frente. Luego cogió el vino y lo llevó a la mesa.

Cuando salí de la cocina, los niños estaban sentados en el suelo desenvolviendo los regalos. Delia daba saltitos sujetando contra el pecho una caja satinada de damas. Zach se olvidó de su regalo, distraído con el lazo rojo y brillante con que lo habían envuelto.

Mi padre se sentó en la cabecera de la mesa. Mi madre tomó asiento en el extremo contrario y desarrimó una silla para Delia. Yo me senté a la izquierda de mi madre, junto a Vero, y coloqué a Zach en la trona, entre nosotras. Georgia ayudó a Nick a sentarse en la silla que estaba enfrente de mí, dejó la muleta apoyada contra la pared y

ocupó el asiento que había a su lado. Luego le hizo carantoñas a Delia sin que él la viera mientras mi madre bendecía rápidamente la mesa antes de santiguarse, lanzando miradas penetrantes a Georgia, y acercarse la botella de vino abierta. Se sirvió una copa generosa e hizo una mueca cuando dio un buen trago de golpe mientras los demás empezábamos a pasarnos los platos y a servirnos. Mi hermana y yo cruzamos la mirada. Nuestra madre casi nunca bebía y cuando lo hacía nunca era más de uno o dos sorbos de la copa de mi padre.

—Con calma, Ma —la picó Georgia—. Que no vas a llegar al postre. Y ya le he estado hablando maravillas a Nick de tu tarta de pecanas.

—No le hagáis caso a vuestra madre, que está enfadada —gruñó mi padre.

—¿Por qué está enfadada? —preguntó Georgia.

—Por nada —respondió la aludida secamente.

Nuestro padre se echó una montaña de patatas en el plato.

—Lleva semanas de mal humor. Se metió en una ciberestafa y ahora tiene a gente que le manda fotos y la acosa para pedirle dinero.

—Nadie me está acosando —dijo ella, pinchando el jamón de su plato—. Ya no. Se ha acabado.

—¿Veis? —dijo mi padre—. Yo no soy el único que pica en las cosas que hay en Internet.

—¿Le están pidiendo dinero? —preguntó Nick.

—Seguro que fue una de esas estafas piramidales de las que tanto hablan últimamente. Van a por la gente como nosotros.

—O sea, a por los viejos —dijo Georgia.

—Cuidadito —le advirtió papá.

—No era una estafa piramidal —le discutió mi madre—. Solo ha sido una broma que me ha gastado alguien.

Nick dejó el tenedor en el plato y se toqueteó la boca con la servilleta.

—El ciberacoso es un delito de verdad. Si alguien la está molestando, puedo pedirles a los compañeros de ciberdelincuencia que se encarguen del tema.

—No pasa nada —insistió mi madre—. Solo ha sido una foto. Nadie me ha molestado desde entonces.

—¿Desde cuándo? —me encontré preguntándole. Una sensación turbia e inquietante se me asentó en el estómago mientras mi madre se metía para el cuerpo otro trago de vino.

—Desde hace dos semanas —contestó mi padre.

—¿Y qué clase de foto era? —preguntó Georgia.

Él se encogió de hombros.

—No me lo quiere decir.

—Porque no es asunto tuyo ni de nadie —le espetó mi madre para poner fin a la discusión. Tenía la mandíbula tensa cuando se cortó un trozo de jamón.

—Entonces, Nick —dijo mi padre—, ¿cómo te hiciste las heridas?

La atención de Nick cambió a él.

—Me metieron un par de balas trabajando.

Mi padre levantó las cejas de golpe.

—No fastidies. Seguro que es una buena historia.

Nick desvió la mirada hacia mí. Negué con la cabeza en señal de advertencia.

—Me sorprende que Finn no lo haya mencionado, ya que estaba allí.

Mi madre levantó la cabeza de repente.

—¿Cómo? ¡Finlay, no me has contado nada de eso! —Miró a mi hermana. Georgia alzó las manos y utilizó la boca llena como excusa para no contestar.

—Estoy bien —aseguré—. Nick llegó justo a tiempo.

—Sí, bueno, pero no habría salido vivo de allí si no hubiera sido por tu ayuda. —Fijó los ojos en los míos.

—¿Mami es una heroína? —preguntó Delia jugueteando con las coles de Bruselas en el plato.

—Sí, sí que lo es —dijo Nick en una voz baja que parecía que solo me dirigía a mí.

Vero se abanicó con la servilleta.

—¿No hace un poco de calor aquí? A mí me lo parece.

—¿Se puede saber qué hacías tú en medio de un tiroteo? —exclamó mi madre apartando mi atención de Nick.

—Es una historia larga. No para contarla en la mesa —dije quitándome el nudo de la garganta—. Delia, cariño, si ya has terminado de cenar, puedes irte a jugar con tus juguetes. —Mi hija saltó de su asiento y corrió hasta el salón. Zach se quedó frotándose el pelo con el gratinado.

Mi hermana habló con la boca llena de jamón.

—Entonces, ¿todo eso del foro de sicarios al final era real?

Mi madre detuvo su tenedor a medio camino de la boca.

—Hasta donde puedo contaros —dijo Nick—, sí, pero la

investigación está en punto muerto. El sitio web desapareció antes de que pudiéramos sacar nada útil de allí.

—¿Qué sitio web era? —preguntó mi padre rebañando los restos de la salsa que le quedaban en el plato con un bollo de pan.

—Creemos que la mafia rusa de esta zona estaba usando una sala de chat como tapadera del crimen organizado.

El tenedor de mi madre se cayó al plato con estrépito.

Noté a Vero quedarse inmóvil.

Dejé la copa en la mesa, incapaz de sostenerla mientras los dedos se me entumecían. Me giré hacia mi madre.

La persona que había provocado el incendio en la caseta, la ingeniosa forma de tapar el asesinato de Carl, la identidad de quien había contratado a un sicario para matar a mi exmarido… Hasta hacía un momento, todos parecían enigmas completamente separados, con motivos sin ningún tipo de conexión entre ellos. Pero ¿y si estaban conectados, en lo más profundo, por un lazo inquebrantable —por el móvil más poderoso de todos— que no me había parado a sopesar cuando Vero y yo nos sentamos en el suelo con una caja de rotuladores para tratar de desentrañar todo el misterio?

El amor de madre. El instinto irreprimible de proteger a su hija.

«¡Hostia puta!» ¿Mi madre era Hartita?

Mi mente rebobinó hasta el primer mensaje del foro. «Es un buen elemento…», «100 Buenas razones por las que el mundo sería un lugar mejor sin él»… Hartita odiaba a Steven, pero nunca había dicho que quisiera que muriera ni que estuviera dispuesta a pagar por ello. Ni tampoco había expresado ninguna clase de solicitud explícitamente siniestra en ninguno de los correos electrónicos que habíamos intercambiado. Vero y yo creímos que Hartita hablaba en clave, que era imprecisa adrede para evitar que la detectaran, pero ¿y si todo era un error inocente? ¿Y si ella no había planeado contratar a un asesino a sueldo para luego negarse a pagar? ¿Y si solo era una madre que estaba enfadada y que quería despotricar de su exyerno, sin ser consciente de la serie de sucesos que estaba desencadenando?

Levanté la copa de vino y la vacié entera de un largo trago. Nick levantó la vista de su plato y las cejas se le juntaron cuando miré con intensidad a mi madre.

—Ese sitio web parece un verdadero pozo de inmundicia —dije—. Con mucha gente horrible y espantosa que hace cosas horribles y espantosas. Podrían haber matado a Steven. Nick tuvo suerte de

sobrevivir. —Vero me pellizcó el codo por debajo de la mesa.

Mi madre tiró la servilleta encima del plato.

—Finlay, si has terminado, me vendría bien una mano en la cocina.

—Por supuesto.

Se levantó de la silla y se llevó los platos. Yo la seguí y cruzamos las puertas de batiente.

—Bueno —dijo Vero con una risilla nerviosa—, ¿quién ha apostado para el partido de mañana?

La conversación quedó apagada cuando las puertas se cerraron tras de mí. Mi madre dejó su plato en la encimera, junto al fregadero, con un ruido hueco. Puse encima el mío, me crucé de brazos y la observé abrir el frigorífico y buscar la nata montada.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —le pregunté en voz baja.

—No sé de qué me hablas.

—Mamá, sé que eres Hartita.

Las manos le temblaron al cerrar el frigorífico. Lanzó una mirada nerviosa hacia el comedor.

—¿Cómo sabes eso?

—Eres la única que odia tanto a Steven.

—¿Tu hermana lo sabe? ¿Y Nick? —susurró.

—Solo Vero.

Se santiguó y se agarró a la encimera relajando el cuerpo. Le tembló la voz.

—La foto que me mandaron… Los correos en los que me pedían el dinero… No tenía ni idea de que la web fuera de la mafia. Ni pensé que alguien fuera a creer que quería que Steven muriera. O sea, no digo que nunca lo haya pensado. Ni que haya deseado en secreto que un autobús apareciera de la nada y…

—Mamá.

Cerró la boca fuerte.

—No tenía ni idea de que estaría poniéndote en peligro a ti o a los niños. Ha sido un malentendido. Un error. Nunca debería haber publicado nada en ese foro.

—Antes que nada, ¿qué hacías en esa web?

Mi madre se retorció las manos.

—¿Te acuerdas de que te conté que contraté a un servicio para que me ayudara a arreglar el ordenador después de que tu padre se descargara todos esos virus tan gordos? —Asentí recordando la

incómoda conversación que habíamos tenido en mi cocina—. Estaba muy avergonzada y enfadada con lo que había hecho tu padre, pero la técnico que me mandaron a casa fue encantadora y muy comprensiva. Me aseguró que le sucede a mucha gente de nuestra edad. Le hice la comida y me habló de otros de sus clientes que se habían metido en líos parecidos, ya sabes, que habían visitado páginas cuestionables…, que algunos no podían evitarlo, y las mujeres se las habían visto y deseado para evitar que nadie más se enterara. Se nos pasó el tiempo volando y, antes de que me diera cuenta, me estaba hablando de un programa especial de privacidad. Incluso me ayudó a instalarlo. Y luego me descubrió este foro de mujeres donde decía que muchas esposas iban a quejarse de sus maridos. Me enseñó cómo abrirme una cuenta de correo electrónico, separada de la de tu padre, e incluso me ayudó a registrarme con un perfil en el foro y a escoger el nombre. Me pasé muchas horas leyendo mensajes de los grupos cuando se marchó, y tenía razón: ¡era catártico, Finlay! Había muchísimas mujeres como yo, cuyos maridos habían cometido estupideces. Y algunas con parejas manifiestamente horribles, como Steven. Sé que no te gusta que hable mal de él, pero me he sentido tan frustrada y enfadada al ver cómo te trata, sabiendo que no puedo hacer nada… Está tan orgulloso de sí mismo, con ese dichoso vivero, siempre restregándote en la cara su dinero y lo bien que le va, que creí que la gente debía saber cómo es de verdad. Que no es un buen hombre. Que le ha hecho daño a alguien que quiero. Y yo solo quería tener un sitio donde poder desahogarme. —Levantó la vista hacia mí, con una disculpa asomada a los ojos.

Por un momento lo único que pude hacer fue mirarla fijamente, intentando comprender cómo habíamos llegado hasta ese punto. Me acerqué a ella y la atraje hacia mí. La sujeté mientras lloraba.

—No era mi intención poner a nadie en peligro —dijo sollozando sobre mí—. Cuando me llegó la imagen, me puse mala. Me asusté mucho. Cuando te llamé y me dijiste que Steven estaba bien… Nunca me he sentido tan aliviada. Creí que quizá había sido todo una broma. Un engaño. Que alguien me quería quitar dinero.

—¿Ha contactado contigo alguna de ellas desde entonces? —La tensión de dos semanas me liberó los hombros cuando negó con la cabeza. Me aparté para mirarla y le limpié las lágrimas de las mejillas —. No pasa nada, Ma. No creo que nadie vuelva a intentar matar a Steven. Sé que estás enfadada con él. Yo también. Puede que haya

sido un marido terrible, pero está intentando ser un buen padre. Delia y Zach lo quieren mucho y habría sido devastador para ellos si le hubiera pasado cualquier cosa.

A mi madre le tembló un labio.

—Lo siento mucho, Finlay. Por favor —dijo sacudiendo con la cabeza—, no se lo cuentes ni a tu padre ni a tu hermana.

—No. Pero tienes que jurarme que te vas a borrar esa cuenta de correo electrónico. Vamos a hacer como si esto no hubiera pasado. Ni más foros ni más chats de grupo.

Mi madre asintió, se dio unos toquecitos en las mejillas con un trapo y se tomó un momento para recomponerse antes de llevar la tarta y la nata montada a la mesa. Vero entró en la cocina cuando ella salió, con los brazos cargados de platos. Los dejó junto al fregadero, con los ojos muy abiertos por la pregunta que sabía que se moría por hacerme. Le asentí con una mano pegada a la sien.

—Santo dios —susurró—. No me puedo creer que le haya mandado esas fotos de Steven a tu madre. ¿Está bien?

—Creo que sí. Solo un poco conmocionada.

—¿LimpioFácil ha contactado con ella?

—Desde esa noche no. —Apoyé una cadera contra la encimera, agotada—. Probablemente debería llamar a Steven y contarle que puede volver a su casa sin preocuparse.

—¿Hace falta?

—Vero.

—Solo preguntaba.

Suspiré enganchando el brazo en el suyo mientras volvíamos a la mesa, y dije:

—A lo mejor podemos dejar que sufra un ratito más.

Capítulo 47

Siempre estaba deseando probar la tarta de pecanas de mi madre, pero este año apenas recordaba haberla comido. Las botellas de vino estaban vacías y del ponche de huevo solo quedaba un remolino de posos salpicados de nuez moscada. Los niños habían caído redondos en el suelo, junto al árbol, y estaba segura de que mi padre se había desabrochado discretamente los pantalones debajo de la mesa.

Mi madre se levantó con un fuerte suspiro y le pidió a mi hermana que la ayudara con los platos. Me volví a sentar en la silla, con los labios algo entumecidos por el chupito extra de coñac que Vero me había echado en el ponche. Tenía una mano posada sobre la tripa, llena de tarta. No había conseguido comer mucho de la cena, pero con el postre se me había abierto el apetito. Cuando se me pasó la conmoción de descubrir que mi madre era Hartita, me sentí extrañamente ligera por primera vez en un mes. La pesadilla se había acabado de verdad. Steven estaba sano y salvo. Mis hijos eran felices. LimpioFácil había renunciado al encargo. Theresa iba a testificar según lo planeado y, gracias a su madre, el asesinato de Carl no acabaría salpicando a nadie. Y Vero ya se había puesto de acuerdo con su primo para deshacernos del Aston Martin. Con un poco de suerte, Feliks pasaría el resto de su vida entre rejas y ya no volveríamos a saber nada más de él.

La trama de mi historia por fin estaba tomando la forma de un libro del que sabía que Sylvia se sentiría orgullosa. Pronto el resto de mi anticipo llegaría hasta mi cuenta bancaria. En general, tenía bastante por lo que estar agradecida.

Nick se puso de pie, rígido, se alcanzó la muleta y les dio las gracias a mis padres por la cena. Se despidió de Georgia y Vero y lo acompañé a la puerta. Se paró en el recibidor y apoyó el peso en la muleta, con la voz suave y los párpados pesados.

—¿Me ayudas con el abrigo?

Estaba bastante segura de que era capaz de hacerlo él solo. Quizá fuera el vino o el mero alivio que sentía, pero fui a acercárselo de todas formas.

—Hay algo en el bolsillo del pecho. ¿Me lo coges?

Noté un brillo extraño en sus ojos cuando descolgué su chaqueta de cuero de la percha. Curiosa, metí la mano y extraje mi móvil. No el nuevo, sino el que había perdido varias semanas antes, el día que encontramos a Carl.

La boca se me secó.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Un agente lo recuperó de la escena, en la casa de los Westover. Vio tu nombre en la pantalla de bloqueo cuando lo encendió y creyó que se te habría caído durante el tiroteo. Le dije que yo te lo devolvería.

—Gracias. —Sentí la garganta tensa cuando me lo guardé. La pantalla de bloqueo frenó a los agentes, quise pensar. Si la policía hubiera sospechado que podría haber pruebas en ese teléfono, nunca me lo habrían devuelto. Y sin duda Nick no me estaría mirando como lo estaba haciendo entonces.

—Hablando de cosas perdidas, me preguntaba si tu heroína al final encontró a su abogado extraviado.

El recibidor pareció encogerse sobre nosotros. El ruido de quien estuviera fregando en la cocina se calló repentina y sospechosamente.

—Sí —le reconocí—. Pero el final de la historia no es el que había planeado.

—Lo siento. —Se inclinó hacia abajo para que yo le pusiera la chaqueta encima. Intenté no hacer caso al aroma embriagador de la prenda mientras maniobraba con su brazo sano para meterlo dentro de la manga—. Hay algo que llevo queriéndote preguntar desde la noche que fuimos a cenar. —Bajó la voz y su aliento cálido me hizo cosquillas en la oreja al tirar de su abrigo para colocárselo—. ¿Sabes? Me muero de ganas por saber qué hacíais Vero y tú en la caseta de Steven la noche del incendio. —Las manos se me paralizaron en el cuello de la chaqueta. Abrí la boca para decirle que debía de estar equivocado, pero las palabras no me salieron cuando me rozó la sien con la nariz y descendió lentamente por la mejilla—. Me encantaría saber por qué tu voz estaba en la grabación de seguridad. Por qué había un trozo de tu tarjeta de crédito entre la hierba de la entrada de la caseta y por qué encontraron unas rodaduras de gran calidad de un coche deportivo en el barro de la parte de atrás. —Su boca se detuvo junto a mi oreja—. Me encantaría saber cómo habéis aprendido Vero y tú a hacer esos cócteles molotov tan eficaces y cómo sabías que

Theresa estaba escondida en la casa de los Westover, lo que supongo que tiene algo que ver con el móvil que perdiste. Pero he aquí la cuestión —me dijo con los labios tan cerca como para provocarme un sorprendente escalofrío de deseo—: Más que todo eso, me gustaría muchísimo besarte ahora mismo. Y las respuestas a esas preguntas probablemente lo estropearían. Así que creo que, por ahora, prefiero no saberlas.

Me agarré al cuello de su abrigo, sintiendo las rodillas un poco débiles.

—¿Y quién dice que aun así voy a dejar que me beses?

Subió la cabeza hacia el ramo de muérdago que había encima de nosotros. Luego inclinó hacia abajo la barbilla, me rozó suavemente una comisura de los labios con los suyos y su beso casto me dejó sin aliento y anhelante.

—Feliz Navidad —susurró. Se apartó despacio mientras mi boca traicionera lo seguía.

Le solté la chaqueta y me sentí desequilibrada cuando se giró para marcharse. Con la cabeza apoyada en el marco de la puerta, me toqué el hormigueo de los labios mientras él caminaba cojeando con la muleta hasta el coche. Mi madre apareció a mi lado secándose las manos en un trapo. Suspiró y lo observó por encima de mi hombro.

—El chili no sé, pero es verdad que tiene buenas carnes.

Epílogo

Dejé el destornillador en la repisa de la chimenea, junto al nivel y la cinta métrica, y colgué bien estirado el calcetín rosa chillón de Vero. Quedaba bien ahí, flanqueado por los de los niños y el mío; llenaba los huecos que había en nuestra familia y nos devolvía una sensación de equilibrio.

Robé la copa de ponche del aperitivo que ella y los niños habían dejado en el hogar de la chimenea para Papá Noel y le di unos sorbos bajo las luces del árbol que Steven había escogido. Nostálgica, recordé el significado de cada uno de los adornos que había colgado en él esa noche: los primeros pasos, los primeros cumpleaños y ahora los primeros dientes caídos… Había otra caja de adornos arriba, guardada en algún lugar de mi armario: la primera cita, la boda, nuestro primer aniversario… Por alguna razón, el árbol no parecía más vacío ni menos luminoso sin ellos.

Vero estaba arriba, en su habitación, envolviendo los últimos regalos que les había comprado a Delia y Zach. Los niños estaban profundamente dormidos en la cama y en la casa reinaba un silencio feliz.

Me puse el portátil en el regazo y abrí el manuscrito, decidida a darle un empujón mientras los niños dormían. Una presa se había roto en mi bloqueo creativo y la historia por fin iba tomando una forma que tenía sentido. Mi heroína se había escapado de la cárcel, había recuperado su recompensa y había encontrado a su abogado desaparecido ella solita. Pero al final tomó la decisión de no volver a recurrir a él para ir a juicio; no era culpable de nada que no habría vuelto a hacer si hubiera tenido la oportunidad. Y Sylvia estaba contenta. El poli buenorro había vuelto a la trama, decidido a atrapar a la asesina, y los dos bailaban lento sobre una cuerda floja que parecía peligrosa e incierta, pero también inexplicablemente adecuada.

Solo que mi asesina no tenía claro si estaba preparada para que la pillaran todavía. Estaba satisfecha siendo un rato la heroína de su propia historia.

Mi móvil vibró en la mesita baja y la pantalla brilló con una notificación nueva: «Julian Baker ha solicitado seguirte en Instagram».

Mi pulgar sobrevoló el botón «Aceptar».

Vero se me acercó por detrás y miró por encima del hombro. Dejó tres regalos bajo el árbol y se sentó al lado con la cabeza hacia atrás y apoyada en el brazo del sofá.

—¿A cuál de los dos va a elegir tu heroína al final?

—¿Quién dice que tenga que escoger uno? —Cerré la invitación de Instagram y puse el móvil en la mesa.

—¿Así que va a cabalgar hacia el horizonte con todo el dinero del libro para ella sola?

—¿Y terminar la historia así? No —dije, pensativa—, tengo que dejarle a mi heroína algunos misterios por resolver. Además, no se va a quedar el dinero.

—¿Por fin se ha convencido de comprar un coche nuevo?

—No. Se lo va a dar a su contable.

Vero se quedó muy quieta. Las luces del árbol relucían en el brillo de sus ojos.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Porque lo necesitas. Y somos una familia. —Bajé las piernas del sofá y le tiré una bolsa de regalitos navideños antes de que alguna de las dos empezara a llorar—. En cuanto acaben las vacaciones, vamos a ir a Atlantic City a ocuparnos del dinero perdido de esa letra. Y luego vamos a quitarnos de encima a la gente a la que se lo debes. Ahora pásame los calcetines para que los rellenemos y nos podamos ir a dormir. Estoy agotada.

Abrí una bolsa de caramelos, robé unos cuantos para mí y Vero juntó los calcetines vacíos de la repisa de la chimenea. Sostuvo el mío en alto con expresión perpleja. Se arrugó cuando estrujó la tela.

—Hay algo en el tuyo —dijo apartando los otros. Metió la mano y extrajo un sobre de color crema. El corazón se me paró cuando lo giró y descubrimos un sello de lacre carmesí.

Vero vino a sentarse a mi lado en el sofá. Las dos estábamos demasiado anonadadas como para hablar cuando me pasó el sobre.

Despacio, lo abrí y desdoblé varios folios de imágenes imprimidas en papel de fotocopia. Ella lo leyó por encima de mi hombro mientras yo lo inspeccionaba rápidamente.

—Son capturas de pantalla. Del foro de mujeres —dije. Alguien había descifrado los mensajes en los márgenes en bolígrafo: puntos de

intercambio de drogas, información sobre envíos de armas, nombres de cómplices y objetivos de Feliks… Alguien sabía que ese sitio web era una tapadera. Y sabía perfectamente quién estaba detrás.

Un precio aparecía escrito en letras rojas y gruesas. El mensaje estaba firmado.

—LimpioFácil está chantajeando a Feliks —susurré—. Quiere dos millones de dólares por su silencio.

Fui a la última hoja y encontré un mensaje para mí:

Alguien la está liando, señora Donovan.
Quiero que encuentre a LimpioFácil y este asunto
quede saldado.
No me decepcione.
Y.

Agradecimientos

Escribí esta novela durante la pandemia de covid-19. Alterné mis fechas de entrega y los cupos de palabras escritas con los confinamientos, unas elecciones tumultuosas y un flujo infinito de titulares terroríficos en las noticias. Hubo muchos días (y la mayoría de las noches) en que me quedaba horas mirando la pantalla vacía, preguntándome si podría sacar un gramo de humor de un pozo que parecía estar desalentadoramente seco. Escribir comedia es difícil; escribir comedia cuando el mundo está en llamas hace que lo difícil escale a otro nivel. A veces no estaba segura de si sería capaz. Tengo que agradecer a muchas personas que me hayan ayudado a llevar este libro a su meta.

A mi primera agente, Sarah Davies: gracias por tu confianza inquebrantable en Finlay y en mí. Y a Steph Rostan, por tomar las riendas con tanto entusiasmo. Me siento muy agradecida de haberos encontrado.

A mi editora, Catherine Richards, por tu apoyo, amabilidad, profesionalidad y cuidado. ¡Y por hacer toda esta experiencia tan divertida!

A Kelley Ragland, por recibirnos a Finlay y a mí en vuestra familia editorial. Me siento muy afortunada de formar parte de ella.

A mi equipo de Minotaur: Sarah Melnyk, Allison Ziegler, Nettie Finn, David Rotstein, John Morrone, Janna Dokos, Laura Dragonette y Gabriel Guma. Gracias por hacer de Finlay Donovan no solo un libro, sino también un «¡Soy yo, literal!». Este personaje ha tomado vida propia y os atribuyo el mérito a todos vosotros.

A Hannah Whittaker, de Rights People, y a mis editoras de todas partes. Gracias por compartir a Finlay y Vero con el mundo.

A las extraordinarias I. Marlene King y Lauren Wagner, gracias por vuestro entusiasmo por estos personajes y su historia. Soy la escritora viva más afortunada del mundo por tener la oportunidad de trabajar con vosotras. Me muero de ganas de llevar a Finlay a la pantalla. Y a Flora Hackett y Sanjana Seelam, de WME, por reunirnos a todas y hacer este sueño realidad.

A las autoras generosas y talentosas que se tomaron el tiempo de leer *Finlay Donovan: una escritora de muerte* y respaldarlo ante el mundo: Megan Miranda, Wendy Walker, Kellye Garrett y Lisa Gardner. Os estoy muy agradecidas.

Gracias a ti, Jessica Sartorius, por responder a mis preguntas sobre derecho. Y a mi marido, Tony, por soportar todos mis «¿Y si…?» relacionados con la informática. Cualquier error que haya cometido con respecto al mundo del hackeo y el derecho penal son totalmente míos, muchos de ellos a propósito, con el ánimo de crear una ficción más entretenida.

Este libro no sería lo que es sin mis socias criminales de la vida real, Ashley Elston y Megan Miranda. Siempre llevaré dos palas extra en mi corazón. Seguís siendo lo mejorcito de esta loca aventura.

A mis primeras lectoras, que aguantaron unos borradores iniciales desastrosos con sinceridad y amabilidad, me dieron ideas para los nudos de la trama, me hicieron reír y me recordaron por qué amo este trabajo. Christina Farley, Romily Bernard y Ashley Elston, no podría haber sacado esto adelante sin vosotras.

A mi familia, Tony, Connor y Nick: gracias por vuestra paciencia, amor y comprensión. Por aguantar mi mal humor mañanero después de que me pasara toda la noche trabajando para cumplir la fecha de entrega y sudando por encontrar las palabras adecuadas. Y gracias por creer en mí siempre, incluso cuando a veces yo misma me olvido de hacerlo.

Y, finalmente, a Bookstagram. Gracias por aceptar a Finlay con tanta pasión. Vuestras fotos, lecturas simultáneas y reseñas me han reportado una alegría inconmensurable a lo largo de un año muy oscuro. Espero que este libro esté a vuestra altura.

Título original: *Finlay Donovan Knocks ‘em Dead*

Edición en formato digital: 2024

Copyright © 2021 by Elle Cosimano
© de la traducción: Jorge Ollero Castela, 2024
© Contraluz (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-69-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Agradecimientos
Créditos